
Kerabán el Testarudo

Julio Verne

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2512

Título: Kerabán el Testarudo

Autor: Julio Verne

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 14 de marzo de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Volumen I

Capítulo I

EN EL CUAL VAN MITTEN Y SU CRIADO BRUNO SE PASEAN, MIRAN Y HABLAN SIN COMPRENDER NADA DE LO QUE VEN

El día 16 de agosto, a las seis de la tarde, la plaza de Top-Hané, en Constantinopla, tan animada de ordinario por el movimiento y el bullicio de la multitud, se hallaba a la sazón silenciosa, triste y casi desierta. No obstante, todavía presentaba un hermoso aspecto vista desde lo alto de la escalera que desciende hasta el Bósforo; pero se echaba de menos los personajes para completar el cuadro, pues tan sólo alguno que otro extranjero pasaba por allí para subir con rápido paso por las estrechas, tortuosas y sucias callejuelas, que, obstruidas casi siempre por amarillentos perros, conducen al arrabal de Pera. Allí se encuentra el barrio reservado a los europeos, cuyas casas, construidas de blanca piedra, se destacan sobre el negro tapiz formado por los cipreses de la colina.

La mencionada plaza resulta siempre pintoresca, aun sin la variedad de toda suerte de trajes de los que por ella pasean, y que animan, por decirlo así, el efecto de su primer término; la mezquita de Mahmud, de esbeltos minaretes; la linda fuente de estilo árabe, falta hoy el techadillo que antes le cubría; tiendas en las que se venden pastas y bebidas de mil clases; escaparates en los que se confunden variadas frutas, sobresaliendo entre ellas las *curgas*, los melones de Esmirna y las uvas de Escutari, que contrastan con los planos canastillos de mimbre de los vendedores de perfumes y de rosarios, y por fin, los innumerables caiques o barquillas pintarrajeadas, cuyo doble remo bajo las cruzadas manos de los *raidjis*, más bien que batirlas, parece que acarician las azuladas aguas del Cuerno de Oro y del Bósforo al irse acercando a la escalera de que ya hemos hecho mención.

¿Dónde se encontraban a dicha hora los acostumbrados paseantes de la plaza de Top-Hané; los persas de elegante gorro de astracán; los griegos luciendo con gracia sus plegadas enagüillas; los circasianos, vestidos casi siempre de uniforme militar; los georgianos, que han permanecido rusos

por el traje, aun más allá de sus fronteras; los arnautas, cuya piel, curtida por el sol, aparece bajo el escote de sus bordadas chaquetas, y, por fin los turcos osmanlíes, esos hijos de la antigua Bizancio y del viejo Estambul, dónde se hallaban?

Ciertamente que no se hubiera podido preguntar a dos extranjeros, dos occidentales, quienes, con mirada inquisitorial, alta la cabeza y paso indeciso, se paseaban a aquella hora por la casi solitaria plaza, pues, de seguro, no hubieran sabido contestar.

Es más; en la ciudad propiamente dicha, más allá del puerto, un turista cualquiera habría observado que reinaba el mismo silencio y abandono. Del otro lado del Cuerno de Oro (profunda indentación abierta entre el antiguo Serrallo y el desembarcadero de Top-Hané), en la orilla derecha, que se une con la izquierda por medio de tres puentes de barcas, todo el anfiteatro que formaba la ciudad de Constantinopla parecía dormido. ¿Por ventura nadie velaba entonces en el palacio del Serrallo? ¿No había ya creyentes, *adjis*, ni peregrinos en las mezquitas de Ahmed, de Bayezidieh, de Santa Sofía ni en la de Suleimanieh? ¿Dormían la siesta los guardias de las torres de Seraskierat y de Galata, encargados de vigilar los comienzos de algunos de los muchos incendios tan frecuentes en la ciudad?

En realidad, hasta el movimiento del puerto parecía haber cesado algún tanto, no obstante la flotilla de *steamers* austríacos, franceses e ingleses y de los caiques y chalupas de vapor que se aglomeraban habitualmente en la proximidad de los puentes y a lo largo de los edificios cuya base bañan las aguas del Cuerpo de Oro.

¿Era, en efecto, aquélla la Constantinopla tan ensalzada, ese sueño del Oriente realizado por la voluntad de Constantino y de Mahomet II? He aquí lo que se preguntaban los dos extranjeros que discutían por la plaza; y si no contestaban a dicha pregunta no era ciertamente porque desconociesen la lengua del país; ambos conocían el turco bastante bien; el uno, porque le empleaba hacía ya veinte años en su correspondencia comercial, y el otro, por haber servido con frecuencia de secretario a su amo, a pesar de su calidad de criado.

Los dos eran holandeses, naturales de Rotterdam, Jan Van Mitten y su criado Bruno, a quienes su singular destino acababa de arrojar hasta los extremos confines de Europa.

Van Mitten, a quien todo el mundo conoce, es un hombre de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, rubio todavía; sus ojos son de color azul celeste, la nariz demasiado corta si se atiende al volumen de su cara, en la que, a más de colorados carrillos, luce patillas y perillas de un color amarillento; su estatura es más que mediana, no obstante la naciente obesidad que en él se observa, y sus pies son, por último, un acabado modelo de solidez, ya que no de elegancia; tiene, en realidad, todo el aspecto de un buen hombre, y no puede negar el país de donde procede.

En lo que respecta a la parte moral, tal vez Van Mitten pueda parecer un poco blando de temperamento; pertenece, sin duda alguna, a la categoría de esos hombres de carácter dulce y sociable, que huyen siempre de la discusión, que se hallan prestos a ceder en todas ocasiones, nacidos para obedecer y no para mandar hombres; en una palabra, tranquilos, flemáticos, de los que comúnmente se dice que carecen de voluntad, por más que crean tenerla, lo cual, sea dicho de paso, no les hace más malos de lo que realmente puedan serlo. Una vez, tan sólo una vez en su vida, Van Mitten, llevado al último extremo, había entablado una discusión cuyas consecuencias habían sido muy graves; aquel día había perdido los estribos. Pero se serenó rápidamente, volviendo a su carácter pacífico, como el que vuelve a entrar en su casa. Realmente puede que hubiera hecho mejor en ceder, y no hubiese dudado en hacerlo si hubiera sabido lo que el porvenir le reservaba. Pero no conviene anticipar acontecimientos que han de servir de base a esta historia.

—Ya estamos en Constantinopla, señor —dijo Bruno cuando llegaron a la plaza de Top-Hané.

—¡Sí, Bruno, en Constantinopla, o, lo que es lo mismo, a unas mil leguas de Rotterdam!

—¿Encontraréis, al fin, que ya nos hallamos bastante lejos de Holanda?

—¡Nada me parecerá nunca bastante lejos! —contestó Van Mitten a media voz, cual si temiese ser oído desde su país.

Van Mitten tenía en Bruno un servidor completamente fiel, y que, en lo físico, se parecía a su amo, hasta lo que el respeto le permitía. La costumbre de vivir juntos desde hacía veinte años, durante los cuales no se habían separado quizás ni un solo día, había hecho que Bruno fuese en

la casa algo menos que un amigo y algo más que un criado: servía con método e inteligencia, no vacilaba en dar consejos (los cuales hubieran podido aprovechar a Van Mitten), y aún, algunas veces, se permitía dirigir alguno que otro reproche a su amo, que éste aceptaba bondadosamente. Lo que, sobre todo, le ponía fuera de sí, es que este último no supiese resistir a la voluntad de los demás y que tan falto estuviese de carácter.

—Semejante conducta producirá vuestra desgracia al propio tiempo que la mía —le solía decir con frecuencia.

Es preciso añadir que Bruno, que contaba entonces cuarenta años, era sedentario por naturaleza y no podía sufrir andar de un lado a otro, pues a causa de la fatiga se compromete el equilibrio del organismo, se adelgaza, y Bruno, que tenía la costumbre de pasearse todas las semanas, no quería perder nada de su buena planta. Cuando entró al servicio de Van Mitten su peso no llegaba a las cien libras; su delgadez era, por lo tanto, humillante para un holandés; pero en menos de un año, y gracias al excelente régimen de la casa, había aumentado su peso en treinta libras y podía ya presentarse en cualquier parte. Debía, pues, a su amo, a más del buen aspecto de su cara, las ciento sesenta y siete libras que ahora pesaba, lo que constituía un buen término medio entre sus compatriotas. Por otra parte, era preciso ser modesto, y se reservaba, por lo tanto, para cuando llegase a viejo el alcanzar las doscientas libras.

En resumen, apegado a su casa, a su pueblo natal, a su país (ese país conquistado al mar del Norte), Bruno, si graves circunstancias no le hubiesen obligado a ello, jamás se habría resignado a abandonar la habitación del canal de Nieuwe-Haven ni su buena ciudad de Rotterdam, que a sus ojos era la primera ciudad de Holanda, así como ésta podía ser muy bien el reino más hermoso del mundo. A pesar de esto, Bruno se hallaba en Constantinopla, en la antigua Bizando, la Estambul de los turcos; la capital, en suma, del Imperio otomano.

Después de todo, y para resumir, ¿quién era Van Mitten?

Pues nada menos que un rico comerciante de Rotterdam, negociante en tabacos, consignatario de los mejores productos de La Habana, Maryland, Virginia, Barinas, Puerto Rico, y más especialmente de Macedonia, Siria y del Asia Menor.

Hacía ya veinte años que Van Mitten había emprendido considerables

negocios de este género con la casa Kerabán, de Constantinopla, la que expedía sus renombrados y garantizados tabacos a las cinco partes del mundo. Del cambio de correspondencia con tan importante casa provenía que el negociante holandés conociese a fondo la lengua turca, o, mejor dicho, el osmanlí, usado en todo el Imperio, y que la hablase como un verdadero súbdito del Bajá o de un ministro el emir El-Mumenin, el Comendador de los creyentes. De ahí proviene también que Bruno, tanto por su simpatía como por estar al corriente de los asuntos de su amo, hablase el osmalí no menos bien que éste.

Se había convenido entre estos dos entes originales, que, en tanto que permaneciesen en Turquía, no emplearían otro lenguaje que el del país, aún en sus conversaciones personales. Realmente, si no hubiese sido por su traje, cualquiera habría podido tomarles por osmanlíes de pura raza, y aunque semejante creencia pudiera halagar el amor propio de Van Mitten, no sucedía lo mismo respecto a Bruno, el cual se resignaba a preguntar todas las mañanas a su amo:

—*¿Efendum, emriniz né dir?*

Lo que significa; «Señor, ¿qué deseáis?».

Su amo le respondía en buen turco;

—*Sitrimi, pantalounymi fourtcha.*

O, lo que es lo mismo; «Cepilla mi gabán y mi pantalón».

Se ve, pues, por lo que llevamos dicho, que a Van Mitten y a Bruno no debía costarles gran trabajo discurrir por las calles de Constantinopla, primero, porque conocían de un modo suficiente la lengua del país, y luego porque no podrían menos de ser amigablemente acogidos en la casa Kerabán, cuyo jefe, habiendo hecho un viaje a Holanda en cierta ocasión, contrajo afectuosas amistades con su corresponsal de Rotterdam, y, en virtud de esta misma razón, al abandonar Van Mitten su país, había tenido la idea de ir a instalarse a Constantinopla, siguiéndose de aquí que Bruno se hubiese resignado a seguirle, bien a pesar suyo y de que se hallasen, por fin, errando a la ventura por la plaza de Top-Hané, en la que, en aquella avanzada hora, algunos transeúntes, extranjeros en su mayor parte, comenzaban a mostrarse. Sin embargo, dos o tres súbditos del Sultán paseaban y conversaban asimismo, y el amo de un café

establecido en el fondo de la plaza arreglaba sin gran prisa las hasta entonces desiertas mesas.

—Antes de una hora —dijo uno de los turcos— el sol habrá desaparecido entre las aguas del Bósforo, y entonces...

—Y entonces —respondió otro— podremos comer, beber y, sobre todo, fumar a nuestro gusto.

—Encuentro que es algo largo este ayuno del Ramadàn.

—¡Como todos los ayunos!

Otros dos extranjeros, que se paseaban por delante del café, cambiaban sus impresiones sobre el particular.

—¡Qué raros son estos turcos! —decía uno de ellos—. En verdad que si un viajero cualquiera visitase Constantinopla, durante esta especie de obligada cuaresma, llevaría una idea bien triste de la capital de Mahomet II.

—Sin embargo —replicó el otro—, Londres no es mucho más alegre los domingos, y si los turcos ayunan durante el día, se desquitan durante la noche, pues con el cañonazo que anuncia la puesta del sol comienzan a tomar las calles su habitual aspecto y a sentirse el olor de la carne asada, mezclada con el perfume de las bebidas y con el humo de los chibuquies y cigarrillos.

En corroboración de lo antedicho, llamó el cafetero al mozo de su establecimiento, diciéndole:

—Es necesario que todo esté dispuesto. Dentro de ima hora afluirán los ayunadores y no sabremos cómo entendérmolas.

Los dos extranjeros continuaron su conversación, diciendo:

—Creo que Constantinopla ofrece más curiosidades en este período del Ramadàn. Si durante el día aparece triste, insulsa y lamentable como en un Miércoles de Ceniza, en cambio, son sus noches alegres, ruidosas y desordenadas como un Martes de Carnaval.

—En efecto, es un curioso contraste.

Mientras los dos extranjeros hablaban así, los turcos les miraban, no sin envidia.

—¡Cuán dichosos son esos extranjeros! —decía uno—. ¡Pueden comer, beber y fumar cuando les place!

—Sin duda —respondió el otro—; pero en este momento no hallarían un *kebal* de camero, ni un *pilaw* de pollo con arroz, ni una galleta de *baklaba* y puede que ni siquiera una tajada de sandía o de pepino...

—¡Porque ignoran, por decirlo así, los escondites donde encontrarlo! ¡Con algunas piastras se hallan siempre vendedores acomodaticios, que tienen dispensas de Mahomet!

—¡Por Alá! —dijo entonces uno de aquellos turcos—. Mis cigarrillos se están secando en mi bolsa, y no es cosa de que yo pierda benévola mente algunos paras de Latakia.

Y aun a riesgo de ser visto, aquel creyente, que tan poco se molestaba por sus creencias, sacó un cigarrillo, lo encendió y arrojó rápidamente dos o tres bocanadas de humo.

—Ten cuidado —le dijo su compañero—; no pase algún ulema poco sufrido y te...

—¡Bueno! —replicó el otro—. Con tragarme el humo, no lo verá, y asunto concluido.

Ambos continuaron su paseo por la plaza y después por las vecinas calles que suben hasta los barrios de Pera y de Galata.

—Decididamente, amo mío —exclamó Bruno mirando a derecha e izquierda—, es ésta una ciudad bien singular. Desde que hemos salido de nuestro hotel no hemos visto más que sombras de habitantes, fantasmas constantinopolitanos. Todo duerme en las calles, en los muelles, en las plazas; ¡hasta esos perros amarillentos y enflaquecidos, que ni aun se toman la pena de levantarse para mordernos en las pantorrillas! ¡Vaya, vaya! A despecho de lo que cuentan los viajeros, nada se gana con viajar. En cuanto a mí, prefiero con mucho nuestra buena ciudad de Rotterdam y el cielo gris de nuestra vieja Holanda.

—¡Paciencia, Bruno, paciencia! —respondía el tranquilo Van Mitten—. No

hace más que pocas horas que hemos llegado: no te ocultaré, sin embargo, que no es ésta la Constantinopla que yo había soñado; pues me imaginaba que iba a entrar en pleno Oriente; a penetrar, en fin, en un sueño de *Las mil y una noches*, y me veo, por el contrario, aprisionado en el fondo de...

—¡De un inmenso convento —dijo Bruno—, y rodeado de gentes, tristes como frailes enclaustrados!

—Mi amigo Kerabán nos explicará lo que todo esto significa —respondió Van Mitten.

—Pero, ¿dónde nos hallamos en este momento? —preguntó Bruno—. ¿Qué plaza es ésta?, ¿qué muelle es éste?

—Si no me equivoco —respondió Van Mitten—, nos hallamos en la plaza de Top-Hané, precisamente en el extremo del Cuerno de Oro. He ahí el Bósforo, que baña la costa de Asia, y al otro lado del puerto se percibe la punta del Serrallo y la ciudad turca que se alza sobre aquél.

—¡El Serrallo! —exclamó Bruno—. ¡Cómo! ¿Es aquél el palacio donde vive el Sultán con sus ochenta mil odaliscas?

—¡Ochenta mil son muchas, Bruno! Son demasiadas para un hombre solo, aun tratándose de un turco. En Holanda no tiene más que una mujer cada individuo, y, así y todo, es algunas veces sumamente difícil de conservar la paz en el seno del matrimonio.

—¡Bueno, señor, bueno; no hablemos más sobre ese particular! —dijo Bruno, volviendo la vista hacia el café, que continuaba desierto.

—Me parece que aquello es un café —dijo—. La caminata por ese arrabal de Pera ha extenuado nuestras fuerzas; el sol de Turquía abrasa como la boca de un homo, y no me extrañaría que el señor tuviese necesidad de tomar algún refresco.

—¡Buena manera de decir que tienes sed! —respondió Van Mitten—. Entremos, pues, en ese café.

Ambos se dirigieron al establecimiento y tomaron asiento al lado de una de las mesillas colocadas delante de la fachada.

—¡*Cawadjí!* —gritó Bruno llamando a la manera de los europeos.

Nadie contestó a su llamamiento.

Bruno volvió a llamar alzando más la voz.

El propietario del café apareció en el fondo de su tienda; pero no mostró prisa alguna en acudir.

—¡Extranjeros! —murmuró cuando hubo percibido a los dos clientes sentados delante de la mesa—. Creerán, por ventura, que...

Por fin se decidió a aproximarse a los dos viajeros.

—*Cawadjí*, servidnos un frasco de agua de cereza, bien fresca —dijo Van Mitten.

—Después de que se oiga el cañonazo —respondió el cafetero.

—¡Y qué necesidad tenemos de oír cañonazo alguno para tomar el agua de cerezas! —exclamó Bruno—. Con menta, *cawadjí*; con menta es como la queremos.

—Si no tenéis agua de cerezas —replicó Van Mitten—, dadnos un vaso de *rahtlokum* rosa; parece que es excelente, si he de creer a mi «Guía».

—Después de que se oiga el cañonazo —repitió por segunda vez el cafetero, haciendo un ligero movimiento de hombros.

—Pero, ¿qué diablos de cañonazo es ése? —preguntó Bruno dirigiéndose a su amo.

—Veamos —repitió éste con su natural bondad—; si no tenéis *rahtlokum*, dadnos una taza de moka... un sorbete..., lo que queráis, amigo mío, lo que queráis; pero servidnos algo.

—Después de que se oiga el cañonazo; ni un minuto antes.

Y sin más ceremonias, volvió a entrar en el establecimiento.

—Vamos, señor —dijo Bruno—, abandonemos esta endiablada tienda. ¿Hase visto en la vida cosa semejante? ¡Contestar a nuestras preguntas con cañonazos ese zopenco de turco!

Ambos se levantaron dirigiéndose nuevamente a la plaza.

—Ven, Bruno —dijo Van Mitten—; quizá encontremos por ahí algún otro cafetero más complaciente que éste.

—Decididamente, mi querido amo, ya deseo encontrar a vuestro amigo el señor Kerabán: ¡ya sabríamos a qué atenemos si le hubiésemos hallado en su despacho!

—Sí, Bruno, sí; pero ten un poco de paciencia; nos han dicho que le encontraríamos en esta plaza.

—Pero no antes de las siete, señor, y aquí precisamente al lado de la escalera de Top-Hané debe venir a buscarle su caique para transportarle al otro lado del Bósforo, a su villa de Scutari.

—En efecto, Bruno, ese estimable negociante nos pondrá al corriente de lo que aquí pasa. ¡Ah! Ése es un verdadero osmanlí, uno de tantos fieles del partido de los antiguos turcos, que no quieren admitir ninguna de las actuales cosas, tanto en lo que respecta a las ideas como a los usos y costumbres; que protestan contra todas las invenciones de la industria moderna, que prefieren una diligencia a un ferrocarril, y una embarcación cualquiera de vela a un barco de vapor. En los veinte años que hace que nos tratamos y hacemos negocios juntos, no he observado que las ideas de mi amigo Kerabán hayan variado en lo más mínimo. Cuando, hace tres años, fue a verme a Rotterdam, llegó en silla de postas; así es que, en lugar de ocho días que debió haber empleado en el viaje, ¡tardó un mes en llegar! He visto muchas personas testarudas en el transcurso de mi vida; pero tan obcecado como él, ninguna.

—Mucho se va a sorprender al hallamos en Constantinopla —dijo Bruno.

—Así lo creo —respondió Van Mitten—. En fin, al menos en su compañía estaremos verdaderamente en plena Turquía. ¡Ah!, jamás consentirá mi amigo Kerabán en vestir el traje del Nizam, la levita azul y el gorro o casquete encamado de los nuevos turcos.

—Cuando se quitan el casquete —dijo Bruno—, me hacen el efecto de una botella que se destapa.

—Estoy seguro de que mi querido e inmutable amigo Kerabán estará

todavía vestido como cuando fue a visitarme a Holanda, al otro extremo de Europa, como quien no dice nada, con su ancho turbante y su caftán de color de canela.

—Sí; un completo mercader de dátiles —interrumpió Bruno.

—Un mercader de dátiles que podría venderlos de oro... y aún hacérselos servir a la mesa en todas las comidas; pero, ya se ve, ha emprendido el mejor género de comercio en este país: el del tabaco; y, como es natural, no hay otro remedio sino hacer una fortuna en una ciudad en la que todo el mundo fuma, desde que se levanta hasta que se acuesta, y desde que se acuesta hasta que se levanta.

—¿Qué decís, señor? —interrumpió Bruno—. ¿Dónde veis esos fumadores que yo no veo? Creo, por el contrario, que aquí nadie fuma. Yo que esperaba encontrar grupos de turcos delante de cada puerta, envueltos en los serpentines de sus narguiles o pipas, o bien con el largo tubo de cerezo en la mano y la boquilla de ámbar en la boca. Pero, ¡quíá!, ni por pienso; ¡no he visto todavía fumar un mal cigarro, ni siquiera un cigarrillo!

—Yo tampoco lo comprendo, Bruno. Pues, en honor a la verdad, las calles de Rotterdam están mucho más ennegrecidas por el humo del tabaco que las de Constantinopla.

—¡Caramba, señor! —dijo Bruno—. ¿Estáis seguro de que no hemos equivocado el camino? No es posible que ésta sea la capital de Turquía. Estoy por apostar que nos hallamos en el lado opuesto, que éste no es el Cuerno de Oro, sino el Támesis con sus mil embarcaciones de vapor. Vaya, aquella mezquita que se ve allá abajo no es Santa Sofía, sino San Pablo. Esta ciudad no es Constantinopla; no, señor, no puede ser. ¡Nos hallamos en Londres!

—Modérate, Bruno —respondió Van Mitten—. Ese carácter nervioso no le cuadra a un holandés. Imita mi paciencia y mi flema, y no te extrañes de nada. Hemos abandonado Rotterdam a consecuencia... de lo que tú sabes.

—¡Sí... sí...! —dijo Bruno haciendo un movimiento de cabeza.

—Hemos venido por París, hemos atravesado el San Gotardo, Italia,

Brindisi, el Mediterráneo, y no creo persistas en asegurar que el vapor de las Mensajerías nos haya dejado en el Puente de Londres después de ocho días de travesía, en vez de dejarnos en el Puente de Galata.

—Sin embargo... —se aventuró a decir Bruno.

—Es más, te ruego que en presencia de mi amigo Kerabán no te permitas chanzas semejantes; podría tomarlas a mal y discutir, y obcecarse.

—Ya tendré cuidado, señor; pero ya que es imposible refrescar aquí, creo que no habrá inconveniente en encender la pipa. ¿No creéis lo mismo, señor?

—Tal creo, Bruno, y como mercader que soy de tabaco, nada me es tan agradable como ver fumar a todo el mundo; llego hasta el punto de sentir que la naturaleza no nos haya dado más que una boca. Verdad es que pueden aprovecharse las narices para absorber el tabaco convertido en rapé.

—Y los dientes para mascarlos —añadió Bruno, llenando su enorme pipa de porcelana.

Un momento después, la pipa ardía convenientemente, y de la boca de Bruno se escapaban, con gran satisfacción de éste, espesas bocanadas de humo.

Pero, en aquel mismo instante, los dos turcos que habían protestado de un modo tan singular contra las abstinencias del Ramadán, volvieron a aparecer en la plaza. Uno de ellos, precisamente aquel que había encendido su cigarrillo, infringiendo las prescripciones de la ley mahometana, fue quien apercibió a Bruno con la pipa en la boca.

—¡Por Alá! —dijo a su compañero—. He ahí a uno de esos malditos extranjeros que se atreven a infringir el Corán. No lo sufriré.

—Apaga, al menos, tu cigarrillo —le respondió su compañero.

—Sí; tienes razón.

Y al decir esto, arrojó el cigarrillo, y se dirigió en línea recta hacia donde se hallaba el holandés, quien no se esperaba, ciertamente, una tan brusca interpelación.

—¡Después del cañonazo! —dijo con aire irritado el turco, arrancando la pipa de los labios de Bruno.

—¡Eh, mi pipa! —dijo este último, al cual su amo trataba vanamente de contener.

—¡Después del cañonazo, perro cristiano!

—Más perro eres tú, mastín turco.

—Calma, Bruno, calma —dijo Van Mitten.

—Al menos que me devuelva mi pipa.

—¡Después del cañonazo! —repitió por última vez el turco, haciendo desaparecer la pipa entre los pliegues de su caftán.

—Ven, Bruno —dijo entonces Van Mitten—; es necesario no herir las creencias ni las costumbres del país que se visita.

—Sí, sí, buenas costumbres te dé Dios; costumbres de ladrones —contestó Bruno.

—Vamos, te digo. Mi amigo Kerabán debe hallarse en esta plaza a las siete o poco antes. Continuaremos nuestro paseo, y ya le encontraremos a su debido tiempo.

Van Mitten arrastró, por decirlo así, a Bruno, cuyo despecho no conocía límites desde que, de un modo tan violento, le habían arrancado su pipa, hacia la cual, como acontece a los verdaderos fumadores, sentía no poco apego.

Los dos turcos quedaron solos, y el que acababa de arrebatarse a Bruno su pipa dijo a su compañero:

—En verdad que estos extranjeros se permiten unas libertades...

—¡Hasta se permiten fumar antes de la puesta del sol!

—¿Quieres fuego? —añadió el otro.

—Con mucho gusto —le contestó su compañero, encendiendo su cigarrillo.

Capítulo II

EN EL QUE EL INTENDENTE SCARPANTE Y EL CAPITÁN YARHUD HABLAN DE PROYECTOS QUE CONVIENE CONOCER

En el instante mismo en que Van Mitten y Bruno seguían el muelle de Top-Hané, del lado del primer puente de barcas de la Sultana, que pone en comunicación a Galata con la antigua Estambul a través del Cuerno de Oro, un turco volvía rápidamente la esquina de la mezquita de Mahmud y se detenía en la plaza.

Acababan de dar las seis. Por cuarta vez, durante el día, los muecines se asomaban a los balcones de los minaretes, cuyo número, en las mezquitas de fundación imperial, no es nunca menor de cuatro. Sus voces habían resonado por encima de la ciudad, llamado a los fieles a la oración, y lanzando al espacio la consagrada fórmula de; *¡La Ilah il Allah vé Mohamed result Allah!* (No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta).

El turco se volvió un instante, dirigió su vista hacia los pocos paseantes que por la plaza circulaban, inspeccionó con visibles muestras de impaciencia el eje de las calles que desembocaban en aquélla, cual si tratara de ver llegar una persona, que, sin duda alguna, aguardaba.

—¡Ese Yarhud no llegará nunca! —murmuró—. Sabe, sin embargo, que debe encontrarse aquí a la hora convenida.

El turco dio algunas vueltas por la plaza, llegando a avanzar hasta el ángulo norte del cuartel del Top-Hané, miró del lado de la fundición de cañones y, después de golpear repetidas veces el suelo con uno de sus pies, en prueba de lo poco grato que le era el aguardar, se dirigió hacia el café donde, momentos antes, Van Mitten y su criado habían tratado vanamente de refrescar.

El turco fue a colocarse al lado de una de las mesas vacías, y se sentó sin reclamar servicio alguno del *cawadjí*; observador escrupuloso de los

ayunos del Ramadán, sabía que no era llegada la hora de despachar ninguna de las variadas bebidas otomanas.

Este turco era nada menos que Scarpante, intendente del señor Saffar, rico otomano que habitaba en Trebisonda, esa parte de la Turquía asiática que forma el litoral Sur del mar Negro.

Viajaba por entonces el señor Saffar a través de las provincias meridionales de Rusia, y después de visitar los distritos del Cáucaso debía volver a Trebisonda, no dudando un solo momento que su intendente hubiese llegado a obtener un completo éxito en una empresa que muy especialmente le había encomendado. Scarpante, una vez terminada su comisión, debía reunirse con Saffar en el palacio de este último, donde se desplegaba una magnificencia y un fausto dignos tan sólo de una riqueza oriental, pues hasta los carruajes de su dueño eran citados en la ciudad como modelo de la más perfecta elegancia e inusitado lujo. El señor Saffar trataba en todas ocasiones de hacer patente el poder que el dinero le proporcionaba, y basado en esto no hubiera jamás tolerado que un hombre al cual él hubiese ordenado vencer, resultase vencido; obraba, en fin, en todo y por todo, con la misma ostentación de un nabab del Asia Menor.

En lo que respecta al intendente, era un hombre audaz, capaz de todo género de empresas, sin que en ellas le hiciese retroceder obstáculo alguno; se hallaba, en fin, siempre dispuesto a satisfacer los menores deseos de su amo. Con dicho propósito acababa de llegar aquel día a Constantinopla para acudir a una cita convenida con cierto capitán maltés, tan buen sujeto, poco más o menos, como el mismo Scarpante.

El susodicho capitán, llamado Yarhud, mandaba una pequeña embarcación, el *Güidar*, en la que habitualmente hacía su viaje al mar Negro. Unía a su comercio de contrabando otro no menos digno de castigo; el de esclavos negros traídos del Sudán, Etiopía o Egipto, y el de circasianas o georgianas, cuyo mercado se halla precisamente situado en el barrio de Top-Hané, a ciencia y paciencia del Gobierno, que hace de muy buen grado la vista gorda.

Yarhud no llegaba, y Scarpante, aunque a primera vista permaneciese impassible, se hallaba, sin embargo, dominado en su interior por una cólera sorda que hacía hervir su sangre.

—¿Habrá sobrevenido algún accidente a ese perro? —murmuró—. Ha debido salir de Odesa anteayer, y ya debiera hallarse aquí, en esta plaza, en este café y a esta hora, que es la convenida para la cita...

En este momento un marino maltés apareció en el ángulo del muelle. Era Yarhud; miró a todos lados y por fin divisó a Scarpante; éste se levantó en seguida, abandonó el café y fue a reunirse con el capitán del *Güidar*, en tanto que algunos transeúntes, más numerosos que antes, pero siempre silenciosos, iban y venían de un lado a otro de la plaza.

—No tengo costumbre de aguardar, Yarhud —dijo Scarpante, con un tono cuya significación no ofrecía la menor duda.

—Perdonadme, Scarpante, pero me he apresurado todo lo posible por ser puntual a la cita.

—¿Llegas ahora mismo?

—En este instante, conducido por el ferrocarril de Yamboli a Andrinópolis, y si el tren no hubiese sufrido retraso...

—¿Cuándo has salido de Odesa?

—Anteayer.

—¿Y tu barco?

—Me aguarda en el puerto de Odesa.

—¿Estás seguro de la tripulación?

—Completamente seguro; son malteses como yo, y fieles, además, con quien les paga generosamente.

—¿Te obedecerán?

—En todo y por todo.

—¡Bien! ¿Y qué noticias me traes, Yarhud?

—Buenas y malas a la vez —respondió el capitán, bajando un tanto la voz.

—Pues sepamos primero las malas —dijo Scarpante.

—La joven Amasia, hija del banquero Selim, de Odesa, debe casarse en breve, y su rapto ocasionará más dificultades y apresuramiento, visto que su matrimonio está ya, no tan sólo decidido, sino también próximo.

—¡Ese matrimonio no se llevará a efecto, Yarhud! —exclamó Scarpante, elevando su voz más de lo necesario—. ¡Juro por Mahoma que no se efectuará!

—No he dicho yo que se efectúe, Scarpante, sino que debe efectuarse.

—Sea —replicó el intendente—; pero antes de tres días quiere el señor Saffar que esa joven sea embarcada con dirección a Trebisonda; y si tú lo juzgases imposible...

—Tampoco he dicho que eso sea imposible; nada lo es con audacia y dinero; lo que solamente os he dicho es que ofrecería dificultades; he ahí todo.

—¡Dificultades! —respondió Scarpante—. ¡No será la primera vez que una joven turca o rusa haya desaparecido de Odesa abandonando el hogar paterno!

—Y no será la última —dijo Yarhud—, o el capitán del *Güidar* habría por completo olvidado su oficio.

—¿Quién es el hombre que tan en breve debe casarse con la joven Amasia? —preguntó Scarpante.

—Un joven turco, de la misma raza que ella.

—¿Un turco de Odesa?

—No, de Constantinopla.

—¿Y se llama...?

—Ahmet.

—¿Quién es ese Ahmet?

—Es sobrino y heredero único de un rico negociante de Galata, del señor Kerabán.

—¿A qué se dedica el señor Kerabán?

—Al negocio de tabacos, en el que ha ganado una gran fortuna. Tiene como corresponsal en Odesa al banquero Selim. Hacen unidos importantes negocios y se visitan con frecuencia; en una de dichas visitas Ahmet ha conocido a Amasia; y después, el padre de ésta y el tío de aquél han convenido la boda.

—¿Dónde debe tener lugar el casamiento? ¿Aquí, en Constantinopla?

—No, en Odesa.

—¿En qué época?

—No lo sé; pero es de temer que, a instancias de Ahmet, se verifique de un día a otro.

—Así, pues, no tenemos que perder ni un solo instante.

—Ni siquiera uno.

—¿Dónde se halla ahora Ahmet?

—En Odesa.

—¿Y Kerabán?

—En Constantinopla.

—Durante el tiempo transcurrido entre tu llegada a Odesa y tu partida, ¿has tenido ocasión de ver a ese joven?

—Tenía interés en verle y conocerle, Scarpante... y... ya le he visto y le conozco.

—Dame algún pormenor sobre su persona.

—Es un hombre a propósito para gustar a las mujeres, y, por tanto, ha gustado a la hija del banquero Selim.

—¿Es hombre de temer?

—Dicen que es muy bravo y muy resuelto, y en este asunto creo que tendremos que habérmolas con él.

—¿Es independiente por su posición, por su fortuna? —preguntó Scarpante, que insistía en averiguar los rasgos más salientes del carácter de Ahmet, cuya personalidad le infundía alguna inquietud.

—No, Scarpante —respondió Yarhud—. Ahmet depende de su tío y tutor, el señor Kerabán, que le ama como a un hijo, y que debe ir en seguida a Odesa para la terminación del contrato de boda.

—¿No podríamos, por ventura, retrasar el viaje de ese señor Kerabán?

—Eso sería lo mejor, porque nos daría tiempo para obrar, pero ¿cómo conseguirlo?

—Tú debes pensaren ello, Yarhud —respondió Scarpante—; pero es preciso que la voluntad del señor Saffar se cumpla, y que la joven sea trasladada a Trebisonda. No será la primera vez que el *Güidar* visite por cuenta propia el litoral del mar Negro; por otra parte, tú ya sabes cómo pago los servicios...

—Lo sé muy bien, Scarpante.

—El señor Saffar ha visto a esa joven en su casa de Odesa un instante no más, y se ha prendado de su beldad; así, pues, ella no tendrá por qué arrepentirse al cambiar la casa del banquero Selim por el magnífico palacio de Trebisonda. Se procederá, por lo tanto, al rapto de Amasia, si no por tu conducto, Yarhud, por el de otro cualquiera.

—¡Podéis contar que será por el mío! —contestó el capitán maltés—. Y, ahora —continuó— que os he dicho las malas noticias, voy a daros a conocer las buenas.

—Habla —dijo Scarpante, que, después de dar algunos pasos con aire reflexivo, volvió cerca de Yarhud.

—Si el casamiento proyectado hace más difícil el rapto de la joven, supuesto que Ahmet no la abandona un momento, me proporciona, al menos, la ocasión de penetrar en la casa del banquero Selim, y os diré de qué modo. Como sabéis, a más de mi condición de capitán, poseo también la de traficante, y dentro del *Güidar* se encierra un rico cargamento de

telas de seda, pieles de marta y de cebellina, brocado adiamantado, pasamanerías fabricadas por los más hábiles tejedores de oro del Asia Menor, y por fin, cien otros objetos que pueden muy bien excitar la codicia de una joven próxima a casarse. Con este pretexto, puedo, valiéndome de mi habilidad, hacer que vaya a visitar el buque, y una vez en él, aprovechando un viento favorable, hacerme a la mar antes de que puedan apercibirse del rapto.

—Muy bien pensado, Yarhud —dijo Scarpante—. No dudo que obtendrás un feliz éxito; pero no olvides un solo instante que todo ese plan debe ir acompañado del más profundo secreto.

—Nada temáis, Scarpante.

—¿Te hace falta dinero?

—No, y no me faltará nunca con un señor tan generoso como el vuestro.

—¡Pues no perdamos el tiempo! Porque, una vez verificado el enlace, Amasia será la mujer de Ahmet, y no es seguramente a una mujer ya casada a quien el señor Saffar trata de hallar en Trebisonda.

—Eso se comprende.

—Por lo tanto, en el momento en que la hija del banquero Selim se encuentre a bordo del *Güidar*, llevarás anclas, ¿no es cierto...?

—Sí, porque antes de poner manos a la obra procuraré aguardar alguna brisa segura y favorable del Oeste:

—¿Cuánto tiempo necesitas para ir directamente desde Odesa a Trebisonda?

—Contando con todo género de retrasos, calmas del estío o los cambios de vientos, tan frecuentes en el mar Negro, puede durar la travesía unas tres semanas.

—¡Bien! —respondió Scarpante—. Hacia esa época yo me hallaré de regreso en Trebisonda, donde mi amo no tardará en seguirme.

—Yo espero llegar antes.

—Las órdenes del señor Saffar son terminantes, y te prescriben todas las atenciones posibles hacia esa joven. ¡Cuando se halle a bordo, nada de brutalidades ni de violencias...!

—Será respetada como lo desea el señor Saffar, y como lo sería él mismo.

—¡Cuento con tu celo, Yarhud!

—Os pertenece por entero, Scarpante.

—También cuento con tu destreza.

—Ciertamente, pero no os ocultaré que hubiera estado más seguro del éxito, si ese matrimonio sufriese algún retraso. ¡Y podría haberlo si se opusiese algún obstáculo a la inmediata partida de Kerabán!

—¿Conoces tú a ese negociante?

—Es preciso conocer siempre a los enemigos o a los que deben de llegar a serlo —respondió el maltés—; así, pues, mi primer cuidado al llegar aquí ha sido presentarme en su despacho de Galata, bajo pretexto de negocios.

—¿Y le has visto?

—Sólo un instante, pero ha sido lo suficiente, y...

En este momento Yarhud se aproximó vivamente a Scarpante, diciéndole en voz baja:

—¡Scarpante! La casualidad nos depara un feliz encuentro.

—¿Qué quieres decir?

—¿Veis aquel hombre grueso que baja por la calle de Pera, acompañado de su servidor?

—¡Cómo! ¿Es él?

—El mismo —respondió el capitán—. ¡Separémonos de aquí, y no le perdamos de vista! Sé que todas las noches vuelve a su casa de Scutari, y, si es preciso, le seguiré hasta el otro lado del Bósforo para indagar si piensa partir en breve.

Scarpante y Yarhud se confundieron entre los transeúntes, cuyo número iba aumentando en la plaza de Top-Hané, procurando ponerse a suficiente distancia para ver y oír, cosa fácil, por otra parte, porque el «señor Kerabán» (así se le llamaba habitualmente en el barrio de Galata) hablaba en alta voz, y no trataba de ocultar su importante personalidad.

Capítulo III

EN EL QUE KERABÁN SE SORPRENDE VERDADERAMENTE AL ENCONTRARSE CON SU AMIGO VAN MITTEN

Kerabán, valiéndonos de una expresión moderna, era un «hombre de apariencias» tanto en lo físico como en lo moral; representaba cuarenta años; por su fisonomía, y cincuenta, lo menos, por su corpulencia; aunque, en realidad, no tenía más que cuarenta y cinco; su rostro, rodeado de una barba gris algo corta y abierta, respiraba inteligencia, reflejándose ésta sobre todo en sus ojos, cuya mirada, incisiva y penetrante, era tan sensible a las más fugitivas impresiones como pudiera serlo el platillo de una balanza de precisión, apreciando las diferencias de la décima parte de un adarme; nariz encorvada, aunque sin exageración; sus apretados labios dejaban ver al entreabrirse dos hileras de dientes, cuya blancura envidiaría el marfil; en su alta y espaciosa frente, y entre las dos cejas, negras como el azabache, se dibujaba una arruga vertical, verdadero signo de obcecación del que la sustentaba. Diremos, para concluir, que el aspecto general del personaje en cuestión era tan original, tan majestuoso, y, por decirlo así, tan personal y fuera de lo común, que bastaba verle una sola vez para no olvidarle jamás.

El traje de Kerabán era el mismo de los antiguos turcos, fieles a las rancias costumbres del tiempo de los jenízaros; ancho y ahuecado turbante, chaleco sin mangas, guarnecido de grandes botones facetados y de rica pasamanería de seda; un chal de lo mismo rodeaba su cintura y caía sobre su algo abultado vientre, y, finalmente, por debajo de su magnífico y bien plegado caftán, asomaban unos anchos pantalones, cuyos flotantes pliegues caían sobre los *pabudj* de tafilete que calzaban sus pies. Nada, pues, de modas europeas, lo cual, como es consiguiente, contrastaba con el modo de vestirse de los nuevos orientales de la nueva época. Después de todo, era una manera de rechazar las invasiones del industrialismo, una protesta en favor del color local que tiende a desaparecer; un reto, en fin, a las órdenes del sultán Mahmud, cuya omnipotencia ha decretado el traje nuevo de los osmanlíes.

Inútil es añadir que el criado de Kerabán, hombre de veinticinco años, llamado Nizib y cuya delgadez desesperaría a Bruno el holandés, llevaba asimismo el antiguo traje turco. Como en nada contrariaba a su amo, que era el más testarudo de los hombres, claro está que tampoco le hubiera contrariado en eso. Nizib era un fiel servidor, pero desprovisto en absoluto de ideas propias, pues repetía como un eco todas las frases finales del temido negociante y aseveraba anticipadamente todo cuanto éste decía; era el medio más seguro de ser siempre de la misma opinión que su amo y de evitarse uno de aquellos sofiones de los cuales Kerabán se mostraba siempre tan pródigo.

Ambos llegaron a la plaza de Top-Hané por una de las calles estrechas y tortuosas que descienden del arrabal de Pera. Siguiendo su costumbre, Kerabán hablaba en alta voz, sin cuidarse de si podían o no oírle.

—Que Alá nos proteja —dijo—, pero en tiempo de los jenízaros cada cual tenía derecho de ir a su antojo, cuando llegaba la noche. ¡No, jamás me someteré a estos nuevos reglamentos de policía, e iré por las calles sin la linterna en la mano, si así me acomoda, aunque tenga que caer en un barranco, o me muerda algún perro las pantorrillas!

—¡Las pantorrillas! —respondió Nizib.

—¡Y no me canses los oídos con tus estúpidas reconvenciones, o, por Mahoma, te juro que voy a estirar tus orejas de modo que puedan causar envidia a un asno!

—¡A un asno...! —repitió Nizib, quien, como el lector habrá observado, no se había permitido hacer la más ligera reconvención a su amo.

—Si el jefe de policía me multa —continuó el testarudo Kerabán—, pagaré la multa; y si quiere que vaya a la cárcel, iré; pero no cederé un ápice ni en esto ni en nada.

Nizib hizo un signo de asentimiento: en caso necesario, se hallaba decidido a ser encerrado en la cárcel con su amo.

—¡Ah!, señores turcos modernos —exclamó Kerabán al ver pasar algunos habitantes de Constantinopla, vestidos de gabán y cubierta su cabeza con el fez o gorro encamado—. ¡Ah! ¡Queréis hacernos perder nuestros

antiguos usos y costumbres! Pues bien, aun cuando debiera ser el último en protestar... Nizib, ¿has advertido a mi *caidji* que se encuentre con un caique al lado de la escalera de Top-Hané, a las siete en punto?

—¡A las siete en punto!

—¿Por qué no está todavía?

—¿Por qué no está todavía? —respondió Nizib.

—Quizás no serán las siete.

—No son las siete.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo sé, porque vos lo decís, señor.

—¿Y si yo dijese que son las cinco?

—Serían las cinco.

—No se puede ser más estúpido.

—No, señor; no se puede ser más estúpido.

—¡Este muchacho —murmuró Kerabán— a fuerza de no contradecirme concluirá por contrariarme!

En este momento, Van Mitten y Bruno volvían a aparecer en la plaza, y el último decía a su amo con aire disgustado:

—¡Vámonos, señor, vámonos; partamos en el primer tren que salga...! ¿Esto es Constantinopla? ¿Ésta es la capital del Comendador de los creyentes...? ¡Imposible!

—¡Paciencia, Bruno, paciencia! —respondió Van Mitten.

Comenzaba a oscurecer; el sol, oculto tras las alturas de la antigua Estambul, dejaba ya a la plaza de Top-Hané en una especie de penumbra. Van Mitten no reconoció a Kerabán, que se cruzaba con él en el momento en que se dirigía hacia el muelle de Galata. Aconteció, pues, que, siguiendo inversa dirección, chocaron ambos, buscando al mismo tiempo

pasar a la derecha y luego a la izquierda. De lo contrario de sus movimientos resultó, por espacio de medio minuto, un balanceo algún tanto ridículo.

—¡Eh, señor mío! —dijo Kerabán, que no era, por cierto, hombre de ceder el paso—. ¿Creéis que no pasaré yo antes?

—Pero... —dijo Van Mitten, tratando de apartarse cortésmente, aunque sin conseguirlo.

—Pasaré yo antes —repitió Kerabán.

En este momento Van Mitten reconoció al que de tal modo les disputaba el paso, y exclamó:

—¡Si es mi amigo Kerabán!

—¡Cómo, sois vos, vos... Van Mitten...! —respondió el mercader en el colmo de la sorpresa—. ¡Vos...!, ¿aquí...?, ¿en Constantinopla...?

—Yo mismo.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana.

—¿Y no ha sido para mí vuestra primera visita?

—Al contrario —respondió el holandés—, me he dirigido, desde luego, a vuestro despacho; pero no os hallabais en él y me han dicho que os encontraría a las siete en esta plaza.

—¡Y han tenido razón, Van Mitten! —dijo Kerabán apretando de una manera casi violenta la mano de su corresponsal de Rotterdam—. ¡Ah, mi buen Van Mitten, nunca, nunca hubiera creído veros en Constantinopla...! ¿Por qué no me habéis escrito...?

—¡He abandonado Holanda con tanta precipitación...!

—Vamos, ya entiendo, ¿un viaje de negocios?

—¡No... un viaje... de recreo! No conocía Turquía ni Constantinopla, y he querido devolveros la visita que me hicisteis en Rotterdam.

—¡Eso está muy bien...! ¡Pero, callad! ¿No venís en compañía de la señora Van Mitten?

—En efecto... ¡No, no la he traído conmigo! —respondió el holandés, con cierta vacilación—. La señora Van Mitten no es muy amiga de viajar... pero, traigo a mi criado Bruno.

—¡Ah, es vuestro criado ese muchacho! —dijo Kerabán, designando a Bruno. Éste creyó de su deber hacer una inclinación al modo turco, y llevarse ambas manos a su sombrero, afectando las dos asas de un ánfora.

—Sí —contestó Van Mitten—; ese buen muchacho, que quería abandonarme y volver a...

—¡Volverse! —exclamó Kerabán—. ¡Volverse sin que yo le haya dado permiso para ello!

—Sí, amigo Kerabán; mi criado no encuentra muy alegre, que digamos, la capital del Imperio turco.

—¡Esto es un cementerio! —dijo Bruno—. No se encuentra gente en los almacenes ni coches por las calles... ¡Tan sólo algunas sombras que pasan por las calles y que os roban vuestra pipa!

—¡Ah, vamos, ya entiendo! —respondió Kerabán—. Debo advertiros, amigo Van Mitten, que nos hallamos en pleno Ramadán.

—¡Ya! —replicó Bruno—. ¡Entonces todo se explica...! Pero, ¿podéis decimos, si gustáis, qué es ese Ramadán?

—Cierta tiempo de ayuno y de abstinencia, durante el cual se prohíbe fumar, beber y comer entre la salida y la puesta del sol; pero dentro de media hora un cañonazo anunciará la terminación del día y entonces...

—¡Gracias a Dios que puedo saber lo que querían decir con su famoso cañonazo! —interrumpió Bruno.

—¡Entonces, cada cual se desquita alegremente, durante la noche, de todas las abstinencias del día!

—Así, pues —preguntó Bruno—, ¿desde esta mañana no habéis tomado

nada, porque es el Ramadán?

—Porque es el Ramadán —respondió Nizib.

—He ahí una costumbre que me haría adelgazar y que me haría perder a lo menos una libra de carne cada día —exclamó Bruno.

—¡Cada día! —repitió Nizib.

—El sol está próximo a ocultarse, Van Mitten —dijo Kerabán—. Cuando lo haga por completo, yo os juro que quedaréis maravillado al ver la transformación, casi mágica, que convierte a una ciudad muerta en otra ciudad alegre y bulliciosa. ¡Ah, señores turcos de nuevo cuño, a pesar de vuestras absurdas invenciones no habéis podido modificar ciertas antiguas costumbres! ¡El Corán puede mucho más que vuestras majaderías! ¡Que Mahoma os ahorque!

—Vamos —dijo Van Mitten—; veo, amigo Kerabán, que sois siempre fiel a las antiguas costumbres.

—¡Es más que fidelidad, Van Mitten; es obcecación! Pero, decidme, mi buen amigo, contáis con permanecer algunos días en Constantinopla, ¿no es verdad?

—Sí... y puede que...

—Entonces me pertenecéis; me apodero de vuestra persona y ya no me abandonaréis.

—¡Sea..., os pertenezco!

—Nizib —añadió Kerabán, señalando a Bruno—. Te encargo muy especialmente que modifiques sus ideas sobre nuestra maravillosa capital.

Nizib hizo un signo de asentimiento y arrastró a Bruno por entre la multitud que comenzaba a hacerse ya más compacta.

—¡Pero, ahora que me acuerdo! —exclamó Kerabán—. Llegáis muy a propósito, pues de hacerlo seis semanas más tarde, no me hubieseis encontrado en Constantinopla, pues estaría ya entonces camino de Odesa.

—¿De Odesa?

—Sí; pero ahora ya nada importa, porque si para entonces estáis todavía aquí, partiremos juntos; después de todo, no veo motivo alguno para que no me acompañéis, ¿no es verdad?

—Es que... yo os diré... —balbuceó Van Mitten.

—¡Nada, os digo que me acompañaréis!

—Yo contaba con reposar aquí de las fatigas de un viaje que ha sido hecho con alguna rapidez...

—¡Bien! Reposaréis aquí... Después acabaréis de descansar en Odesa durante tres buenas semanas.

—Pero, amigo Kerabán...

—¡Así ha de ser, Van Mitten! Y no creo abriguéis el propósito de contrariarme, ¿no es cierto? Ya sabéis que cuando tengo razón no cedo fácilmente.

—Sí, sí; ya sé —respondió Van Mitten.

—Por otra parte —añadió Kerabán—, vos no conocéis a mi sobrino Ahmet, y es necesario que hagáis conocimiento con él.

—Me habéis hablado, en efecto, de vuestro sobrino...

—Decid más bien mi hijo, puesto que yo no los he tenido. Ya sabéis, siempre ocupado en los negocios, no he podido nunca disponer de cinco minutos para casarme.

—¡Con un minuto basta —respondió gravemente Van Mitten—, y a veces sobra!

—Encontraremos, pues, a Ahmet en Odesa —replicó Kerabán—. Es un guapo muchacho... eso sí, detesta los negocios; es un poco poeta, algo artista, pero agradable en extremo; no se parece a su tío, y le obedece sin replicar... Vamos a Odesa con motivo de su casamiento.

—¿De su casamiento...?

—¡Sin duda! Ahmet se casa con una joven muy linda, llamada Amasia, hija

de mi banquero Selim, que es, como yo, un verdadero turco. ¡Tendremos magníficas fiestas, a las que asistiréis!

—Pero... yo hubiera preferido... —dijo Van Mitten, que deseaba hacer una última objeción.

—Nada, ya está convenido. No tendréis la pretensión de resistirme, ¿no es verdad?

—Aunque quisiera... —respondió Van Mitten.

—No podríais hacerlo.

En este instante, Scarpante y el capitán maltés, que se paseaban por el centro de la plaza, se aproximaron. Kerabán decía entonces a su compañero:

—Está decidido; a más tardar, dentro de seis semanas saldremos ambos en dirección a Odesa.

—¿Y cuándo tendrá lugar el casamiento? —preguntó Van Mitten.

—En seguida que lleguemos —respondió Kerabán.

Yarhud dijo al oído de Scarpante:

—¡Seis semanas! ¡Tenemos tiempo para obrar!

—Sí; pero cuanto más pronto, mejor —respondió Scarpante—. No olvides, Yarhud, que antes de seis semanas el señor Saffar se hallará de regreso en Trebisonda.

Ambos continuaron su paseo con oído alerta y ojo avizor. Entre tanto Kerabán continuaba en conversación con Van Mitten, al cual le decía lo siguiente:

—Mi amigo Selim, siempre con prisas, y mi sobrino Ahmet, más impaciente todavía, querían terminar el casamiento inmediatamente. Tienen, en verdad, un motivo para ello, y es el de que la hija de Seüm debe casarse antes de cumplir los diecisiete años, si no quiere perder algo así como cien mil libras turcas que una vieja loca, tía suya, la ha legado con esa condición; pero la niña no cumple los diecisiete años hasta dentro

de seis semanas, por lo cual les he hecho entrar en razón diciéndoles; «Tanto si os conviene, como si no, el casamiento no tendrá lugar antes de los últimos días del próximo mes».

—¿Y vuestro amigo Selim ha quedado convencido? —preguntó Van Mitten.

—Naturalmente.

—¿Y el joven Ahmet?

—Menos fácilmente, porque adora en extremo a la bella Amasia, y yo se lo apruebo; pero no ocupándose, como no se ocupa, de los negocios, tiene tiempo de sobra, ¿no es cierto...? Vos, amigo Van Mitten, debéis hallaros al corriente de todo eso; vos, que os habéis casado con la señora Van...

—Sí, amigo Kerabán —dijo el holandés—: pero hace tanto tiempo de eso... que apenas lo recuerdo.

—De todos modos, amigo Van Mitten, había olvidado que, si bien en Turquía se lleva muy a mal que se pregunte a un turco por la salud de cualquiera de las mujeres de su harén, no sucede lo mismo respecto a un extranjero... ¿Cómo se halla, pues, la señora Van Mitten...?

—¡Muy bien..., muy bien! —respondió el aludido, a quien la cortesía de su amigo no producía el menor efecto—. Sí... muy bien... siempre algo delicada... ya sabéis..., las mujeres...

—¡No, yo no sé nada! —respondió, riendo, Kerabán—. ¡Yo conocer las mujeres... nunca...! ¡Los negocios, y solamente los negocios! Eso sí; preguntadme por el tabaco de Macedonia para nuestros fumadores de cigarrillos; por el de Persia, para los aficionados a fumar en narguiles. Preguntadme después por mis corresponsales de Salónica, Erzurum, Latakia, Bafra, Trebisonda, y, por último, por mi amigo Van Mitten de Rotterdam... ¡Ah...!, Desde hace treinta años no he hecho otra cosa que expedir fardos de tabaco a todos los rincones del mundo.

—¡Sin contar con el que os habéis fumado! —dijo Van Mitten.

—En efecto... ¡puede asegurarse que he arrojado tanto humo por entre mis labios como el que pueda arrojar la mejor chimenea de una fábrica movida al vapor...! Después de todo, ¿conocéis algún otro placer que le iguale?

—No por cierto, amigo Kerabán.

—Hace cuarenta años que fumo, y soy desde entonces completamente fiel a mi chibuquí y a mi narguile; ése es todo mi harén, pues no hay, a buen seguro, una mujer que valga lo que vale una pipa de *tombeki*.

—Soy de vuestra opinión —respondió el holandés.

—Bueno —continuó Kerabán—; y ahora, ya que me pertenecéis, no os abandono; mi caique vendrá a buscarme para atravesar el Bósforo y conducirme a mi quinta de Scutari, donde comeremos.

—Es que yo...

—Os digo que vendréis, ¿o vais a hacer ahora cumplimientos conmigo?

—Nada de eso, amigo Kerabán; os pertenezco en cuerpo y alma, y acepto.

—Ya veréis —dijo Kerabán—, ya veréis cuán deliciosa y encantadora es la morada que me he hecho construir bajo los oscuros cipreses, en medio de la colina de Scutari, dando vistas al Bósforo y a todo el panorama de Constantinopla. ¡Ah, la verdadera Turquía se halla sobre esa costa asiática! El terreno que ahora pisamos puede llamarse europeo; pero aquel que desde aquí divisamos, es asiático, y no hay miedo de que nuestros modernos turcos implanten en él sus ideas progresistas, que parecerían ahogadas al tratar de atravesar el Bósforo... Pero basta de eso, y dispongámonos a partir, ya que es cosa convenida que comáis en mi compañía.

—¡Hacéis de mí cuanto queréis!

—Y es preciso que os resignéis a ello... Pero, ¿dónde está Nizib? ¡Eh, Nizib, Nizib!

Éste, que paseaba en compañía de Bruno, oyó la voz de su amo, y ambos acudieron al llamamiento.

—Ese «caidji» —preguntó Kerabán—, ¿no acaba nunca de llegar con su caique?

—¿Con su caique? —respondió Nizib.

—Concluiré por hacer que te propinen cien palos —exclamó Kerabán.

—Vamos... vamos —interrumpió Van Mitten.

—¡Cómo que vamos...! ¡Le haré dar ochocientos!

—¡Pero..., señor! —dijo Bruno.

—Mil le haré dar, si hay alguien que me contraríe.

—Señor —respondió Nizib—, veo desde aquí a vuestro caique, que acaba de doblar la punta del Serrallo; antes de diez minutos estará atracado junto a la escalera de Top-Tané.

Mientras Kerabán pateaba de impaciencia, asido del brazo de Van Mitten, Yarhud y Scarpante no cesaban de observarlo.

Capítulo IV

EN EL QUE KERABÁN, MÁS OBCECADO QUE NUNCA, SE LAS TIENE TIESAS CON LAS AUTORIDADES OTOMANAS

Por fin llegó el *caidji* y previno a Kerabán que su caique le aguardaba al pie de la escalera.

En las aguas del Bósforo y del Cuerno de Oro se cuentan los *caidjis* por millares, y sus barcas, movidas por dos remos y afectando la misma aguda forma, tanto en su proa como en su popa, con objeto de moverse en ambos sentidos, se asemejan a enormes patines contruidos de planchas de haya o de ciprés, y esculpidos o pintados en su interior. Es realmente maravilloso ver cómo se deslizan sobre las aguas aquellas esbeltas embarcaciones, y cómo se cruzan y se adelantan unas a otras en aquel magnífico estrecho que separa el litoral de los dos continentes. La importante corporación de los *caidjis* se halla encargada de hacer el servicio desde el mar de Mármara hasta más allá del Castillo de Europa y del de Asia, que se dan frente hacia el Norte del Bósforo.

Los *caidjis*, que, por regla general son buena gente, van vestidos con un «burudjuk» especie de camisa de seda, un *yelck* de vivos colores, salpicado de bordados de oro, y un calzón corto de algodón blanco; cubren su cabeza con el clásico fez; calzan sus pies con los consabidos *yemenis* y, por último, dejan al desnudo sus membrudos brazos y sus nervudas piernas.

El *caidji* de Kerabán, que era el mismo que todas las tardes le conducía a Scutari, y por las mañanas le volvía a Constantinopla, fue recibido por su señor de un modo nada agradable; pero el flemático marinero, que conocía perfectamente el carácter de su cliente, quien, por otra parte, le recompensaba muy bien su trabajo, le dejó gritar cuanto quiso, contentándose con mostrar el caique amarrado en la escalera.

Kerabán, acompañado de Van Mitten y seguido de Bruno y Nizib, se dirigía ya hacia la embarcación, cuando, observando cierto movimiento en la

multitud que llenaba la plaza de Top-Hané, detuvo el paso, diciendo:

—¿Qué es lo que pasa?

El jefe de policía del barrio de Galata, rodeado de guardias que se abrían paso por entre la multitud, llegaba en aquel instante a la plaza. Un tambor y un trompeta le acompañaban; produjo el primero un redoble y dejó oír el segundo un toque de llamada produciéndose poco después el más profundo silencio entre aquella masa de gente, compuesta de elementos heterogéneos, tanto asiáticos como europeos.

—Vamos, algún otro pregón inicuo, sin duda —murmuró Kerabán, con el acento de quien tiene la intención de mantenerse en su derecho en todas partes y por encima de todos.

El jefe de policía sacó un papel, en el que se veían los sellos reglamentarios, y en alta voz leyó la siguiente orden:

—«Por orden del Muchír, presidente del Consejo de policía, se establece desde hoy un impuesto de diez paras por cada persona que quiera atravesar el Bósforo para ir de Constantinopla a Scutari o de Scutari a Constantinopla, bien sea en los caiques o en cualquier otra embarcación de vela o de vapor. Los contraventores del expresado impuesto serán castigados con las penas de prisión y de multa.

»Dado en palacio a 16 del presente mes—. Firmado.— El Muchir».

Prolongados murmullos de descontento, acogieron la lectura del nuevo impuesto, que equivalía aproximadamente a cinco céntimos de peseta por cada individuo.

—¡Otro nuevo impuesto! —murmuró un viejo turco que debiera ya estar acostumbrado a los caprichos financieros del Bajá.

—¡Diez paras..., el precio de media taza de café! —exclamó otro.

El jefe de policía, que sabía perfectamente que después de murmurar concluiría por pagar todo el mundo, como sucede en todas partes, se disponía a abandonar la plaza, cuando Kerabán se adelantó hacia él diciéndole:

—¿Conque un nuevo impuesto para todos aquellos que quieran atravesar

el Bósforo?

—Por mandato del Muchir —respondió el jefe de policía. Después añadió con acento de sorpresa—: ¡Cómo! ¿Es el rico Kerabán quien reclama...?

—Sí, señor, es el rico Kerabán.

—¿Y cómo os halláis de salud?

—Tan bien... como vuestros impuestos. Pero, vamos a ver, ¿esa orden es ejecutiva?

—Sin duda alguna.

—¿Y si yo quiero ir esta tarde... a Escutari, según tengo por costumbre, en mi caique?

—Pagaréis diez paras.

—De modo que, como atravieso dos veces el Bósforo cada día...

—Os costará veinte paras diarios —respondió el jefe de policía—. Después de todo, eso es una bagatela para un hombre tan rico como vos.

—¿De veras, eh?

—Mi amo —murmuró Nizib al oído de Bruno— va a meterse en un mal negocio.

—¡Pero es de esperar que ceda!

—¡Ceder, él...! —dijo el enjuto Nizib—. ¡Veo que no le conocéis!

Kerabán, cruzado de brazos y mirando cara a cara al jefe de policía, dijo a este último con acento de mal encubierta cólera:

—Eso está bien, pero mi *caidji* acaba de avisarme que su caique se halla a mi disposición, y, comoquiera que me acompaña también mi amigo Van Mitten, su criado y el mío...

—Hará justa la cuenta de cuarenta paras —respondió el jefe de policía—. Y os repito que os sobran medios para pagar una suma tan insignificante.

—Que yo tenga o no medios para pagar cuarenta paras, y ciento, y mil, y cien mil, y hasta quinientos mil, eso no es cuenta de nadie; pero os prometo que no pagaré y que, a pesar de eso, pasaré al otro lado del Bósforo.

—Siento en el alma contrariar al señor Kerabán, pero le aseguro que no pasará sin pagar.

—Os digo que pasará.

—¡No!

—¡Sí!

—Amigo Kerabán —dijo Van Mitten, con el laudable propósito de hacer entrar en razón al más intratable de los hombres.

—Dejadme en paz, Van Mitten —respondió Kerabán con irritado acento—. El impuesto es inicuo y vejatorio, y nadie debe someterse a él. ¡Ah! El Gobierno de los antiguos turcos no hubiera jamás osado imponer una tasa semejante a los caiques del Bósforo.

—Pero el Gobierno de los turcos modernos —respondió el jefe de policía— tiene necesidad de dinero y no ha vacilado en imponerla.

—¡Eso, ya lo veremos! —respondió Kerabán.

—¡Guardias! —dijo el jefe de policía dirigiéndose a los soldados que le acompañaban—. Vosotros quedáis encargados de hacer cumplir la nueva orden.

—Venid, Van Mitten —replicó Kerabán, golpeando fuertemente el suelo con uno de sus pies—, ¡venid, Bruno; y tú, Nizib, síguenos!

—Acordaos que son cuarenta paras —dijo el jefe de policía.

—¡Cuarenta palos! —exclamó Kerabán, cuya irritación había ya llegado al colmo.

Pero en el momento en que se dirigía hacia la escalera de Top-Hané, los guardias le rodearon y se vio precisado a retroceder.

—¡Dejadme! —gritaba, resistiendo a los guardias—. ¡No me toquéis! ¡Juro por Alá que he de pasar sin sacar un solo para de mi bolsillo!

—¡Y yo os digo —respondió el jefe de policía, que comenzaba ya a enfurecerse— que por donde pasaréis será por la puerta de la prisión y que, además, pagaréis una buena multa si queréis salir de ella!

—¡Iré a Scutari!

—No será atravesando el Bósforo, y como no hay otro medio de verificarlo...

—¿Lo creéis así? —respondió Kerabán apretando los puños y con el semblante rojo por la cólera—. ¿Lo creéis así? Pues bien, iré a Scutari, y no atravesaré el Bósforo y no pagaré...

—¿De veras...?

—¡Sí, señor...!, ¡aunque deba dar la vuelta al mar Negro!

—¡Setecientas leguas, para economizar diez paras! —exclamó el jefe de policía, con acento de duda.

—¡Setecientas leguas, mil, diez mil, cien mil! —respondió Kerabán—. ¡Aunque no se tratara de cinco paras, sino de uno solo!

—Pero..., amigo mío —dijo Van Mitten.

—¡Ya os he dicho que me dejéis en paz! —repuso Kerabán, rechazando la intervención de su amigo.

—¡Vaya! —dijo Bruno—. ¡Ya la hemos hecho buena...!

—¡Y atravesaré Turquía, el Quersoneso, el Cáucaso, la Anatolia y llegaré a Scutari sin haber pagado un solo para de vuestro inicuo impuesto!

—¡Eso, ya lo veremos! —repuso el jefe de policía.

—¡Está ya visto! —exclamó Kerabán fuera de sí—. ¡Y partiré hoy mismo!

—¡Diablo! —dijo el capitán Yarhud, dirigiéndose a Scarpante, que no había perdido una palabra de aquella inesperada discusión—. ¡Todo esto podría muy bien estorbar nuestros planes!

—En efecto —respondió Scarpante—; por poco que ese endiablado testarudo persista en su proyecto, pasará por Odesa, ¡y si una vez allí se le antoja que el matrimonio de su sobrino se lleve a efecto...!

—¡Pero...! —dijo Van Mitten, tratando una vez más de impedir que su amigo Kerabán cometiese una locura semejante.

—¡Dejadme, os digo!

—¿Y el matrimonio de vuestro sobrino Ahmet?

—¡Bueno estoy yo ahora para matrimonios!

Scarpante, llevándose entonces aparte a Yarhud, le dijo:

—¡No podemos perder una hora!

—En efecto —respondió el capitán maltés—; mañana mismo partiré hacia Odesa en el tren de Andrinópolis.

Y ambos se retiraron.

Entre tanto, Kerabán, volviéndose bruscamente hacia su criado, le decía:

—¡Nizib!, sígueme; vamos a mi despacho.

—¡Al despacho! —respondió Nizib.

—¡Y vos también, Van Mitten! —añadió Kerabán.

—¿Yo?

—Igualmente vos, Bruno; partiremos juntos.

—¡Cómo! —dijo Bruno, todo oídos.

—¡Claro está!. He invitado a comer en Scutari a Van Mitten, ¡y por Alá que allí habremos de comer a nuestra vuelta!

—¿Y no podría ser antes? —respondió el holandés, bastante desconcertado.

—No será antes de un mes o de un año, o de diez —replicó Kerabán, con acento que no admitía la menor contradicción—. Habéis aceptado mi mesa, y en ella tenéis que comer.

—Pues a fe que ya habrá tiempo para que se enfríe la comida que en ella sirvan —murmuró Bruno.

—Permitidme que os haga observar, amigo Kerabán...

—No permito nada, Van Mitten; venid.

Y Kerabán dio algunos pasos hacia el fondo de la plaza.

—No hay medio de resistir a ese hombre endiablado —dijo Van Mitten a Bruno.

—¡Cómo, señor! ¿Vais a ceder a semejante capricho?

—Que permanezca aquí o que me vaya a otra parte, me da lo mismo, desde el momento en que he abandonado Rotterdam.

—Pero...

—Y ya que sigo a mi amigo Kerabán, no podrás hacer nada mejor sino seguirme.

—¡Vaya una complicación!

—Partamos —dijo Kerabán.

Y dirigiéndose una última vez al jefe de policía, cuya sonrisa burlona le exasperaba cada vez más, le dijo:

—Voy a partir; pero, a despecho de todas vuestras órdenes, iré a Scutari sin haber atravesado el Bósforo.

—Y yo tendré un verdadero placer en asistir a vuestra llegada, después de un viaje tan curioso —respondió el jefe de policía.

—¡No será menor mi alegría al encontraros a mi regreso!

—Pero os prevengo —añadió el jefe de policía— que si el impuesto se halla entonces todavía en vigor...

—¿Qué sucederá?

—Sucederá que no os dejaré pasar el Bósforo para volver a Constantinopla, a menos que no paguéis diez paras por persona.

—Y yo os contesto que si para entonces ese inicuo impuesto se halla todavía en vigor, ¡sabré volver a Constantinopla sin sacar un solo para de mi bolsillo!

Y esto diciendo, Kerabán se asió del brazo de Van Mitten, hizo un signo a Bruno y Nizib para que le siguiesen, y desapareció entre la multitud, que aclamaba a su paso a aquel partidario del antiguo partido turco, tan tenaz en la defensa de sus derechos.

En aquel instante un cañonazo retumbó a lo lejos. El sol acababa de ocultarse en el horizonte del mar de Mármara, y, una vez terminado el ayuno del Ramadán, los fieles súbditos del Bajá podían desquitarse de las abstinencias del día.

De repente, y cual si un genio misterioso hubiera extendido su varita mágica sobre la ciudad, Constantinopla se transformó por completo. Al silencio que antes reinaba en la plaza de Top-Hané sucedieron gritos de alegría y hurras de placer. Los cigarrillos, los chibuquies y los narguiles se encendieron y llenaron el ambiente con el azulado humo que producían. Los cafés se llenaron bien pronto de parroquianos, cuyo apetito corría parejas con el deseo de remojar sus gargantas. Asados de todas clases, yogur, leche cuajada, *kaimak*, especie de crema cocida, kebab, lonjas de carnero cortadas en menudos pedazos, galletas de *baklava* acabadas de salir del horno, albóndigas de arroz envueltas en pámpanos, mazorcas de maíz cocido, barriles de aceitunas negras, cubas de caviar, *pilaws* de pollo, tortas de miel, jarabes, sorbetes, café y, en fin, todo cuanto en Oriente se come y se bebe, apareció sobre las mesas de los establecimientos. Las pequeñas lámparas, suspendidas a una espiral de cobre, subían y bajaban a impulso del dedo pulgar de los *cawadjís*, que las ponían en movimiento.

Después la antigua ciudad y los barrios nuevos se iluminaron como por encanto. Las mezquitas de Santa Sofía, la Suleimanieh, Sultán Ahmed; todos los edificios religiosos o civiles, desde el Serrallo hasta las colinas Eyub, se coronaron de luces multicolores. Versículos luminosos tendidos

de un minarete a otro trazaban los preceptos del Corán sobre el sombrío fondo del cielo. El Bósforo, surcado de caiques con farolillos, caprichosamente mecidos por las aguas, despedía reflejos, como si las estrellas del firmamento hubiesen caído en su fondo. Los palacios construidos en sus orillas, las casas de campo de la orilla asiática y de la de Europa; Scutari, la antigua Crisópolis, y sus casas, escalonadas en anfiteatro, no presentaban más que líneas de fuego, duplicadas al reflejarse en las aguas.

Resonaba a lo lejos la pandereta, la *luta* o guitarra, el taburka, el rabel y la flauta, mezclados con los cantos de las oraciones salmodiadas a la caída del día. Desde lo alto de los minaretes, los muecines, con voz que se prolongaba sobre tres notas, hicieron una última llamada para que la ciudad, ya en fiesta, rezase la oración de la tarde formada de una palabra turca y dos árabes: *¡Allah hoekk kébir!* (Alá es grande).

Capítulo V

EN EL QUE KERABÁN ABANDONA CONSTANTINOPLA DESPUÉS DE DISCUTIR A SU MANERA EL MODO CÓMO ÉL ENTIENDE LOS VIAJES

La Turquía Europea comprende en la actualidad tres divisiones principales; Rumelia (Tracia y Macedonia), Albania, Tesalia y a más una provincia tributaria, Bulgaria. Después del tratado de 1878, el reino de Rumania (Moldavia, Valaquia y Dobrudja) y los principados de Servia y de Montenegro han sido declarados independientes; Austria ocupa Bosnia, excepto el sanjacado de Novi-Bazar.

Desde el momento en que Kerabán pretendía seguir el perímetro del mar Negro iba primeramente a desenvolver su itinerario sobre el litoral de Rumelia, Bulgaria y Rumania para llegar a la frontera rusa.

Desde allí, a través de Besarabia, el Quersoneso, la Táurida, o sea el país de los cherkeses, del Cáucaso y de la Transcaucasia, dicho itinerario contornaría la costa septentrional y oriental de Ponto Euxino, hasta los límites que separan a Rusia del Imperio otomano.

En seguida, por el litoral de Anatolia, al Sur del mar Negro, el más testarudo de los osmanlíes llegaría por el Bósforo a Scutari sin haber pagado el nuevo impuesto.

En realidad, era un trayecto de seiscientos cincuenta *agatchs* turcos, que equivalen aproximadamente a dos mil ochocientos kilómetros, o (contando por leguas otomanas) la distancia que recorre un caballo de carga al paso ordinario, que es un trayecto de setecientas leguas de veinticinco al grado. Así, pues, del 17 de agosto al 30 de setiembre, median cuarenta y cinco días. Por lo tanto, había que recorrer quince leguas cada veinticuatro horas, si querían estar de vuelta el 30 de setiembre, que era el plazo fijado para el matrimonio de Amasia, sin lo cual esta última no se encontraría en las determinadas condiciones para cobrar las cien mil libras de su tía. En suma, por muy bien que se diera el viaje, su convidado y él no se sentarían a la mesa de la casa de campo, donde la comida les aguardaba,

antes de transcurridos cuarenta y cinco días.

Sin embargo, empleando medios de transporte rápidos, tales como los que ofrecen los diversos trayectos de ferrocarril, hubiese sido fácil ganar tiempo, y abreviar la longitud del viaje.

De este modo, saliendo de Constantinopla, un tren conduce a Andrinópolis, y, desde allí, a Yambol. Más al norte, el tren de Varna a Rustchuk se une a los de Rumania, y éstos, prolongándose el itinerario a través de la Rusia meridional, por Yassy, Kishinev, Kharkov, Taganrog y Najichevan, vienen a concluir en la montaña del Cáucaso. Finalmente, un ramal de Tiflis a Poti conduce, desde el litoral del mar Negro, hasta la frontera turco-rusa. Después, por la Turquía Asiática no se encuentra ninguna vía férrea hasta Brusa; pero desde allí hay todavía un último ramal que concluye en Scutari.

Pero sobre dicho punto era tarea imposible el convencer a Kerabán. Introducirse él en un vagón de ferrocarril, sacrificarse así a los progresos de la industria moderna, él, un antiguo turco, que desde hacía cuarenta años resistía con todo su poder a las invasiones de las invenciones europeas. ¡Jamás! Hubiera hecho el viaje a pie antes que ceder sobre ese punto. Así que, la tarde misma, Van Mitten y él llegaron al despacho de Galata y tuvieron sobre ese punto un principio de discusión. A las primeras palabras que el holandés dijo sobre los trenes otomanos y rusos, Kerabán respondió primeramente alzándose de hombros, y luego rechazando categóricamente esos medios de locomoción.

—Sin embargo... —repuso Van Mitten, que creyó deber insistir por pura forma, pero sin esperanza de convencer a su huésped.

—Cuando yo digo que no, es que no —replicó Kerabán—. Me pertenecéis; sois, además, mi convidado; por lo tanto, me encargo de vos, y no tenéis que hacer otra cosa sino dejaros llevar.

—Sea —respondió Van Mitten—. Sin embargo, a falta de trenes puede ser que haya otro medio más sencillo de transporte para Scutari, sin franquear el Bósforo; pero también sin rodear el mar Negro.

—¿Y cuál? —preguntó Kerabán, frunciendo el entrecejo—. Si este medio es bueno, lo acepto; si es malo, lo rechazo.

—Es excelente —respondió Van Mitten.

—¡Hablad pronto! Aún tenemos que hacer los preparativos de viaje, y no hay que perder una hora.

—Helo aquí, amigo Kerabán: vayamos a uno de los puertos más próximos a Constantinopla en el mar Negro, fletemos un vapor...

—¡Un vapor! —exclamó Kerabán, a quien la palabra vapor tenía el don de poner fuera de sí.

—No..., un barco..., un simple barco de vela —se apresuró a decir Van Mitten—, un jabeque, una tartana, un cárabo, y hagamos rumbo para uno de los puertos de la Anatolia, Kirpe, por ejemplo. Una vez sobre este punto del litoral, llegaremos tranquilamente por tierra a Scutari, en donde beberemos a la salud del Muchir.

Kerabán había dejado hablar a su amigo sin interrumpirle. Puede que creyese Van Mitten que su amigo iba a dar buena acogida a su proposición, muy aceptable por otra parte, pues que salvaba todas las cuestiones de amor propio.

Pero, el anuncio de esta proposición, la vista de Kerabán se animó, sus dedos se plegaron y desplegaron sucesivamente, llegando por fin a apretar sus puños, de manera que Nizib hubiera encontrado poco segura para él.

—¿Lo que me aconsejáis, Van Mitten, es, en suma, embarcarme en el mar Negro para no pasar por el Bósforo?

—Eso sería una buena jugada, según creo —respondió Van Mitten.

—¿Habéis oído hablar alguna vez —repuso Kerabán— de cierto género de enfermedad que se llama mareo?

—Sin duda, amigo Kerabán.

—¿Y no lo habéis tenido nunca, sin duda?

—¡Jamás! Pero, tratándose de una travesía tan corta...

—¿Tan corta? —replicó Kerabán—. ¿Decís que es corta la travesía?

—¡Apenas setenta leguas!

—¡Aunque hubiese cincuenta, veinte, diez, cinco! —exclamó Kerabán, en quien la contradicción empezaba, como siempre, a sobreexcitarle—. Ni aunque hubiese dos, ni una, eso sería demasiado para mí.

—Queréis, por lo tanto, reflexionar...

—¿Conocéis el Bósforo?

—Sí.

—Apenas tendrá media legua de ancho por el lado de Scutari...

—En efecto.

—Pues bien, Van Mitten, por ligera brisa que haga, me mareo en mi caique.

—¿Os mareáis?

—¡Me marearía en un estanque, en una bañera! Osad, pues, hablarme de tomar ese partido. Osad proponerme fletar un jabeque, una tartana, un cárabo, u otra clase de las pesadas máquinas de esa especie. ¡Osadlo!

No es necesario decir que el digno holandés no osó tal cosa, y que la cuestión de una travesía por mar se abandonó por completo.

Pero, ¿cómo efectuarían el viaje? Las comunicaciones son no poco difíciles, al menos en Turquía, propiamente dicha, por más que no sean de todo punto imposibles. Se hallan relevos de posta en los caminos ordinarios, y nada se opone al viajero a caballo, con provisiones, campamento, cantina y bajo la dirección de un guía, si es que no se quiere seguir al Tatar, es decir, al correo encargado del servicio postal; pero como dicho correo no debe emplear más que un tiempo limitado en ir de un punto a otro, el seguirle es muy fatigoso, por no decir impracticable, a quien no tiene la costumbre de esos largos trayectos.

No es necesario decir que Kerabán abandonó por completo este medio, para dar la vuelta al mar Negro. Él no iría muy de prisa, pero sí cómodamente. Sería cuestión de dinero, lo cual no era para asustar a un

rico negociante del barrio de Galata.

—Bien —dijo Van Mitten resignado del todo—; puesto que no viajamos ni por ferrocarril, ni en barco, ¿cómo viajaremos, amigo Kerabán?

—En silla de posta.

—¿Con vuestros caballos?

—Con caballos de relevo.

—Eso, si los encontráis durante el trayecto...

—Se encontrarán.

—¡Pero os costará caro!

—¡Me costará lo que me cueste! —respondió Kerabán, que empezaba a animarse.

—No los tendréis por menos de mil libras turcas y tal vez por mil quinientas.

—Y bien, ¿qué? ¡Miles, millones! —exclamó Kerabán—. ¡Sí, millones, si es necesario! ¿Tenéis más objeciones que hacer?

—No —respondió el holandés.

—Ya era tiempo.

Estas últimas palabras fueron dichas con un tono tal que Van Mitten tomó la resolución de callarse.

Aunque también hizo observar a su imperioso huésped que semejante viaje necesitaría cuantiosos gastos; que aguardaba de Rotterdam una suma muy considerable, la cual pensaba depositarla en el Banco de Constantinopla; que momentáneamente no tenía más dinero, y que... etc., etc.

Después de este *etcétera*, el holandés se calló, e hizo bien.

Si Kerabán no poseyera un antiguo coche de fabricación inglesa, puesto ya a toda prueba, hubiera tenido que hacer este largo viaje con la *araba* turca, arrastrada frecuentemente por bueyes. Pero la antigua silla de

posta, con la que había hecho el viaje a Rotterdam, estaba en la cochera y en perfecto estado.

Dicho coche estaba convenientemente dispuesto para tres viajeros; entre los resortes del juego delantero se sustentaba una enorme caja de provisiones y bagajes; detrás de la caja del coche había un segundo cofre, en el cual había establecido un cabriolé, y sobre el que podían sentarse muy bien dos criados. Este vehículo debía ser conducido por un postillón, pues no tenía asiento para cochero.

Todo esto parecía algo antiguo de forma, y tendrán motivo para reírse los entendidos en la construcción de coches modernos; pero el vehículo era sólido, colocado sobre buenos ejes, ruedas de anchas llantas y gruesos radios, y suspendido por muelles de acero de primera calidad, ni muy blandos ni muy duros, capaces de resistir las desigualdades de los caminos apenas trazados a través de los campos.

Así, pues, Van Mitten y su amigo Kerabán ocuparían el fondo del confortable vehículo, provisto de cristales y cortinillas, y Bruno y Nizib encaramados en el cabriolé, en cuya parte anterior se levantaba un bastidor con su correspondiente cristal; con tal aparato de locomoción hubieran podido ir a China. Por fortuna, el mar Negro se extendía hasta el litoral del Pacífico, pues de otra suerte es muy posible que Van Mitten hubiese trabado conocimiento con el Celeste Imperio. Los preparativos empezaron inmediatamente. Si Kerabán no podía partir la misma noche, tal como lo había dicho en el calor de la discusión, al menos quería ponerse en camino a la mañana siguiente, al rayar el alba.

Pero como no tenía más que una noche para arreglar todos los preparativos y todos los negocios, los empleados del despacho, en el momento en que se disponían a partir para reponerse de las abstinencias del día, se vieron detenidos por su jefe para dejar terminadas todas las operaciones. Por otra parte, quien prestaba en estos momentos más actividad era Nizib.

En cuanto a Bruno, debió volver al *Hotel de Pesth*, situado en la calle Mayor de Pera, donde ambos habitaban desde por la mañana, con el fin de hacer transportar al despacho todo su equipaje. El obediente holandés a quien su amigo no perdía de vista, no hubiera osado dejarle un solo instante.

—¿Estáis ya bien decidido, señor? —dijo Bruno en el momento en que iba a salir del despacho.

—Con ese diablo de hombre, ¿qué otra cosa voy a hacer? —respondió Van Mitten.

—¿Vamos a dar la vuelta al mar Negro?

—¡A menos que mi amigo Kerabán no cambie de opinión en el camino, lo cual no es posible!

—¡De todas las cabezas de turco que hay en las ferias para medir la fuerza aplicada por los puños —respondió Bruno—, creo que no hay una tan dura como la del señor Kerabán!

—Tu comparación, si no es respetuosa, por lo menos es muy justa, Bruno —replicó Van Mitten—. ¡Tendré buen cuidado de no dar con el puño sobre esa cabeza, pues seguramente me lo rompería!

—¡Yo que esperaba descansar en Constantinopla, señor! —repuso Bruno—. ¡Yo que soy tan poco amigo de viajar...!

—Esto no es un viaje, Bruno —respondió Van Mitten—; es simplemente un nuevo camino que mi amigo Kerabán toma para ir a comer a su casa.

Este modo de tergiversar las cosas no calmó en nada a Bruno. A él no le gustaban los movimientos, e iba a moverse durante semanas, y aún meses, a través de países que nada le interesaban, pero que, según su preocupación, eran más peligrosos que otra cosa. Después, con las fatigas continuas de este largo trayecto, llegaría a enflaquecer, y, por consiguiente a perder su peso normal (¡ciento sesenta y siete libras!), del que se mostraba orgulloso.

Acercóse por fin al oído de su señor para repetirle una vez más su lamentable cantinela:

—¡Caeréis enfermo, señor, os lo repito, caeréis enfermo!

—¡Ah, eso de seguro! —respondió el holandés—; pero ve a buscar mis bagajes, mientras yo compro una *Guía* para estudiar los diversos países, y un cuaderno para anotar mis impresiones; después vendrás aquí, Bruno, y descansarás...

—¿Cuándo?

—Cuando hayamos dado la vuelta al mar Negro, puesto que es nuestro destino el darla.

Al fin de esta reflexión fatalista, de la que un musulmán no hubiera hecho caso, Bruno, bajando la cabeza, salió del despacho, dirigiéndose al hotel. Verdaderamente, este viaje no le presagiaba nada bueno.

Dos horas después volvía cargado de carteras, con sus correspondientes corchetes sin montantes, y colgadas a la espalda por fuertes tirantes. Venía acompañado de uno de esos indígenas, vestidos con una tela parecida al fieltro, medias de lana, cubierta su cabeza con un gorro bordado de sedas multicolores y calzados con gruesos zapatos; en una palabra, uno de esos alhameles que Théophile Gautier ha designado con el justo nombre de camellos de dos pies, sin jorobas.

Sin embargo, a éste no le faltaba la joroba, gracias a los numerosos bultos de viaje que sobre la espalda llevaba. Todos éstos fueron depositados en el patio del despacho, comenzándose a cargar la silla de posta, que había sido ya sacada de la cochera.

Mientras tanto, Kerabán, como cuidadoso negociante, ponía en orden sus asuntos. Revisaba el estado de sus libros de comercio, daba las instrucciones necesarias al jefe de los empleados, escribía algunas cartas, y tomaba para el viaje una gruesa suma en oro, pues el papel-moneda había perdido su valor desde 1862, y, por consiguiente, no tenía curso.

Teniendo necesidad de cierta cantidad en moneda rusa, para la parte del trayecto que recorrerían del Imperio moscovita, su intención era pasarse por casa de su amigo el banquero Selim, donde cambiaría sus libras otomanas, puesto que el itinerario le obligaba a pasar por Odesa.

Los preparativos se acabaron rápidamente. Los cofres del carruaje se cargaron de provisiones. Algunas armas fueron depositadas en el interior, pues no sabían lo que podía suceder, y era necesario prevenirse a todo evento. Tampoco olvidó Kerabán dos narguiles, uno para Van Mitten y otro para él, utensilios indispensables para un turco que al mismo tiempo es negociante en tabacos.

En lo concerniente a los caballos, habían sido encargados la noche misma y debían estar dispuestos al amanecer. Desde medianoche hasta rayar el alba quedaban algunas horas, que se consagraron primeramente a comer y después al reposo. A la mañana siguiente, cuando Kerabán los despertó, todos saltaron de la cama para ponerse el traje de viaje.

La silla de posta enganchada, todo arreglado y el postillón en la silla, no aguardaba más que a los viajeros.

Kerabán renovó sus últimas instrucciones a los empleados del despacho.

No faltaba más que partir.

Van Mitten, Bruno y Nizib aguardaban silenciosamente en el anchuroso patio del despacho.

—¿Estáis decidido? —dijo por última vez Van Mitten a su amigo Kerabán.

Éste, por toda respuesta, le mostró el coche, cuya portezuela estaba abierta.

Van Mitten se inclinó, puso el pie en el estribo, y se sentó a la izquierda de la berlina. Kerabán se instaló a su lado. Nizib y Bruno treparon al cabriolé.

En el momento en que el vehículo iba a abandonar el despacho, dijo Kerabán:

—¡Ah, mi carta!

Y bajando la ventanilla, extendió a uno de los empleados una carta que le ordenó mandara al correo aquella misma mañana.

Esta carta iba dirigida al cocinero de la ciudad de Scutari, y no contenía más que estas palabras:

«Comida preparada a mi vuelta. Modificad el menú: sopa de leche cuajada, paletilla de camero con especias. Sobre todo, que esté poco cocido».

Después la silla de postas se puso en marcha y recorrió las calles del barrio, atravesó el Cuerno de Oro, sobre el puente de la Sultana, y salió de la ciudad por Jeni-Kapussi, la Puerta Nueva.

¡Kerabán ha partido! ¡Que Alá le proteja!

Capítulo VI

LOS VIAJEROS EMPIEZAN A SUFRIR ALGUNAS DIFICULTADES, PRINCIPALMENTE EN EL DELTA DEL DANUBIO

Bajo el punto de vista administrativo, la Turquía europea está dividida en gobiernos o departamentos, administrados por un valí, gobernador general, especie de prefecto nombrado por el Sultán. Los vilayatos se subdividen en sanjacados o distritos, regidos por un *mostesarif*; en *kazas* o cantones, administrados por un caimacán; en *nahies* o comunidades, con un mudir o alcalde electo. Es, poco más o menos, el sistema administrativo instituido en Francia.

En suma, Kerabán no debía tener comunicación con las autoridades de los vilayatos de Rumelia, que atraviesa el camino de Constantinopla a la frontera. Este camino es el que separaba menos del mar Negro y abreviaba mucho el trayecto.

Hacía un tiempo hermosísimo para viajar, una temperatura refrescada por la brisa del mar, que corría sin obstáculos a través de aquel país, bastante llano. En la parte meridional del Imperio otomano se desarrollaban campos de maíz, cebada, centeno y viñedos, que en dicha parte del Imperio crecen y prosperan de un modo envidiable; más adelante, bosques de robles, abetos, hayas y álamos blancos; más allá, agrupados en diversas direcciones, plátanos, árboles de Judas, laureles, higueras, algarrobos, y, en las porciones vecinas al mar, granados y olivos, idénticos a los de las latitudes de la Europa meridional.

Al salir por la Puerta de Yeni, la silla tomó el camino de Constantinopla a Chumla, de donde se separa un camino hacia Andrinópolis, por Kirk-Kilissé. Este camino sigue lateralmente y cruza, en muchos puntos, la vía que pone a Andrinópolis (segunda capital de la Turquía Europea) en comunicación con la metrópoli del Imperio otomano.

Precisamente, en el momento en que la silla cortaba, por decirlo así, la vía férrea, acertó a pasar un tren. Un viajero sacó rápidamente la cabeza por

la portezuela de su vagón, y pudo percibir el coche de Kerabán, vigorosamente arrastrado por sus caballos.

Este viajero era el capitán maltés Yarhud, en camino hacia Odesa, donde, gracias a la rapidez de los trenes, llegaría mucho antes que el tío del joven Ahmet.

Van Mitten no pudo contenerse y mostró a su amigo el convoy, desfilando a todo vapor.

Éste, siguiendo su costumbre, alzó los hombros.

—¡Pero, amigo Kerabán, se llega más pronto! —dijo Van Mitten.

—¡Cuando se llega! —respondió Kerabán.

Durante la primera mojada del viaje, no es necesario decir que no perdieron una hora. Con la ayuda del dinero no hubo jamás ninguna dificultad en los relevos de postas. Los caballos no se hacían de rogar para dejarse enganchar, ni los postillones para conducir un señor que tan generosamente pagaba.

Pasaron por Chataldjé, por Buyuk-Khan, por los límites de las pendientes de desagüe, por la villa de Corlu, por el pueblo de Yeni-Keni, después por el valle de Galeta, a través del cual, según la leyenda, se bifurcan canales subterráneos, que llevaban en otros tiempos el agua a la capital.

Llegada la tarde, la silla de posta se detuvo una hora solamente en el arrabal de Saray. Como las provisiones que llevaban en los cofres estaban destinadas más especialmente para las regiones en las que sería muy difícil procurarse los elementos para una regular comida, era necesario reservarlos. Comieron, pues, en Saray bastante bien, y continuaron el camino.

Puede ser que Bruno encontrase algo duro pasar la noche en el cabriolé; no así Nizib, que vio esta eventualidad como muy natural, durmiendo con un sueño tal que contagió a su compañero.

La noche se pasó sin incidentes, gracias a un largo y sinuoso sendero que formaba camino en los puntos próximos a Vize, lo bastante para evitar las rudas pendientes y los terrenos pantanosos de la carretera. Muy a pesar suyo, Van Mitten no vio aquella pequeña ciudad de siete mil habitantes,

enteramente ocupada por una población griega, y que es la residencia de un obispo ortodoxo. Por otra parte, él no iba a ver pero sí a acompañar al imperioso Kerabán, quien no se cuidaba mucho de recoger las impresiones del viaje.

Hacia las cinco de la tarde, después de haber atravesado los pueblos de Bunar-Hisseam, de Jena y Uskup, los viajeros rodearon un pequeño bosque, sembrado de tumbas donde reposan los restos de las víctimas sacrificadas por una partida de bandidos, cuyo sitio habían escogido para teatro de sus hazañas; después pasaron por otro pueblo bastante importante, de dieciséis mil habitantes, Kirk-Kilissé. Su nombre, que significa *Cuarenta Iglesias*, se funda en el gran número de sus monumentos religiosos. Verdaderamente es una especie de villa donde las casas ocupan el fondo y los lados, y que Van Mitten, seguido del fiel Bruno, visitó en algunas horas.

El coche fue colocado en el patio de un hotel bastante bien arreglado, donde Kerabán y sus compañeros pasaron la noche, volviendo a partir al siguiente día.

Durante la jornada del 19 de agosto, los postillones dejaron atrás el pueblo de Karabunar, y llegaron la tarde misma a Burgas, edificada sobre el golfo de este nombre. Los viajeros durmieron aquella noche en un *khan*, especie de posada, que verdaderamente no valía lo que la silla de posta.

A la mañana siguiente, el camino que se separa del litoral del mar Negro los condujo a Aitos, y por la tarde a Paravadi, una de las estaciones del pequeño ferrocarril de Chumla a Varna. Estaban atravesando en aquel momento la provincia de Bulgaria, por la extremidad Sur de Dobrucha, al pie de los últimos contrafuertes de la cadena de los Balcanes.

Allí las dificultades aumentaron durante esta travesía, tanto en medio de los valles pantanosos, como a través de los bosques de plantas acuáticas, de un desarrollo extraordinario, sobre las que el coche podía a duras penas rodar, turbando en sus nidos a miles de becasas y agachadizas, y otra multitud de especies del suelo de una región tan accidentada. Sabido es que los Balcanes forman una cadena importante. Extendidos entre Rumelia y Bulgaria, hacia el mar Negro, se destacan de su vertiente septentrional numerosos contrafuertes, cuyas ondulaciones se observan casi hasta el Danubio. Kerabán tuvo ocasión de ver su paciencia puesta a prueba.

Cuando fue necesario franquear la extremidad de la cadena, con el fin de volver a bajar a Dobrucha, cuesta de pendientes casi impracticables, vueltas cuyos bruscos recodos no permitían a los caballos tirar con regularidad; caminos estrechos rodeados de precipicios, hechos más bien para caballos que para vehículos, todo esto ocupó mucho tiempo, y no se logró sin una gran cantidad de mal humor y recriminaciones.

Muchas veces hubo necesidad de desenganchar, y fue necesario calzar las ruedas para salir del algún paso difícil, y calzarlas sobre todo con gran número de piastras que caían en los bolsillos de los postillones, que amenazaban con volverse atrás.

¡Ah! Kerabán dirigió toda suerte de improperios contra el Gobierno, que conservaba tan mal los caminos del Imperio y se cuidaba tan poco de asegurar la vida de los viajeros a través de las provincias. El Diván no se apuraba cuando se trataba de impuestos, tasas y contribuciones de todas clases, lo que Kerabán sabía demasiado. ¡Diez paras por atravesar el Bósforo! Siempre venía a lo mismo, como guiado por una misma idea. ¡Diez paras, diez paras! Van Mitten se guardaba muy bien de responder a cualquier observación de su compañero de viaje. Una contradicción hubiera traído consigo un altercado. Y para apaciguarle se quejaba de todos los gobiernos en general, pero del turco en particular.

—No es posible —decía Kerabán— que en Holanda haya abusos parecidos.

—Los hay, por el contrario, amigo Kerabán —respondió Van Mitten, que quería por todos los medios calmar a su compañero.

—Yo os digo que no —decía éste—; yo os digo que Constantinopla es el único punto donde semejantes abusos son posibles. ¿En Rotterdam se ha pensado alguna vez en poner impuestos sobre los caiques?

—Es que nosotros no tenemos caiques.

—Poco importa.

—¿Cómo que poco importa?

—Me parece que vuestro rey no hubiese osado imponerles contribución alguna. ¿Tendréis el valor de sostener que el Gobierno de estos nuevos

timeos no es el peor gobierno que hay en el mundo?

—¡Ah, el peor, de seguro! —dijo Van Mitten, con intención de cortar la discusión, que observaba que iba tomando proporciones.

Y para mejor cortarla, sacó su larga pipa holandesa. Esto dio a Kerabán el deseo de recrearse con el perfume del narguile.

El cupé no tardó en llenarse de humo, y fue necesario bajar los cristales para darle salida. El sopor narcótico acababa por apoderarse del testarudo viajero, que permanecía callado y tranquilo, hasta que algún incidente le volvía a la realidad.

La noche del 20 al 21 de agosto, por falta de un sitio de parada en aquel país semisalvaje, la pasaron en la silla de posta. Tan sólo a la mañana siguiente, y después de haber atravesado las últimas ramificaciones de los Balcanes, se encontraron más allá de la frontera rumana, en Dobrucha, cuyo terreno es más accesible para los carruajes.

Esta región es como una península formada por un ancho recodo del Danubio, que después de haberse elevado al Norte, hacia Galatz, vuelve al Este sobre el mar Negro, en el cual afluye por muchas ramificaciones. Verdaderamente, esta especie de istmo que se une con la península de los Balcanes, se encuentra circunscrito por una porción de la provincia, situada entre Cemavoda y Constanza, donde corta la línea de un pequeño ferrocarril que recorre quince o dieciséis leguas lo más, y que parte de Cemavoda. Pero como al Sur del ferrocarril la comarca es ostensiblemente la misma que al Norte, bajo el punto de vista topográfico, se puede decir que los planos de la Dobrucha tienen el nacimiento en la base de las últimas ramificaciones de los Balcanes.

Los turcos denominan *bello país* a aquella parte de terreno, cuyo feraz suelo pertenece al primero que lo ocupa. Está, si no habitado, por lo menos recorrido por los pastores tártaros y poblado de valacos, en la parte vecina al río. El Imperio otomano posee una inmensa colina, en la que los valles se profundizan apenas en el suelo, casi sin relieve. Presentando, por lo tanto, una sucesión de praderas, que se extienden hasta los bosques situados en las embocaduras del Danubio.

En este suelo, los caminos, sin cuestas ni pendientes bruscas, permitieron al carruaje rodar con más facilidad. Los dueños de los relevos de postas

no tenían motivo para refunfuñar al ver enganchar a sus caballos, o si lo hacían, era por no perder la costumbre.

Marcharon rápida y cómodamente. Hacia el mediodía del 21 de agosto, el carruaje se detuvo en Koslichá, y a la tarde del mismo día, en Bazarjik.

Allí Kerabán se decidió a pasar la noche, para dar algún descanso a toda su gente (de lo que Bruno quedó muy agradecido, aunque, por prudencia, no lo demostró).

A la mañana siguiente, al rayar el alba, el carruaje, con caballos de fresco, partía en dirección al lago Karazzu, especie de vasto embudo, cuyo contenido, alimentado por profundos manantiales, se vierte en el Danubio en la época de la baja marea. Cerca de veinticuatro leguas recorrieron en doce horas, y hacia las ocho de la noche los viajeros se detenían delante del ferrocarril que va de Constanza a Cemavoda, frente a la estación de Medjidia, ciudad completamente nueva, que cuenta ya veinte mil almas y promete llegar a ser más importante.

A despecho suyo, Kerabán no pudo franquear inmediatamente la vía, para llegar al «khan» (especie de posada) donde debían pasar la noche. La vía estaba ocupada por un tren, y fue necesario aguardar cerca de media hora a que el paso estuviese libre.

Allí fueron las quejas, las recriminaciones contra las administraciones de los ferrocarriles, que se creen con derecho, no solamente de aplastar a los viajeros que cometen la estupidez de subir en sus coches, sino también de retardar a los que no quieren tomar sitio en ellos.

—No será a mí —dijo a Van Mitten— a quien le ocurra algo en el ferrocarril.

—¡Eso no se sabe! —respondió el holandés, con imprudencia.

—¡Pues yo sí que lo sé! —replicó Kerabán, con un tono tal, que cortó la discusión.

Por fin, el tren dejó libre la estación de Medjidia, las barreras se abrieron, el carruaje pasó y los viajeros se detuvieron a descansar en un «khan» bastante cómodo establecido en dicha ciudad, el nombre de la cual fue escogido para honrar la memoria del sultán Abdul-Medjid.

Al día siguiente todos llegaban sin novedad, a través de una especie de

desierto llano, a Babadag, pero tan tarde, que pareció más conveniente continuar el viaje durante la noche. A las cinco de la siguiente tarde se detenían en Tulcea, una de las importantes ciudades de Moldavia.

En esta ciudad, de treinta a cuarenta mil almas, en la que se confunden cherkeses, nogais, persas, curdos, búlgaros, rumanos, griegos, armenios, turcos y judíos, Kerabán no tendría mucha dificultad para encontrar un hotel donde estar bien acomodado.

En efecto, así sucedió. Van Mitten fue, con el permiso de su compañero, a visitar Tulcea, que se extiende, en forma de anfiteatro, sobre la vertiente norte de una pequeña cadena de montañas, en el fondo de un golfo, formando por un ensanche del río, casi enfrente de la ciudad de Ismail.

A la mañana siguiente, 24 de agosto, el carruaje atravesaba el Danubio, delante de Tulcea, y se aventuraba a través del delta del río, formado por dos grandes brazos. El primero, o sea el que siguen los vapores, se llama el afluyente de Tulcea; el segundo, más al Norte, pasa por Ismail, después por Kilia y concluye en el mar Negro, después de haberse ramificado en cinco direcciones, las cuales se denominan bocas del Danubio.

Más allá de Kilia y de la frontera se desenvuelve la Besarabia, que se extiende en dirección Nordeste, y participa de un pedazo del litoral del mar Negro.

Se nos olvidaba decir que el origen del nombre del Danubio, que ha dado lugar a un sinnúmero de disputas científicas, trajo una discusión puramente geográfica entre Kerabán y Van Mitten. Que los griegos, en tiempo de Hesiodo, lo habían conocido con el nombre de *Ister* o *Hister*, que el nombre de *Danuvius* lo habían traído las legiones romanas, y que César fue el primero que le hizo conocer bajo este nombre; que en el idioma de los tracios significa *nebuloso*; que descende del celta, del sánscrito, o del griego; que el profesor Bopp tiene razón o que el profesor Windishmann no la tiene cuando disputan sobre las fuentes del citado río; al fin, Kerabán (como siempre) redujo a su adversario al silencio haciendo descender la palabra Danubio de *asdanu*, que significa rápida corriente.

Pero, por rápido que sea, no es suficiente para contener la masa de sus aguas, y si la contiene es por los numerosos cauces que se ha formado y esto sin contar las inundaciones de este gran río. En esto no reparó el testarudo Kerabán, y, a despecho de las observaciones que le hicieron,

lanzó su carruaje a través del delta.

Kerabán no estaba solo en esta región en la que numerosos patos, gansos salvajes, ibis, cigüeñas y pelícanos parecían escoltarle.

Pero olvidaba que si la Naturaleza ha hecho a esas aves acuáticas, zancudas y palmípedas, es porque tienen necesidad de patas palmeadas o de las elevadas piernas de las zancudas para morar en aquellas regiones, tan frecuentemente sumergidas en la época de las grandes crecidas, después de las lluvias.

Por eso se convendrá en que los caballos del carruaje no estaban dispuestos para marchar por aquellos terrenos pantanosos a causa de las últimas inundaciones. Más allá de este afluente del Danubio, que desemboca en el mar Negro en Sulina, no había más que un extenso pantano a través del cual se dibujaba un camino poco practicable.

A disgusto de los postillones, a los cuales daba la razón Van Mitten, Kerabán dio orden de marchar más adelante y fue necesario obedecerle. El resultado fue que por la tarde el carruaje se atascó, sin que fuese posible a los caballos sacarlo adelante.

—Los caminos no están suficientemente cuidados en esta comarca —creyó deber observar Van Mitten.

—¡Están como están! —respondió Kerabán—. ¡Están como pueden estar con semejante Gobierno!

—Tal vez haríamos mejor en volver atrás y seguir otro camino.

—Haremos mejor, por el contrario, en continuar adelante y no cambiar en nada nuestro itinerario.

—Pero ¿cómo?

—¿Cómo? Pues el medio —respondió el testarudo viajero— consiste en enviar a buscar caballos de refuerzo al pueblo más próximo. En cuanto a dormir, lo mismo nos da hacerlo en el carruaje que en una posada.

No había que replicar. El postillón y Nizib fueron enviados a buscar el pueblo más próximo, que no dejaría de estar muy lejos. Probablemente no podrían estar de vuelta hasta la mañana siguiente. Kerabán, Van Mitten y

Bruno debieron resignarse a pasar la noche en medio de aquella vasta estepa, tan abandonados como si hubiesen estado en lo más profundo de los desiertos de la Australia central. Felizmente, el carruaje, hundido hasta los ejes, no amenazaba hundirse más.

La noche era muy oscura. Gruesas y bajas nubes en vía de condensación, impelidas por los vientos del mar Negro, corrían atravesando el espacio. Aunque no llovía, una fuerte humedad subía del suelo, impregnado de agua, que mojaba lo mismo que una niebla polar. No se distinguía a diez pasos; los dos faroles del coche proyectaban una luz dudosa entre la capa de evaporación formada por el pantano, y tal vez hubiera sido mejor apagarlos.

En efecto, esta luz podría atraer alguna visita inoportuna. Van Mitten fue quien hizo esta observación, pero su intratable amigo creyó necesario discutirla, y de la discusión resultó que fue rechazado lo propuesto por Van Mitten.

Sin embargo, el sabio holandés tenía razón, pero si, con un poco más de sagacidad, le hubiera propuesto a su compañero dejar los faroles encendidos, seguramente Kerabán los hubiera mandado apagar.

Capítulo VII

EN EL QUE LOS CABALLOS DEL CARRUAJE HACEN, IMPULSADOS POR EL MIEDO, LO QUE NO HA CONSEGUIDO EL LATIGO DEL POSTILLÓN

Eran las diez de la noche, y Kerabán, Van Mitten y Bruno, después de una comida suministrada con las provisiones encerradas en los cofres, se paseaban fumando, desde hacía media hora, por el largo y estrecho sendero, cuyo suelo no cedía bajo sus pies.

—Supongo —dijo Van Mitten—, amigo Kerabán, que no tenéis que hacer ninguna objeción a que durmamos hasta el momento en que traigan los caballos.

—Ninguna —respondió Kerabán, no sin haber reflexionado antes de dar esta respuesta, algo extraordinaria por parte de un hombre que siempre tenía algo que objetar.

—Creo que no tendremos nada que temer en medio de este llano completamente desierto —añadió el holandés.

—Creo lo mismo.

—¿No tenemos que temer ningún ataque?

—Ninguno.

—¡A no ser el de los mosquitos! —respondió Bruno, que acababa de propinarse un formidable bofetón sobre la frente para aplastar media docena de aquellos importunos dípteros.

Y en efecto, nubes de voraces insectos, atraídos por la luz de los faroles, comenzaban a remolinarse descaradamente alrededor del coche.

—¡Demonio! —dijo Van Mitten—. Tenemos a la vista una gran cantidad de

mosquitos, y una mosquitera no nos hubiera venido mal.

—No son mosquitos —respondió Kerabán, frotándose la parte inferior de la nuca— y, por lo tanto, no tenemos necesidad de mosquitero.

—Pues ¿qué son? —preguntó el holandés.

—Son cínifes —respondió Kerabán.

«¡Qué me importa a mí la diferencia!», pensó Van Mitten, que no juzgó oportuno promover una disputa sobre una cuestión entomológica.

—Si hay algo curioso en esto —observó Kerabán—, es que únicamente las hembras de estos insectos son las que atacan al hombre.

—¡Ya las reconozco a estas representantes del bello sexo! —respondió Bruno, rascándose las pantorrillas.

—Y, en efecto —añadió Kerabán—, las comarcas situadas en el Bajo Danubio están particularmente infestadas de estos cínifes, y no se les combate más que esparciendo en la cama durante la noche, y en la camisa y medias durante el día, polvos de piretrina...

—¡De los que carecemos en absoluto! —añadió el holandés.

—Absolutamente —respondió Kerabán—; porque ¿quién había de prever que quedaríamos detenidos en los pantanos de la Dobrucha?

—Nadie, amigo Kerabán.

—He oído hablar, amigo Van Mitten, de una colonia de tártaros criminales, a los que el Gobierno turco había otorgado una vasta concesión en este delta del río; pero que las legiones de estos cínifes los obligaron a expatriarse.

Después de lo que nosotros estamos viendo, amigo Kerabán, la historia no es inverosímil.

—Entremos, pues, en la carroza.

No tardemos en hacerlo —respondió Van Mitten, que se agitaba en medio de una nube de alas cuyos estremecimientos se contaban a millones por

segundo.

En el momento en que Kerabán y su compañero iban a subir al coche, el primero se detuvo.

—Aunque no hay nada que temer —dijo—, no sería malo que Bruno velase aquí fuera hasta la vuelta del postillón.

—No rehusará hacerlo —respondió Van Mitten.

—Me guardaré muy bien de rehusar —dijo Bruno—, porque ése es mi deber; ¡pero me van a devorar vivo!

—¡No! —replicó Kerabán—; había olvidado decir que los cínifes no pican dos veces en el mismo sitio; por consiguiente, Bruno estará bien pronto al abrigo de sus ataques.

—¡Sí...!, ¡cuando esté acribillado de mil picaduras!

—Eso es, Bruno.

—Pero, al menos, podré velar en el cabriolé...

—¡Perfectamente! ¡Con la condición de no dormirte!

—¿Y cómo dormir rodeado de este enjambre de mosquitos?

—Cínifes y no mosquitos, Bruno —respondió Kerabán—; ¡no lo echéis en olvido!

Una vez hecha esta observación, Kerabán y Van Mitten volvieron a ocupar su sitio en el coche, dejando a Bruno el cuidado de velar por su amo, o, mejor dicho, por sus amos, pues desde que Kerabán y Van Mitten se hallaban juntos, podía asegurarse que era a dos, y no a un solo amo, a quienes tenía que servir.

Después de asegurarse que las portezuelas del carruaje cerraban bien, Bruno inspeccionó los arreos.

Los caballos, rendidos de cansancio, permanecían echados sobre el húmedo suelo respirando ruidosamente y mezclando su cálido aliento con la neblina del pantanoso llano.

«¡Ni el diablo los sacaría de este maldito bache! —se dijo Bruno—. ¡Bonita idea ha tenido el señor Kerabán al tomar este camino! En fin, después de todo, eso es cuenta suya».

Bruno volvió a subir al cabriolé y bajó el cristal de la portezuela a través del cual podía ver, merced a los múltiples rayos proyectados por los faroles del vehículo.

Nada podía hacer mejor el fiel criado de Van Mitten, sino soñar con los ojos abiertos, y combatir el sueño, pensando en la serie de aventuras hacia las que su amo le arrastraba, impelido por el más testarudo de los osmanlíes.

¡Él, hijo de la antigua Batavia, que conocía piedra por piedra el pavimento de Rotterdam, concurrente asiduo de los muelles del Mosa, insigne pescador de caña, bodoque de los canales que surcan su ciudad natal; él, transportado al otro extremo de Europa! ¡Buen salto había dado, desde Holanda al Imperio otomano! ¡Y, apenas desembarcado en Constantinopla, la fatalidad le arrojaba a través de las estepas del Bajo Danubio! ¡Viéndose allá, encogido en el cabriolé de una silla de postas, en medio de los pantanos de la Dobrucha, perdido en una profunda noche, y más pegado en aquel suelo que la torre gótica de Zudekerk! Y todo por obedecer a su amo, él, que, sin estar obligado, obedecía de la misma manera a Kerabán.

«¡Oh, extravagancia de las complicaciones humanas! —se decía Bruno—. Heme aquí en disposición de dar la vuelta al mar Negro, si la llegamos a dar, y todo por economizar diez paras, que hubiera dado con gusto de mi bolsillo, si yo hubiese sido bastante listo para hacerlo a escondidas de ese truco tan poco sufrido. ¡Ah, testarudo y más que testarudo! ¡Estoy seguro de que desde que hemos partido he adelgazado lo menos dos libras de peso...! ¡Si esto ha sucedido en cuatro días, qué no será en cuatro semanas! Pero, ¡todavía estos malditos mosquitos!».

En efecto, por herméticamente que Bruno hubiese querido cerrar la portezuela del cabriolé, algunas docenas de cínifes pudieron penetrar, encarnizándose con el pobre diablo.

¡Qué de golpes, qué de injurias, y cómo se cebaba llamándoles mosquitos, entonces que Kerabán no podía oírle!

Dos horas se pasaron así, y, tal vez sin el continuo ataque de los mosquitos, Bruno, sucumbiendo a la fatiga, se hubiera dejado dominar por el sueño. Porque dormir en aquellas condiciones hubiese sido imposible.

Sería un poco más de la medianoche, cuando a Bruno, mortificado ya por aquellos insectos, se le ocurrió una buena idea. Debería habersele ocurrido antes, a él, un holandés de pura sangre, que al venir al mundo buscan con más ansia la boquilla de una pipa que el pecho de la nodriza. La idea fue ponerse a fumar para combatir a los cínifes con el humo del tabaco. ¿Cómo no haberlo pensado antes? Si por casualidad resistían la atmósfera cargada de nicotina, se podía decir que los insectos tienen la vida a toda prueba en medio de los pantanos de la Dobrucha.

Bruno sacó del bolsillo la pipa de porcelana esmaltada con flores semejante a la que tan imprudentemente le habían robado en Constantinopla. La llenó de tabaco, como si se tratara de un arma de fuego que se va a descargar sobre las tropas enemigas; frotó el eslabón, la encendió, y aspiró con toda la fuerza de sus pulmones el humo de un excelente tabaco de Holanda, y lo volvió a arrojar en enormes volutas.

El enjambre redobló al principio los ensordecedores zumbidos de sus alas, y se dispersó poco a poco por los rincones más oscuros del cabriolé.

Bruno pudo felicitar a su obra. La batería que acababa de descargar produjo resultado; los asaltantes se replegaban en desorden; pero como él no quería tener prisioneros, sino todo lo contrario, abrió rápidamente la ventanilla, a fin de dar salida a los insectos de dentro, pero no dando acceso a los de fuera, con sus descargas de humo.

En efecto, así sucedió. Bruno, ya libre de aquella legión de dípteros, pudo aventurarse a mirar a derecha e izquierda.

La noche continuaba en la más completa oscuridad.

El viento hacía crujir el carruaje, pero, siempre adherido al suelo, no era de temer que se moviera.

Bruno buscó con la mirada hacia el horizonte del Norte, con objeto de ver una luz o algo que anunciara la vuelta del postillón con los caballos de refuerzo.

Pero todo lo que se destacaba más allá del segmento luminoso formado por los faroles del coche, era una completa oscuridad, profundas tinieblas. Sin embargo, volviendo la vista a los lados, a una distancia de cerca de sesenta pasos, Bruno creyó percibir algunos puntos brillantes que aparecían y desaparecían sin ruido en la sombra, tan pronto en la superficie del suelo como a dos o tres pies de elevación.

Bruno se preguntó primeramente si aquello era producido por la fosforescencia de los fuegos fatuos, cuyo desprendimiento podía verificarse en la superficie de un lago donde no falta hidrógeno sulfurado.

Pero si, en su cualidad de ser racional, su corazón podía inducirle al error, no sucedía lo mismo a los caballos del carruaje, cuyo instinto no podía engañarles respecto al motivo de aquel fenómeno. En efecto, empezaron a dar señales de agitación, comenzando por dilatar sus fosas nasales y relinchando de una manera particular.

«¿Qué será? —se preguntaba Bruno—; alguna nueva complicación, ¿no cabe duda! ¿Serán lobos?».

No hubiese tenido nada de particular que una manada de lobos, atraída por el olor del carruaje, merodease por los alrededores, pues estos animales existen en gran número en el delta del Danubio.

—¡Diablo! —murmuró Bruno—: ¡eso sería peor que los mosquitos o cínifes de nuestro testarudo! El humo del tabaco no me servirá para nada esta vez.

Entre tanto, los caballos continuaban siendo presa de la más viva agitación, de lo cual había que inquietarse. Trataban de cocear con ímpetu en el espeso cieno, se encabritaban, y daban violentas sacudidas al coche. Aquellos puntos luminosos parecían más próximos que antes. Una especie de sordo gruñido se mezclaban a los silbidos del viento.

«Yo creo —se dijo Bruno— que será conveniente avisar al señor Kerabán y a mi amo».

Y, en efecto, era urgente. Bruno se deslizó con lentitud hasta el suelo, bajó el estribo de la carroza, abrió la portezuela y la cerró después de haberse introducido en el cupé, donde los dos amigos dormían tranquilamente el

uno al lado del otro.

—Señor... —dijo Bruno en voz baja, dando con la mano en la espalda de Van Mitten.

—¡Váyase al diablo el necio que me despierta! —murmuró el holandés, frotándose los ojos.

—No se trata de mandar las personas al diablo, ¡sobre todo cuando el diablo puede estar cerca! —respondió Bruno.

—Pero ¿quién me habla...?

—Soy yo, vuestro servidor.

—¡Ah, Bruno...!, ¿eres tú...? Después de todo, has hecho bien en despertarme; estaba soñando que la señora Van Mitten...

—Os armaba querella —completó Bruno. Y añadió—: Pero ahora no se trata de eso.

—¿Qué hay, pues?

—¿Me hacéis el favor de despertar primero al señor Kerabán?

—¿Que yo le despierte...?

—¡Sí, señor; no hay tiempo que perder!

Sin preguntar más, el holandés, medio dormido, sacudió a su compañero.

No hay nada como el sueño de un turco; sobre todo, cuando este turco tiene un buen estómago y la conciencia tranquila. _

Estas dos condiciones coincidían en el compañero de Van Mitten.

Fue necesario sacudirle varias veces con violencia.

Kerabán, sin levantar los párpados, gruñía como un hombre que no está para bromas.

Pero las insistencias de Van Mitten y Bruno fueron tales, que Kerabán se despertó, estiró los brazos, abrió los ojos, y, con una voz todavía llena de

sopor, dijo:

—¡Vaya! ¿Han llegado ya los caballos de refuerzo con el postillón y Nizib?

—Todavía no —respondió Van Mitten.

—Entonces, ¿por qué me despiertan?

—Porque si los caballos no han llegado —respondió Bruno—, otros animales más sospechosos rodean el coche, dispuestos a atacarle.

—¿Qué animales son éstos?

—¡Vedlos!

Bajaron la vidriera del coche, y Kerabán se asomó a la ventanilla.

—¡Alá nos proteja! —exclamó—. ¡Es una manada de jabalíes!

En efecto, Kerabán no se equivocaba; aquellos animales eran jabalíes; su número es considerable en la comarca que confina con el estuario danubiano, y son terribles cuando atacan; puede colocárseles desde luego en la categoría de las bestias feroces.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el holandés.

—Permanecer quietos si no atacan; y, si lo hacen, defendemos —respondió Kerabán.

—Desde el momento en que esos animales no son carnívoros —hizo observar Van Mitten—, no creo que lleguen a atacarnos.

—Sea —dijo Kerabán—; pero, si no corremos peligro de ser devorados, corremos el de ser despanzurrados.

—Lo que es lo mismo —observó Bruno.

—Estemos, pues, preparados a lo que pueda acontecer.

Después Kerabán hizo preparar las armas; Van Mitten y Bruno tenían cada uno un revólver de seis tiros y cierto número de cartuchos. Y el antiguo turco, declarado enemigo de toda invención moderna, no poseía más que dos pistolas de fabricación otomana, con el cañón adamascado y la culata

incrustada de concha y piedras preciosas, construidas más bien para adornar la cintura de un agá, que para dispararla en un ataque serio. Van Mitten, Kerabán y Bruno no contaban más que con estas armas, y no debían emplearlas, sino a golpe certero.

Sin embargo, los jabalíes, en número de veinte, se habían aproximado poco a poco, y rodeaban completamente al coche. A la luz de los faroles, que sin duda les había atraído, se podía verlos moverse violentamente y golpear con furia el suelo, en señal de ataque. Eran unos animales de la talla de un asno, dotados de una fuerza prodigiosa, y capaces de destruir cada uno a toda una jauría. A los viajeros, aprisionados en el cupé, la situación no dejaba de inspirarles serias inquietudes, si eran asaltados por un lado o por otro, antes de rayar el alba.

Los caballos del carruaje conocían el peligro, porque entre los gruñidos de la manada se oían sus relinchos, se encabritaban y se echaban a los lados, siendo de temer que rompiesen sus tirantes o la lanza de la carroza.

En seguida sonaron varias detonaciones. Van Mitten y Bruno acababan de disparar cada uno dos tiros de los revólveres contra algunos jabalíes que se adelantaron al ataque. Los animales, más o menos heridos, daban rugidos de rabia, arrastrándose por el suelo; pero los otros, más furiosos, se precipitaban contra el coche, atacándolo furiosamente con los colmillos. Los costados del coche fueron agujereados por muchos sitios, y era evidente que en breve la situación sería realmente insostenible.

—¡Diablo, diablo! —murmuró Bruno.

—¡Fuego, fuego! —repetía Kerabán, descargando sus pistolas, que de cada cuatro tiros fallaba uno (aunque no quisiese convenir en ello).

Los revólveres de Bruno y Van Mitten hirieron cierto número de aquellos terribles asaltantes, de los que algunos atacaron directamente a los caballos.

Los caballos, espantados por la acometida de los jabalíes, no podían defenderse más que a coces, sin tener libertad para sus movimientos. Si hubiesen estado libres, se hubieran lanzado a través del campo, y no hubiese sido más que cuestión de velocidad entre ellos y los componentes de la manada. Lo intentaron, sin duda, haciendo espantosos esfuerzos para romper los tirantes a fin de escapar; pero los tiros, construidos con

cuerdas cuyos cabos estaban bastante apretados, resistieron a sus numerosos esfuerzos. Por lo tanto, o la parte delantera de la silla de posta se rompía bruscamente, o todo el carruaje sería levantado a causa de los continuados arranques de los caballos.

Kerabán, Van Mitten y Bruno así lo comprendieron. Les llenaba de temor el hecho de que el carruaje llegara a volcar. Los jabalíes, a quienes los disparos no parecían inspirar cuidado alguno, se hubieran lanzado sobre ellos al momento. ¿Y qué hubiera sido de ellos? Pero, ¿qué hacer para contrarrestar una eventualidad semejante? ¡Se hallaban a merced de aquella furiosa tropa! Su sangre fría no les abandonó por eso, y no desperdiciaron los tiros de revólver.

De repente, una sacudida mucho más violenta que las anteriores hizo crujir todo el carruaje, como si la parte delantera se hubiese separado.

—¡Eh! ¿Por qué tanto miedo? —exclamó Kerabán—. Si los caballos escapan a través de la estepa, los jabalíes se pondrán en su seguimiento, y nosotros nos habremos salvado.

Pero la delantera era sólida y resistente, de antigua construcción inglesa; así, pues, no fue esta parte la que cedió, sino todo el carruaje. Las sacudidas llegaron a ser tales, que fue arrancado de los profundos surcos que él mismo se había formado en aquel suelo pantanoso, y que se habían ahondado hasta los ejes.

Un último arranque de los caballos, locos de terror, lo colocó en un terreno más firme, donde los caballos salieron al galope sin guía y en medio de aquella profunda noche.

Sin embargo, los jabalíes no abandonaban la partida, corriendo a los lados, ya atacando a los caballos, ya al coche, que nunca llegaba a dejarlos atrás.

Kerabán, Van Mitten y Bruno se habían sentado en el fondo del cupé.

—O volcamos... —dijo Van Mitten.

—O no volcamos —respondió Kerabán.

—¡Sería necesario recobrar las bridas! —dijo gravemente Bruno.

Y bajando las vidrieras de la delantera, buscó con la mano para ver si las bridas estaban en su sitio; pero los caballos, en su precipitación, las habían roto, sin duda, y fue necesario abandonarse a la casualidad de aquella precipitada carrera a través de una comarca pantanosa.

Para detener el carruaje no había más que un medio; que cesara en su persecución la furiosa manada, porque las armas de fuego, cuyas descargas se perdían de aquella precipitada carrera a través de una comarca pantanosa.

Los viajeros, arrojados unos sobre otros, o lanzados de un lado a otro del cupé a cada desigualdad del camino (el uno resignado a su suerte, como todo musulmán; los otros, flemáticos, como holandeses), no cambiaron ni una sola palabra. Una hora se pasó así, el carruaje en movimiento, y los jabalíes en su persecución.

—Amigo Van Mitten —dijo al fin Kerabán—, me han contado que en un peligro muy parecido a éste, un viajero seguido por una manada de lobos a través de las estepas de Rusia, se salvó gracias al sublime arrojo de su criado.

—¿De qué manera? —preguntó Van Mitten.

—¡Oh, nada más sencillo! —repuso Kerabán—. El criado abrazó a su amo, encomendó su alma a Dios, y se arrojó fuera del coche, y, mientras los lobos se entretenían en devorarlo, el amo llegó a perderlos de vista, salvándose de aquel peligro.

—¡Es lástima que Nizib no esté aquí! —respondió tranquilamente Bruno.

Después de aquella reflexión, todos volvieron a su primitivo silencio.

Sin embargo, la noche avanzaba, el carruaje no perdía nada de su impetuosa velocidad, y los jabalíes no ganaban el suficiente terreno para arrojarlo sobre él; si por algún accidente imprevisto, bien rompiéndose una rueda, o bien por un choque demasiado violento, no volcaba el carruaje, todavía Kerabán y Van Mitten conservaban alguna esperanza de salvarse (aún sin apelar a ningún sacrificio por parte de Bruno, del que, por otra parte, éste no se sentía capaz).

Los caballos, guiados por su instinto, se mantenían en la parte de la

estepa que estaban acostumbrados a recorrer, y, por lo tanto, se dirigían en línea recta a los próximos relevos de postas.

Así que, cuando los primeros albores del día, comenzaron a señalar la línea del horizonte en el Este, no les separaban de los relevos más que algunas verstas.

Sin embargo, los jabalíes lucharon todavía una media hora, pero poco a poco se fueron quedando atrás; no por esto los caballos disminuyeron un solo instante su carrera, hasta que cayeron, absolutamente faltos de fuerza, a un centenar de pasos de la casa de postas.

Kerabán y sus dos compañeros habían conseguido salvarse.

En aquella ocasión no se dieron menos gracias al Dios de los cristianos que al de los infieles por la protección que había prodigado a los viajeros holandeses y al turco en aquella peligrosa noche.

En el momento en que el coche llegaba al relevo, Nizib y el postillón, que no se habían podido aventurar en aquellas profundas tinieblas, iban a partir con los caballos de refuerzo. Éstos remplazaron a los otros caballos, y fueron pagados a buen precio por Kerabán. Después, sin dar una hora de descanso, el carruaje, cuyos tiros y timón fueron reparados, volvía a tomar su acostumbrada marcha por el camino de Kilia.

Esta pequeña ciudad, cuyas fortificaciones han destruido los rusos antes de anexionarla a Rumania, es un puerto del Danubio, situado en uno de los afluentes que lleva su nombre.

El carruaje hizo alto en ella, sin nuevos incidentes, en la tarde del 25 de agosto. Los viajeros, extenuados, se aposentaron en uno de los mejores hoteles de la ciudad, donde se desquitaron, con doce horas de sueño, de las fatigas de la noche precedente.

A la mañana siguiente, al rayar el alba, partieron, y llegaron rápidamente a la frontera rusa.

Allí tuvieron algunas dificultades. Las formalidades, demasiado onerosas, de la aduana moscovita, no dejaron de poner a prueba la paciencia de Kerabán, que gracias a sus relaciones comerciales (por desgracia, o por dicha, como se quiera tomar), hablaba bastante la lengua del país para

hacerse comprender. Por un instante se creyó que por su terquedad en contrariar las acciones de los aduaneros, éstos les impedirían atravesar la frontera.

No sin trabajo, Van Mitten le llegó a calmar. Kerabán se sometió por fin a las exigencias de la revisión, dejando registrar sus maletas y abonando los derechos de aduana, no sin haber hecho muchas veces esta reflexión bastante justa:

—Decididamente, los gobiernos son todos iguales y no valen lo que una corteza de sandía.

Finalmente franquearon la frontera rumana en una jornada, y el carruaje atravesó aquella parte de Besarabia que confina al Nordeste con el mar Negro.

Kerabán y Van Mitten estaban a veinte leguas de Odesa.

Capítulo VIII

EN EL QUE EL LECTOR HARÁ CONOCIMIENTO CON LA JOVEN AMASIA Y CON SU FUTURO ESPOSO

La joven Amasia, hija única del banquero Selim, de origen turco, se paseaba hablando con su sirvienta Nedjeb, en la galería de una encantadora mansión cuyos jardines se extendían en espaciosa terrazas hasta las orillas del mar Negro.

Desde la última terraza, cuyas gradas se bañaban en sus aguas tranquilas este día, pero muy a menudo azotadas por los vientos del Este del antiguo Ponto Euxino, Odesa se mostraba, orientada hacia el Sur, en todo su esplendor.

Esta ciudad (que es un oasis, en medio de la inmensa estepa que la rodea) forma un magnífico panorama de palacios, iglesias, hoteles y toda clase de edificaciones, destacando sobre el escarpado derrumbadero que desciende abruptamente hasta el mar. Desde la mansión del banquero Selim se percibía la gran plaza adornada de árboles, y la monumental escalera que domina la estatua del Duque de Richelieu. Este gran hombre, tan experto en gobernar un Estado, fue el fundador de esta ciudad, y la administró hasta que se vio obligado a abandonarla para acudir a luchar por la libertad del territorio francés invadido por toda la Europa unida.

Si el clima de esta ciudad es seco bajo la influencia de los vientos del Norte y del Este, y si los ricos habitantes de esta capital de la nueva Rusia se ven obligados, durante la temporada calurosa, a ir a buscar el fresco bajo la sombra de los *khutors*, es lo suficiente para explicar por qué las casas de campo son tan numerosas en el litoral, para solaz y recreo de aquéllos cuyos negocios permiten algunos meses de veraneo bajo el cielo de la Crimea meridional. Entre estas diferentes casas de campo se encuentra la del banquero Selim, cuya situación contribuía no poco a disminuir los inconvenientes de una excesiva terquedad.

Si se pregunta por qué se ha dado el nombre de Odesa, es decir, la

«ciudad de Ulises», a una pequeña villa, que en tiempo de Potemkin se designaba con el nombre de Hadji-Bey, igual que su fortaleza, se contestará que los colonos, atraídos por los privilegios otorgados a la nueva ciudad, pidieron un nombre a la emperatriz Catalina II. La emperatriz consultó a la Academia de San Petersburgo; los académicos buscaron en la historia de la guerra de Troya; y estos registros dieron por resultado la existencia más o menos problemática de la ciudad de Odysos, que había existido antaño en aquella parte del litoral, cuyo nombre, Odesa, aparecía en aquellas tierras por segunda vez, después de dieciocho siglos.

Odesa había sido ciudad comercial, lo es ahora, y es de creer que lo será siempre. Sus ciento cincuenta mil habitantes se componen no tan sólo de rusos, sino también de turcos, griegos y armenios, o sea una aglomeración cosmopolita de todas aquellas personas que pasan su vida negociando. De esta manera, si el comercio, y especialmente el comercio de exportación, no se efectúa sin comerciantes, tampoco se efectúa sin banqueros; de aquí la creación de las casas de banca, desde el origen de la nueva ciudad, y entre éstas, modesta en sus fines, pero clasificada como una de las mejores, se hallaba la del banquero Selim.

Se le conocerá lo suficiente cuando se diga que Selim pertenecía a la categoría menos numerosa de turcos monógamos; que era viudo de la única mujer que había tenido; que tenía a Amasia, única hija y futura esposa del joven Ahmet, sobrino de Kerabán, y, en fin, que era corresponsal y amigo del más testarudo de los osmanlíes.

El casamiento de Ahmet y de Amasia debía celebrarse, según sabemos, en Odesa. La hija del banquero no estaba destinada a ser la primera mujer de un harén, participando, con más o menos numerosas rivales, del gineceo de un turco egoísta y caprichoso. No. Debía, sola con Ahmet, volver a Constantinopla con su tío Kerabán. Sola y sin partícipes, estaba destinada a vivir cerca de su marido, a quien amaba desde su infancia. Este porvenir debió de parecer singular a una joven turca en el país de Mahoma; lo sería así; pero Ahmet no era hombre capaz de variar en nada las costumbres de su familia.

Se sabe, por uno de los capítulos precedentes, que una tía de Amasia, hermana de su padre, le había legado al morir la cuantiosa suma de cien mil libras turcas, con la condición de que se casase a los dieciséis años cumplidos (un capricho de anciana, que, no habiendo podido jamás

encontrar un marido, se había figurado que su sobrina no lo encontraría tan pronto), y este plazo expiraba dentro de seis semanas. Por lo cual, si no se cumplía, la herencia que constituía la mayor parte de la fortuna de la joven se repartiría entre los parientes más próximos.

De todas maneras, Amasia hubiese sido encantadora hasta para un europeo. Si el *iachmak* o velo de muselina blanca, si la tela bordada de oro que le cubría la cabeza, y la triple fila de zequíes que le cubría la frente se hubiesen arrancado, se hubieran visto flotar los rizos de una hermosa cabellera. Amasia no seguía las modas de su país, porque no tenía necesidad de ellas para realzar su belleza. Ni el *hannum* dibujaba sus cejas, ni el *khol* teñía sus pestañas, ni la alheña esfumaba sus pupilas. Nada de blanco de bismuto ni carmín para pintar su rostro. Nada de quermes líquidos para enrojecer sus labios. Una mujer de Occidente, arreglada a la deplorable moda del día, hubiera estado más pintada que ella; pero su elegancia natural, la flexibilidad de su talle, la gracia de su andar, se dibujaban bajo el *feredjé*, largo manto de casimir que la cubría desde el cuello hasta los pies.

Aquel día Amasia se hallaba en la galería que daba a los jardines de la mansión, cubierta con una camisa de seda de Brusa que cubría el ancho *chalwar*, unido a una pequeña chaquetilla bordada y un *cutari* de larga cola de seda, acuchillada y guarnecida de una pasamanería de *oya*, especie de blonda exclusivamente fabricada en Turquía. Un cinturón de casimir retenía las puntas de la cola para facilitar la marcha. Pendientes y una sortija eran sus solas alhajas. Elegantes *padjubs* de muselina ocultaban la parte inferior de las piernas, y sus pequeños pies desaparecían en unos chapines matizados de oro.

Su sirvienta Nedjeb, bastante joven y alegre, que era su inseparable compañera (casi su amiga), estaba entonces en su compañía hablando y riendo, amenizando, en una palabra, con su buen humor franco y comunicativo, aquellos momentos.

Nedjeb, de origen zingaro, no era esclava. Aunque se ven todavía etíopes o negros del Sudán puestos en venta en algunos mercados del Imperio, la esclavitud no por eso deja de estar abolida.

Bien que el número de los criados es considerable para las necesidades de las grandes familias turcas (número que en Constantinopla comprende la tercera parte de la población musulmana), estos criados no están

reducidos al estado de esclavitud, y, aparte de algunos casos particulares, no tienen gran cosa que hacer.

Una cosa parecida es lo que pasaba en casa del banquero Selim; pero Nedjeb únicamente servía a Amasia, y después de haber sido recogida desde niña en aquella casa, ocupaba una situación especial, que no la sometía a ninguno de los servicios de la esclavitud.

Amasia, medio reclinada sobre un diván cubierto de rica tela, recorría con su mirada la resplandeciente bahía de Odesa.

—Querida señora —dijo Nedjeb, sentándose sobre un cojín a los pies de la joven—; el señor Ahmet no ha venido todavía. ¿Qué es lo que le sucede?

—Ha ido a la ciudad —respondió Amasia—, y quizá nos traiga una carta de su tío Kerabán.

—¡Una carta, una carta! —exclamó la joven sirvienta—. No es una carta lo que nos hace falta, sino él en persona, y en verdad que se hace esperar.

—¡Un poco de paciencia, Nedjeb!

—Hablad como gustéis, mi querida ama. ¡Si estuviereis en mi lugar, no estaríais tan tranquila!

—¡Loca! —respondió Amasia—. Cualquiera diría que se trata de tu casamiento y no del mío.

—¿Y creéis que no es un asunto grave el pasar al servicio de una señora, después de haber estado al de una señorita?

—No por eso te dejaré de querer, Nedjeb.

—Ni yo, mi querida señora. Pero os veré tan feliz cuando seáis la esposa del señor Ahmet, que recaerá sobre mí algo de vuestra felicidad.

—¡Querido Ahmet! —murmuró la joven, cuyos ojos se cerraron al instante, mientras evocaba el recuerdo de su futuro esposo.

—Vamos, mi querida ama, os veis obligada a cerrar los ojos para verle —exclamó maliciosamente Nedjeb—, en tanto que, si él estuviese aquí,

sería necesario abrirlos.

—Te repito, Nedjeb, que ha ido a enterarse del correo a la casa de banca, y que sin duda nos traerá una carta de su tío.

—Sí..., una carta del señor Kerabán, en la cual repetirá, siguiendo su costumbre, que sus negocios le entretienen en Constantinopla, que no puede dejar el despacho, que los tabacos están en alza, a menos que no estén en baja, que no cejará hasta dentro de ocho días, si no tarda quince... ¡Y esto corre prisa! No disponemos más que de seis semanas, y es necesario que os caséis; si no, toda vuestra fortuna...

—No es por mi fortuna por lo que Ahmet me ama.

—Sea; pero no es necesario comprometerse por una tardanza. ¡Oh, si ese señor Kerabán fuese mi tío!

—¿Y qué harías tú si fuese tu tío?

—Yo no haría nada, puesto que parece que no hay otro remedio; y, sin embargo, si estuviese aquí, si llegase hoy mismo..., mañana, a más tardar, iríamos a casa del juez a registrar el contrato, y pasado mañana, una vez dichas las oraciones por el imán, estaríamos casados, pero bien casados, las fiestas se prolongarían durante quince días, y el señor Kerabán partiría antes de que terminasen, si deseara volverse a Constantinopla.

Es cierto que las cosas podían pasar de esa manera, si el tío Kerabán no tardaba mucho en salir de Constantinopla. El contrato se hallaba ya registrado en casa del *mollah*, equivalente al cargo de notario público; contrato por el cual el futuro se obligaba a dar a su mujer el mobiliario, el traje y la batería de cocina; después, la ceremonia religiosa; pero nada impediría cumplir todas estas formalidades en tan poco tiempo como suponía Nedjeb. Pero era necesario que Kerabán, cuya presencia era indispensable para la validez del casamiento, en calidad de tutor del esposo, pudiese emplear en sus negocios los días que reclamaba, en nombre de su bonita ama, la impaciente zíngara.

En aquel momento la joven sirvienta exclamó:

—¡Ah! ¡Mirad, mirad ese pequeño barco que acaba de arrojar el ancla al

píe de los jardines!

—¡En efecto! —respondió Amasia.

Las dos jóvenes se dirigieron a la escalera que descendía al mar, para ver mejor la ligera barquilla que se balanceaba graciosamente en aquel sitio.

Era una pequeña embarcación cuya vela pendía del palanquín. Una pequeña brisa le había permitido atravesar el golfo de Odesa. La cadena la conservaba a menos de un cable de la orilla, balanceándose dulcemente en las últimas olas que venían a morir al pie de la habitación. El pabellón turco, de estameña roja con la media luna de plata, flotaba en la extremidad de su antena.

—¿Puedes leer su nombre? —preguntó Amasia a Nedjeb.

—Sí —respondió la joven—; mirad, está en la popa: *Güidar*.

El *Güidar*, en efecto, con su capitán Yarhud, acababa de anclar en aquella parte del golfo, y no parecía que abrigase la intención de permanecer mucho tiempo, a juzgar por el aspecto de su velamen, en el que un marino hubiera podido reconocer fácilmente que se hallaba dispuesto a aparejar.

—En verdad —dijo Nedjeb— que sería delicioso dar un paseo en esa linda embarcación, que con la ayuda del viento inclinaría sus blancas alas sobre esa azulada superficie.

La joven zíngara, apercibiendo un cofrecito, situado en una mesita de loza china, cerca del diván, fue a abrirlo y sacó algunas joyas.

—Y estas alhajas tan bellas que el señor Ahmet ha hecho traer para vos, me parece que hace ya más de una hora que las hemos olvidado.

—¿Lo crees tú así? —murmuró Amasia, tomando un collar y dos brazaletes, que centellearon entre sus dedos.

—Con estos adornos el señor Ahmet ha querido haceros todavía más bella, pero no lo ha logrado.

—¿Qué dices, Nedjeb? —respondió Amasia—. ¿Qué mujer no gana en belleza con adornos tan magníficos? ¿Ves estos diamantes de Visapur? ¡Son joyas del fuego, y me parece estar viendo los ojos de mi desposado!

—¡Eh, querida señora! Cuando los vuestros le miran, ¿no le hacéis un regalo que vale tanto como el suyo?

—¡Ah, loca! —repuso Amasia—. ¿Y este zafiro de Ormuz, y estas perlas de Ofir, y estas turquesas de Macedonia?

—Turquesa por turquesa —respondió Nedjeb riendo—, el señor Ahmet no pierde en el cambio.

—Felizmente, Nedjeb, no está aquí él para oírte.

—Bien; si estuviese aquí, señora mía, os diría él todas estas verdades, y de su boca tendrían mucho más valor que de la mía.

Después, tomando un par de zapatillas, colocadas cerca del cofrecito, dijo:

—¿Y estas pequeñas babuchas, bordadas de lentejuelas y pasamanería, con plumas de cisne, hechas para dos piecitos que yo conozco...? Dejad que os las pruebe.

—Pruébatelas tú misma, Nedjeb.

—¿Yo?

—No sería la primera vez que por complacerme...

—Sin duda, sin duda —respondió Nedjeb—. Sí, ya me he probado vuestros bonitos trajes..., e iba a pasearme a las azoteas... corriendo el riesgo de que me tomaran por vos, querida ama. ¡Estaba yo muy guapa...! Pero no, esto no debe ser así y hoy menos que nunca. Vamos, probaos estas bonitas babuchas.

—¿Tú lo quieres?

Y Amasia se apresuró a complacer el capricho de Nedjeb, que le calzó las babuchas, dignas de mostrarse al público en un escaparate entre otros preciosos géneros. Ahmet iba concienzudamente vestido a la turca.

—¡Ah, y cómo se anda con eso! —exclamó la joven zíngara—. Vuestra cabeza, querida señorita, va a tener ahora envidia de vuestros pies.

—Me haces reír, Nedjeb —respondió Amasia—, y, sin embargo...

—Y esos brazos, esos bonitos brazos que lleváis completamente desnudos, ¿qué os han hecho? El señor Ahmet no los ha olvidado. Yo veo ahí irnos brazaletes que les sentarán muy bien. ¡Pobres zapatos!, ¡cómo se les trata! Felizmente, estoy yo aquí.

Y, soltando una carcajada, Nedjeb colocó en las muñecas de la joven dos magníficos brazaletes, más relucientes sobre aquella blanca piel que sobre el terciopelo de su estuche.

Amasia la dejaba hacer. Todas aquellas alhajas la hablaban de Ahmet, y a través del incesante movimiento de Nedjeb, sus ojos, yendo de una a otra, le respondían en silencio.

—¡Querida Amasia!

Al oír aquella voz, la joven se levantó precipitadamente.

Un joven, cuyos veintidós años correspondían a los dieciséis de su futura, se hallaba cerca de ésta. Estatura más que regular, elegante figura, a la vez graciosa y arrogante; ojos negros, de gran languidez, y que, animados por la pasión, arrojaban vivos destellos; negra cabellera, cuyos bucles temblaban bajo el *puckul* de seda que pendía del fez o gorro encamado que usan los turcos; finos bigotes a la moda albanesa; en fin, de porte muy aristocrático, si puede llamarse así, en un país en el que, no siendo el nombre transmisible, no hay aristocracia hereditaria.

Ahmet iba concienzudamente vestido a la turca; ¿y podía ser de otra manera, siendo sobrino de un turco que se creía deshonorado al vestirse a la europea como un simple funcionario? Su chaquetilla bordada de oro, su *cholwar*, de un corte irreprochable, y sobrecargada de una pasamanería de buen gusto; su faja, que envolvía graciosamente su cintura; su gorrito rodeado de un *saryk* de algodón de Brusa, y sus botas de marroquí, componían un traje que le favorecía en alto grado.

Ahmet se aproximó a la joven, y, cogiéndole las manos, la obligó cariñosamente a sentarse, mientras que Nedjeb exclamaba:

—Señor Ahmet, ¿ha habido carta de Constantinopla?

—No —respondió Ahmet—; ni una carta de mi tío Kerabán.

—¡Oh, villano! —exclamó la joven zíngara.

—Encuentro bastante inexplicable —dijo Ahmet— que el correo no haya traído ninguna carta de su oficina. Hoy es el día en que, por costumbre, y sin faltar nunca, arregla sus negocios con su banquero de Odesa, y vuestro padre no ha recibido carta alguna a ese respecto.

—En efecto, mi querido Ahmet, es de extrañar que haga eso un negociante tan regular en sus asuntos como vuestro tío Kerabán. ¿Quizá por telégrafo...?

—¿Él, telegrafiar? Querida Amasia, ya sabéis que él no se comunica por telégrafo ni viaja en ferrocarril. ¡Utilizar estas invenciones modernas! Ni para sus relaciones comerciales. Yo creo que preferiría mejor recibir una mala noticia por carta, que una buena por telégrafo. ¡Ah!, mi tío Kerabán...

—¿Le habéis escrito, querido Ahmet? —preguntó la joven, cuyas miradas se elevaron cariñosamente hacia su novio.

—Le he escrito diez veces para apresurar su llegada a Odesa, y rogarle que fije un día más próximo para la celebración de nuestro matrimonio. Le he repetido que era un tío muy bárbaro...

—Bien —exclamó Nedjeb.

—¡Un tío sin corazón, siendo el mejor de los hombres...!

—¡Oh! —dijo Nedjeb, moviendo la cabeza.

—¡Un tío sin entrañas, siendo un padre para su sobrino...! Pero me ha respondido que siempre que llegue antes de que pasen seis semanas, no se le puede pedir más.

—Será preciso aguardar su llegada, Ahmet.

—¡Aguardar, Amasia, aguardar! —respondió Ahmet—. ¡Son tantos los días de felicidad que nos roba!

—Sin embargo, se prende a los ladrones, sí, a los ladrones, que no han hecho quizás tanto daño —exclamó Nedjeb, golpeando el suelo con el pie.

—¿Qué queréis? —repuso Ahmet—. Yo trataré de enternecer a mi tío

Kerabán; si mañana no ha contestado a mi carta, parto para Constantinopla y...

—No, querido Ahmet —respondió Amasia, cogiendo la mano del joven como si quisiese retenerlo—. Yo sufriré tanto en vuestra ausencia que no gozaría con algunos días ganados para nuestro matrimonio. No, quedaos. ¡Quién sabe si alguna circunstancia cambiará las ideas de vuestro tío!

—¡Cambiar las ideas de mi tío Kerabán! —respondió Ahmet—. Más fácil sería cambiar el curso de los astros, colocar la luna en donde está el sol, modificar las leyes del cielo.

—¡Ah, si yo fuese su sobrina! —dijo Nedjeb.

—¿Y qué harías tú si fueses su sobrina? —preguntó Ahmet.

—Yo..., iría y tiraría con tal fuerza de su caftán —respondió la joven zíngara—, que...

—Que se lo romperías, y nada más.

—Bien, pero le agarraría tan vigorosamente por la barba...

—Que te quedarías con ella entre las manos.

—Y, sin embargo —dijo Amasia—, el señor Kerabán es el mejor de los hombres.

—Sin duda —respondió Ahmet—; pero tan testarudo, que si compitiera en terquedad con un mulo, no sería yo quien apostara por este último.

Capítulo IX

EN EL QUE POR POCO EL CAPITÁN YARHUD SE SALE CON LA SUYA

En aquel momento, uno de los sirvientes de la casa (el que, según las costumbres otomanas, está únicamente destinado a anunciar las visitas) apareció en una de las puertas laterales de la galería.

—Señor Ahmet —dijo—, un extranjero que está ahí desea hablar con vos.

—¿Quién es? —preguntó Ahmet.

—Un capitán maltés. Insiste tenazmente en que le recibáis.

—Sea. Ya voy... —respondió Ahmet.

—¡Ah!, querido Ahmet —dijo Amasia—; recibid a ese capitán aquí si no tenéis que decirle nada de particular.

—Sí, será el que dirige esa encantadora embarcación —observó Nedjeb, mostrando el pequeño barco anclado a corta distancia de la morada de Selim.

—Puede ser —respondió Ahmet—. Hacedle entrar.

El criado se retiró, y un momento después el extranjero se presentaba en la puerta de la galería.

En efecto, era el capitán Yarhud, comandante del *Güidar*, rápida embarcación, de unas cien toneladas, tan propia para el cabotaje del mar Negro como para la navegación en las escalas de Levante.

A pesar suyo, Yarhud había experimentado alguna tardanza antes de haber podido anclar al lado de la posesión del banquero Selim. Sin perder una hora, después de la conversación con Scarpante, intendente de Saffar, había marchado de Constantinopla a Odesa por los ferrocarriles de

Bulgaria y Rumania. Yarhud se adelantaba así muchos días a la llegada de Kerabán, que, en su lentitud de antiguo turco, no marchaba más que de quince a dieciséis leguas cada veinticuatro horas; pero en Odesa encontró un temporal tan violento, que no se atrevió a sacar el *Güidar* del puerto, y tuvo que aguardar a que el viento del Nordeste hubiese curtido un poco la tierra de Europa. Hasta aquella mañana, su embarcación no pudo anclar a la vista de la posesión de Selim. Así, pues, esta tardanza, que no le daba más que algunos días de adelanto sobre Kerabán, podía serle muy perjudicial a sus proyectos.

Yarhud debía obrar sin perder un día. Su plan estaba trazado; la astucia primeramente, y si quedaba frustrado por la astucia, por la fuerza; pero era necesario que el *Güidar* dejase aquella misma tarde la rada de Odesa, con Amasia a bordo. Antes que se diese la señal de alarma y que pudiesen perseguirla, la embarcación estaría fuera de alcance, merced a las brisas del Noroeste.

Los raptos de este género todavía se ejecutan con frecuencia, y mucho más en los diversos puntos del litoral. Si son frecuentes en las aguas turcas, no son menos de temer en los territorios que están bajo el mando de la autoridad moscovita. Hace apenas algunos años que Odesa había sido escenario de una serie de raptos, cuyos autores no han sido conocidos. Muchas jóvenes pertenecientes a la sociedad más elevada de Odesa desaparecieron, y lo único que se aseguraba era que habían sido transportadas a bordo de diferentes buques destinados al odioso comercio de esclavos con destino a los mercados del Asia Menor.

Así, pues, lo que otros miserables, habían hecho en aquella capital de la Rusia meridional, Yarhud contaba efectuarlo en provecho de Saffar. No era ésta la primera vez que el *Güidar* se dedicaba a este género de tráfico, y su capitán no hubiese cedido por un 10 por 100 de pérdida las ganancias que esperaba sacar de aquella «comercial» empresa.

He aquí cual era el plan de Yarhud: atraer a la joven a bordo del *Güidar*, bajo pretexto de mostrársela, o venderle algunas telas preciosas, compradas para el caso en los principales comercios del litoral. Probablemente, Ahmet acompañaría a Amasia en su primera visita; pero tal vez volviese sola con Nedjeb. ¿No sería posible hacerse a la mar antes que pudiesen socorrerlas? Si, por el contrario, Amasia no se dejaba convencer por los ofrecimientos de Yarhud, si rehusaba ir a bordo, el capitán maltés trataría de robarla a viva fuerza. La finca del banquero

Selim se hallaba aislada en una pequeña ensenada, en el fondo de la bahía, y sus gentes no estaban en disposición de resistir a la tripulación del barco. Pero en este caso habría lucha, y no se tardaría en saber en qué condiciones se había efectuado el rapto. Por lo tanto, en interés de los raptos era mejor ejecutarlo sin nudo.

—¿El señor Ahmet? —dijo, presentándose, el capitán Yarhud, acompañado de uno de sus marineros, que llevaba en sus brazos algunas piezas de tela.

—Yo soy —respondió Ahmet—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con el capitán Yarhud, al mando de la embarcación *Güidar*, anclada delante de la residencia del banquero Selim.

—¿Y qué queréis?

—Señor Ahmet —respondió Yarhud—, he oído hablar de vuestro próximo matrimonio...

—Habéis oído hablar, capitán, de lo que más me alegra el corazón.

—Lo comprendo, señor Ahmet —respondió Yarhud, mirando a Amasia—. Así, pues, he tenido el pensamiento de venir a poner a vuestra disposición todas las riquezas que contiene mi barco.

—¡Ah, capitán Yarhud, no habéis tenido mala idea! —respondió Ahmet.

—Mi querido Ahmet, en verdad, ¿qué es lo que me falta? —dijo la joven Amasia.

—¿Quién sabe? —respondió Ahmet—; estos capitanes orientales tienen a menudo colecciones de objetos muy preciosos, y es necesario verlos...

—Sí, es necesario verlos y comprarlos —exclamó Nedjeb— para arruinar al señor Kerabán en castigo de su tardanza.

—¿Y de qué objetos se compone vuestro cargamento, capitán? —preguntó Ahmet.

—De telas muy ricas, que yo he ido a buscar a donde se producen —respondió Yarhud—, y en las que comercio generalmente.

—Será necesario mostrárselas a estas jóvenes. Las conocen mucho mejor que yo, y sería feliz, querida Amasia, si el capitán del *Güidar* tuviese en su cargamento algunas telas que os gustasen.

—No hay duda —respondió Yarhud—; y, por otra parte, he tenido cuidado de traer diferentes muestras, las cuales os ruego examinéis antes de ir a bordo.

—Veamos, veamos —exclamó Nedjeb—; pero os prevengo, capitán, que por muy bellas que sean esas cosas, mucho más se merece mi señorita.

—Así es —respondió Ahmet.

A una señal de Yarhud, el marinero desenvolvió muchas muestras, que el capitán del *Güidar* presentó a la joven.

—He aquí sedas de Brusa, bordadas de plata —dijo—, que acaban de presentarse en los bazares de Constantinopla.

—Es un bonito trabajo —respondió Amasia, mirando aquellas telas, que entre los ágiles dedos de Nedjeb relumbraban como si estuviesen salpicadas de luminosos rayos.

—¡Mirad, mirad! —repetía la joven zíngara—; no las hubiéramos encontrado mejor en las tiendas de Odesa.

—Verdaderamente, esto parece haber sido fabricado expresamente para vos, mi querida Amasia —respondió Ahmet.

—Os ruego —repuso Yarhud— que examinéis detenidamente estas muselinas de Escutari y de Tomovo. También podréis juzgar, sobre esta muestra, la perfección de su trabajo; pero a bordo es donde, por la variedad de dibujos y el vivo color de estos tejidos, podréis admirar mucho mejor mis mercancías.

—Bien; siguiendo vuestros deseos, capitán, iremos a visitar el *Güidar* —exclamó Nedjeb.

—Y no lo sentiréis —repuso Yarhud—; permitidme primero enseñaros otros artículos. Aquí tenéis un brocado de diamantes, camisas de seda rizada en listas diáfanas, tejidos para *fredjés*, muselinas para *yachmaks*,

chales de Persia para cinturones, suaves tafetanes para pantalones...

Amasia no cesaba de admirar aquellas magníficas telas, que parecían cambiar de color en las manos del capitán maltés. Si era tan buen marino como comerciante, el *Güidar* debía estar acostumbrado a felices navegaciones. Cualquier mujer (sin exceptuar las turcas) se habría admirado a la vista de aquellos tejidos producto de las mejores fábricas de Oriente.

Ahmet vio con gusto la admiración de la joven. Verdaderamente, como había dicho Nedjeb, ni los bazares de Odesa, ni los de Constantinopla, y ni aún los de Ludovico, célebre comerciante armenio, hubiera ofrecido unos géneros tan escogidos.

—Querida Amasia —dijo Ahmet—; supongo que no querréis que este bravo capitán se haya molestado para nada... Puesto que os enseña tan bellas telas, y puesto que su barco las encierra más bellas todavía, iremos a visitarle.

—¡Sí, sí! —exclamó Nedjeb, que no podía estar en su sitio, y corría hacia el mar.

—Encontraremos también —añadió Ahmet— algún artículo de seda que guste a esta loca de Nedjeb.

—¡Eh!, ¿no creéis necesario que haga honor a mi señora —respondió Nedjeb— el día en que contraiga matrimonio con un señor tan generoso como vos?

—¡Y sobre todo, tan bueno! —añadió la joven, tendiendo las manos a su desposado.

—Queda convenido, capitán —dijo Ahmet—. Nos recibiréis a bordo de vuestro *Güidar*.

—¿A qué hora? —preguntó Yarhud—; porque quiero estar allí para enseñaros todas mis riquezas.

—Pues bien... a mediodía.

—¿Por qué no ahora? —exclamó Nedjeb.

—¡Oh, impaciente! —respondió riendo Amasia—. Tiene ella más prisa que yo por visitar ese bazar flotante. Ya se conoce que Ahmet le ha prometido algún regalo, que la hará ser más coqueta de lo que es.

—¡Coqueta! —exclamó Nedjeb con cariñosa voz—; ¡coqueta para vos, mi querida señora!

—En vuestra mano está, señor Ahmet —repuso Yarhud—, el venir a visitar ahora mismo al *Güidar*. Puedo hacer que traigan mi bote, y en breves instantes os habrá traslado a bordo.

—Hacedlo, pues, capitán —respondió Ahmet.

—¡Sí, sí..., a bordo! —exclamó Nedjeb.

—A bordo, puesto que Nedjeb lo quiere —añadió Amasia.

El capitán Yarhud hizo una seña a Ahmet, diciendo viese las muestras que había traído. Mientras esto hacía, se dirigió hacia la balaustrada, al extremo de la terraza, y lanzó un grito de llamada.

Se observó desde luego algún movimiento sobre el puente de la embarcación. El bote, izado sobre los pistoletes de babor, fue lentamente botado al mar; después de cinco minutos, una embarcación esbelta y ligera, bajo los impulsos de cuatro remos, venía a atracar en los primeros escalones de la terraza.

El capitán Yarhud hizo una seña a Ahmet, diciendo que el bote estaba a su disposición.

Yarhud, a pesar de su sangre fría, no pudo menos de experimentar una viva emoción. ¿No era aquella una ocasión que se presentaba para efectuar el rapto? El tiempo pasaba, y Kerabán podía llegar de un momento a otro. Nada probaba, por otra parte, que antes de efectuar aquel insensato viaje alrededor del mar Negro, no quisiese celebrar en el más breve plazo el casamiento de Amasia y Ahmet. Porque Amasia, ya mujer de Ahmet, no sería la joven que aguardaba el palacio de Saffar.

¡Sí!, el capitán Yarhud se sintió completamente impelido a dar algún golpe de mano por la fuerza. En su naturaleza brutal, no conocía ninguna otra salida. Además, las circunstancias eran propicias y el viento favorable para salir del paso. La embarcación estaría en plena mar antes de que hubiese

pensado en perseguirla en el caso en que la desaparición de la joven fuese notada al momento. Verdaderamente, si Ahmet hubiese estado ausente, y Amasia y Nedjeb solas hubiesen ido a visitar el *Güidar*, Yarhud no hubiera vacilado en levar anclas y hacerse a la mar, en el momento en que las jóvenes, sin desconfiar de nada, hubiera formado parte del cargamento; hubiese sido fácil aprisionarlas en el entrepuente, y ahogar sus gritos hasta salir de la bahía. Pero la presencia de Ahmet hacía aquel plan más difícil, aunque no imposible. En cuanto a desembarazarse del joven, estaba incluso dispuesto a llegar al asesinato, cosa que no asustaba al capitán del *Güidar*. Ese crimen se cargaría en cuenta y el rapto se pagaría a más elevado precio por Saffar; he aquí todo.

Yarhud aguardaba en las escaleras de la terraza, reflexionando el partido que había que tomar, una vez que Ahmet y sus compañeras se hubiesen embarcado en el bote. El ligero barquichuelo se balanceaba graciosamente sobre las aguas, ligeramente movidas por la brisa, a menos distancia de un cable.

Ahmet, que estaba en el último escalón, había dejado a Amasia colocarse en el banco de popa del barquichuelo, cuando la puerta de la galería se abrió.

Después, un hombre, de edad de cincuenta años lo más, cuyo traje turco se asemejaba al europeo, entró precipitadamente gritando;

—¡Amasia..., Ahmet!

Era el banquero Selim, padre de la joven, y corresponsal y amigo de Kerabán.

—¡Hija mía...!, ¡Ahmet! —repitió Selim.

Amasia, tomando la mano que le tendía Ahmet, desembarcó y se dirigió a la terraza.

—Padre mío, ¿qué sucede? —preguntó ella—. ¿Qué os hace estar tan agitado?

—¡Una gran noticia!

—¿Buena...? —respondió Ahmet.

—¡Excelente! —respondió Salim—. Un correo, enviado por mi amigo Kerabán, acaba de presentarse en mi despacho.

—¿Es posible? —exclamó Nebjeb.

—Un correo que anuncia su llegada —respondió Selim— y que no le precede más que en algunos instantes.

—¡Mi tío Kerabán! —repetía Ahmet—. ¿No se halla, pues, en Constantinopla?

—No, puesto que le aguardo aquí.

Felizmente para el capitán del *Güidar*, nadie vio el gesto de cólera que no pudo evitar. La llegada inmediata del tío de Ahmet era la más grave eventualidad que pudo suceder para cumplir con sus proyectos.

—¡Ah, qué bueno es el señor Kerabán! —exclamó Nedjeb.

—Pero, ¿para qué viene? —preguntó la joven Amasia.

—¡Para vuestro matrimonio, querida señora! —respondió Nedjeb—. Si no, ¿qué vendría a hacer en Odesa?

—Eso debe de ser —dijo Selim.

—¡Así lo creo! —respondió Ahmet.

—Sin ese motivo, ¿cómo hubiera abandonado Constantinopla? ¡Habrá cambiado de opinión mi digno tío! ¡Ha dejado su despacho, sus negocios, bruscamente, sin prevenir a nadie...! ¡Es una sorpresa que ha querido damos!

—¡Cómo va a ser recibido! —exclamó Nedjeb—. ¡Y qué buena acogida le espera!

—¿Y su correo no os ha dicho nada de lo que le trae por aquí? —preguntó Amasia.

—Nada —respondió Selim—. Este hombre ha tomado un caballo en la casa de postas de Majaki, donde el coche, de mi amigo Kerabán se habrá detenido, para relevar. Ha llegado al despacho con el fin de anunciarme

que vendría directamente aquí, sin detenerse en Odesa, y por consecuencia ya estará cerca.

Tanto el amigo Kerabán para el amigo Selim, como el tío Kerabán para Amasia y Ahmet, y el señor Kerabán para Nedjeb, fue saludado en aquel momento con los más amables calificativos. Aquella llegada suponía la celebración del matrimonio en breve plazo. ¡Era la felicidad de los desposados! La unión tan deseada no aguardaba más que el plazo fatal para efectuarse. ¡Oh! ¡Si Kerabán era el más testarudo, también era el mejor de los hombres!

Yarhud, impasible, asistía a toda aquella escena de familia. Sin embargo, no había mandado retirar el bote; deseaba saber a punto fijo los proyectos de Kerabán. ¿Temía que éste quisiese celebrar el matrimonio de Amasia y Ahmet, antes de continuar su viaje alrededor del mar Negro?

En aquel momento voces, entre las que dominaba una más imperiosa, se oyeron dentro. La puerta se abrió, y seguido de Van Mitten, Bruno y Nizib, apareció Kerabán.

Capítulo X

EN EL CUAL AHMET TOMA UNA ENÉRGICA RESOLUCIÓN, APOYADA POR LAS CIRCUNSTANCIAS

Buenos días, amigo Selim, buenos días! ¡Qué Alá te proteja a ti y a toda tu casa!

Dicho esto, Kerabán apretó fuertemente la mano de su corresponsal en Odesa.

—¡Buenos días, sobrino Ahmet!

Y Kerabán oprimió contra su pecho, en un vigoroso abrazo, a su sobrino Ahmet.

—¡Buenos días, mi pequeña Amasia!

Y Kerabán besó en las dos mejillas a la joven que iba a ser su sobrina.

Todo esto fue ejecutado con tal rapidez, que nadie tuvo tiempo de responderle.

—¡Y ahora, hasta la vista, y en marcha! —añadió Kerabán volviéndose hacia Van Mitten.

El flemático holandés, que no había sido presentado, parecía, con su impasible figura, un extraño personaje, evocado en la escena capital de un drama.

Al ver a Kerabán distribuir con tanta prodigalidad abrazos y besos, nadie de los presentes dudaba que venía para efectuar el matrimonio; pero cuando oyeron exclamar: «¡en marcha!» quedaron sumidos en la más profunda perplejidad.

Ahmet fue el primero que intervino, diciendo:

—¡Como, en marcha!

—¡Sí; en marcha, sobrino mío!

—¿Vais a partir, tío?

—¡Al momento!

El asombro creció, mientras que Van Mitten decía al oído de Bruno:

—¡Verdaderamente, esta manera de obrar sienta bien al carácter de mi amigo Kerabán!

—¡Muy bien! —respondió Bruno.

Sin embargo, Amasia miraba a Ahmet y éste a Selim, mientras que Nedjeb no tenía ojos para mirar a aquel inverosímil tío, un hombre capaz de partir antes de haber llegado.

—Vamos, Van Mitten —repuso Kerabán, dirigiéndose a la puerta.

—Señor, ¿me diréis...? —dijo Ahmet a Van Mitten.

—¿Qué podría yo decirles? —replicó el holandés, que marchaba ya detrás de su amigo.

Pero Kerabán, en el momento de ir a salir, se detuvo, y dirigiéndose al banquero Selim, le dijo:

—A propósito, amigo Selim, ¿me cambiaréis algunos miles de piastras en rublos?

—¿Algunos miles de piastras...? —respondió Selim, que trataba de comprender.

—Sí, Selim..., plata rusa, de la que tengo necesidad para mi paso por el territorio moscovita.

—Pero, tío, ¿me diréis al fin...? —exclamó Ahmet.

—¿Cuál ha sido el cambio de hoy? —preguntó Kerabán.

—Tres y medio por ciento —respondió Selim, que, en su calidad de banquero, no titubeó en contestar en seguida.

—¡Cómo! ¿Tres y medio?

—¡Los rublos han subido! —respondió Selim—. En el despacho se piden hoy a...

—Vamos, amigo Selim, para mí ya será tres y cuarto solamente. ¿Oís...? ¡Tres y cuarto!

—¡Para vos, sí...!, para vos..., amigo Kerabán, y aún sin ninguna comisión.

El banquero Selim no sabía evidentemente ni lo que hacía ni lo que decía.

Se nos olvidaba decir que, desde el interior de la galería donde permanecía separado, Yarhud observaba toda aquella escena con extremada atención. ¿Qué había allí de favorable o de perjudicial para sus proyectos?

En aquel momento, Ahmet cogió a su tío por los brazos; le detuvo en el umbral de la puerta, que iba a franquear, y le obligó, no sin resistencia, dado el carácter del testarudo, a volver sobre sus pasos.

—Tío —le dijo—, nos habéis abrazado hace un momento y ya deseáis marcharos...

—¡Dejadme, dejadme! —respondió Kerabán, en el momento en que iba a partir.

—¡Sea, tío...! No quiero contrariaros... Pero, al menos, decid, ¿por qué habéis venido a Odesa?

—He venido —respondió Kerabán— porque Odesa se halla en mi camino. Si Odesa no se hubiera hallado en mi camino, no hubiera venido aquí. ¿No es cierto, Van Mitten?

El holandés se contentó con hacer una señal afirmativa, bajando lentamente la cabeza.

—¡Ah! No habéis sido presentados y es necesario que os presente —dijo Kerabán.

Y dirigiéndose a Selim, le dijo:

—Mi amigo Van Mitten, corresponsal de Rotterdam, al cual he convidado a comer en Escutari.

—¡En Scutari! —exclamó el banquero.

—¡Así parece! —dijo Van Mitten.

—Y su criado Bruno —añadió Kerabán—, un buen servidor, que no ha querido separarse de su amo.

—¡Así parece! —respondió Bruno, como un eco fiel.

—¡Y ahora, en marcha!

Ahmet intervino de nuevo:

—Sea, tío —dijo—; creed que nadie desea contrariaros... Pero si sólo habéis venido a Odesa porque Odesa está en vuestro camino, ¿qué camino queréis seguir para ir de Constantinopla a Scutari?

—¡El camino que da la vuelta al mar Negro!

—¡La vuelta al mar Negro! —exclamó Ahmet.

Hubo un instante de silencio.

—¡Y qué! —repuso Kerabán—. ¿Qué hay de extraño, de extraordinario, que vaya de Constantinopla a Scutari dando la vuelta al mar Negro?

El banquero Selim y Ahmet se miraron.

¿Estaría loco el rico negociante de Galata?

—Amigo Kerabán —dijo Selim—, nosotros no pensamos en contrariaros...

Ésta era la frase habitual con la cual se comenzaba prudentemente toda conversación con el testarudo personaje.

—Nosotros no queremos contrariaros; pero nos parece que, para ir directamente de Constantinopla a Scutari, no hay más que atravesar el

Bósforo.

—¡Ya no hay Bósforo!

—¿Que no hay Bósforo...? —repitió Ahmet.

—¡Para mí, al menos! No lo hay nada más que para los que se someten a pagar un inicuo impuesto, un impuesto de diez paras por persona, un impuesto con el que el Gobierno de los nuevos turcos acaba de gravar el tránsito por aquellas aguas, libres de todo derecho hasta el presente.

—¡Qué...! Un nuevo impuesto —exclamó Ahmet, que comprendió en un instante en qué aventura se había metido su testarudo tío.

—Sí —repuso Kerabán animándose más—. En el momento en que iba a embarcarme en mi caique... para ir a comer a Scutari... con mi amigo Van Mitten, este impuesto de diez paras acababa de establecerse... ¡Naturalmente, yo rehusé pagar...! ¡Se negaron a dejarme pasar! Yo dije que sabría ir a Scutari sin atravesar el Bósforo...! ¡Me contestaron que era imposible! ¡Repliqué que yo lo haría! ¡Yo lo haré! ¡Por Alá, antes me cortarían la mano que llevarla al bolsillo para sacar esos diez paras! ¡No, por Mahoma, por Mahoma; no conocen a Kerabán!

Evidentemente no conocían a Kerabán. Pero su amigo Selim, su sobrino Ahmet, Van Mitten y Amasia le conocían, y vieron que después de lo que había pasado, sería imposible hacerle cambiar de resolución. No había que discutir (lo que hubiera complicado más las cosas) y era necesario aceptar la situación. Se impuso ésta de tal manera, que, de común acuerdo y sin previo intento, todos convinieron en ello.

—¡Después de todo, tío, tenéis razón! —dijo Ahmet.

—¡Toda la razón! —añadió Selim.

—¡Siempre la tengo! —respondió Kerabán.

—Es preciso resistir a las pretensiones inicuas —repuso Ahmet—; resistir, aún cuando os costara la fortuna...

—¡Y la vida! —añadió Kerabán.

—Habéis hecho bien en rehusar el pago de ese impuesto, y demostrar que

sabréis ir de Constantinopla a Scutari, sin atravesar el Bósforo...

—Y sin desembolsar diez paras —añadió Kerabán—. Aunque me debiese costar quinientos mil.

—Pero no tendréis prisa para marchar, supongo... —preguntó Ahmet.

—Tengo mucha prisa, sobrino —respondió Kerabán—. Es necesario, tú sabes por qué, que esté de vuelta dentro de seis semanas.

—Bien, mi querido tío; pero podréis estar ocho días en Odesa...

—¡Ni cinco, ni cuatro, ni uno —respondió Kerabán—, ni aún una hora!

Ahmet, viendo que la natural terquedad se iba apoderando de su tío, hizo una señal a Amasia para que interviniese.

—¿Y nuestro matrimonio, señor Kerabán? —dijo la joven cogiéndole de la mano.

—Tu casamiento, Amasia —respondió Kerabán—, no se retrasará de ninguna manera. Es necesario que se efectúe antes de finalizar el próximo mes... ¡Y se efectuará...! Mi viaje no lo retrasará ni un solo día..., con la condición de que yo parta sin perder un instante.

De este modo caían por su base el cúmulo de esperanzas que todos habían concebido con la llegada de Kerabán. El matrimonio no tendría lugar entonces; pero tampoco se retrasaría, decía él. Pero, ¿quién podía responder de ella? ¿Cómo prever las eventualidades de un viaje tan largo y peligroso hecho en aquellas condiciones?

Ahmet no pudo contener un movimiento de despecho, que felizmente no vio su tío; tampoco percibió la nube que oscureció la frente de Amasia, y no oyó a Nedjeb murmurar:

—¡Ah, infame tío!

—Por otra parte —añadió éste, con el acento de un hombre que hace una proposición, a la cual no hay objeción posible—; por otra parte, cuento con que Ahmet me acompañe.

—¡Diablo, he aquí una estocada difícil de parar! —dijo a media voz Van

Mitten.

—¡No la parará! —respondió Bruno.

Ahmet, efectivamente, había recibido aquel golpe en el corazón. Amasia, vivamente conmovida por la partida de su futuro, permanecía inmóvil cerca de Nedjeb, que hubiera arrancado los ojos a Kerabán.

En el interior de la galería, el capitán del *Güidar* no perdía ni una sola palabra de aquella conversación. Ésta iba tomando proporciones favorables a sus proyectos.

Selim, aunque tuviese poca esperanza en modificar la resolución de su amigo, por lo menos creyó intervenir, diciendo:

—¿Es muy necesario, Kerabán, que vuestro sobrino os acompañe en vuestro viaje alrededor del mar Negro?

—¡Necesario, no! —respondió Kerabán—; pero me figuro que Ahmet no titubeará en acompañarme.

—Sin embargo... —protestó Selim.

—Sin embargo, ¿qué? —respondió el tío, cuyos dientes se apretaron, indicando que no admitía la menor discusión.

Un minuto de silencio, que pareció interminable, siguió a la última palabra pronunciada por Kerabán. Pero Ahmet había tomado su resolución. Hablaba en voz baja con la joven. Y le hacía comprender que el disgusto que habían de experimentar los dos, valía mucho más no experimentarlo; que sin él, aquel viaje podría hallar obstáculos de todo género, y que con él, por el contrario, el viaje se efectuaría rápidamente; con perfecto conocimiento de la lengua rusa, no perderían ni un día, ni una hora; que sabría obligar a su tío a forzar las marchas aunque le costase el triple; y que, en fin, antes de últimos del próximo mes, es decir, antes del plazo en que Amasia debía casarse si quería conservar el interés de la considerable fortuna de su tía, él llevaría a Kerabán a la orilla izquierda del Bósforo.

Amasia no tenía fuerzas suficientes para acceder, pero comprendía que era el mejor partido que podía tomar.

—¡Está bien; queda convenido, tío! —dijo Ahmet—. Os acompañaré,

puesto que estoy dispuesto a partir, pero...

—¡Oh, nada de condiciones, sobrino!

—Sea sin condiciones —respondió Ahmet. Y mentalmente añadió: «Yo te haré correr aunque tengas que echar los bofes, ¡oh, el más testarudo de los tíos!».

—En marcha, pues —dijo Kerabán.

Y volviéndose hacia Selim, le dijo:

—¿Los rublos a cambio de mis piastras...?

—Yo os los daré en Odesa, donde voy a acompañaros —respondió Selim.

—¿Estáis pronto, Van Mitten? —preguntó Kerabán.

—Siempre estoy dispuesto.

—Ahora, Ahmet, abraza a tu novia; abrázala bien, y vamos.

Ahmet tenía entre sus brazos a la joven. Ésta no podía contener las lágrimas:

—¡Ahmet, mi querido Ahmet...! —repetía.

—¡No lloréis, querida Amasia! —decía Ahmet—. ¡Si nuestro matrimonio no se ha efectuado ahora, tampoco se retrasará, os lo prometo...! ¡No son más que algunas semanas de ausencia!

—¡Ah, querida señora —dijo Nedjeb—, si el señor Kerabán se rompiese una pierna, o las dos, antes de salir de aquí! ¿Queréis que me ocupe de eso?

Ahmet ordenó a la joven zíngara que permaneciese tranquila, e hizo bien. Verdaderamente, Nedjeb era mujer capaz de todo con tal de detener a aquel intratable tío.

Se cambiaron las despedidas y los últimos abrazos. Todos estaban conmovidos. Al holandés parecía que se le oprimía el corazón. Solamente Kerabán no veía o no quería ver el enternecimiento general.

—¿Está el carruaje dispuesto? —preguntó a Nizib, que entraba en aquel momento en la galería.

—El carruaje está dispuesto —respondió Nizib.

—¡En marcha! —dijo Kerabán—. ¡Ah, modernos otomanos, que os vestís a la europea! ¡Ah, señores nuevos turcos, que no sabéis ni aún estar gordos...!

Había allí evidentemente una imperdonable decadencia a los ojos de Kerabán.

—¡Ah, señores renegados, que os sometéis a las prescripciones de Mahmud; yo os enseñaré que quedan todavía antiguos creyentes, sobre los cuales nunca tendréis razón!

Nadie le contradecía entonces; y, sin embargo, se iba animando más.

—¡Ah, pretendéis monopolizar el Bósforo a vuestro gusto! ¡Bien, yo me río de vuestro Bósforo! ¿Qué decís, Van Mitten?

—No digo nada —respondió Van Mitten, que, verdaderamente, no había articulado una sola palabra, de lo que se hubiera guardado bien.

—¡Vuestro Bósforo! ¡Su Bósforo! —repuso Kerabán dirigiendo su mano hacia el Sur—. ¡Felizmente, el mar Negro está allí! También tiene un litoral, y no se ha hecho solamente para los conductores de caravanas. Lo seguiré, lo costearé. ¡Ah, amigos míos, ya veréis la cara que pondrán aquellos empleados del Gobierno, cuando me vean aparecer en las alturas de Scutari, sin haber arrojado ni medio para en las arcas de los mendigos de la administración!

Es necesario convenir que Kerabán, rebosando amenazas e imprecaciones contra el nuevo Gobierno turco, estaba magnífico.

—¡Vamos, Ahmet! ¡Vamos, Van Mitten! —exclamó—. ¡En marcha, en marcha!

Estaba ya en la puerta, cuando Salim le detuvo con una palabra:

—Amigo Kerabán —le dijo—, permitidme una observación.

—¡Nada de observaciones!

—Bien, una sencilla advertencia que desearía haceros —repuso el banquero.

—¿Por ventura tenemos tiempo?

—Escuchadme, amigo Kerabán. Una vez en Scutari, después de haber dado la vuelta al mar Negro, ¿qué haréis?

—¿Yo...? Pues bien, yo... yo...

—¿No iréis a fijaros en Scutari, supongo, sin volver a Constantinopla, donde está vuestra casa de comercio?

—No... —balbuceó Kerabán.

—Pero, tío —observó Ahmet—, por poco que os obstinéis en no pasar el Bósforo, nuestro matrimonio...

—¡Amigo Selim, nada más sencillo! —respondió Kerabán aludiendo a la primera cuestión, que no dejaba de preocuparle—. ¿Qué os impide venir a Scutari con Amasia? Os costará diez paras por persona, por atravesar el Bósforo, pero vuestro honor no está comprometido como el mío en ese asunto.

—¡Sí, sí! ¡Venid a Scutari por un mes! —exclamó Asmet—. Nos aguardaréis allí, querida Amasia; que nosotros haremos porque no aguardéis mucho.

—¡Sea; id a Scutari! —respondió Selim—. Allí celebramos el matrimonio. Pero, amigo Kerabán, una vez terminada la boda, ¿no volveréis a Constantinopla?

—¡Volveré, cierto; volveré! —exclamó Kerabán.

—¿Y cómo?

—Pues, cuando ese impuesto se haya abolido, atravesaré el Bósforo..., sin pagar...

—¿Y si no lo está?

—¿Si no lo está...? —dijo Kerabán—. ¡Por Alá, tomaré el mismo camino y daré la vuelta al mar Negro!

Capítulo XI

EN EL QUE SE MEZCLAN UN POCO DE DRAMA Y UN POCO DE FANTASÍA

Habían partido! Habían dejado la posesión, Kerabán para continuar el viaje, Van Mitten para acompañar a su amigo, Ahmet para seguir a su tío, y Nizib y Bruno porque no podían hacer otra cosa. La mansión estaba desierta, a no ser cinco o seis servidores que se ocupaban en arreglarla. Hasta el banquero Selim acababa de ir a Odesa, con el fin de entregar a los viajeros los rublos a cambio de las piastras otomanas.

En la casa sólo había entonces dos jóvenes, Amasia y Nedjeb.

El capitán maltés lo sabía. Había contemplado todas las peripecias de aquella escena de despedida. ¿Aplazaría Kerabán el matrimonio hasta su vuelta? Lo había aplazado: primera buena señal para sus proyectos. ¿Consentiría Ahmet en acompañar a su tío? Había consentido: segunda buena señal para Yarhud.

Pues bien, el maltés tenía un plan: Amasia y Nedjeb estaban solas en la finca o, por lo menos, en la galería que se extendía hasta el mar. La embarcación estaba a medio cable... El bote le aguardaba en las gradas... Sus marineros estaban prontos a obedecerle a la primera señal... No faltaba más que obrar.

El capitán estuvo a punto de emplear la violencia para apoderarse de Amasia. Pero, como en el fondo era hombre prudente, no queriendo entregarse al azar, decidido a no dejar rastro alguno del rapto, se puso a reflexionar.

Si empleaba la fuerza, Amasia pediría socorro. Nedjeb uniría sus gritos a los suyos. Tal vez serían oídas por algún criado. ¡Entonces verían al *Güidar* aparejar para salir de la bahía de Odesa! Y sería ya un indicio, una prueba... ¡No!; era mejor obrar con más circunspección y aguardar a la noche para ello. Lo importante era que Ahmet no estuviese allí... Y no

estaba. El maltés quedó, pues, escondido, sentado en la popa de su bote, algo disimulado por la balaustrada, observando a las dos jóvenes. Ellas ni pensaban siquiera en la presencia de aquel peligroso personaje.

Por otra parte, si, por la visita convenida, Amasia y Nedjeb consentían en ir a bordo de la embarcación, ya fuese para examinar los artículos, ya por cualquier otro motivo (y Yarhud ya tenía sus proyectos respecto a ello), vería si era oportuno decidirse sin aguardar la noche.

Después de la partida de Ahmed, Amasia, indispuesta por aquel rápido golpe, estaba silenciosa, pensativa, observando el lejano horizonte que se desarrollaba hacia el Norte.

Allí se dibujaba el litoral que los obstinados viajeros iban a seguir; allí, aquel camino, en el que las tardanzas, los peligros tal vez, pondrían a prueba el carácter de Kerabán y de todos los que, a pesar suyo, le acompañaban.

Si su matrimonio se hubiese efectuado, no hubiera vacilado en acompañar a Ahmet. Entonces, ¿de qué modo hubiera podido oponerse su tío? No se hubiera opuesto. ¡No!, siendo ya su sobrina, le parecía que hubiera tenido alguna influencia sobre él, que le hubiera detenido en aquella peligrosa pendiente, donde su obstinación podía empujarla todavía. Y, sin embargo, estaba sola y le era necesario aguardar semanas enteras antes de encontrarse con Ahmet en aquella posesión de Scutari, donde su unión debía efectuarse.

Mas si Amasia estaba triste, Nedjeb estaba furiosa, y furiosa contra el testarudo, a causa de todas las decepciones. ¡Ah!, si se hubiese tratado de su propio matrimonio, la joven zíngara no se hubiera dejado llevar de aquella manera a su prometido. Hubiera contrariado los propósitos del testarudo personaje. Las cosas hubieran sucedido de bien distinta manera.

Nedjeb se aproximó a la joven, cogiéndola de la mano; la llevó al diván obligándola a sentarse, y, tomando un cojín, se sentó a sus pies.

—Querida señora —dijo—, en vuestro lugar, en vez de pensar en el señor Ahmet, yo pensaría en el señor Kerabán, para maldecirle a mi gusto.

—¿Y para qué? —respondió Amasia.

—Me parece que sería menos triste —repuso Nedjeb—. Si queréis, colmaremos a ese buen tío de toda clase de maldiciones. Las merece, y os aseguro que no me quedará corta.

—No, Nedjeb —respondió Amasia—. Hablemos de Ahmet. ¡En él solamente debo pensar, y en él pienso!

—Hablemos, pues, querida señora —dijo Nedjeb—. Es cierto que es el más agradable y bueno de los hombres que puede soñar una joven. ¡Pero qué tío tiene! Es déspota y egoísta, y con una sola palabra que dijese, y que no ha dicho, podía habernos concedido unos días tan felices. Verdaderamente, merecía...

—Hablemos de Ahmet —repuso Amasia.

—Sí, querida señora, Ahmet os ama. ¡Qué feliz vais a ser con él! ¡Ah, sería un hombre incomparable si no tuviese semejante tío! Pero ¿de qué está hecho ese hombre? Sabéis que ha obrado muy bien al no tener mujer, ni una ni varias. Con estas terquedades hubiera sublevado incluso a los esclavos de su harén.

—Pero ¿todavía estás hablando de él, Nedjeb? —dijo Amasia, cuyos pensamientos seguían diferente curso.

—No, no..., hablo del señor Ahmet, y, como vos, no pienso más que en el señor Ahmet. ¡Ah!, en su lugar, no me hubiera rendido, hubiera insistido... Le creía más enérgico.

—¿Quién te dice, Nedjeb, que no ha mostrado más energía cediendo a las órdenes de su tío que contrariándole? ¿No ves que, aunque me costase el mayor de los dolores, es mejor que haga ese viaje, para abreviarlo por todos los medios posibles, para prevenir peligros que el señor Kerabán, con su habitual terquedad, quizá no prevea? No. Nedjeb, no. Partiendo, Ahmet ha dado prueba de su valor; partiendo me ha dado una nueva prueba de su amor.

—Es preciso que tengáis razón, mi querida señora —respondió Nedjeb, que por la viveza de su sangre zíngara no podía someterse—. ¡Sí, el señor Ahmet se ha mostrado muy enérgico partiendo! Pero ¿no hubiese sido mucho más enérgico si hubiera impedido a su tío partir?

—¿Era eso posible, Nedjeb? —repuso Amasia—. Te lo pregunto; ¿era eso posible?

—¡Sí..., no..., puede ser! —respondió Nedjeb—. No hay barra de hierro que no se pueda doblar... o romper, si es necesario. ¡Ah, ese Kerabán! Sólo él tiene la culpa de todo; y si sobreviene algún accidente, solamente él será el responsable. ¡Cuando pienso que por no pagar diez paras hace la desgracia del señor Ahmet, la vuestra..., y, por consecuencia, la mía, quisiera, sí..., quisiera que el mar Negro se desbordase, hasta los últimos límites del mundo, para ver si se obstinaba en darle la vuelta!

—¡La daría! —respondió Amasia con un tono que expresaba la más profunda convicción—. ¡Pero hablemos de Ahmet, Nedjeb, y no hablemos más que de él!

En aquel momento Yarhud acababa de dejar su bote, y, sin ser notado, avanzaba hacia las dos jóvenes. Al ruido de sus pasos las dos se volvieron. La sorpresa, mezclada con algo de temor, se pintó en sus rostros al advertirlo cerca de ellas.

Nedjeb se levantó la primera.

—¿Vos, capitán? —dijo—. ¿Qué venís a hacer aquí? ¿Qué queréis...?

—No quiero nada —respondió Yarhud, fingiendo extrañeza al verse acogido de aquella manera—; no quiero nada, a no ser ponerme a vuestra disposición para...

—¿Para qué? —preguntó Nedjeb.

—Para conducirnos a bordo del Güiclar —respondió el capitán—. ¿No habéis decidido venir a visitar su cargamento y escoger algo que pudiera conveniros?

—Es verdad, querida señora —exclamó Nedjeb—: habíamos prometido al capitán...

—Lo habíamos prometido, cuando Ahmet estaba aquí —respondió la joven—; pero Ahmet ha partido, y no es ocasión para ir a bordo del *Güidar*.

Las cejas del capitán Yarhud se fruncieron un instante; después, con la tranquilidad más completa, dijo:

—El *Güidar* no puede fondear mucho tiempo en la bahía de Odesa, y es muy posible que apareje mañana o pasado, lo más tarde. Si la futura esposa del señor Ahmet quiere adquirir algunas de las telas cuyas muestras parece le han satisfecho, sería necesario aprovechar esta ocasión. Mi bote está ahí, y en un momento estaremos a bordo.

—Os damos las gracias, capitán —respondió fríamente Amasia—; pero no me gusta ocuparme de semejantes cosas en ausencia del señor Ahmet. ¡Debía hoy acompañarnos en nuestra visita al *Güidar*, debía aconsejarnos...! No está aquí, y sin él ni puedo ni quiero hacer nada.

—Lo siento —respondió Yarhud—; aunque, por otra parte, no dudo que el señor Ahmet se hallaría agradablemente sorprendido a su vuelta si compraseis todas esas telas. ¡Es una ocasión que no se os volverá a presentar, y después lo sentiréis!

—Es muy posible, capitán —respondió Nedjeb—; pero en este momento haréis mejor en no insistir sobre ese punto.

—Sea —replicó Yarhud, inclinándose—; pero, al menos, confío que, si dentro de algunas semanas los azares de mi navegación trajeran de nuevo al *Güidar* a Odesa, no olvidaréis que me habéis prometido visitarlo.

—No lo olvidaremos, capitán —respondió Amasia, dando a entender al maltés que podía retirarse.

Yarhud saludó a las dos jóvenes, dio algunos pasos hacia la terraza, después se detuvo, y, como si le hubiera ocurrido una idea repentina, volvió hacia Amasia en el momento en que la joven iba a abandonar la galería.

—Una palabra tan sólo —dijo—, o, más bien una proposición que tiene que agradar a la futura esposa del señor Ahmet.

—¿De qué se trata? —preguntó Amasia, algo impaciente por la obstinación del capitán maltés en imponerle su presencia y su conversación.

—La casualidad me ha hecho asistir a toda la escena que ha precedido a la partida del señor Ahmet.

—¿La casualidad? —respondió Amasia, que empezaba a desconfiar, como por un presentimiento.

—¡Sólo la casualidad! —respondió Yarhud—. Yo estaba en mi bote, que había quedado a vuestra disposición...

—¿Cuál es la proposición que tenéis que hacemos, capitán? —preguntó la joven.

—Una muy natural —respondió Yarhud—. He visto que la hija del banquero Selim se ha afectado bastante por esa brusca partida; y, si le agradase volver a ver una vez más al señor Ahmet...

—¡Volverle a ver una vez más...! ¿Qué queréis decir? —respondió Amasia, cuyo corazón latía precipitadamente ante aquella proposición.

—Quiero decir —repuso Yarhud— que dentro de una hora el carruaje del señor Kerabán pasará necesariamente por aquel promontorio que veis allí.

Amasia se había adelantado y miraba la ligera curvatura de la costa hacia el sitio indicado por el capitán Yarhud.

—¿Allí..., allí...? —preguntó.

—Sí.

—Querida señora —exclamó Nedjeb— ¡si pudiéramos ir hasta allí!

—Nada más fácil —respondió Yarhud—. En media hora, con buen viento, el *Güidar* puede alcanzar aquel cabo. Si queréis embarcaros, aparejaremos inmediatamente.

—¡Sí...!, ¡sí...! —exclamó Nedjeb, que sólo veía en este paseo por mar una ocasión para que Amasia contemplase una vez más a su prometido.

Pero Amasia había reflexionado. Ante aquella vacilación, el capitán no pudo contener un movimiento de disgusto. Y a Amasia le pareció que la fisonomía de Yarhud no presagiaba nada bueno. Entonces sintió desconfianza.

Dejando la balaustrada, sobre la que se había apoyado para percibir mejor la prolongación del litoral, Amasia entró en la galería con Nedjeb, donde la

cogió la mano.

—¿Aguardo vuestras órdenes? —dijo el capitán.

—No, capitán —respondió Amasia—. ¡Viendo a Ahmet en esas condiciones puedo proporcionarle más pena que alegría!

Yarhud, comprendiendo que era inútil insistir, se retiró tranquilamente. Un instante después la embarcación desatraca de la orilla, llevando al capitán mal té y a sus hombres; y, después de un corto espacio de tiempo, llegaba hasta el *Güidar* por el lado de babor.

Las dos jóvenes quedaron solas en la galería durante una hora. Amasia volvió a apoyar sus codos sobre la balaustrada. Miraba obstinadamente hacia aquel punto del litoral señalado por Yarhud, y por donde debía pasar el carruaje de Kerabán.

Nedjeb observaba también la curvatura que formaba la costa, una legua hacia el Este.

Al cabo de una hora, en efecto, la joven zíngara exclamó:

—¡Ah!, querida señora, ¡mirad! ¡Mirad! ¿No distinguís un coche que sigue la costa, allí abajo, en lo alto del acantilado?

—¡Sí! ¡Sí! —respondió Amasia—. ¡Son ellos! ¡Es él, él!

—¡No puede veros...!

—¡Qué importa! ¡Parece que me mira...!

—¡No lo dudéis, querida señora! —respondió Nedjeb—. Sus ojos habrán sabido descubrir esta casa entre los árboles, en el fondo de la bahía, y quizá también a nosotras.

—¡Hasta la vista, Ahmet mío, hasta la vista! —dijo por última vez la joven Amasia, como si aquel adiós hubiese podido llegar hasta su prometido.

Amasia y Nedjeb, cuando el carruaje desapareció en un recodo del camino, en el final de la pendiente del derrumbadero, dejaron la galería y volvieron al interior de la habitación.

Desde el puente de la embarcación, Yarhud las vio retirarse, y ordenó a los hombres de cuarto, que, cuando la noche empezase a caer, anunciaran al momento si las jóvenes volvían a salir a la galería. Entonces, ya que por la astucia no había obtenido resultado, obraría por la fuerza.

Sin duda, con la partida de Ahmet y con la feliz circunstancia de no efectuarse el matrimonio antes de seis semanas, el rapto de la joven no merecía ser ejecutado con precipitación. Pero era necesario contar con la impaciencia de Saffar, cuya entrada en Trebisonda debía estar ya muy próxima. Porque, dadas las incertidumbres de una navegación en el mar Negro, un barco de vela puede experimentar tardanzas de quince o veinte días. Era necesario, por lo tanto, partir lo más pronto posible, si Yarhud quería llegar en el plazo fijado en su conversación con el intendente Scarpante. No hay duda que Yarhud era un bribón, pero un bribón que hacía honor a sus promesas.

De ahí su proyecto de obrar sin perder un solo momento.

Las circunstancias le eran favorables. En efecto, por la noche, antes de que su padre volviese de la casa de banca, Amasia salió a la galería. Iba sola esta vez. Sin aguardar a que la noche cerrase, la joven quería volver a ver aquel lejano panorama de pendientes que formaba el horizonte por el Norte. Todo su ser volaba, por decirlo así, en aquella dirección.

Volvió, pues, a aquel sitio, y, apoyándose en la balaustrada, quedó pensativa, apercibiéndose en sus ojos una de esas miradas que ven hasta lo imposible y que ninguna distancia puede detener.

Pero, perdida en aquellas reflexiones, Amasia no distinguió una embarcación que se destacaba del *Güidar*, apenas visible en la sombra. No la vio aproximarse sin ruido y detenerse en los primeros escalones que bañaban las aguas de la bahía.

Sin embargo, Yarhud, seguido de tres marineros, se había deslizado a tierra, y se adelantaba arrastrándose por la escalerilla.

La joven, absorta en sus pensamientos, no había visto nada.

Yarhud, arrojándose sobre ella, la cogió con tanta fuerza y de tal manera, que se vio en la imposibilidad de resistirle.

—¡A mí!, ¡a mí! —pudo exclamar la desgraciada.

Sus gritos fueron ahogados; pero habían sido oídos por Nedjeb, que acudió en ayuda de su señora.

Apenas la joven zíngara hubo franqueado la puerta de la galería, dos marineros se arrojaron sobre ella, impidiéndole movimiento alguno.

—¡A bordo! —dijo Yarhud.

Las dos jóvenes fueron depositadas en la embarcación, que al momento desatracó para alcanzar al *Güidar*. Éste no tenía que hacer, sino llevar el ancla e izar sus velas para aparejar.

Así se hizo en el momento en que Amasia y Nedjeb fueron encerradas a bordo, en un gabinete de popa, sin poder hacer nada, ni hacer oír sus gritos.

Sin embargo, la embarcación, habiendo cogido buen viento, se inclinaba sobre sus grandes antenas, queriendo salir de la pequeña ensenada que rodeaba los muros de la residencia del banquero.

Pero, por rápido que se hubiese verificado el rapto, había llamado la atención de algunos criados, ocupados en los jardines. Uno de ellos había oído gritar a Amasia, y en seguida esparció la alarma.

En aquel momento, el banquero Selim entraba en su habitación. Fue puesto al corriente de lo que acababa de pasar, y, con la angustia que es de suponer, buscó a su hija... Pero ésta había desaparecido.

Sin embargo, al ver a la embarcación maniobrar para doblar la extremidad Sur de la pequeña ensenada, Selim comprendió todo.

Corrió, a través de los jardines, hacia un promontorio cerca del cual debía pasar el *Güidar*, con el fin de evitar los últimos escollos del litoral.

—¡Miserables! —gritaba—. ¡Robáis a mi hija! ¡Mi hija! ¡Amasia! ¡Deteneos...! ¡Deteneos...!

Un disparo, que partió del puente del *Güidar*, fue la única respuesta que obtuvo.

Selim cayó herido por una bala.

Un instante después, el *Güidar*, a toda vela, y ayudado por la fresca brisa de la noche, había desaparecido hacia al Este.

Capítulo XII

EN EL QUE VAN MITTEN CUENTA UNA HISTORIA DE TULIPANES QUE TAL VEZ INTERESE AL LECTOR

El carruaje, arrastrado por caballos de refresco, había abandonado Odesa hacia la una de la tarde. Kerabán ocupaba el lado izquierdo del cupé, Van Mitten el derecho y Ahmet el centro. Bruno y Nizib se habían subido al cabriolé, donde pasaban el tiempo durmiendo, ya que su conversación se reducía a alguna que otra palabra.

Un sol bastante vivo alegraba la campiña, y las aguas del mar se destacaban en azul oscuro sobre las parduscas rocas del litoral.

Los viajeros del cupé no tardaron en estar tan silenciosos como los del cabriolé, pues si estos últimos empleaban su tiempo en dormir, los primeros se habían entregado por completo a la reflexión.

Kerabán se abstraía por completo en sus sueños de testarudo, y no pensaba más que en las caras que pondrían a su vuelta las autoridades otomanas.

Van Mitten pensaba en aquel imprevisto viaje, y no dejaba de preguntarse por qué él, ciudadano de las provincias bálticas, se había lanzado a los caminos del litoral del mar Negro, cuando podía estar tranquilamente en el barrio de Pera, en Constantinopla.

Ahmet había resueltamente tomado su partido respecto a aquel inesperado viaje. Estaba decidido a no economizar la bolsa de su tío en el caso en que fuera preciso evitar una tardanza cualquiera o franquear un imprevisto obstáculo, a fuerza de plata. Irían por el camino más corto; pero, así y todo, procuraría hacerlo menos largo.

El joven daba vueltas en su imaginación a todos esos proyectos, cuando, al alcanzar la cima del acantilado, percibió en el fondo de la bahía la finca del banquero Selim. Sus ojos se fijaron en aquel punto (tal vez en el

momento en que la vista de Amasia se dirigía hacia allí) y es probable que sus miradas se cruzaran sin haber podido verse.

Después, dirigiéndose a su tío, Ahmet, resuelto a tocar una cuestión de las más delicadas, le preguntó si había establecido minuciosamente todos los detalles del itinerario.

—Sí, sobrino —respondió Kerabán—. Seguimos, sin abandonarlo jamás, el camino que va bordeando el litoral.

—Y en este momento nos dirigimos a...

—A Koblewo, a doce leguas de Odesa, donde cuento llegar esta noche.

—¿Y una vez en Koblewo? —preguntó Ahmet.

—Viajaremos toda la noche, con el fin de llegar a Nikolaiev mañana al mediodía, después de haber salvado las dieciocho leguas que separan esta ciudad de la pequeña villa.

—Muy bien, tío; se trata de ir muy de prisa, y en efecto... Pero una vez en Nikolaiev, ¿no pensaréis en llegar rápidamente a los distritos del Cáucaso?

—¿Y cómo?

—Usando los ferrocarriles de la Rusia meridional, que, por Alexandrov y Rostov, nos permitirán efectuar una buena parte de nuestro viaje.

—¡Los ferrocarriles! —exclamó Kerabán.

En aquel momento Van Mitten tocó ligeramente con el codo a su joven compañero, y le dijo en voz baja:

—¡Inútil, discusión inútil...! ¡Siente horror por los trenes!

Ahmet conocía las ideas de su tío respecto a aquellos medios de locomoción, demasiado modernos para uno de los fieles de los antiguos turcos; pero en aquellas circunstancias le parecía que Kerabán podría, oír una sola vez, desistir de sus deplorables prevenciones.

¡Pero Kerabán ya no hubiese sido Kerabán si, en cualquier circunstancia, diese su brazo a torcer!

—Creo que estás hablando de ferrocarriles... —dijo.

—Sí, tío

—¿Quieres que yo, Kerabán, consienta en hacer lo que no he hecho todavía?

—Me parece que...

—¿Quieres que yo, Kerabán, me haga estúpidamente transportar por una máquina de vapor?

—Cuando vos sepáis...

—Ahmet, es evidente que no has reflexionado en lo que has tenido el valor de proponerme.

—¡Pero, tío...!

—Digo que no reflexionas, puesto que te permites formular esa proposición.

—Os aseguro, tío, que en los vagones...

—¿Vagones...? —dijo Kerabán, repitiendo aquella palabra de procedencia extranjera con una entonación difícil de explicar.

—Sí..., los vagones que se arrastran sobre los rieles...

—¿Rieles...? —dijo Kerabán—. ¿Qué son esas horribles palabras, y en qué lenguaje hablamos?

—El lenguaje de los viajeros modernos.

—Di, sobrino mío —respondió el testarudo Kerabán, animándose más—; ¿acaso tengo yo algo de viajero moderno para consentir alguna vez en subir a un vagón, haciéndome arrastrar por una máquina? ¿Tengo yo necesidad de desplazarme sobre rieles pudiendo rodar mi carruaje por un camino cualquiera?

—Cuando se tiene prisa, tío...

—Ahmet, obsérvame mejor y no hables de eso; si no hubiera carruajes, iría en carreta; y si no hubiera carretas, iría a caballo; si no hubiera caballos, iría en asno, y de no haber asnos iría a pie; y, si no, de rodillas; y, si no iría...

—¡Amigo Kerabán, deteneos, por Dios! —exclamó Van Mitten.

—¡Iría arrastrándome! —replicó Kerabán—. ¡Sí, arrastrándome!

Y cogiendo por los brazos a Ahmet, le dijo:

—¿Has oído tú alguna vez decir que Mahoma tomase el tren para ir a La Meca?

A este argumento, no había evidentemente nada que responder. Así es que Ahmet, que hubiera podido replicar que, si hubiese habido entonces ferrocarriles, Mahoma los hubiera preferido, se tuvo que callar, mientras que Kerabán continuaba refunfuñando en su rincón, desnaturalizando a su gusto todas las palabras de la jerga ferroviaria.

Sin embargo, si el carruaje no pretendía luchar en rapidez con un expreso, por lo menos marchaba bien. El tiro, sobre un piso bastante bueno, avanzaba al trote largo, y no había por qué quejarse. Los caballos no faltaban en los relevos. Ahmet, que se había encargado de todos los gastos (su tío había voluntariamente consentido), abonaba los precios estipulados, y daba propina a los postillones con una generosidad imperial. Los billetes salían de su bolsillo, y podía decirse que era un caballero sembrando rublos a su paso.

Tan de prisa se hizo marchar al vehículo, que el mismo día el carruaje, rodeando el litoral, pasó por los pueblos de Schumirka, Alexandrovka, y hacia el anochecer llegó a Koblewo.

Desde allí, durante la noche, subiendo hacia el interior de la provincia, y haciendo por atravesar el Bug a la altura de Nikolaiev, a través del gobierno de Kerson, los viajeros llegaron fácilmente a aquella ciudad, hacia el mediodía del 28 de agosto.

Tres horas se detuvo el carruaje delante de un regular hotel, donde les sirvieron una no menos regular comida, a la que Bruno hizo honor. Ahmet aprovechó aquella parada para escribir al banquero Selim, diciéndole que

el viaje se hacía en condiciones aceptables, añadiendo muchos recuerdos para Amasia. Kerabán no creyó pasar mejor aquellas horas, sino prolongando los postres entre las suaves absorciones del moka, y las olorosas aspiraciones de su narguile.

En cuanto a Van Mitten, de acuerdo con Bruno en que era necesario que aquel singular viaje les sirviese de instrucción, fueron a visitar la ciudad de Nikolaiev, cuya prosperidad aumenta visiblemente a expensas de su rival Kerson, amenazando en sustituir su nombre por el de ésta en la apelación geográfica del Gobierno.

Ahmet fue el primero que dio la orden de partir.

El holandés no se hizo esperar. Kerabán dio la última chupada a su narguile en el momento en que el postillón montaba, y el carruaje volvió a tomar el camino que desciende hacia Kerson.

Había que recorrer diecisiete leguas de un país poco fértil. A un lado y otro del camino se veían algunas moreras y no pocos álamos y sauces. En las proximidades del Dniéper, cuyo curso, de cerca de cuatrocientas leguas, termina en Kerson, se extendían largas filas de cañaverales que parecían salpicados de grajos; pero, asustados, volaban al ruido del carruaje; eran azulados, y su gorjeo desagradaba tanto a los oídos como agradaban a la vista sus resplandecientes colores.

El 29 de agosto, al despuntar el alba, Kerabán y sus compañeros, después de una noche sin incidentes, llegaban a Kerson, cabeza de partido del Gobierno, cuya fundación es debida a Potemkin. Los viajeros no pudieron sino felicitarse de aquella creación del favorito de Catalina II. Allí, en efecto, encontraron un buen hotel, en el cual se detuvieron algunas horas, y almacenes suficientemente abastecidos para llenar la despensa del carruaje (en lo que Bruno, más resuelto que Nizib, se desquitó maravillosamente).

Algunas horas más tarde llegaban al importante pueblo de Aleski y se dirigían, descendiendo, hacia el istmo de Perekop, que une a Crimea con el litoral de la Rusia meridional.

Ahmet no había olvidado dirigir a Odesa una carta desde el pueblo de Aleski. Cuando tomaron sus respectivos puestos en el carruaje, éste se lanzó directamente por el camino de Perekop, y Kerabán preguntó a su

sobrino si había tenido la atención de mandar sus mejores saludos, al mismo tiempo que los suyos, a su amigo Selim.

—No lo he olvidado, tío —respondió Ahmet—, y he añadido que hacíamos todo lo posible para llegar pronto a Scutari.

—Has hecho muy bien, sobrino; y es necesario no olvidar darle noticias nuestras siempre que tengamos una administración de correos a nuestra disposición.

—Desgraciadamente, como no sabemos de antemano donde nos detendremos —dijo Ahmet—, nuestras cartas quedarán siempre sin respuesta.

—En efecto —añadió Van Mitten.

—Pero, a propósito —dijo Kerabán, dirigiéndose a su amigo de Rotterdam—; me parece que no os apresuráis a escribir a la señora Van Mitten. ¿Qué pensará esa excelente señora de vuestro olvido hacia ella?

—¿La señora Van Mitten...? —dijo el holandés.

—Sí.

—La señora Van Mitten es una perfecta señora. Como mujer, no he tenido todavía una sola queja que dirigirle, pero como compañera de mi vida... Amigo Kerabán, ¿por qué hablamos de la señora Van Mitten?

—¿Cómo que por qué? Pues porque recuerdo que era una excelente señora.

—¡Ah! —dijo Van Mitten, como si le dijese una cosa nueva para él.

—¿No te hablé de ella en los mejores términos, sobrino Ahmet, cuando volví de Rotterdam? —preguntó Kerabán.

—Es cierto, tío.

—Y durante mi viaje, ¿no he estado particularmente encantado de la acogida que me hizo?

—¡Ah! —repitió Van Mitten.

—Sin embargo —repuso Kerabán—, convengo en que también tenía algunas singulares ideas; caprichos..., vapores... Pero eso es inherente al carácter de las mujeres, y si no se les tolera esas nimiedades, más vale no casarse. Precisamente es lo que yo hago.

—Y hacéis bien —respondió Van Mitten.

—¿Le gustan los tulipanes como verdadera holandesa? —preguntó Kerabán.

—Apasionadamente.

—¡Vamos, Van Mitten, hablemos con franqueza! ¡Os encuentro algo frío hacia vuestra esposa!

—¡Frío sería una expresión demasiado caliente para lo que yo experimento hacia ella!

—¿Qué decís...? —exclamó Kerabán.

—Digo —respondió el holandés— que yo no os hubiera hablado jamás de la señora Van Mitten; pero, puesto que me habláis de ella, y la ocasión se presenta, os voy a hacer una confesión.

—¿Una confesión?

—¡Sí, amigo Kerabán! La señora Van Mitten y yo estamos separados.

—¿Separados —exclamó Kerabán— de común acuerdo?

—De común acuerdo.

—¿Y para siempre?

—Para siempre.

—Contadme eso, a no ser que la emoción...

—¿La emoción? —respondió el holandés—; ¿y por qué queréis que tenga yo emoción?

—¡Vamos, hablad, Van Mitten! —repuso Kerabán—. En mi calidad de

turco me gustan las historias, y como soltero me gustan las historias de casados.

—Pues bien, amigo Kerabán —repuso el holandés con el tono del que cuenta las aventuras de otro—; desde hace algunos años la vida era intolerable entre la señora Van Mitten y yo. Discutíamos incesantemente sobre todas las cosas, a la hora de levantarse, al acostarse, al desayuno; sobre lo que se comería, sobre lo que no se comería; sobre lo que se bebería y no se bebería; sobre el tiempo que hacía, el que iba a hacer y el que había hecho; sobre si los muebles se colocarían aquí o se colocarían allí; sobre el fuego que era necesario encender en una habitación más que en otra; sobre si convenía abrir la ventana y convenía cerrar la puerta; sobre las plantas que se sembrarían en el jardín o las que se arrancarían; en fin...

—¡En fin, eso marchaba bien! —dijo Kerabán.

—Como veis, y aún así iba empeorando; en el fondo soy de temperamento dócil, y yo cedía, sobre todo, por no armar escándalo.

—¡Era lo más acertado! —dijo Ahmet.

—Era, por el contrario, lo menos acertado —respondió Kerabán, dispuesto a sostener una discusión sobre aquel motivo.

—Yo no sé nada —respondió el holandés—; pero, fuera como fuese, el caso es que en nuestra última disputa quise resistir... ¡He resistido, sí, he resistido como un verdadero Kerabán!

—¡Por Alá! ¡Eso no es posible! —exclamó el tío de Ahmet, que se conocía muy bien.

—¡Más que un Kerabán! —añadió Van Mitten.

—¡Mahoma me proteja! —respondió Kerabán—. ¡Pretender que sois más testarudo que yo...!

—¡Evidentemente, es poco probable! —respondió Ahmet con un acento de convicción tal, que llegó hasta el corazón de su tío.

—Vais a verlo —respondió Van Mitten—, y...

—No veremos nada —exclamó Kerabán.

—¿Queréis oírme hasta el final? Fue a propósito de los tulipanes la discusión que se entabló entre la señora Van Mitten y yo, de esos bellos tulipanes que cuentan con un número infinito de admiradores, de los llamados *Tulipa gesneriana*, que suben derechos por el tronco, y de los que hay más de cien varias especies. ¡No me costaba menos de mil florines el bulbo...!

—¡Ocho mil piastras! —dijo Kerabán, habituado a contar en moneda turca.

—¡Sí, cerca de ocho mil piastras! —respondió el holandés—. ¡Pues he aquí que la señora Van Mitten se obstina una día en arrancar un tulipán para sustituirlo por un girasol! ¡Aquello pasaba ya de los límites! Yo me opongo... Ella se empeña... ¡Quiero detenerla...! Lo arranca...

—Coste: ocho mil piastras —dijo Kerabán.

—¡Entonces me arrojo sobre su girasol, y lo rompo!

—Coste: dieciséis mil piastras —dijo Kerabán.

—Ella se lanza sobre un segundo tulipán... —dijo Van Mitten.

—Coste; veinticuatro mil piastras —respondió Kerabán, como si estuviese pasando las cuentas de su libro de caja.

—¡Yo le rompo otro girasol...!

—Coste: treinta y dos mil piastras.

—Y entonces comienza la batalla —repuso el holandés—. La señora Van Mitten no es dueña de sus actos. Y recibo dos magníficos bulbos, de los más grandes, en la cabeza...

—Coste: cuarenta mil piastras.

—¡Ella recibe otros tres en pleno pecho...!

—Coste: sesenta mil piastras.

—¡Era una verdadera lluvia de bulbos de tulipanes, como no se ha visto jamás! ¡Aquello duró media hora! ¡Todo el jardín quedó estropeado...! Y

después del jardín, el invernadero...! ¡No quedaba nada de mi colección!

—Y, finalmente, ¿os ha costado...? —preguntó Kerabán.

—Cerca de veinticinco mil florines.

—¡Doscientas mil piastras! —dijo Kerabán.

—¡Pero yo no me he rendido!

—¡Ya valía la pena!

—Y después —repuso Van Mitten— he partido, no sin haber dado órdenes para dividir mi parte de fortuna y enviarla al Banco de Constantinopla. Después he huido de Rotterdam con mi fiel Bruno, decidido a no entrar en mi casa hasta que la señora Van Mitten la abandone... para ir a un mundo mejor...

—¡O no arranque tulipanes! —dijo Ahmet.

—Y bien, amigo Kerabán —repuso Van Mitten—, ¿habéis tenido muchas terquedades que os hayan costado doscientas mil piastras?

—¿Yo? —respondió Kerabán, ligeramente picado por la observación de su amigo.

—¡Verdaderamente —dijo Ahmet—, mi tío las ha tenido, y por mi parte conozca una!

—¿Cuál? —preguntó el holandés.

—¡Esta terquedad que le obliga, por no pagar diez paras, a dar la vuelta al mar Negro, le costará mucho más caro que lo sucedido con vuestros tulipanes!

—¡Costará lo que costará! —respondió Kerabán con tono seco—. ¡Pero me parece que mi amigo Van Mitten no ha pagado muy cara su libertad! ¡He ahí las desventajas de no tener más que una mujer! ¡Mahoma conocía bien a ese sexo encantador cuando permitía a sus adeptos tener tantas como quisiesen!

—¡Cierto! —respondió Van Mitten—. ¡Creo que diez mujeres se gobiernan

mejor que una sola!

—Y mucho mejor es —añadió Kerabán— no tener ninguna mujer.

Después de esta última observación la conversación quedó interrumpida.

El carruaje llegaba entonces a una casa de postas. Se relevó y anduvieron toda la noche. A la mañana siguiente, hacia el mediodía, los viajeros, bastante fatigados, pero, a instancias de Ahmet, decididos a no perder una hora, después de haber pasado por Bolschi-Kopani y Kalanchak, llegaban a la provincia de Perekop, en el fondo del golfo de su nombre, en la confluencia misma del istmo que une a Crimea con la Rusia meridional.

Capítulo XIII

EN EL QUE ATRAVIESAN OBLICUAMENTE LA ANTIGUA TÁURIDA, Y SE DA A CONOCER EL GÉNERO DE ANIMALES QUE ARRASTRAN EL CARRUAJE

Crimea! ¡El Quersoneso Táurico de los antiguos, un cuadrilátero, o, mejor dicho, un rombo irregular, que parece haber sido arrancado de las más encantadoras campiñas de Italia; una península de la que Fernando de Lesseps haría una isla de dos tajos de cortaplumas; un rincón de tierra que fue el objetivo de todos los pueblos, envidiosos en disputarse el Imperio de Oriente; un antiguo reino del Bósforo, sometido sucesivamente por los Heráclidas, seiscientos años antes de la Era Cristiana; después por Mitrídates; por los alanos, los godos, los hunos, los húngaros, los tártaros y los genoveses; una provincia, en fin, de la que Mahomet II hizo una rica dependencia de su Imperio, y que Catalina II unió definitivamente a Rusia en 1791!

¿Cómo aquella comarca, bendita por los dioses y disputada por los mortales, habría podido escapar al enlace de las leyendas mitológicas? ¿No se ha pretendido ver en los pantanos de Sivach trazas de los gigantescos trabajos de aquel misterioso pueblo de los atlantes? ¿No han colocado los poetas de la antigüedad la entrada de los Infiernos cerca del cabo Kedberian, cuyas tres moles simulaban el cancerbero de tres cabezas? Ifigenia, la hija de Agamenón y de Clitemnestra, que llegó a ser sacerdotisa de Diana, en Táurida, ¿no fue con el fin de inmolar a la casta diosa su hermano Orestes, despeñado en los acantilados del cabo Parthenium?

Y sin embargo, Crimea, en su parte meridional, que vale más ella sola que todas las áridas islas del archipiélago, con el Chatir-Dag, que eleva a quinientos metros de altura su meseta, en la que se podría organizar un festín para todos los dioses del Olimpo; sus anfiteatros de bosques, cuyo manto de verdura se extiende hasta el mar; sus grupos de castaños, olivos, cipreses, almendros; sus cascadas cantadas por Puchkin, ¿no es el más bello panorama de aquella corona de provincias, que se extiende

desde el mar Negro al mar Ártico? ¿No es bajo su clima vivificador y templado donde los rusos del Norte, como los rusos del Sur, van a buscar, los unos refugio contra los rigores del invierno hiperboreal, los otros un abrigo contra las calurosas brisas del verano? ¿No es allí, alrededor del cabo Aia, frontal del ariete, sobre el que se estrellan las olas del Ponto Euxino, en la extremidad sur de la Táurida, donde se han fundado colonias de palacios, casas de campo y granjas? ¿No se asientan allí bellas ciudades: Yalta, Alupka, que pertenecen al príncipe Woronsov, mansión feudal por el exterior, sueño de una imaginación oriental en el interior; Kisil-Tasch, que pertenece al conde Poniatovski; Artek, al príncipe André Galitzin; Marsanda, Orcanda, Eriklik, propietarios imperiales; Livadia, admirable palacio, con sus fuentes, sus torrentes, sus jardines de invierno, retiro favorito de la Emperatriz de todas las Rusias?

Además, el espíritu más delicado, más sentimental, más artista, el más romántico, encontraría dónde satisfacer sus aspiraciones en aquel rincón de la tierra, verdadero microcosmo en el que Europa y Asia se dan cita.

Allí se reúnen pueblos tártaros, pequeñas provincias griegas, ciudades orientales con mezquitas y minaretes, derviches, monasterios del rito ruso, serrallos, tebaidas donde han tenido lugar románticas aventuras, lugares santos donde irradian las peregrinaciones; una montaña judía que pertenece a la tribu de los caraítas, un valle de Josafat, cavado como una dependencia del célebre valle del Cedrón, donde millares de justiciables deben reunirse al son de las trompetas del juicio final.

¡Cuántas maravillas hubiera visitado Van Mitten! ¡Cuántas impresiones que anotar acerca de aquel país, a donde le llevaba su extraño destino! Pero su amigo Kerabán no viajaba para ver, y Ahmet, que, por otra parte, conocía todos aquellos esplendores de Crimea, no le hubiera concedido ni una sola hora para tomar apuntes.

—Pueda ser que, después de todo —se decía Van Mitten—, me sea posible, al pasar, recoger una ligera impresión del antiguo Quersoneso, tan justamente alabado.

No debía ser así. El carruaje se dirigía por el camino más corto, siguiendo una línea oblicua del Norte al Sudoeste, sin tocar ni en el interior ni en la costa meridional de la antigua Táurida.

En efecto, el itinerario, tal como se siguió, había sido decidido en una

reunión en la que el holandés no había tomado parte. Si, atravesando Crimea, se evitaba la vuelta al mar de Azov (que habría aumentado en ciento cincuenta leguas, por lo menos, aquel viaje circular), se ganaba todavía una parte de trayecto, cortando en línea recta por Perekop hasta la península de Kerch. Después, por el otro lado del estrecho de Yenikalé, la península de Taman ofrecería un regular trayecto hasta el litoral caucásico.

El carruaje se deslizó sobre el estrecho istmo, de donde pende la Crimea como una magnífica naranja de una rama del naranjo. A un lado se encuentra la bahía de Perekop; al otro, los pantanos de Sivach, más conocido con el nombre de mar Pútrido, vasto estanque de dos mil metros cuadrados, alimentado por las aguas del mar Azov, a los que el surco de Ghenitché sirve de canal.

Al pasar los viajeros pudieron observar al Sivach, que no tiene más que un metro de profundidad como término medio, y cuyo grado de salinidad está casi a punto de saturación en algunos sitios. Y como en aquellas condiciones la sal cristalizada empieza a depositarse naturalmente, se podría hacer de aquel mar Pútrido una de las más productivas salinas del globo.

Es necesario decir que el recorrer el Sivach no es nada agradable al olfato. La atmósfera se mezcla con cierta cantidad de ácido sulfúrico, y los peces que penetran en aquel lago encuentran en seguida la muerte. Este lago es equivalente al Asfaltites, en Palestina.

En medio de aquellos pantanos se destaca el ferrocarril, que desciende desde Alexandrov a Sebastopol. Así, pues, Kerabán pudo oír con horror los ensordecedores silbidos que lanzaban, durante la noche, las ruidosas locomotoras, corriendo sobre los rieles, que lamen a veces las cenagosas aguas del mar Pútrido.

A la mañana siguiente, 31 de agosto, durante el trayecto, el camino se desenvolvió en medio de una verde campiña, sobre la que se destacaban verdaderos ramilletes de olivos, cuyas hojas, moviéndose al impulso de la brisa, parecían bañadas por una lluvia de azogue; cipreses de un verde que se aproximaba al negro, magníficos robles, y árboles de grandes dimensiones. Sobre todo, a ambos lados del camino se extendían vastos viñedos, que producen vino de tanta calidad como algunas viñas de Francia.

Sin embargo, bajo las instigaciones de Ahmet, y gracias a los puñados de rublos que prodigaba, los caballos estaban siempre dispuestos a engancharse al carruaje, y los postillones, estimulados de la misma manera, acertaban con el camino más corto. Por la tarde habían pasado al pueblo de Dorte, y algunas leguas más allá volvieron a encontrar las orillas del mar Pútrido.

Por aquel sitio la curiosa laguna no se separa del mar de Azov más que por una lengua de tierra poco elevada, formada por un montón de conchas y moluscos.

Aquella lengua es llamada Flecha de Arabat. Se extiende desde la provincia de su nombre, al Sur, hasta Ghenitché, al Norte (en tierra firme), cortada solamente en aquel sitio por una abertura de trescientos pies, por el cual, como dijimos, penetran las aguas del mar de Azov.

Al despuntar el día Kerabán y sus compañeros se vieron rodeados de húmedos vapores, densos y malsanos, que se disiparon lentamente bajo la acción de los rayos solares.

La campiña estaba menos poblada de árboles, y, por lo tanto, más desierta. Veíanse pacer en libertad inmensos dromedarios, lo que hacía parecer aquella comarca a un desierto árabe. Las carretas que pasaban, construidas de madera, sin un solo trozo de hierro, ensordecían el aire al rechinar sobre sus ejes untados de grasa. Todo aquel aspecto era bastante primitivo; pero en las casas de los pueblos y en sus aislados cortijos se encuentra todavía la generosidad y la hospitalidad tártara. Cualquiera puede entrar, sentarse a la mesa del dueño, atacar todos los platos que incesantemente se sirven, comer con todo el apetito que se tenga, y beber a su gusto, e irse tranquilamente, dando las gracias por toda retribución.

No por esto los viajeros abusaron jamás de la sencillez de aquellas antiguas costumbres, que no tardarán en desaparecer.

Por la noche el carruaje, cuyos caballos estaban extenuados por un largo trayecto, se detuvo en el pueblo de Arabat, en la extremidad meridional de la Flecha.

Allí se eleva una fortaleza, al pie de la cual se amontonan las viviendas. En resumidas cuentas no había más que manojos de hierbas aromáticas, que

son verdaderos nidos de culebras, y campos de sandías, cuya recolección es en extremo abundante.

Eran las nueve de la noche cuando el carruaje se detuvo delante de una posada de mezquina apariencia.

Pero es necesario convenir que era la mejor del pueblo. En aquellas remotas regiones del Quersoneso no convenía mostrarse muy delicado.

—Sobrino Ahmet —dijo Kerabán—, ya hace muchas noches y muchos días que corremos sin detenernos en otra parte que en los relevos de postas. No me disgustaría tenderme algunas horas en una cama, aunque fuese de una posada.

—Y a mi me agradaría mucho —añadió Van Mitten, irguiéndose orgullosamente.

—¡Cómo! ¡Perder doce horas! —exclamó Ahmet—. ¡Perder doce horas en un viaje de seis semanas!

—¿Quieres que entablemos una discusión sobre ese punto? —preguntó Kerabán con aquel tono algo agresivo que le caracterizaba.

—¡No, tío, no! —respondió Ahmet—. Desde el momento en que tenéis necesidad de reposo...

—¡Sí! Tengo necesidad, lo mismo que Van Mitten, y Bruno, supongo, y aún Nizib, que no pediré menos.

—Señor Kerabán —respondió Bruno, directamente interpelado—, yo admiro esa idea como una de las mejores que habéis tenido, sobre todo si una buena comida nos prepara un buen sueño.

La observación de Bruno venía muy a propósito. Las provisiones del carruaje estaban casi agotadas. Lo que quedaba en los cofres importaba no tocarlo antes de haber llegado a Kerch, ciudad importante de la península de su nombre, donde podían ser abundantemente renovadas.

Desgraciadamente, si las camas de la posada de Arabat eran poco convenientes, aún para los viajeros de su importancia, la repostería dejaba aún más que desear. No son muchos los viajeros que en cualquier época del año se aventuran en los confines de la Táurida. Algún que otro

negociante de sal, cuyos caballos y carretas frecuentan el camino de Kerch a Perekop, tales son los principales parroquianos de la posada de Arabat, gentes poco delicadas, que saben dormir en el suelo y comer lo que se presenta.

Kerabán y sus compañeros debieron contenerse con una mezquina colación, a saber: un plato de *pilaw*, que es el manjar nacional, pero con más arroz que pollo, y con más escuálidos huesos que tiernos alones. Por otra parte, aquel volátil era viejo, y por demás duro, que resistió hasta al mismo Kerabán; pero los sólidos molares de aquel testarudo personaje dieron cuenta del coriáceo pollo, y en aquella ocasión no cedió más que de costumbre.

A aquel plato reglamentario sucedió una verdadera cazuela de yogur o leche cuajada, que vino muy a propósito para facilitar la deglución del *pilaw*: después trajeron galletas, bastante apetitosas, conocidas en el país con el nombre de *katlamas*.

Bruno y Nizib fueron peor servidos, o no les alcanzó tan buen plato. Lo cierto es que sus mandíbulas hubieran tenido inconveniente en destrozarse un pollo, pero no se les presentó ocasión de hacerlo. El *pilaw* fue sustituido en su mesa por una especie de sustancia negruzca, ahumada como una especie de chimenea que hubiese permanecido largo tiempo en el fondo del hogar.

—¿Qué es esto? —preguntó Bruno.

—No sabría decirlo —replicó Nizib.

—¿Cómo? Vos que sois del país...

—Yo no soy del país.

—¡Casi, puesto que sois turco! —respondió Bruno—. Pues bien, camarada, probad un poco de esta desecada suela, y me diréis a lo que sabe.

Nizib, dócil como siempre, mordió con fuerza el pedazo de dicha suela.

—¿Y bien...? —preguntó Bruno.

—¡Ciertamente no es bueno, pero se deja comer!

—Sí, Nizib, especialmente cuando uno se muere de hambre, y no hay otra cosa que ponerse entre los dientes.

Y Bruno probó a su vez, decidido, por no adelgazar, a aventurar el todo por el todo.

En suma, aquello podía pasar, ayudado por algunos vasos de una especie de cerveza alcohólica, y así lo hicieron los dos convidados.

Pero repentinamente Nizib exclamó:

—¡Ah! ¡Alá me ayude!

—¿Qué os pasa, Nizib?

—Si lo que yo he comido era de cerdo...

—¡De cerdo! —replicó Bruno—. ¡Ah, es justo eso, Nizib! Un buen musulmán como vos no puede alimentarse de ese excelente poco inmundo animal. Pues bien, me parece que si esta sustancia desconocida es de cerdo, no tenéis más que hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Digerirla tranquilamente, puesto que ya la habéis comido.

No por esto dejaba de inquietarse Nizib, gran observador de las leyes del profeta, y sentía la conciencia profundamente turbada.

Bruno creyó deber informarse acerca de lo que se componía aquella sustancia.

Nizib entonces se convenció y dejó efectuar la digestión sin ningún remordimiento. Aquello no era tampoco carne, era pescado, el *schebac*, pez que se corta por la mitad como el bacalao, que se seca al sol, y se le cura suspendiéndole encima del hogar; que se come crudo o poco menos, y del que se hace una exportación considerable para todo el litoral de Rostov, situado en el interior de la extremidad Norte del mar de Azov.

Señores y criados debieron contentarse con aquella mezquina comida de la posada de Arabat. Las camas les parecieron más duras que los asientos

del carruaje; pero, sin embargo, no estaban sometidos a los vaivenes y traqueteos de la carroza, no se movían, y, por lo tanto, el sueño que conciliaron en sus poco confortables lechos, fue suficiente para reponerles de sus precedentes fatigas.

A la mañana siguiente, 2 de setiembre, desde que despuntó el día, Ahmet se hallaba ya en pie, ocupándose en buscar la casa de postas para relevar los caballos. El tiro de la víspera, que había marchado por una estepa larga y muy desigual, no hubiera podido ponerse en camino sin tener, por lo menos, veinticuatro horas de descanso. Ahmet contaba con llevar el carruaje y los caballos de refresco a la posada, con el fin de que su tío y Van Mitten no tuviesen más que montar para seguir el camino de la península de Kerch.

La casa de postas se encontraba allí en la extremidad del pueblo; adornaban su techo extrañas vigas, casi semejantes en su forma al mástil de un violón. En cuanto a los caballos de refresco, no había ni rastro de ellos. La cuadra se hallaba vacía, y aún a precio de oro el dueño no la hubiera podido proveer. Ahmet, muy desalentado a causa de aquel contratiempo, volvió a la posada. Kerabán, Van Mitten, Bruno y Nizib, dispuestos ya a partir, aguardaban a que el carruaje llegase. Entonces uno de ellos (inútil es decir quién) empezaba a dar visibles señales de impaciencia.

—Y bien, Ahmet —exclamó—, ¿vuelves solo? ¿Es necesario que vayamos a buscar el carruaje al relevo?

—Sería desgraciadamente inútil, tío —respondió Ahmet—. No hay ni un solo caballo.

—¿No hay caballos...? —dijo Kerabán.

—Y hasta mañana no los podremos tener.

—¿Mañana...?

—¡Sí; son veinticuatro horas las que perderemos!

—¡Veinticuatro horas que perder! —exclamó Kerabán—. Yo espero no perder ni diez, ni cinco, ni una ni media.

—Sin embargo —observó el holandés a su amigo, que ya empezaba a

alborotarse—, si no hay caballos...

—Habría —respondió Kerabán.

Y a una señal todos le siguieron.

Un cuarto de hora más tarde llegaban al relevo y se detenían a su puerta.

El dueño se hallaba en el umbral, con la negligente actitud de un hombre que sabe perfectamente que no le podrán obligar a dar lo que no tiene.

—¿No tenéis caballos? —preguntó Kerabán con un tono algo duro.

—No tengo más que los que me trajisteis ayer tarde, y éstos no pueden partir.

—¿Y por qué no tenéis caballos de relevo en vuestras cuadras?

—Porque han sido alquilados por un señor turco, que va a Kerch, desde donde debe partir para Poti después de atravesar el Cáucaso.

—¡Un señor turco! —exclamó Kerabán—. ¡Uno de esos otomanos a la moda europea, sin duda! ¡Verdaderamente, no se contentan con molestar en las calles de Constantinopla, sino que todavía se les encuentra en los caminos de Crimea...! ¿Y quién es?

—Sólo sé que se nombra el señor Saffar —respondió tranquilamente el maestro de postas.

—¿Y quién os ha dado permiso para entregar los caballos que os quedaban a ese señor Saffar? —preguntó Kerabán, con acento del más perfecto desprecio.

—Porque ese viajero llegó al relevo ayer por la mañana, doce horas antes que vos, y, puesto que los caballos estaban disponibles, no tenía ningún motivo para rehusárselos.

—¡Había un motivo...!

—¿Cuál? —preguntó el maestro de postas.

—Puesto que yo debía llegar...

¿Qué podía responderse a las argumentaciones de aquel obcecado carácter? Van Mitten quiso intervenir; pero su amigo le rechazó bruscamente. Respecto al maestro de postas, después de haber mirado a Kerabán con aire burlón, iba a entrar en su casa, cuando éste le detuvo, diciéndole:

—Poco importa, después de todo, que tengáis caballos o no; es necesario que partamos al instante.

—¿Al instante...? —respondió el maestro de postas—. Os repito que no tengo caballos.

—Buscadlos.

—No los hay en Arabat.

—Buscad dos, buscad uno —respondió Kerabán, que empezaba a no ser dueño de sí mismo—, buscad la mitad de uno..., pero buscadlo.

—Sin embargo, si no hay... —repitió dulcemente el conciliador Van Mitten.

—Es necesario que haya.

—¿Nos podréis procurar un par de mulas o mulos? —preguntó Ahmet al maestro de postas.

—Bueno. Sea; mulas o mulos —añadió Kerabán.

Con eso nos contentaremos.

—No he visto nunca ni mulas ni mulos en la provincia —respondió el maestro de postas.

—¡Ah! Lo que es hoy —murmuró Bruno al oído ilc su señor, señalando a Kerabán—, ha encontrado un digno adversario.

—Pues, entonces, asnos... —dijo Ahmet.

—¡No hay tampoco asnos!

—¿Que no hay asnos? —exclamó Kerabán—. ¡Ah; os burláis de mí, señor maestro de postas! ¡Cómo es eso! ¿No hay asnos en el país? ¿No hay con qué formar un tiro, cualquiera que sea? ¿No hay lo suficiente para

arrastrar un coche?

Y el obstinado Kerabán, hablando de aquella suerte, arrojaba miradas investigadoras a derecha e izquierda sobre una docena de indígenas que se habían detenido a la puerta del local.

—¡Sería capaz de engancharlos al carruaje! —dijo Bruno.

—¡Sí...! A ellos o a nosotros —respondió Nizib, como hombre que conocía bien a su señor.

Sin embargo, puesto que no había ni caballos, ni mulas, ni asnos, era evidente que no se podía marchar. Así, pues, era necesario resignarse a una tardanza de veinticuatro horas. Ahmet, a quien tal retraso contrariaba tanto como a su tío, iba a tratar de hacerle entrar en razón, cuando Kerabán exclamó:

—¡Cien rublos a quien proporcione un tiro para mi carruaje!

Un estremecimiento de estupor se apoderó entonces de los indígenas. Uno de ellos avanzó resueltamente.

—Señor turco —dijo—, tengo dos dromedarios en venta.

—Los compro —respondió Kerabán.

Jamás se había visto enganchar dromedarios a un carruaje. Pero se vio aquella vez.

En menos de una hora la compra quedó hecha, y a buen precio. ¡Poco importaba! Kerabán hubiese pagado el doble. Las dos bestias, enjaezadas bien o mal, fueron enganchedas al carruaje, y bajo la promesa de una buena propina, el expropietario, transformado en postillón, se subió delante de la giba de uno de los dos rumiantes. Después, el carruaje, con gran sorpresa por parte de la población de Arabat, pero con gran satisfacción de los viajeros, descendió el camino de Kerch, al trote largo de su extraño tiro.

Por la noche llegaban sin novedad al pueblo de Argin, a doce leguas de Arabat.

Tampoco había caballos de relevo, siempre alquilados por aquel señor

Saffar. Fue necesario resignarse a dormir en Argin a fin de dar algún descanso a los dromedarios.

A la mañana siguiente, 3 de setiembre, el carruaje volvía a partir en las mismas condiciones, franqueando durante el día la distancia que separa Argin de Marienthal, o sea diecisiete leguas; pasaron allí la noche, y al anochecer volvieron a partir, y por la tarde, y después de un trayecto de doce leguas sin ningún accidente, llegaban a Kerch, pero no sin rudas sacudidas, debidas a los tirones de aquellas robustas bestias, poco acostumbradas a semejante clase de servicio.

En suma, Kerabán y sus compañeros, que habían partido el 17 de agosto, después de diecinueve días de viaje habían recorrido las tres séptimas partes de su trayecto, o sea trescientas leguas, de un total de setecientas. Si seguían corriendo durante veintiséis días, el 30 de setiembre habrían acabado de dar la vuelta al mar Negro.

—Y, sin embargo —repetía a menudo Bruno a su señor—, tengo el presentimiento de que esto acabará mal.

—¿Para mi amigo Kerabán?

—Para vuestro amigo Kerabán..., o para los que le acompañamos.

Capítulo XIV

EN EL QUE KERABÁN SE MUESTRA MÁS FUERTE EN GEOGRAFÍA DE LO QUE CREÍA SU SOBRINO AHMET

La ciudad de Kerch está situada en la península que lleva su nombre, en la extremidad oriental de la Táurida. Se halla situada en la costa Norte de aquella lengua de tierra; un monte, sobre el cual se elevaba antes la acrópolis, la domina majestuosamente. Es el monte Mitrídates. El nombre de aquel implacable y terrible enemigo de los romanos, a quienes fue necesario arrojar del Asia, aquel audaz general, aquel renombrado políglota, aquel toxicólogo legendario, tiene su sitio justamente enfrente de una ciudad que fue la capital del reino del Bósforo. Allí fue donde el rey del Ponto, aquel terrible Eupator, se dejó atravesar por la espalda de un soldado galo, después de haber tratado en vano de envenenar a aquel cuerpo de hierro, ya acostumbrado a los venenos.

Éste fue el pequeño relato histórico que Van Mitten, durante media hora de reposo, creyó deber hacer a sus compañeros. Lo que ocasionó esta respuesta de su amigo Kerabán:

—¡Mitrídates no era más que un torpe!

—¿Y por qué? —preguntó Van Mitten.

—Si hubiera querido envenenarse, no tenía que hacer más que venir a comer a la posada de Arabat.

Entonces el holandés no creyó conveniente continuar el elogio del esposo de la bella Mónica, pero prometió visitar su capital.

El carruaje atravesó la ciudad con su singular equipaje entre la sorpresa de una población híbrida, compuesta la mayor parte de judíos, tártaros, griegos y aún rusos (entre todos, 12 000 habitantes).

El primer cuidado de Ahmet, al llegar al *Hotel Constantino*, fue enterarse si

podría procurarse caballos para la mañana siguiente. Con gran satisfacción suya, aquella vez no faltaban en las cuadras de la casa de postas.

—Es milagroso —observó Kerabán— que el señor Saffar no se haya llevado los de este relevo.

Pero el poco sufrido tío de Ahmet guardó un vivo rencor a aquel importuno que se permitía adelantarse en su camino llevándose los caballos.

En todo caso, como ya no era necesario el empleo de los dromedarios, los vendió al jefe de una caravana que partía para el estrecho de Yenikalé; pero los vendió vivos al precio que le hubieran costado muertos. Resultado de esto: una pérdida bastante considerable, que el rencoroso Kerabán guardó, *in petto*, contra el señor Saffar.

No es necesario decir que el señor Saffar no se hallaba en Kerch (lo que sin duda le evitó una discusión de las más serias con su competidor). Desde hacía dos días había abandonado la ciudad para ir por el ferrocarril del Cáucaso.

Una buena comida en el *Hotel Constantino*, y una buena noche en sus habitaciones, bastante confortables, hicieron olvidar las penas tanto de los amos como de los servidores. También envió una carta Ahmet a Odesa, participando que el viaje se efectuaba regularmente.

Como la partida no se había decidido hasta las diez de la mañana siguiente, 5 de setiembre, Van Mitten se levantó con el sol, con el fin de visitar la ciudad. Aquella vez encontró a Ahmet presto a acompañarle.

Los dos recorrieron las anchas calles de Kerch, bordeadas de aceras, en donde abundaban perros vagabundos; un gitano, ejecutor autorizado de tan mísero trabajo, está encargado de matarlos a palos.

Pero, sin duda, el verdugo había pasado la noche bebiendo, porque Ahmet y el holandés tuvieron que esforzarse para escapar de los dientes de aquellos peligrosos animales. El malecón de piedra, construido sobre el mar, en el interior de la bahía, formada por un recodo de la costa, que se prolongaba hasta los lindes del estrecho, les permitió pasearse más cómodamente. Desde allí se distinguen el palacio del gobernador y la casa de aduanas. Algo apartados, por falta de calado, están atracados los

buques, a los que el puerto de Kerch ofrece un buen fondeadero no lejos del lazareto. Aquel puerto ha llegado a adquirir importancia después de la cesión de la ciudad a Rusia en 1774, y también se encuentra un vasto depósito de sal que forman las salinas de Perekop.

—¿Tenemos tiempo de subir hasta allí? —dijo Van Mitten señalando el monte Mitrídates, sobre el que se destaca actualmente un templo griego enriquecido con los despojos de aquellos túmulos tan frecuentes en la provincia de Kerch (templo que ha remplazado a la antigua acrópolis).

—¡Ah —dijo Ahmet—, no corramos el riesgo de hacer aguardar al tío Kerabán!

—¡Ni a su sobrino! —respondió sonriendo Van Mitten.

—Es verdad —repuso Ahmet— que durante todo el viaje no pienso más que en nuestra próxima llegada a Scutari. ¿Me comprendéis, señor Van Mitten?

—¡Sí..., os comprendo, amigo mío! —respondió el holandés—. ¿Cómo queréis que no os comprenda el marido de la señora Van Mitten?

Ante aquella reflexión, muy justificada por las pruebas que había tenido en Rotterdam, los dos comenzaron la ascensión al monte Mitrídates, pudiendo disponer de dos horas antes de la partida.

Desde aquel elevado punto, una magnífica vista se extiende sobre la bahía de Kerch. Hacia el Sur se dibuja el ángulo extremo de la península. Hacia el Este se unen casi las dos lenguas de tierra que rodean la bahía de Taman, cerca del estrecho de Yenikalé. El cielo, bastante despejado, permitía apercibir entonces los diversos accidentes de la comarca, y los «khurgans» o antiguas tumbas, que cubren toda la campiña, hasta las menores colinas, de corralinas fósiles. Cuando Ahmet juzgó conveniente volver al hotel, mostró a Van Mitten una monumental escalera, adornada de balaustres, que desciende del monte Mitrídates hasta la ciudad, concluyendo en la plaza del Mercado. Un cuarto de hora después, los dos se reunían a Kerabán, quien trataba en vano de discutir con su huésped, un tártaro de los más complacientes. Ya era tiempo de llegar, porque hubiese acabado por incomodarse no encontrando ocasión de que le llevasen la contraria.

El carruaje estaba dispuesto, enganchado con buenos caballos de origen persa, de los que se hace un importante comercio en Kerch. Cada uno ocupó su sitio, y partieron al galope de los caballos, no echando, por supuesto, de menos el peligroso trote de los dromedarios.

Ahmet sentía una viva inquietud al aproximarse al estrecho. Se sabe, en efecto, lo que había pasado cuando se modificó el itinerario de Kerson. A instancia de su sobrino, Kerabán había consentido en no dar la vuelta al mar de Azov, con el fin de dirigirse por el camino más corto, o sea por Crimea. Pero al hacerlo no debía olvidarse el que no les faltara tierra firme en ningún punto del trayecto. Se engañaba, y Ahmet no podía disipar su error.

Se puede ser un buen turco, un excelente negociante en tabacos, y no conocer a fondo la geografía. El tío de Ahmet debía ignorar probablemente que la comunicación del mar Negro y el mar de Azov se efectúa por un ancho camino de agua, el antiguo Bósforo cimerio, que lleva el nombre de estrecho de Yenikalé, y que, por consecuencia, le sería necesario atravesar aquel estrecho, entre la península de Kerch y la de Taman.

Kerabán experimentaba hacia el mar una repugnancia que su sobrino conocía muy bien. ¿Qué diría entonces, cuando se encontrase frente a aquel estrecho, si, a causa de las corrientes o la poca profundidad de las aguas, era necesario franquearlo por su parte más ancha, estimada en veinte millas? ¿Y si rehusaba obstinadamente? ¿Y si pretendía remontar toda la costa oriental de Crimea para seguir el litoral del mar de Azov hasta los primeros contrafuertes del Cáucaso? ¿Cómo se prolongaría entonces el viaje! ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Cuántos intereses comprometidos! ¿Cómo iban a hallarse en Scutari el 30 de setiembre?

He aquí las reflexiones que se hacía Ahmet mientras el carruaje rodaba, atravesando la península. Antes de dos horas alcanzarían el estrecho, y sabría su tío a qué atenerse. ¿Convenía, pues, prepararle a aquella grave eventualidad? ¿Pero qué método tenía que emplear para que la conversación no degenerase en discusión, y la discusión en disputa? Si Kerabán se obstinaba, nadie le haría desistir de su idea, y, de buen o mal grado, obligaría al carruaje a tomar el camino de Kerch.

Ahmet no sabía qué partido tomar. Si confesaba su astucia, pondría a su tío fuera de sí. ¿No valdría más pasar por ignorante, fingir la más perfecta sorpresa, encontrando un estrecho allí donde creía encontrar tierra firme?

—¡Que Alá me ayude! —dijo Ahmet. Y aguardó con resignación a que el Dios de los musulmanes le sacase de aquel apuro.

La península de Kerch está dividida por una zanja, construida en tiempos antiguos, y que se llama Muralla de Akos. El camino, que la sigue en parte, es bastante bueno desde la ciudad hasta el lazareto, y después se convierte en difícil, descendiendo en una rápida pendiente hasta el litoral.

Los caballos no pudieron andar muy de prisa durante la mañana, lo que permitió a Van Mitten tomar algún apunte más completo de aquella porción del Quersoneso.

En suma, era la estepa rusa en toda su desnudez. Algunas caravanas la atravesaban, viniendo a buscar abrigo a la Muralla de Akos, acampando allí con todo el gusto pintoresco de una caravana oriental. Innumerables *khurgans* cubrían la campiña, dándole el aspecto poco alegre de un inmenso cementerio. Eran otras tantas tumbas que los antiguos excavaron hasta sus profundidades, y cuyas riquezas, jarrones etruscos, piedras exóticas, alhajas antiguas, adornan ahora las paredes del templo y los salones del Museo de Kerch.

Hacia el mediodía apareció en el horizonte una gran torre cuadrada, rodeada de cuatro torrecillas: era el fuerte que se eleva en el Norte el pueblo de Yenikalé. Hacia el Sur, en la extremidad de la bahía de Kerch, se dibujaba el cabo Burum, dominando el litoral del mar Negro. Después, el estrecho se dividía en dos extremos, que forman la bahía de Taman. En lontananza, los primeros perfiles del Cáucaso, sobre la costa asiática, formaban como un inmenso cuadro en el Bósforo cimerio.

Es muy cierto que aquel estrecho se asemeja a un brazo de mar, y al verlo Van Mitten, que conocía las antipatías de su amigo Kerabán, miró a Ahmet con aire de sorpresa.

Ahmet le hizo una seña para que callase. Felizmente, el tío dormía entonces, y no veía nada de las aguas del mar Negro y del mar de Azov, que se confunden en aquel paso, cuya parte más estrecha tiene de cinco a seis millas de anchura.

—¡Demonio! —se dijo Van Mitten.

Era una verdadera lástima que Kerabán no hubiese nacido cien años después. Si su viaje se hubiera hecho en esa época, Ahmet no hubiera tenido por qué estar inquieto, como lo estaba en aquel momento.

En efecto, aquel estrecho tiende a cerrarse, y acabará, con la aglomeración de arenas formadas de poliperos y conchas, por no ser más que un estrecho canal de rápida corriente. Si, hace cincuenta años, los soldados de Pedro el Grande pudieron franquearlo para ir a sitiar a Azov, por el contrario, ahora los buques mercantes se ven obligados a aguardar a que las aguas, rechazadas por los vientos del Sur, les den una profundidad de diez a doce pies.

Pero transcurría el año 1882 y no el 2000, y era necesario aceptar las condiciones hidrográficas tal como se presentaban.

El carruaje había descendido las pendientes, que concluyen en Yenikalé, haciendo volar a las avutardas, escondidas entre las altas hierbas. El carruaje se detuvo en la principal posada del pueblo, y Kerabán se despertó.

—¿Hemos llegado al relevo? —preguntó.

—¡Sí, al relevo de Yenikalé! —respondió sencillamente Ahmet.

Todos echaron pie a tierra y entraron en la posada, mientras que el coche era conducido a la casa de postas. Desde allí debía dirigirse al embarcadero, donde está la barca destinada a transportar a los viajeros, a pie, a caballo, a carreta, y aún en las caravanas que van desde Europa a Asia, o viceversa.

Yenikalé es un pueblo donde se realiza un lucrativo comercio de sal, de caviar, de sebo y de lana. Las pesquerías de esturiones y rodaballos ocupan una parte de su población, que es casi toda griega. Los marinos se dedican al pequeño cabotaje del estrecho y litoral vecino en ligeras embarcaciones, armadas de dos velas latinas. Yenikalé se encuentra en una importante situación estratégica, lo que explica por qué los rusos la han fortificado, después de habérsela arrebatado a los turcos en 1771. Es uno de los puertos del mar Negro, que en aquella parte tiene dos llaves de seguridad; la llave de Yenikalé por un lado, y la de Taman por el otro.

Después de media hora de descanso, Kerabán dio a sus compañeros la

señal de partida, y se dirigieron hacia el embarcadero, donde les aguardaba el barco.

En seguida, las miradas de Kerabán se dirigieron a derecha e izquierda, y lanzó una exclamación.

—¿Qué tenéis, tío? —preguntó Ahmet.

—¿Es eso un río? —dijo Kerabán, mostrando el estrecho.

—¡En efecto! —respondió Ahmet, que creyó conveniente dejar a su tío en el error.

—¡Un río...! —exclamó Bruno.

Una señal de su mano le hizo comprender que no debía insistir en aquel punto.

—En efecto, es un... —dijo Nizib.

No pudo acabar. Un codazo de su compañero Bruno le cortó la palabra en el momento en que iba a calificar debidamente aquella disposición hidrográfica.

Sin embargo, Kerabán miraba a aquel río que le cortaba el camino.

—¡Es ancho! —dijo.

—En efecto..., bastante ancho... Por causa de alguna crecida, probablemente —respondió Ahmet.

—Crecida... debida al deshielo de las nieves —añadió Van Mitten, para apoyar más a su joven amigo.

—¿El deshielo de las nieves..., en el mes de setiembre? —dijo Kerabán, volviéndose hacia el holandés.

—En efecto..., el deshielo de las nieves..., de las antiguas nieves..., las nieves del Cáucaso —respondió Van Mitten, que ya no sabía lo que se decía.

—Pero no veo puente alguno que permita franquear este río —repuso Kerabán.

—En efecto, tío, no lo hay —respondió Ahmet, formando con sus manos una especie de anteojo como para percibir mejor el pretendido puente.

—Sin embargo, debía haber un puente —dijo Van Mitten—. Mi «Guía» menciona la existencia de un puente...

—¡Ah! ¿Vuestra «Guía» menciona la existencia de un puente...? —replicó Kerabán que, frunciendo las cejas, miraba frente a frente a su amigo Van Mitten.

—Sí..., ese famoso puente —dijo, balbuciendo, el holandés—. Ya sabéis..., el puente Euxino... Ponto Euxino de los antiguos.

—Tan antiguo —replicó Kerabán, cuyas palabras silbaban entre sus labios medio cerrados—, que no habrá podido resistir a la crecida producida por las nieves..., las antiguas nieves...

—¡Del Cáucaso! —añadió Van Mitten, que no encontraba ya nada que decir.

Ahmet permanecía algo alejado. No sabía qué responder a su tío, no queriendo provocar una discusión inútil.

—Y bien, sobrino —dijo Kerabán, con tono seco—: ¿cómo haremos para cruzar este río, puesto que no hay puente?

—¡Oh, encontraremos un vado! —dijo negligentemente Ahmet—. Hay tan poca agua...

—Apenas hay con qué mojarse los talones —añadió el holandés, que verdaderamente hubiera hecho mejor en callarse.

—Vamos, Van Mitten —exclamó Kerabán—; recogeos los pantalones y entrad en el río; nosotros os seguiremos.

—Pero..., yo...

—¡Vamos..., recogeos, recogeos...!

El fiel Bruno creyó necesario intervenir para sacar a su amo de aquel apuro.

—Es inútil, señor Kerabán —dijo—. Pasaremos sin necesidad de mojamos los pies; nos está aguardando un barco.

—¡Ah! ¿Hay un barco? —respondió Kerabán—. Es verdaderamente casual que se haya pensado en instalar un barco en este río... para remplazar el puente destruido..., ese famoso Ponto Euxino... ¿Por qué no habéis dicho antes que había un barco? ¿Y dónde está el barco?

—Helo aquí, tío —respondió Ahmet mostrando el barco amarrado al puerto—. Nuestro coche está allí dentro.

—¿Nuestro coche está allí?

—Sí; y los caballos.

—¿Y los caballos? ¿Y quién lo ha ordenado?

—Nadie, tío —respondió Ahmet—. El maestro de postas..., como está acostumbrado a hacerlo...

—Desde que no hay puente, ¿no es eso?

—Desde entonces, tío; y, por otra parte, no había otro medio de continuar nuestro viaje.

—Había otro, sobrino Ahmet. Volviendo sobre nuestros pasos para dar la vuelta al mar de Azov por el Norte.

—¡Doscientas leguas de más, tío! ¿Y mi matrimonio? ¿Y el 30 de setiembre? ¿Ya habéis olvidado el día 30?

—No, sobrino; y antes de ese día sabré estar de vuelta. ¡Partamos!

Ahmet fue presa durante un instante de la más viva emoción. ¿Iba a poner su tío en ejecución aquel proyecto insensato de volver sobre sus pasos a través de la península? ¿Iba, por el contrario, a colocarse en el barco y atravesar el estrecho de Yenikalé?

Kerabán se dirigió al barco. Van Mitten, Ahmet, Nizib y Bruno le seguían, no queriendo dar ningún pretexto a la violenta discusión que iba a estallar.

Kerabán, durante más de un minuto, se detuvo en el malecón a mirar a su

alrededor.

Sus compañeros se detuvieron.

Kerabán entró en el barco.

Sus compañeros le siguieron.

Kerabán subió al carruaje.

Los otros hicieron lo propio.

Después el barco, una vez desamarrado, se separó de la orilla, y la corriente lo dirigió lentamente hacia la costa opuesta.

Kerabán no hablaba, y los demás le imitaron.

Las aguas, felizmente, estaban tranquilas, y a los bateleros no les costó gran trabajo dirigir su barco, ya usando los largos bicheros, ya las anchas paletas, según las exigencias del fondo.

Sin embargo, hubo un momento en que se temió se produjese algún accidente.

En efecto, una ligera corriente, desviada por el extremo meridional de la bahía de Taman, cogió oblicuamente al barco. En lugar de dirigirse hacia aquel punto, amenazó llevarle al fondo de la bahía. Hubiesen tenido que franquear cinco leguas en vez de una, y Kerabán, cuya impaciencia se manifestaba visiblemente, iba tal vez a dar orden de volver atrás.

Pero los bateleros, a los que Ahmet antes del embarque había dicho algunas palabras —la palabra rublo, muchas veces repetidas—, maniobraron tan bien que dominaron la corriente.

Una hora después de haber dejado el puerto de Yenikalé, viajeros, caballos y coche desembarcaban en aquella extremidad meridional, que en ruso se denomina *Jujma-Kossa*.

El carruaje desembarcó sin dificultad, y los marineros recibieron una respetable suma de rublos.

El carruaje anduvo de una sola vez las cuatro verstas que separan aquel

lugar de la costa del pueblo de Taman.

Una hora después hacía su entrada en aquel pueblo, y Kerabán se contentaba con decir, mirando a su sobrino:

—Decididamente, las aguas del mar de Azov y las del mar Negro no hacen malas migas en el estrecho de Yenikalé.

Aquello fue todo lo que dijo, y jamás se volvió a hablar ni del río del sobrino Ahmet, ni del puente Euxino del amigo Van Mitten.

Capítulo XV

EN EL QUE KERABÁN, AHMET, VAN MITTEN Y SUS CRIADOS HACEN EL PAPEL DE SALAMANDRAS

Taman no es más que una pequeña villa de un aspecto bastante triste, con casas poco confortables; sus chozas aparecen descoloridas por la acción del tiempo; su iglesia es de madera, cuyo campanario está constantemente rodeado de halcones.

El carruaje cruzó, sin detenerse, la población de Taman. Van Mitten no pudo visitar ni el puerto militar, que es muy importante, ni la fortaleza de Fanagoria, ni las ruinas de Montarakán.

Si Kerch es griego por su población y sus costumbres, Taman, por el contrario, es cosaca. De ahí un contraste que el holandés no pudo observar más que al pasar.

El carruaje, tomando invariablemente por el camino más corto, siguió durante una hora el litoral Sur de la bahía de Taman. Esto fue suficiente para que los viajeros pudieran reconocer que era un país extraordinario de caza, tal como no se encuentra otro en el globo.

En efecto, pelícanos, cormoranes y otros, sin contar las bandadas de avutardas, se posan en aquellos pantanos en cantidades verdaderamente increíbles.

—¡No he visto jamás tantas aves acuáticas! —dijo, con razón, Van Mitten—. Podría descargarse un fusil al azar sobre esos pantanos y no se perdería un solo perdigón.

Aquella observación del holandés no ocasionó ninguna discusión. Kerabán no era cazador, y, por otra parte, Ahmet pensaba en otra cosa.

No se cruzó entre los viajeros ni una sola palabra, hasta que una bandada de patos, asustada por el carruaje, echó a volar en el momento en que

dejaban el litoral a la izquierda para ir oblicuamente al Sudeste, haciendo exclamar a Van Mitten:

—¡He aquí una compañía! ¡Hay todo un regimiento!

—¿Un regimiento? ¡Queréis decir un ejército! — replicó Kerabán, que se encogió de hombros.

—¡Es verdad, tenéis razón! —repuso Van Mitten—. ¡Hay por lo menos cien mil patos!

—¡Cien mil patos! —exclamó Kerabán—. ¿Si dijeseis doscientos mil?

—¡Oh! ¡Doscientos mil!

—Y aún diría trescientos mil, Van Mitten, y todavía no acertaría.

—Tenéis razón, amigo Kerabán —respondió el holandés prudentemente, no deseando que su compañero le arrojase un millón de patos a la cabeza.

Pero, en suma, era él quien tenía razón. Cien mil patos es un buen número; pero no había menos en aquella prodigiosa nube de volátiles que proyectó una inmensa sombra sobre la bahía, destacándose ante el sol.

El tiempo era bastante bueno y el camino bastante llano. El tiro marchó rápidamente, y los caballos no faltaron en los relevos. Ya no habían más señores Saffar que alquilasen los tiros con anticipación, y los viajeros avanzaban por el camino de la península.

Hemos de decir que pensaban emplear la próxima noche en correr hacia los primeros contrafuertes del Cáucaso, cuya masa aparecía confusamente en el horizonte. Puesto que la noche se había pasado bien en el hotel de Kerch, era natural que nadie pensase en abandonar el carruaje en treinta y seis horas.

Sin embargo, al anochecer, a la hora de comer, los viajeros se detuvieron delante de uno de los relevos, que al mismo tiempo era posada. No sabían lo que les pasaría en el litoral caucásico, y si encontrarían con qué alimentarse. Por lo tanto, era una medida de prudencia para economizar las provisiones hechas en Kerch.

La posada era regular, pero los víveres no faltaban. Sobre este punto no

tuvieron por qué quejarse.

Solamente señalaremos un detalle característico: el posadero, fuese por desconfianza, fuese costumbre del país, hizo pagar por adelantado, o sea a medida del consumo.

Esto es, cuando trajo pan, dijo:

—Vale diez copecs.

Y Ahmet tuvo que dar diez copecs.

Cuando trajeron los huevos:

—Son ochenta copecs.

Y Ahmet tuvo que pagar los ochenta copecs pedidos.

—¡Por los *kwars*, tanto! ¡Por los patos, tanto! ¡Por la sal, tanto!

Y Ahmet pagó sin replicar.

También fue preciso pagar por adelantado el mantel, las servilletas, los bancos, hasta los cuchillos, los vasos, los servilleteros, los tenedores y los platos.

Se comprende que aquello no podía tardar en excitar a Kerabán, que acabó por comprar en conjunto todos los diversos utensilios necesarios para la comida, mas no sin grandes objeciones, que el posadero recibió con una impasibilidad digna del mismo Van Mitten. La comida terminada, Kerabán devolvió los objetos, que le tomaron con un cincuenta por ciento de pérdida.

—¡Es raro que no nos haga pagar la digestión! —dijo—. ¡Qué hombre! Es digno de ser ministro de Hacienda del Imperio otomano. ¡He aquí uno que sabría hacer pagar a buen precio cada golpe de remo de los caiques del Bósforo!

Pero se había comido bastante bien; era lo importante, como hizo observar Bruno, y partieron cuando era ya de noche, una noche sombría y sin lima.

Es una impresión bastante particular, aunque no desprovista de cierto

encanto, el sentirse transportado al trote sostenido de los caballos, en medio de la oscuridad más profunda, a través de un país desconocido, donde los pueblos se hallan muy lejos unos de otros, y las granjas aparecen diseminadas en la estepa a grandes distancias. Los cascabeles de los caballos, el acompasado e irregular choque de sus cascos sobre el suelo, el rechinar de las ruedas sobre la superficie de los terrenos arenosos, el traqueteo con los baches de los caminos, frecuentemente mojados por la lluvia; los chasquidos del látigo del postillón, el resplandor de las linternas, que se pierde en la sombra, cuando el camino es llano, o se fijan vivamente en los árboles, en las piedras o en los postes indicadores, colocados en los terrenos dispuestos para terraplenar, todo esto constituye un conjunto de ruidos o visiones rápidas, a los que pocos viajeros pueden permanecer insensibles. Aquellos ruidos se oyen, aquellas visiones se distinguen, a través de una semisomnolencia que le presta un carácter algo fantástico.

Kerabán y sus compañeros no pudieron resistir aquel sentimiento, cuya intensidad es por instantes mayor. A través de la ventanilla anterior del cupé, con los ojos medio cerrados, miraban las sombras del carruaje, sombras caprichosas, desmesuradas, que se movían, se destacaban hacia la parte del camino vagamente iluminado que tenían que recorrer.

Debían de ser cerca de las once de la noche, cuando un ruido singular les sacó de su sopor. Era una especie de silbido, comparable al que produce el agua de Seltz al escaparse de la botella, pero duplicado. Se hubiera dicho que alguna caldera dejaba escapar su vapor comprimido por el tubo de escape.

El tiro se había detenido. El postillón no gustaba maltratar a sus caballos. Ahmet, queriendo saber a qué atenerse, bajó rápidamente los cristales y se inclinó hacia fuera.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no marchamos? —preguntó—. ¿De qué proviene ese ruido?

—Es producido por los volcanes de lodo —respondió el postillón.

—¿Los volcanes de lodo? —exclamó Kerabán—. ¿Quién ha oído jamás hablar de los volcanes de lodo? ¡Verdaderamente es un bonito camino el que nos has señalado, sobrino Ahmet!

—Señor Kerabán, vos y vuestros compañeros haréis bien en bajar —dijo el postillón.

—¡Bajar, bajar!

—Sí... Os suplico que sigáis al carruaje mientras atravesamos esta región, porque yo no soy ahora dueño de los caballos, y podrían desbocarse.

—Vamos —dijo Ahmet—, este hombre tiene razón. Es necesario bajar.

—Son cinco o seis verstas que andar —añadió el postillón—, quizás ocho, pero no más.

—¿Os decidís, tío? —dijo Ahmet.

—Bajemos, amigo Kerabán —dijo Van Mitten—. ¿Volcanes de lodo...? ¡Es necesario ver qué es eso...!

Kerabán se decidió, no sin protestar. Todos echaron pie a tierra; después, marchando detrás del carruaje, que andaba al paso, le siguieron a la luz de las linternas.

La noche era extremadamente sombría. Si el holandés esperaba ver, por poco que fuese, los fenómenos naturales señalados por el postillón, se engañaba; pero respecto a aquellos silbidos singulares que llenaban el aire de un sordo rumor, hubiese sido difícil no oírlos, a menos de tener obstruidos los oídos.

En suma, si hubiese sido de día, he aquí lo que hubiera visto: una estepa cubierta, en una gran extensión, de pequeños conos eruptivos, parecidos a esos enormes hormigueros que se encuentran en ciertas partes del África ecuatorial. De aquellos conos se escapaban materias gaseosas y bituminosas, designadas, en efecto, con el nombre de «volcanes de lodo», aunque la acción volcánica no interviene de ninguna manera en la producción del fenómeno. Únicamente es una mezcla de fango, selenito, calizo, pirita y petróleo, que bajo la influencia del gas hidrógeno carbonado, otras veces fosforado, sale con cierta violencia.

Aquellas tumergencias se elevan poco a poco, y se deshinchan.

El gas hidrógeno que se produce en aquellas condiciones es formado por la descomposición lenta, pero permanente, del petróleo mezclado con

diversas sustancias. Las paredes de roca donde se encierra acaban por romperse bajo la acción de las aguas, aguas de lluvia o aguas de manantial, en las que las infiltraciones son continuas. Entonces, el derrame se efectúa, como se dijo anteriormente, lo mismo que una botella llena de líquido espumoso que la elasticidad del gas vacía completamente.

Aquellos conos se ven en gran número en la superficie de la península de Taman. Se les encuentra también en los terrenos, muy parecidos a éstos, de la península de Kerch, pero no cerca del camino seguido por el carruaje, lo que explica por qué los viajeros no se apercibieron de nada.

Sin embargo, pasaban entonces entre aquellas gruesas lupias, empapadas de vapores, en medio de aquellos impetuosos saltos de lodo líquido, cuya naturaleza explicó bien o mal el postillón. Estaban tan próximos, que recibían en la cara aquellos soplos de gas, de un olor característico, como si se escapasen del gasómetro de una fábrica.

—¡Ah! —dijo Van Mitten reconociendo la presencia del gas—; he aquí un camino que no se halla falto de peligros. ¡Cuidado con que se produzca alguna explosión!

—Tenéis razón —respondió Ahmet—. Sería necesario, por precaución, apagar...

La observación que hacía Ahmet también se la había hecho a sí mismo el postillón, acostumbrado a atravesar aquella región, sin duda porque las linternas del carruaje se apagaron pronto.

—¡Cuidado con fumar! —dijo Ahmet dirigiéndose a Bruno y a Nizib.

—Estad tranquilo, señor Ahmet —respondió Bruno—. No tenemos ganas de volar.

—¿Cómo? —exclamó Kerabán—. ¿Conque no se permite fumar aquí?

—No, tío —respondió vivamente Ahmet—, no... durante algunas verstas, al menos.

—¿Ni un cigarrillo? —añadió el testarudo, que arrollaba entre sus dedos un cigarrillo con la agilidad de un viejo fumador.

—Más tarde, amigo Kerabán, más tarde..., en interés de todos —dijo Van

Mitten—. Sería tan peligroso fumar aquí, en esta estepa, como en medio de un polvorín.

—¡Bonito país! —murmuró Kerabán—. Me extrañaría mucho que los negociantes en tabaco hiciesen fortuna aquí. ¡Vamos, sobrino Ahmet, aparte de algunos días de retraso, mejor hubiese sido dar la vuelta al mar de Azov!

Ahmet no respondía. No quería comenzar una discusión sobre aquel punto. Su tío, algo incomodado, guardó el tabaco en su bolsillo, y continuaron siguiendo al carruaje, cuya masa informe se dibujaba apenas en medio de aquella profunda oscuridad.

Importaba, por lo tanto, marchar con la mayor precaución, con el fin de evitar las caídas. El camino, mojado por algunos sitios, no ofrecía mucha solidez, y se inclinaba ligeramente hacia el Este. Felizmente, a través de aquella atmósfera brumosa no corría ni un soplo de viento. De aquella manera los vapores subían y se perdían en línea recta en el espacio, en lugar de envolver a los viajeros, lo que les hubiese molestado en extremo.

Continuaron así por espacio de media hora, andando muy despacio. Los caballos relinchaban y se encabritaban. El postillón hacía esfuerzos para detenerlos. Los ejes del carruaje crujían cuando las ruedas se deslizaban por alguna desigualdad del camino; pero el vehículo era sólido, según habían comprobado en los pantanos del Bajo Danubio.

Un cuarto de hora más y la región de los conos eruptivos se habría franqueado.

De repente, una viva luz se produjo al lado derecho del camino. Uno de los conos acababa de encenderse, y proyectaba una llama intensa. La estepa se iluminó en una versta a la redonda.

—¡Alguien fuma! —exclamó Ahmet que marchaba algo delante de sus compañeros, y retrocedió precipitadamente.

Nadie fumaba.

De pronto se oyeron los gritos del postillón y los chasquidos de su látigo. No podía dominar a los caballos. Éstos, espantados, se desbocaron y arrastraron al carruaje en su carrera con extrema velocidad.

Todos se habían detenido. La estepa presentaba en medio de aquella noche sombría un aspecto terrible.

En efecto, las llamas que salían por el cono acababan de comunicarse a los conos vecinos. Reventaban uno después del otro, estallando con violencia, como un árbol de pólvora cuyos fuegos se cruzan.

Sin embargo, una inmensa hoguera alumbraba la pradera. Bajo aquel resplandor aparecían centenares de gruesas venas en ignición, cuyo gas estallaba en medio de las deyecciones de las materias líquidas, las unas con el resplandor siniestro del petróleo, las otras con diversos colores, según la presencia del azufre blanco, la piritita o el carbonato de hierro.

Al mismo tiempo, percibíanse ruidos sordos y el suelo temblaba.

La tierra iba a entreabrirse, convirtiéndose en un cráter bajo la fuerza impulsiva de las materias eruptivas.

Allí existía un peligro inminente. Instintivamente, Kerabán y sus compañeros se habían separado los unos de los otros, con el fin de evitar un hundimiento general. No era, sin embargo, conveniente detenerse. Era necesario marchar de prisa. Importaba mucho atravesar lo más pronto posible aquella peligrosa zona. El camino, bien alumbrado, parecía impracticable. Siempre rodeando aquellos conos, atravesaba la estepa de fuego.

—¡Adelante, adelante! —exclamaba Ahmet.

Nadie le respondía, pero todos obedecían. Se orientaron siguiendo la dirección del carruaje, que no podía percibirse. En el horizonte parecía que se formaba de nuevo la oscuridad en aquella parte de la estepa... Allí estaba el límite de aquella región de los conos, que era necesario atravesar.

De repente, una viva explosión estalló en el mismo camino. Un estampido, seguido de una lengua de fuego, había salido de una enorme lupia, que acababa de dilatar el suelo por un instante.

Kerabán cayó, y pudo vérselo moviéndose entre las llamas. ¿Qué sería de él si no le socorrían? De un salto, Ahmet se precipitó a socorrer a su tío. Lo cogió, antes de que los gases inflamados ejerciesen sobre él su

perniciosa acción, y lo arrastró, medio sofocado por las emanaciones del hidrógeno.

—¡Tío..., tío...! —exclamó Ahmet.

Y Van Mitten, Bruno y Nizib, después de haberle colocado al socaire de un escarpado, probaron a insuflarle algo de aire en los pulmones.

Al cabo, se oyó un sonido vigoroso y de buen augurio. El robusto pecho de Kerabán comenzó a dilatarse y comprimirse por precipitados intervalos, arrojando los gases deletéreos que había absorbido. Después, respiró largo rato, volvió por completo en sí y sus primeras palabras fueron éstas:

—¿Osarás todavía sostener, Ahmet, que no hubiera sido mejor dar la vuelta al mar de Azov?

—¡Tenéis razón, tío!

—¡Como siempre, sobrino, como siempre!

Apenas había terminado Kerabán esta frase, cuando una profunda oscuridad reemplazó a aquella luz que iluminaba toda la estepa.

Los conos se habían súbita y espontáneamente apagado. Se hubiese dicho que la mano de un tramoyista acababa de cerrar las luces del escenario. Todo se volvió negro, puesto que los ojos conservaban todavía en la retina la impresión de aquella violenta luz, cuyo origen había terminado instantáneamente.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué aquellos conos se habían incendiado, puesto que ninguna luz se había aproximado a su cráter?

He aquí la probable explicación: bajo la influencia de un gas que estaba al contacto del aire, se había producido un fenómeno idéntico al que incendió los alrededores de Taman en 1840. Aquel gas, que es el hidrógeno fosforado, debido a la presencia de productos fosfatados, que provienen de cadáveres de animales marinos existentes en aquellos lechos margosos, se inflama y comunica el fuego al hidrógeno carbonado, que no es otro que el gas del alumbrado. Así, pues, en cualquier instante, bajo la influencia tal vez de ciertas condiciones climatológicas, estos fenómenos de ignición espontánea pueden producirse sin que nadie lo prevea.

Bajo aquel punto de vista, los caminos de la península de Kerch y de Taman presentan peligros inminentes, los cuales son difíciles de evitar, puesto que son repentinos.

Kerabán tenía razón cuando decía que cualquier otro camino hubiese sido preferible al que la impaciencia de Ahmet le había hecho seguir.

Pero, en fin, todos habían escapado del peligro; el tío y el sobrino un poco chamuscados, sin duda, y los compañeros sin la menor quemadura.

A tres verstas de allí el postillón había podido detener a los caballos. Así es que, terminadas las llamas, había encendido los faroles del carruaje, y guiados por aquella luz, los viajeros pudieron alcanzarle sin peligro, más no sin fatigas.

Cada uno se colocó en su sitio. Volvieron a ponerse en marcha, y la noche se acabó tranquilamente. Pero Van Mitten debía conservar un conmovedor recuerdo de aquel espectáculo.

Jamás se hubiera maravillado tanto si los azares de su vida le condujesen a aquellas regiones de Nueva Zelanda, en el momento en que se inflaman los manantiales estacionados sobre el anfiteatro de aquellas eruptivas colinas.

A la mañana siguiente, 6 de setiembre, a dieciocho leguas de la bahía de Taman, el carruaje, después de haber rodeado la bahía de Kisiltasch, atravesaba el pueblo de Añapa, y por la noche, hacia las ocho, se detenía en el pueblo de Kejewkaia, en el límite de la región caucásica.

Capítulo XVI

DONDE SE TRATA DE LA EXCELENCIA DE LOS TABACOS DE PERSIA Y DEL ASIA MENOR

El Cáucaso forma aquella parte de la Rusia meridional, compuesta de elevadas montañas y de llanos inmensos, cuyo sistema orográfico se dibuja de Oeste a Este, con una longitud de trescientos cincuenta kilómetros al Norte se extienden las comarcas de los cosacos del Don, el gobierno de Stavropol, con las estepas de los calmucos y de los nogais nómadas; al Sur, los gobiernos de Tiflis, capital de Georgia; de Kutais, Bakú, Elisabethpol y Eriván; después las provincias de Mingrelia, Imeretria, Abasia y Guriel. Al Oeste del Cáucaso está el mar Negro; al Este, el mar Caspio.

Toda la comarca situada al Sur de la principal cadena del Cáucaso se denomina Transcaucasia, y no hay más fronteras que las de Turquía y Persia, que enlazan en el monte Ararat, donde, según la Biblia, el arca de Noé atracó después del diluvio. Son numerosas las tribus que habitan o recorren aquella importante región. Pertenecen a las razas kartevel, armenia, circasiana, chechena y lesguiana. En el Norte hay calmucos, tártaros de raza mongólica; en el Sur se encuentran tártaros de raza turca, curdos y cosacos.

Si hay que creer a los sabios más competentes en semejante materia, de aquella comarca medio europea, medio asiática, es de donde ha salido la raza blanca que puebla hoy Asia y Europa. Por eso le han dado el nombre de raza caucásica.

Tres importantes vías de comunicación atraviesan aquella enorme barrera que dominan las cimas de Kasbiek, a cuatro mil ochocientos metros (altura del Mont Blanc), y del Elbruz, a cinco mil seiscientos metros.

El primero de aquellos caminos, de doble importancia estratégica y comercial, va de Taman a Poti, a lo largo del litoral del mar Negro; el segundo, de Mosdok a Tiflis, pasando por la garganta del Darial; y el

tercero de Kizliar a Bakú, por Derbend.

Es necesario no olvidar que de estos tres caminos, Kerabán, de acuerdo con su sobrino Ahmet, debía tomar el primero. ¿Para qué aventurarse en el dédalo caucásico, exponiéndose a dificultades y tardanzas? Un camino se extiende hasta el puerto de Poti, y ni pueblos ni aldeas faltan en el litoral del mar Negro.

Existían los ferrocarriles de Rostov a Vladicáucaso y de Tiflis a Poti, que hubiese sido posible utilizar sucesivamente, ya que ambas líneas apenas se hallan separadas por una distancia de cien verstas; pero Ahmet evitó astutamente el proponer aquel medio de locomoción, al que su tío había hecho tan mala acogida cuando se trató de los trenes de la Táurida y del Quersoneso.

Todo estaba bien convenido; el carruaje, la indestructible carroza, a la que solamente se hicieron algunas reparaciones poco importantes, abandonó el pueblo de Kajewskaia en la mañana del 7 de setiembre, y se dirigió por el camino del litoral. Ahmet estaba resuelto a marchar con la mayor rapidez posible. Veinticuatro días les quedaban todavía para acabar su itinerario y llegar a Scutari en el plazo fijado. En aquel punto, su tío estaba conforme con él. Sin duda, Van Mitten hubiese preferido viajar a su gusto, recoger impresiones más duraderas, y no verse en la necesidad de llegar en un día determinado; pero no se le consultaba. No era sino un convidado a comer en casa de su amigo Kerabán, a cuyo efecto se le conducía a Scutari; ¿qué más podía pedir?

Sin embargo, Bruno, por deber de conciencia, en el momento de aventurarse en la Rusia caucásica creyó conveniente hacerle algunas observaciones. El holandés, después de haberle escuchado, le mandó concluir.

—Pues bien, señor —dijo Bruno—; ¿por qué no abandonamos al señor Kerabán y al señor Ahmet, y que corran los dos solos, sin tregua ni descanso, a lo largo de ese mar Negro?

—¡Dejarlos, Bruno! —exclamó Van Mitten.

—Dejarlos, sí, señor; dejarlos, después de desearles buen viaje.

—¿Y quedarnos aquí...?

—Sí, quedarnos aquí, con el fin de visitar tranquilamente el Cáucaso, puesto que nuestra mala estrella nos ha conducido aquí. Después de todo, estaremos aquí mejor que en Constantinopla, al abrigo de las reclamaciones de la señora Van...

—No pronuncies ese nombre, Bruno.

—No lo pronunciaré, señor, por no desagradaros... Pero únicamente a ella debemos el habernos metido en semejante aventura. Correr día y noche en carruaje, verse expuesto a hundirse en los pantanos o tostarse en provincias en combustión, francamente es demasiado, y pasa de demasiado. Os propongo que no discutáis eso con el señor Kerabán (en lo que estaréis conforme), pero que le dejéis partir, previniéndole, con una amable sonrisa, que ya le encontraréis en Constantinopla a vuestro regreso.

—Esto no es conveniente —respondió Van Mitten.

—Pero sería prudente —replicó Bruno.

—¿Estás decidido?

—Completamente decidido, y, por otra parte (no sé si os habréis dado cuenta), empiezo a adelgazar.

—¡No mucho, Bruno, no mucho!

—Sí, yo mismo lo siento; y si continuara con el mismo régimen, llegaría muy pronto al estado de esqueleto.

—¿Te has pesado, Bruno?

—Quise pesarme en Kerch —respondió Bruno—, pero sólo encontré un pesacartas...

—¿Y no fue suficiente? —respondió, riéndose, Van Mitten.

—No, señor —respondió gravemente Bruno—; pero dentro de poco será suficiente para pesar a vuestro servidor. ¡Vamos, dejemos al señor Kerabán continuar su camino!

En verdad aquella manera de viajar no gustaba a Van Mitten, buen hombre, de carácter apacible, y que no se apresuraba por nada. Pero el pensamiento de disgustar a su amigo Kerabán, abandonándole, le fue tan desagradable, que rehusó solemnemente.

—No, Bruno, no —dijo—; estoy convidado y...

—Un convidado —exclamó Bruno—, un convidado al que se le obliga a andar seiscientas leguas en vez de una.

—¡No importa!

—Permitidme deciros que no tenéis razón, señor —replicó Bruno—. Os lo repito por décima vez. ¡No estamos todavía al final de nuestras miserias, y tengo el presentimiento de que vos, tal vez más que nosotros, tendréis vuestra buena parte!

¿Llegarían a realizarse los presentimientos de Bruno? El porvenir se lo demostraría. Sea como fuese, con prevenir a su amo había cumplido su deber de fiel servidor, y, puesto que Van Mitten estaba resuelto a continuar aquel viaje, tan absurdo como incómodo, no tenía que hacer más que seguirle.

Aquel camino del litoral sigue casi invariablemente los contornos del mar Negro. Si se aleja algunas veces, por evitar un obstáculo del terreno o dejar atrás algún pueblo, sólo es por algunas verstas. Las últimas ramificaciones de la cadena del Cáucaso, que corta así paralelamente la costa, vienen a morir en los confines de aquellas poco frecuentadas riberas. En el horizonte, hacia el Este, se dibuja, como un ariete de dientes desiguales que muerden el cielo, aquélla eternamente nevada cordillera.

A la una de la tarde empezaron a costear la pequeña bahía de Zemas, a siete leguas de Kajewkaia, con el fin de llegar, ocho leguas más allá, a la localidad de Gieliendyk.

Aquellos pueblos, como puede verse, están poco alejados los unos de los otros.

En el litoral de los distritos del mar Negro se encuentran, poco más o menos, a la distancia indicada; pero fuera de aquellos grupos de viviendas, menos importantes algunas veces que un pueblecillo o un caserío, el país

se convierte casi en un desierto, y el comercio se efectúa la mayor parte de las veces por embarcaciones de cabotaje.

Aquella faja de tierra, entre el pie de la montaña y el mar, es de agradable aspecto. Aquella tierra sustenta multitud de árboles de diversas especies: grupos de robles, tilos, nogales, castaños, plátanos, donde los caprichosos sarmientos de la vid silvestre se entrelazan como las lianas de un bosque tropical. Sobre todo esto, ruiseñores y currucas salen jugueteando de los campos de *azelias*, que solamente la Naturaleza ha sembrado sobre aquellos fértiles terrenos.

Hacia el mediodía, los viajeros encontraron una tribu completa de calmuco nómadas, o sea, de los que se han dividido en *ulusers*, comprendiendo muchos *khotones*, son verdaderos pueblos ambulantes, compuestos de cierto número de *kibitkas* o tiendas, que permiten situarse en cualquier sitio, ya sea en la estepa, ya en los verdes prados de los valles, ya en las orillas de algún río, a voluntad de los jefes. Se sabe que aquellos calmuco son de origen mongólico.

En las regiones caucásicas eran antes muy numerosos; pero las exigencias de la administración rusa, por no decir sus vejaciones, han provocado una numerosa emigración a Asia.

Los calmuco han conservado costumbres aparte y un traje especial. Van Mitten anotó en su agenda que los hombres llevaban un ancho pantalón, botas marroquíes, una *khalat*, especie de bata muy ancha, y un bonete cuadrado rodeado de una banda de tela forrada de piel de camero. El traje para las mujeres es, sobre poco más o menos, el mismo, excepto el cinturón, y además un gorro, del cual salen trenzas de cabellos, adornadas de cintas de color. En cuanto a los niños, van casi desnudos, y en el invierno, para calentarse, se agazapan en el atrio de la *kibitka*, durmiendo sobre las cenizas calientes.

Pequeños de estatura, pero robustos, excelentes jinetes, vivos, hábiles, astutos, alimentados con un poco de sopa de harina cocida en agua con pedazos de carne de caballo, son, sin embargo, borrachos, ladrones, ignorantes hasta el punto de no saber leer, supersticiosos en exceso, jugadores incorregibles; tales son aquellos nómadas que recorren incesantemente las estepas del Cáucaso. El carruaje atravesó uno de sus *khotones*, sin causar casi ninguna admiración. Apenas se molestaron para mirar a aquellos viajeros, de los cuales, uno por lo menos, los observaba

con atención. Quizá arrojaron envidiosas miradas a aquel rápido tren que galopaba sobre el camino. Pero, felizmente para Kerabán, permanecieron tranquilos. Los caballos pudieron llegar al próximo relevo sin inconveniente alguno.

El carruaje, después de haber costado la bahía de Zemas, encontró un camino estrechamente abierto entre los primeros contrafuertes de la cadena y el litoral; pero, más allá, aquel camino se ensanchaba sensiblemente, y llegaba a ser algo más practicable.

A las ocho de la noche llegaban al pueblo de Gieliendyle. Relevaban, comían, y a las nueve volvían a partir, corriendo toda la noche bajo un cielo a veces nublado, a veces estrellado, y al ruido de la resaca de una costa azotada por los temporales de equinoccio; al día siguiente, a las siete de la mañana, llegaban al pueblo de Berejowaia; al mediodía al de Dsubga; a las seis de la tarde al pueblo de Tenjinsk; a medianoche, al de Nebugsk; a la mañana siguiente, a las ocho, llegaban al pueblo de Golovinsk; a las once, al de Lachowsk, y dos horas después, al de Ducha.

Ahmet hubiera hecho muy mal en quejarse. El viaje tenía lugar sin accidentes, lo que le agradaba mucho, pero sin incidentes, lo que no dejaba de disgustar a Van Mitten. Su libro de memorias no se llenaba más que de fastidiosos nombres geográficos. Ni un dato nuevo, ni una impresión digna de ser anotada para el porvenir.

En Ducha, la carroza hubo de detenerse dos horas, mientras que el maestro de postas iba por sus caballos, que se hallaban pastando.

—Pues bien —dijo Kerabán—, comamos tan confortablemente, y tanto, como lo permitan las circunstancias.

—Sí, comamos —respondió Van Mitten.

—¡Y comamos bien, si es posible! —murmuró Bruno mirando su enflaquecido vientre.

—Tal vez esta parada —repuso el holandés— pueda proporcionarnos algo imprevisto, y hacer menos monótono nuestro viaje, como ha sucedido hasta aquí. ¡Creo que nuestro joven amigo nos permitirá respirar...!

—Hasta la llegada de los caballos —respondió Ahmet—. Estamos ya en el

noveno día del mes.

—¡He aquí una respuesta como las que a mí me gustan! —replicó Kerabán—. ¡Veamos lo que hay de comer!

La posada de Ducha no pasaba de ser una medianía en su género, situada en la pequeña ribera del Dsimta, que desciende torrencialmente de los contrafuertes cercanos.

Aquel pueblo se parecía mucho a las aldeas cosacas, que llevan el nombre de *stamisti*, con empalizadas y puertas, dominadas por una torrecilla cuadrada, donde los centinelas vigilan noche y día. Las casas, de altos techos de paja, con paredes de madera y arcilla, abrigadas a la sombra de hermosos árboles, alojan a una población, si no desahogada, por lo menos de una posición superior a la indígena.

Por otra parte, los cosacos han perdido casi por completo sus caracteres peculiares, a causa del incesante contacto con los oriundos de la Rusia oriental. Pero, lo mismo que antes, son bravos, hábiles, vigilantes, guardianes excelentes para las líneas militares confiadas a su cargo, y pasan, con razón, por los primeros jinetes del mundo, tanto al perseguir a los montañeses, cuya rebelión se halla en estado crónico, como durante las justas o torneos, donde se muestran jinetes de primer orden.

Aquellos indígenas pertenecen a una buena raza, conocida por su elegancia, por la belleza de sus formas, pero no por su traje, que se confunde casi con el del montañés caucásico. Sin embargo, bajo el alto casquete de piel, es fácil encontrar las enérgicas facciones, que una espesa barba cubre hasta los pómulos.

Cuando Kerabán, Ahmet y Van Mitten se sentaron a la mesa de la posada, les sirvieron una comida cuyos elementos habían sido adquiridos en el *dukhan* próximo, especie de tienda portátil en donde el salchichero, el carnicero y el especiero se confunden a menudo, actuando en una sola industria. Les dieron pavo asado, uno de esos pasteles de harina de maíz, salpicado de pedacitos de queso de búfalo, denominados *gatschapuri*, el inevitable plato nacional, el *blini*, especie de torta hecha de leche ácida; después, para bebida, algunas botellas de cerveza muy espesa, y frascos de vodka, aguardiente muy fuerte del que los rusos hacen un increíble consumo.

Francamente, no se podía erigir más de aquella pequeña posada perdida en los últimos confines del mar Negro, y, con buen apetito, los convidados hicieron honor a aquella comida, tan distinta de cuanto componía sus provisiones de viaje.

Acabada la comida, Ahmet abandonó la mesa, mientras Bruno y Nizib se entretenían con su parte de pavo y las tortas nacionales. Siguiendo su costumbre, fue al relevo con el fin de apresurar la llegada de los caballos, decidido a decuplicar, si era necesario, los cinco copecs por verstas y por caballo que los reglamentos conceden a los maestros de postas, eso sin contar con las propinas a los postillones.

Mientras le aguardaban, Kerabán y su amigo Van Mitten se situaron en una especie de verde glorieta, donde el río bañaba a intervalos las musgosas estacas de la orilla. Aquella era la ocasión para entregarse al *dolce far niente* de aquel delicioso sueño al que los orientales dan el nombre de *kef*.

Además, el uso de los narguiles era preciso, como complemento de una comida tan digna de ser convenientemente digerida. Así es que las dos pipas fueron sacadas del carruaje y llevadas a los fumadores, que se acordaban con gusto de las dulzuras de aquel pasatiempo, al que debían su fortuna.

Llenaron de tabaco el depósito de los narguiles. Si Kerabán hizo rellenar el suyo de *tombeki*, de origen persa, siguiendo su invariable costumbre, Van Mitten, por no perder la suya, lo hizo con *latakié* del Asia Menor.

Después, los pequeños hornillos se encendieron: los fumadores se extendieron en un banco, el uno cerca del otro; el largo tubo, rodeado de un filete dorado y terminado por una boquilla de ámbar del Báltico, encontró sitio entre los labios de ambos amigos.

Bien pronto la atmósfera quedó saturada de aquel oloroso humo, que no llegaba a la boca sin haber sido antes refrescado por el agua limpia del narguile.

Durante algunos instantes, Kerabán y Van Mitten, entregados por completo a ese inefable gozo que procura el narguile, preferible al chibucú y al cigarro, permanecieron silenciosos, con los ojos entornados, y fija su indecisa mirada en aquellas volutas de humo que formaban un edredón

aéreo.

—¡Ah! ¡He aquí la verdadera y pura voluptuosidad! —dijo Kerabán—. ¡No existe nada mejor, para pasar una hora, que sostener una agradable conversación con el narguile!

—¡Conversación sin discusiones —respondió Van Mitten—, y muy agradable!

—También —replicó Kerabán—, como siempre, el Gobierno turco ha estado mal aconsejado imponiendo una contribución al tabaco, que aumenta diez veces su precio. ¡Gracias a esta estúpida idea, el uso del narguile tiende a desaparecer!

—¡Sería una lástima, en efecto, amigo Kerabán! —exclamó el holandés.

—En cuanto a mí, amigo Van Mitten, tengo tal predilección por el tabaco, que preferiría la muerte a renunciar a él. ¡Sí, morir! ¡Y si hubiera vivido en tiempos de Amurates IV, aquel déspota que quiso prohibir su uso bajo pena de muerte, hubieran visto rodar mi cabeza con la pipa en los labios!

—Pienso como vos, amigo Kerabán —respondió el holandés, lanzando tres bocanadas de humo.

—¡No tan de prisa, Van Mitten, por favor, no aspiréis tan de prisa! No tenéis tiempo de saborear el humo y me hacéis el efecto de un glotón que se traga la comida sin masticarla.

—Tenéis siempre razón, amigo Kerabán —respondió Van Mitten, que por nada del mundo hubiera querido turbar aquel dulce reposo con los efectos de una discusión.

—¡Siempre la tengo, amigo Van Mitten!

—Lo que me extraña verdaderamente, amigo Kerabán, es que nosotros, negociantes en tabacos, experimentemos tanto placer utilizando nuestra propia mercancía.

—¿Y por qué no? —preguntó Kerabán, que siempre estaba alerta.

—Porque si los pasteleros se cansan de los pasteles, y los confiteros de las confituras que fabrican; me parece que un negociante en tabacos

debería sentir horror al...

—Una observación, Van Mitten —respondió Kerabán—, una sola, os lo ruego.

—¿Cuál?

—¿Habéis oído alguna vez que a un comerciante en vinos no le gusten los vinos que fabrica?

—¡Ciertamente que no!

—Pues bien, comerciante de vino o comerciante de tabacos es exactamente lo mismo.

—Sea —repuso el holandés—. La explicación que me habéis dado me parece excelente.

—Pero —repuso Kerabán—, puesto que parece que buscáis disputa sobre ese punto...

—Yo no busco disputa, amigo Kerabán —respondió vivamente Van Mitten.

—¡Sí!

—¡No, os lo aseguro!

—En fin, puesto que me hacéis una observación algo agresiva respecto a mi gusto por el tabaco...

—Creed que...

—Sí..., sí... —respondió Kerabán, animándose—. Sé comprender las insinuaciones.

—No hay la menor insinuación por mi parte —respondió Van Mitten, que sin saber por qué (quizá por la influencia de la buena comida que acaba de hacer), comenzaba a impacientarse de aquella insistencia.

—¡Ah! —replicó Kerabán—, y a mi vez os voy a hacer una observación.

—¡Hacedla, pues!

—No comprendo, no puedo comprender por qué os permitís fumar *latakié* en un narguile. Es una falta de gusto, indigna de un fumador.

—Pero me parece que estoy en mi derecho —respondió Van Mitten—, puesto que prefiero el del Asia Menor...

—¡El Asia Menor, verdaderamente! ¡El Asia Menor está muy lejos de valer lo que Persia, tratándose de tabaco para fumar!

—¡Eso, según!

—El *tombeki*, aun después de haber sufrido un doble lavado, posee todavía propiedades activas, infinitamente superiores a las del *latakié*.

—Lo creo —exclamó el holandés—. Tiene propiedades activas debido a la presencia de la belladona.

—¡La belladona, en proporciones convenientes, no hace más que aumentar las cualidades del tabaco...!

—Para las personas que quieren envenenarse tranquilamente —dijo Van Mitten.

—¡No es un veneno!

—¡Lo es, y de los más enérgicos!

—Entonces estoy muerto —exclamó Kerabán, que en el interés de la conversación se tragó toda una bocanada de humo.

—¡No, pero moriréis!

—Pues bien, a la hora de mi muerte —repitió Kerabán, cuya voz tomó una intensidad inquieta—, sostendría que el *tombeki* es preferible a ese heno seco al que llaman *latakié*.

—¡Es imposible dejar pasar sin protesta semejante error! —dijo Van Mitten.

—¡Pasará, sin embargo!

—¡Y osáis decir eso a un hombre que durante veinte años ha comprado tabacos!

—¡Y osáis sostener lo contrario a un hombre que durante treinta años los ha vendido!

—¡Veinte años!

—¡Treinta años!

En aquella nueva fase de la discusión, los dos contradictores se volvieron al mismo tiempo. Pero mientras gesticulaban con viveza, las boquillas se salieron de entre los labios y los tubos cayeron al suelo. Al momento, los dos los recogieron y continuaron su disputa, hasta el punto de llegar a las exclamaciones más desagradables.

—Decididamente, Van Mitten —dijo Kerabán—, sois el más rematado testarudo que conozco.

—¡Después de vos, Kerabán, después de vos!

—¿Yo?

—¡Vos! —exclamó el holandés, que no se quedaba atrás—. ¡Mirad el humo del *latakié*, que sale de entre mis labios!

—¡Y vos —repuso Kerabán—, el humo del *tombeki*, que arrojo como una olorosa nube!

Y los dos aspiraron por la boquilla de ámbar, con toda la fuerza de sus pulmones, arrojándose ambos el humo a la cara.

—¡Sentís —decía el uno— el olor de mi tabaco!

—¡Sentís —decía el otro— el del mío!

—Yo os obligaré a confesar —dijo al fin Van Mitten— que tocante a tabacos no conocéis nada.

—¡Y vos —replicó Kerabán—, que estáis por debajo del peor fumador!

Entonces los dos hablaron tan alto, bajo la impresión de la cólera, que desde fuera se les oía. Verdaderamente habían llegado casi a insultarse. Pero en aquel momento apareció Ahmet. Bruno y Nizib, atraídos por el ruido, le seguían. Los tres se detuvieron en la entrada de la glorieta.

—¡Toma! —exclamó Ahmet riéndose a carcajadas—; mi tío Kerabán está fumando en el narguile del señor Van Mitten, y éste está fumando en el de mi tío.

Bruno y Nizib le hicieron coro.

En efecto, al recoger las boquillas, los dos contradictores se habían equivocado, y habían cogido el tubo el uno del otro, lo que hacía que, sin apercibirlo, y continuando proclamando las cualidades de su tabaco predilecto, Kerabán fumaba *latakié*, mientras que Van Mitten fumaba *tombeki*.

Verdaderamente no pudieron menos de reírse, y finalmente se dieron la mano como dos amigos, a los que una discusión, aun sobre un punto tan grave, no alteraba su amistad.

—Los caballos están en el carruaje —dijo entonces Ahmet—. No tenemos más que partir.

—Partamos, pues —respondió Kerabán.

Van Mitten y él entregaron a Bruno y a Nizib los dos narguiles, transformados en armas de guerra, y todos se colocaron en el vehículo.

Pero, al subir, Kerabán no pudo menos de decir muy bajo a su amigo:

—Puesto que lo habéis probado, Van Mitten, confesad que el *tombeki* es superior al *latakié*.

—¡Lo confieso! —respondió el holandés, que se pavoneaba de haber tenido una grave discusión con su amigo.

—Gracias, amigo Van Mitten —respondió Kerabán, emocionado por tanta condescendencia y por una confesión que no olvidaría jamás.

De nuevo los dos amigos pactaron con un vigoroso apretón de manos, nueva prueba de amistad que no debía romperse nunca.

Sin embargo, el carruaje, arrastrado por el galope de los caballos, rodaba con rapidez sobre el camino del litoral.

A las ocho de la noche llegaron a la frontera de Abasia, y los viajeros hicieron alto en el relevo de postas, donde durmieron hasta la mañana siguiente.

Capítulo XVII

EN EL QUE SUCEDE UNA AVENTURA DE LAS MÁS GRAVES

Abasia es una provincia aparte, situada en medio de la región caucásica, en la que el régimen civil no se ha introducido todavía, y que no cuenta más que con el régimen militar. Tiene por límite al Sur del río Ingur, cuyas aguas forman los límites de Mingrelia, una de las principales divisiones del gobierno de Kutais.

Es una bonita provincia, y además una de las más ricas del Cáucaso; pero el sistema que la rige no es conveniente para dar valor a sus riquezas. Solamente algunos de sus habitantes llegan a ser propietarios del terreno, que antes pertenecía a los príncipes actuales, descendientes de una dinastía persa. Así es que el indígena es todavía medio salvaje, teniendo apenas la noción del tiempo, sin lenguaje fijo, hablando una especie de dialecto que sus habitantes vecinos no pueden comprender (tan pobre, que le faltan palabras para expresar las ideas más elementales).

A Van Mitten no se le olvidó apuntar el vivo contraste de aquella comarca con los distritos, más avanzados en civilización, que acababa de atravesar.

A la izquierda del camino se desarrollaban campos de maíz, raramente campos de trigo; cabras y cameros, muy vigilados por los pastores; búfalos, caballos y vacas errando en libertad en los pastos; hermosos árboles, álamos blancos, higueras, nogales, robles, tilos, plátanos, grandes chaparros de boj y acebos; tal era el aspecto de aquella provincia de Abasia.

Una intrépida viajera, la señora Carola Serena, dice con justicia que «si se comparan entre sí aquellas tres provincias limítrofes una de la otra, Mingrelia, Abasia y Samurzakán, puede asegurarse que sus respectivas civilizaciones están en el mismo grado de adelanto que la cultura de las montañas que las rodean; Mingrelia, que socialmente marcha a la cabeza, posee grandes montañas pobladas de árboles, que proporcionan no pocas riquezas; Samurzakán, más atrasado, presenta un aspecto medio salvaje,

y finalmente, Abasia, que se conserva casi en su primitivo estado, no posee más que un escabel de montañas incultas, que no ha tocado todavía la mano del hombre. Abasia, por lo tanto, es la que, de todos los distritos caucásicos, entrará más tarde en el goce de los beneficios de la libertad individual».

La primera parada que hicieron los viajeros después de haber atravesado la frontera fue en el pueblo de Gagri, bonita aldea, con una encantadora iglesia de Santa Hypata cuya sacristía sirve actualmente de lagar; un fuerte, que es al mismo tiempo hospital militar; un torrente seco en la actualidad, el Gagrinska, el mar por un lado y por el otro una campiña llena de árboles frutales, plantaciones de hermosas acacias y de rosas odoríferas. En lontananza, a unas cincuenta verstas, se destaca la cadena limítrofe entre Abasia y Circasia, cuyos habitantes, diezmados por los rusos en la sangrienta campaña de 1859, han abandonado aquel hermoso litoral.

El carruaje llegó a dicho punto a las nueve de la noche, y allí pernoctaron los viajeros. Kerabán y sus compañeros descansaron en uno de los *duckhans* de la posada, y volvieron a partir a la mañana siguiente. Al mediodía, seis leguas más lejos, encontraron en Pidsunda caballos de refresco. Allí Van Mitten ocupó media hora en admirar la iglesia donde residieron los antiguos patriarcas del Cáucaso occidental; aquel edificio, con su cúpula de ladrillos, antes cubierta de cobre; la construcción de sus naves, siguiendo el plano de la cruz griega; los frescos de sus paredes y su fachada sombreada por seculares olmos, merece incluirse entre los más curiosos monumentos del período bizantino del siglo VI.

Después, aquel mismo día, pasaron por los pueblerinos de Guduati y de Gunista, y a la medianoche, después de una rápida etapa de diez y ocho leguas, los viajeros descansaban algunas horas en el pueblo de Sujum-Kalé situado sobre una ancha bahía que se extiende por el Sur hasta el cabo Kodor.

Sujum-Kalé es el principal puerto de Abasia; pero la última guerra del Cáucaso ha destruido en parte la ciudad, en la que residía una población híbrida de griegos, armenios, turcos, rusos, y todos en mayor número que los abasianos. Sin embargo, el elemento militar domina, y los *steamers* de Odesa o de Poti conducen numerosos oficiales a los cuarteles, construidos cerca de la antigua fortaleza, que construyeron en el siglo XVI bajo el reinado de Amurates, época de la dominación otomana.

Una comida al estilo georgiano, compuesta de sopa agria cocida con pollo, guisado de carne rellena, condimentada con leche ácida y azafrán (comida que no podría ser apreciada, sino muy medianamente, por dos turcos y un holandés), precedió a la partida a las nueve de la mañana.

Después de haber dejado atrás la bonita población de Kelasuri, construida en el sombrío valle de Kelasriur, los viajeros franquearon el Kodori a veintisiete verstas de Sujum-Kalé. El carruaje bordeó enormes bosques, que podían compararse a verdaderas selvas vírgenes, con inextrincables lianas, pobladas malezas, indestructibles, a no ser por el hierro o por el fuego, y en las que no faltan ni serpientes, ni lobos, ni osos, ni chacales (un rincón de la América tropical colocado sobre el litoral del mar Negro). Pero ya el hacha de los exploradores hace su papel en aquellos bosques tan respetados durante tantos años, cuyos hermosos árboles desaparecerán en seguida para ser utilizados en carpintería.

Ochamchirie, cabeza de partido del distrito que abrazan el Kodori y el Samurzakán, importante provincia marítima, asentada entre dos corrientes de agua; Ilori, cuyo santuario bizantino merece ser visitado; pero por falta de tiempo no pudo serlo en aquella ocasión; Gajida y Anaklia quedaron atrás en aquel mismo día (uno de los más largos por las horas que emplearon corriendo, uno de los más rápidos por el espacio que devoraron al galope de los caballos). Aun así, por la noche, a las once, los viajeros llegaron a la frontera de Abasia, vadearon el río Ingur, y veinticinco verstas más lejos se detenían en Riedut-Kalé, cabeza de partido de Mingrelia, una de las provincias del gobierno de Kutais.

Las horas que quedaron de la noche se consagraron al sueño. Sin embargo, por fatigado que estuviese, Van Mitten se levantó muy temprano, con el fin de hacer por lo menos una excursión provechosa antes de su partida. Pero encontró a Ahmet, que se había levantado tan temprano como él, mientras Kerabán dormía en una habitación de la posada.

—¿Ya estáis levantado? —dijo Van Mitten al ver a Ahmet, que iba a salir—. ¿Abrigáis la intención de acompañarme en mi matinal paseo?

—¿Hay tiempo acaso, señor Van Mitten? —respondió Ahmet—. ¿No es necesario que me ocupe de renovar las provisiones del viaje? No tardaremos en atravesar la frontera ruso-turca, y creo no sería conveniente hacerlo en los desiertos del Ayaristán y la Anatolia. ¡Ya veis que no tengo

un instante que perder!

—Pero después de concluir ese trabajo —respondió el holandés—, ¿no dispondréis de algunas horas...?

—Cuando haya terminado eso, señor Van Mitten, tendré que revisar la carroza y contratar a un carretero para que apriete las tuercas, dé grasa a los ejes, observe si el freno marcha bien y cambie la cadena de sujeción. ¡Es necesario que al pasar la frontera no nos veamos detenidos por averías! Aguardo reponer el carruaje y cuento con que acabará con nosotros este extraño viaje.

—Bien; pero después de concluir ese trabajo... —repitió Van Mitten.

—Hecho eso, me ocuparé del relevo, e iré a la casa de postas para arreglar el negocio.

—Muy bien; pero después... —añadió Van Mitten, que no desistía de su idea.

—Después —respondió Ahmet— será hora de partir, y partiremos. Así, pues, os dejo.

—Un instante, joven amigo —repuso el holandés—; permitidme haceros una observación.

—Hablad, pero de prisa, señor Van Mitten.

—Sabréis, sin duda, algo de esta curiosa Mingrella...

—Algo, en efecto.

—Que es la comarca regada por el poético Fasis, cuyas pepitas de oro venían a incrustarse en las escaleras de mármol del palacio levantado en sus orillas...

—En efecto.

—Aquí se extiende aquella legendaria Cólquida, donde Jasón y sus argonautas, ayudados por la hechicera Medea, fueron a conquistar al precioso toisón de oro, guardado por un formidable dragón y por terribles toros que vomitaban fantásticas llamas.

—No lo niego.

—Finalmente, aquí es, en estas montañas que se elevan en el horizonte, sobre la roca Khombi, dominando la moderna ciudad de Kontais, donde Prometeo, hijo de Yapeto y de Climea, después de haber arrebatado con loca audacia el fuego del cielo, fue encadenado por orden de Júpiter, y allí es donde un buitre le roe eternamente las entrañas.

—Nada más cierto, señor Van Mitten; pero, os lo repito, tengo prisa. ¿A dónde queréis venir a parar?

—¡Ah, mi joven amigo! —respondió el holandés con amabilidad suma—; algunos días en esta parte de Mingrelia y hasta en el Kontais podrían emplearse con notable provecho para nuestro viaje y...

—¡Cómo! —respondió Ahmet—. ¿Nos proponéis quedarnos algún tiempo en Riedut-Kalé?

—¡Oh, cuatro o cinco días serían suficientes!

—¿Propondrías eso a mi tío Kerabán? —preguntó Ahmet con malicia.

—¡Yo..., jamás! —respondió el holandés—. Eso sería materia de discusión, y después de lo sucedido con los narguiles, os lo aseguro, no quiero entablar una discusión con ese buen hombre.

—¡Y hacéis muy bien!

—Pero en este instante no es al terrible Kerabán a quien me dirijo, sino a mi joven amigo Ahmet.

—Os engaáis, señor Van Mitten —respondió Ahmet, cogiéndole la mano—. No es a vuestro joven amigo a quien habláis en este momento.

—Pues ¿a quién...?

—Al prometido de Amasia, señor Van Mitten, y ya sabéis que el prometido de Amasia no tiene ni una hora que perder.

Entonces Ahmet se separó de él para ocuparse de los preparativos del viaje. Van Mitten, algo despechado, no tuvo más remedio que resignarse a

dar un paseo poco instructivo por la provincia de Riedut-Kalé en compañía del fiel pero amostazado Bruno.

Al mediodía, todos los viajeros se hallaban prestos a partir. El carruaje, examinado con cuidado, reparado por algunos sitios, prometía recorrer largas distancias en excelentes condiciones. La caja de las provisiones estaba bien repleta; no había nada que temer bajo aquel punto de vista, durante un número considerable de verstas, o, mejor dicho, de *agatchs*, puesto que iban a atravesar las provincias de la Turquía asiática en aquella segunda parte del itinerario. Ahmct, como hombre previsor, no podía menos de alegrarse de haber previsto todas las eventualidades que pudieran seguir, tanto respecto a la alimentación como a la locomoción.

Kerabán veía con verdadera satisfacción efectuarse sin incidentes los trayectos. Inútil sería decir de qué manera quedaría satisfecho su amor propio de antiguo turco, en el momento en que apareciese en la orilla izquierda del Bósforo, despreciando a las autoridades otomanas, así como a sus decretos y contribuciones injustas.

En fin, como Riedut-Kalé sólo se hallaba a noventa verstas de la frontera turca, antes de veinticuatro horas el más testarudo de los osmanlíes contaba con poner el pie en tierra otomana.

Allí estaría en su casa.

—¡En marcha, sobrino, y que Alá continúe protegiéndonos! —exclamó alegremente.

—En marcha, tío —respondió Ahmet.

Y los dos se colocaron en el cupé, seguidos de Van Mitten, que trataba en vano de percibir aquella mitológica cima del Cáucaso, sobre la que Prometeo expiaba su sacrílega tentativa.

Partieron bajo los chasquidos del látigo del conductor y los relinchos de un vigoroso tiro.

Una hora después el carruaje pasaba la frontera de Guriel, anexionado a Mingrelia en 1801. Tiene por cabeza de partido a Poti, puerto bastante importante del mar Negro, donde una vía férrea comunica con Tiflis, capital de Georgia.

El camino se desviaba ligeramente hacia el interior de una fértil campiña. Aquí y allá, divísanse pueblos cuyas casas no se encuentran agrupadas, sino, por el contrario, esparcidas en los campos de maíz. Nada hay tan singular como el aspecto de aquellas construcciones, que no son de madera, sino de paja trenzada como una obra de un cesterero. Van Mitten no olvidó anotar aquella particularidad en su cuaderno de viaje. Por lo tanto, ya no eran tan insignificantes los datos que había pensado tomar durante su paso a través de la antigua Cólquida. Tal vez sería más feliz cuando llegase a las orillas del Rioni, el río de Poti, que no es otro que el célebre Fasis de la antigüedad, y, según algunos sabios geógrafos, uno de los cuatro cursos de agua del Edén.

Una hora después, los viajeros se detenían delante de la línea férrea de Poti a Tiflis, en un sitio donde el camino corta la vía, una versta antes de la estación de Sakaris. Abríase allí un paso a nivel que era necesario franquear, si se quería, acortando el camino, llegar a Poti por la orilla izquierda del río.

Los caballos se detuvieron delante de una barrera que se hallaba cerrada.

Los cristales del cupé estaban descorridos de modo que Kerabán y sus compañeros podían ver lo que pasaba ante ellos.

El postillón comenzó por llamar al guarda, quien no acudió al llamamiento.

Kerabán sacó la cabeza de la portezuela y exclamó:

—¿Nos va a hacer otra vez perder nuestro tiempo este maldito ferrocarril?
¿Por qué se ha cerrado esa barrera para los coches?

—Sin duda, porque va a pasar un tren —dijo sencillamente Van Mitten.

—¿Y por qué va a pasar un tren? —replicó Kerabán.

El postillón continuaba llamando, sin ningún resultado. Nadie aparecía en la puerta de la caseta del guarda.

—¡Que Alá le corte el cuello! —exclamó Kerabán—. ¡Si no viene el guardabarrera, abriré yo mismo!

—Un poco de paciencia, tío —dijo Ahmet, deteniendo a Kerabán, que se

disponía a bajar.

—¿Paciencia...?

—¡Sí! ¡He ahí al guarda!

En efecto, el guarda, saliendo de su casa, se dirigía tranquilamente al carruaje.

—¿Podemos pasar, si o no? —preguntó, con tono seco, Kerabán.

—Podéis —repuso el guarda—. El tren de Poti no llegará antes de diez minutos.

—Abrid la barrera, pues, y no nos hagáis retrasar inútilmente. ¡Tenemos prisa!

—Voy a abrir —respondió el guarda.

Primeramente fue a empujar la barrera colocada al otro lado de la vía, y después volvió para abrir la que estaba frente al carruaje; pero todo lo ejecutó con mucha calma, como hombre que no tiene para las exigencias de los viajeros más que una marcada indiferencia. Kerabán se hallaba impaciente.

Por fin el paso quedó libre, y el carruaje se aventuró a través de la vía.

En aquel momento, por el lado opuesto apareció un grupo de viajeros. Un señor turco, montado sobre un magnífico caballo, seguido de cuatro caballeros que le escoltaban, se disponía a franquear el paso.

Era, sin duda alguna, un egregio personaje. De unos treinta años de edad, su elevada estatura se deseaba con aquella nobleza particular de las razas asiáticas. De agradable figura, ojos animados únicamente por el fuego de la pasión, frente espaciosa, barba negra, cuyas rizadas puntas descendían hasta la mitad del pecho, de entreabiertos labios que dejaban ver una blanca dentadura; poseía, en suma, la fisonomía de un hombre imperioso, distinguido por su situación y su fortuna, acostumbrado a ver realizados todos sus deseos y al cumplimiento de su voluntad. A una persona de tal carácter, cualquier género de resistencia le hubiera conducido al mayor exceso. Había algo de salvaje en aquella naturaleza, cuyo tipo turco se mezclaba con el árabe.

Aquel jinete llevaba un sencillo traje de viaje, cortado a la moda de los ricos osmanlíes, que son más asiáticos que europeos. Sin duda bajo aquel caftán de color oscuro disimulaba su auténtica personalidad.

En el momento en que el carruaje iba a cruzar la vía, el grupo de jinetes hizo lo propio. Como la angostura del paso no permitía al carruaje y al grupo pasar al mismo tiempo, era necesario que el uno o el otro retrocediesen.

El carruaje se había detenido, mientras que los jinetes hacían otro tanto; mas no parecía que el extranjero tuviese la intención de ceder el paso a Kerabán. ¡Turco contra turco! Aquello podría muy bien atraer alguna complicación.

—¡Retroceded! —dijo Kerabán a los jinetes, cuyos caballos tocaban con los del carruaje.

—¡Retroceded vos! —respondió el señorial personaje, que parecía decidido a no dar un paso atrás.

—¡Yo he llegado antes!

—¡Pues bien, pasaréis después!

—¡No cederé!

—¡Ni yo!

La discusión tomaba mal cariz.

—Tío —dijo Ahmet—, ¿qué nos importa...?

—¡Sobrino, importa mucho!

—¡Amigo mío...! —dijo Van Mitten.

—¡Dejadme en paz! —respondió Kerabán.

El guarda intervino, exclamando:

—¡Volveos atrás!, ¡volveos atrás...! ¡El tren de Poti no puede tardar en llegar...! ¡Retroceded!

Pero Kerabán no le escuchaba. Después de abrir la portezuela del carruaje, había bajado a la vía, seguido de Ahmet y Van Mitten mientras Bruno y Nizib se precipitaban fuera del cabriolé.

Kerabán se fue directamente al caballero, y, cogiendo a su caballo por la brida:

—¿Queréis dejarme libre de paso? —exclamó con una violencia que no podía contener.

—¡Jamás!

—¡Eso vamos a verlo!

—¿A verlo...?

—¡No conocéis a Kerabán!

—¡Ni vos a Saffar!

En efecto, era Saffar, que se dirigía a Poti después de una rápida excursión por las provincias del Cáucaso meridional. Pero aquel nombre de Saffar, aquel nombre del personaje que alquilaba por anticipado los caballos del relevo de Kerch, sólo podría suscitar la cólera de Kerabán. ¡Ceder ante aquel hombre, contra el que había hecho tantas recriminaciones! ¡Jamás! ¡Antes se dejaría aplastar por los cascos de su caballo!

—¡Ah! ¿Sois vos el señor Saffar? —exclamó—. ¡Pues atrás, señor Saffar!

—¡Adelante! —dijo Saffar, haciendo seña a los jinetes para que forzasen el paso.

Ahmet y Van Mitten, comprendiendo que nada haría ceder a Kerabán, se prepararon a ayudarlo.

—¡Pasad! ¡Pasad pronto! —repetía el guarda—. ¡Pasad...! ¡Que viene el tren!

Y, en efecto, se oía el silbido de la locomotora, oculta entonces por un recodo del camino.

—¡Atrás! —exclamó Kerabán.

—¡Atrás! —exclamó Saffar.

En aquel momento, el ruido de la locomotora se acentuó más y más. El guarda, enloquecido, agitaba su bandera con objeto de detener el tren... Era demasiado tarde... El tren desembocaba de la curva...

Saffar, viendo que no había tiempo de cruzar la vía, retrocedió precipitadamente. Bruno y Nizib se arrojaron al otro lado. Ahmet y Van Mitten, cogiendo a Kerabán, le arrastraban precipitadamente, mientras el postillón, sacando a los caballos al galope, los dirigía fuera de la barrera. En aquel momento, el tren pasaba con la rapidez de un expreso; pero, de tal manera, que, cogiendo la parte trasera del carruaje, que no había podido salir completamente de la vía, la rompió en mil pedazos, y desapareció sin que los viajeros hubiesen notado el choque contra aquel ligero obstáculo.

Kerabán, fuera de sí, quiso arrojarse sobre su adversario; pero éste, espoleando a su caballo, atravesó la vía desdeñosamente, sin dirigirle ni una mirada, y, seguido de sus cuatro acompañantes, desapareció al galope por el camino que sigue la orilla derecha del río.

—¡Infame! ¡Miserable! —exclamaba Kerabán, retenido por su amigo Van Mitten—. ¡Si alguna vez le encuentro...!

—Sí, pero lo principal es que no tenemos carruaje —respondió Armet, mirando los restos informes del coche, arrojados fuera de la vía.

—¡Eso no tiene importancia! ¡Lo que más me exaspera es que ha cruzado la vía antes que yo!

En aquel momento se aproximaron algunos cosacos, encargados de la vigilancia de los caminos. Habían visto todo lo sucedido en la barrera del ferrocarril.

Su primer movimiento fue prender a Kerabán, sujetándole por el cuello. Hubo protesta por parte de Kerabán, intervención inútil de Ahmet y su amigo, resistencia de las más violentas y del más terco de los hombres, que, después de una contravención a los reglamentos de policía de los ferrocarriles, amenazaba empeorar su situación por desacato a la

autoridad.

Tanto se razona con los cosacos como con los gendarmes. Tanto se resiste con unos como con otros. De todas maneras, Kerabán, en el colmo de su furor, fue llevado a la estación de Sakaris, mientras que Ahmet, Van Mitten, Bruno y Nizib quedaban cabizbajos ante los restos del carruaje.

—¡Henos aquí en una bonita situación! —dijo el holandés.

—Pero ¡y mi tío! —respondió Ahmet—. ¡No podemos abandonarle!

Veinte minutos después, el tren de Tiflis descendía hacia Poti, pasando ante ellos. Miraron...

En la ventanilla de uno de los vagones apareció la furiosa cabeza de Kerabán, rojo de cólera, los ojos desorbitados, fuera de sí, tanto por haber sido detenido, como porque era la primera vez que aquellos feroces cosacos le obligaban a viajar en ferrocarril.

Pero era necesario no abandonarle en aquella crítica situación.

Era necesario sacarle lo más pronto posible de aquel mal paso, donde su terquedad le había conducido, y no comprometer la vuelta a Escutari por una tardanza que podía prolongarse.

Dejando, por lo tanto, los restos del carruaje, cuya utilidad era nula, Ahmet y sus compañeros alquilaron un carrito, el postillón enganchó sus caballos, y rápidamente se lanzaron por el camino de Poti.

En dos horas recorrieron las seis leguas que los separaba de aquella población.

Ahmet y Van Mitten se dirigieron al puesto de policía, con el fin de reclamar la libertad del infortunado Kerabán.

Allí supieron que Kerabán, después de haber pagado una fuerte multa por contravención a las leyes y resistencia a los agentes, había sido puesto en la calle y se dirigió a la frontera.

Se trataba, pues, de alcanzarle lo más pronto posible, y, por lo tanto, de procurarse un medio rápido de transporte.

Ahmet quiso informarse asimismo respecto de Saffar.

Saffar había abandonado a Poti. Acababa de embarcarse en el *steamer* que hace escala en los diversos puntos del Asia Menor. Pero Ahmet no pudo saber adonde iba aquel altanero personaje, y lo último que vio en el horizonte fue la larga humareda lanzada por la chimenea del barco que conducía a Saffar hacia Trebisonda.

Volumen II

Capítulo I

EN EL QUE REAPARECE KERABÁN, FURIOSO POR HABER VIAJADO EN FERROCARRIL

El lector recordará, sin duda, que Van Mitten, desconsolado por no haber podido visitar las minas de la antigua Cólquida, había manifestado la intención de desquitarse explorando el mitológico Fasis, que, bajo el nombre menos eufórico de Rioni, llega a Poti, sobre el litoral del mar Negro.

Pero una vez más tuvo que abandonar tan halagüeña esperanza. No se trataba, en efecto, de lanzarse sobre las huellas de Jasón y de los argonautas, ni de recorrer los célebres hogares donde el audaz hijo de Esón fue a conquistar el toisón de oro. ¡No! Lo que importaba hacer sin pérdida de tiempo era abandonar a Poti, ponerse en seguimiento de Kerabán y alcanzarle en la frontera rusa.

Nueva decepción, pues, para Van Mitten. Acababan de tocar las cinco de la tarde y los viajeros contaban con volverse a poner en camino al día siguiente, 13 de setiembre, por la mañana. Por lo tanto, no pudo Van Mitten ver otra cosa en Poti, sino el jardín público, en el que se levantan las ruinas de una antigua fortaleza, y las casas de la población construidas sobre estacas. Cuenta Poti dentro de su recinto con unos seis a siete mil habitantes; sus calles son anchas, y en cada una de ellas existe un foso, del cual se escapa un incesante concierto de ranas; respecto al puerto, dominado por un faro de primer orden, se halla de ordinario bastante frecuentado.

Tan, sólo pudo consolarse Van Mitten de su corta permanencia en dicha población, reflexionando que, hallándose esta última situada en medio de los pantanos del Rioni y del Capacha, no podía hacer otra cosa mejor que huir de ella para no coger alguna fiebre palúdica (lo que, en efecto, es muy de temer en los alrededores malsanos de aquel litoral).

En tanto que el holandés se abandonaba a reflexiones de todo género, Ahmet buscaba algo con que remplazar la silla de posta, que, sin la

incalificable imprudencia de su amo, hubiera podido continuar largo tiempo prestando servicio. Pero otro vehículo de viaje en Poti, fuese nuevo o usado, resultaba casi imposible. Una *peracladnaia*, una *araba* rusa podrían hallarse todavía, contando, por supuesto, con la bolsa de Kerabán, y pagando por cualquiera de ellas el precio que pidiesen. Pero los mencionados vehículos no son otra cosa que carretas más o menos primitivas, que carecen en absoluto de comodidad y nada tienen de común con las berlinas de viaje.

Por muy vigorosos que sean los caballos que se les enganche, jamás podrán competir con la velocidad de una silla de posta; puede, por lo tanto, figurarse el lector cuantos retrasos tendrían que experimentar los viajeros antes de recorrer por completo el trayecto.

Conviene, sin embargo, hacer observar que Ahmet no tuvo la ocasión de vacilar en escoger esto o el otro carruaje. ¡Ni coches, ni carretas! Nada, absolutamente nada, había disponible por el momento; y comoquiera que era para él la mayor importancia reunirse con su tío en el más breve plazo, con objeto de que por su obcecación no les metiese de nuevo en un mal paso, decidió hacer a caballo el trayecto de veinte leguas que medían entre Poti y la frontera rusa. No es necesario decir que era buen jinete, y Nizib le había acompañado con frecuencia en sus paseos. Van Mitten, a quien consultó, conocía, aunque en principio, la equitación y salió garante, si no de la habilidad poco probable de Bruno, al menos de su obediencia para seguirle en aquellas condiciones.

Se decidió, por lo tanto, que la partida se efectuaría a la mañana siguiente, con objeto de llegar a la frontera rusa la noche misma de su salida.

Dispuestas de este modo las cosas, Ahmet escribió una extensa carta al banquero Selim, carta que, como es natural, comenzaba de esta manera: «Querida Amasia...»; en ella le refería todas las peripecias acaecidas durante el viaje, el incidente que había tenido lugar en Poti, la causa por la cual se veía separado de su tío, y los medios con que contaba para encontrarle de nuevo. Añadía que dicha aventura en nada retardaría su regreso, pues contaba con hacer andar aprisa a hombres y bestias, calculando el término medio del tiempo y del trayecto que aún faltaba recorrer.

No olvidó tampoco recomendarle encarecidamente que se encontrase con su padre y Nedjeb en Scutari para la época fijada, o un poco antes, con

objeto de que no faltase a la cita.

Esta carta, en la que iban mezclados cariñosos cumplimientos hacia la joven, debía partir al siguiente día en el paquebote que hace el servicio regular entre Poti y Odesa. Así, pues, antes de cuarenta y ocho horas habría llegado a su destino, habría también sido abierta, leída una y mil veces, y quizá se hallaría al lado de aquel corazón cuyos latidos creía Ahmet escuchar perfectamente desde el otro lado del mar Negro. El hecho es que por entonces se hallaban los dos prometidos bastante lejos uno del otro; es decir, se encontraban en las dos extremidades del eje de una elipse, cuya curva seguía Ahmet, obligado por la obstinación de su tío.

Y mientras él escribía para tranquilizar, para consolar a Amasia, ¿qué hacía Van Mitten?

Van Mitten, después de haber comido en el hotel, se paseaba tranquilamente por las calles de Poti, bajo los árboles del Jardín Central, o por los largos muelles del puerto y sus andenes, cuya construcción era reciente. Pero iba solo; Bruno no le acompañaba aquella vez.

¿Y por qué Bruno no iba entonces detrás de su amo, haciéndole respetuosas pero justas observaciones sobre las condiciones del presente y los peligros del porvenir?

Bruno había concebido una idea. Si no había en Poti ni berlinas ni sillas de posta, encontraría una báscula. Porque para un holandés enflaquecido, la necesidad de pesarse, de comparar su peso actual con el primitivo, resultaba ineludible.

Bruno había abandonado el hotel, teniendo cuidado de llevarse, sin decir nada, la «Guía» de su amo, que debía darle en libras bálticas la equivalencia de los pesos rusos, cuyo valor no conocía.

En los muelles del puerto donde está situada la aduana, hay siempre algunas de esas grandes básculas, en cuyos platillos puede pesarse un hombre cómodamente.

Bruno no se alteró respecto a ese punto. Mediante algunos copecs vería realizados sus deseos. Se puso un respetable peso en uno de los platillos de la balanza, y Bruno, no sin alguna secreta inquietud, se subió en el otro.

Con gran sobresalto, observó que el platillo que soportaba el peso permanecía adherido al suelo. Bruno, esforzóse en adquirir más peso —creyó que lo conseguiría llenándose de aire los pulmones—, sin lograr que la balanza se moviera.

—¡Diablo! —dijo—. He aquí lo que yo temía.

Fueron sustituidas las pesas...

El platillo no se levantó ni una pulgada.

—¡Es posible! —exclamó Bruno, que sintió que toda su sangre le afluía al corazón.

En aquel momento su mirada se detuvo sobre una persona que le miraba con marcada benevolencia.

—¡Señor! —exclamó.

Era, en efecto, Van Mitten, al que el azar acababa de conducir por aquellos parajes, precisamente en el instante en que estaban pesando a su sirviente.

—¡Señor! —repitió Bruno—, ¿vos por aquí?

—Yo, en persona —respondió Van Mitten—. Veo con satisfacción que has venido a...

—¡A pesarme..., sí!

—¿Y qué resultado has obtenido?

—El resultado es que no sé si hay pesas bastante pequeñas para señalar mi peso actual.

Bruno dio esta respuesta con tan dolorosa expresión, que Van Mitten se sintió enternecido.

—¡Cómo! —dijo éste—, ¿desde que partimos, has adelgazado hasta tal punto, mi pobre Bruno?

—¡Lo vais a ver, señor!

En efecto, acababa de colocar en el platillo de la báscula una tercera pesa, muy inferior a las dos anteriores. Aquella vez Bruno consiguió levantarla lentamente, poniendo a los dos platillos en equilibrio sobre una misma línea horizontal.

—Por fin —dijo Bruno—; pero ¿qué peso es éste?

—Sí, ¿qué peso es? —respondió Van Mitten.

Hacía en cantidad justa, y en medidas rusas, cuatro libras, ni más ni menos.

En seguida Van Mitten cogió la «Guía» que le tendía Bruno, y buscó en el cuadro de equivalencias entre las diversas pesas y medidas de los países.

—Y bien, señor —preguntó Bruno, con una curiosidad mezclada con cierta angustia—, ¿cuánto vale la libra irisa?

—Cerca de dieciséis libras y media de Holanda —respondió Van Mitten, después de un breve cálculo mental.

—Hace exactamente sesenta y cinco libras y media.

Bruno lanzó un grito de desesperación, y arrojándose fuera del platillo, y haciendo que el opuesto chocase bruscamente en el suelo, cayó sobre un banco, medio espantado.

—¡Sesenta y cinco libras y media! —repetía, como si hubiese perdido una novena parte de su vida.

En efecto, a su partida, Bruno pesaba ochenta libras. Ahora sólo pesaba sesenta y cinco y media. Por lo tanto, había adelgazado unas quince libras. Y esto en veintiséis días de un viaje que había sido relativamente fácil, sin verdaderas privaciones ni grandes fatigas. Y, sin embargo, si el mal había comenzado, ¿dónde se detendría? ¿Qué llegaría a ser de aquel vientre que Bruno había ido formado, empleando más de veinte años en redondearlo, gracias a la observación de una higiene bien comprendida? ¿Cuándo se separaría de aquel honroso puesto en el que se había mantenido, sobre todo entonces, que por falta de carruaje el viaje se iba a efectuar en diferentes condiciones, bajo peligros y fatigas, a través de desconocidas comarcas?

He aquí lo que se preguntó el angustiado servidor de Van Mitten. Entonces se formó en un espíritu una rápida visión de eventualidades terribles, entre las que aparecía Bruno, completamente desconocido, en forma de esqueleto.

Tomó su partido sin la menor vacilación. Se levantó, arrastró tras sí al holandés, que se encontraba sin fuerza para resistirle, y, deteniéndose en el momento de entrar en el hotel, le dijo:

—Amo mío, hay un límite para todo, incluso para la estupidez humana. Nosotros no iremos más lejos.

Van Mitten recibió esta declaración con su habitual calma, de la que nadie le podía sacar.

—¿Cómo, Bruno? —dijo—. ¿Es aquí, en este rincón del Cáucaso, donde tú me propones quedamos?

—¡No, señor, no! Os propongo sencillamente dejar al señor Kerabán, que vuelva cuando le convenga a Constantinopla, mientras nosotros nos vamos tranquilamente en uno de los paquebotes del Poti. El mar no os produce mareo, a mí tampoco, y así no corro el riesgo de adelgazar más, lo que me sucederá infaliblemente si continúo viajando en las mismas condiciones.

—Esa solución puede ser buena, bajo tu punto de vista —respondió Van Mitten—; pero bajo el mío no es así. Abandonar a mi amigo Kerabán cuando ya llevamos la tercera parte de nuestro trayecto, eso merece alguna reflexión.

—El señor Kerabán no es vuestro amigo —respondió Bruno—. Sois el amigo del señor Kerabán; he aquí todo. Por otra parte, no puede ser el mío, y no le sacrificaría lo que me queda de vigor, por la satisfacción de su terquedad y sus caprichos. Decís que hemos efectuado las tres cuartas partes del viaje; será verdad, pero me parece que el resto ofrece otras dificultades a través de un país medio salvaje.

»Estoy de acuerdo con que no os sobrevenga nada desagradable; pero, os repito, si os obstináis, tened cuidado... caeréis enfermo.

La insistencia de Bruno en profetizarle alguna grave complicación de

donde no saldría sano y salvo, no dejaba de incomodar a Van Mitten. Aquellos consejos de su fiel servidor le hacían reflexionar. En efecto, aquel viaje por la frontera rusa, a través de las regiones poco frecuentadas del bajalato de Trebisonda y de la Anatolia septentrional, fuera de la autoridad del Gobierno turco, merecía ser objeto de meditación. Así, dado su carácter afable, Van Mitten se sintió vencido, lo que no se escapó a la vista de Bruno. Éste redobló sus instancias. Hizo valer muchos argumentos, mostró su vestido holgado por la cintura, alrededor de un vientre que iba disminuyendo día tras día. Insinuante, persuasivo y aun elocuente, bajo el imperio de una convicción profunda condujo a su amo hasta el punto de participar de sus ideas, con la necesidad de separar su suerte de la de su amigo Kerabán.

Van Mitten reflexionaba. Escuchaba con atención, moviendo a menudo la cabeza. Cuando concluyó aquella grave conversación, no le retenía más que el temor de tener una discusión con su incorregible compañero de viaje.

—Pues bien —dijo Bruno, que para todo tenía respuesta—, las circunstancias son favorables. Puesto que el señor Kerabán no está aquí, no podrá oponerse a nuestra determinación; abandonemos a su sobrino Ahmet, ocupado en buscarle por la frontera.

Van Mitten movió la cabeza negativamente.

—A esto no hay más que un impedimento —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Bruno.

—Que he abandonado Constantinopla con muy poco dinero, y ahora mi bolsa está vacía.

—¿No podéis, señor, hacer que manden una suma suficiente del Banco de Constantinopla?

—No, Bruno, es imposible. El saldo de mi cuenta no alcanza...

—¿De manera que para obtener dinero para nuestra vuelta...? —preguntó Bruno.

—Es necesario que me dirija a mi amigo Kerabán —respondió Van Mitten.

Esto no agradaba a Bruno. Si su amo veía de nuevo a Kerabán, si le indicaba parte de su proyecto, habría una discusión, y Van Mitten no sería el más fuerte. Pero ¿qué hacer? ¿Dirigirse directamente al joven Ahmet? ¡No!, sería inútil Ahmet no proporcionaría jamás a Van Mitten los medios de abandonar a su tío. Por lo tanto, en esto no había que pensar.

He aquí, pues, lo que finalmente quedó decidido entre el señor y el servidor, después de un largo debate. Dejarían Poti y en compañía de Ahmet irían a reunirse con el señor Kerabán en la frontera turco-rusa. Allí, Van Mitten, bajo pretexto de salud, en previsión de las fatigas venideras, declararía que le era imposible continuar su viaje. En aquellas condiciones, su amigo Kerabán no podría insistir, y no rehusaría darle el dinero necesario para volver por mar a Constantinopla.

«¡No importa! —pensó Bruno—; una conversación sobre este asunto entre mi amo y el señor Kerabán no deja de ser grave».

Los dos volvieron al hotel, donde les aguardaba Ahmet. No le dijeron nada de sus proyectos, que seguramente hubiera combatido. Comieron, y durmieron después. Van Mitten soñó que Kerabán le cortaba en menudos pedazos convirtiéndole en picadillo. Se despertaron muy temprano y hallaron a la puerta cuatro caballos dispuestos a «devorar el espacio».

Una de las cosas curiosas fue ver el semblante de Bruno cuando se dispuso a subir en su montura. Nuevas imprecaciones contra Kerabán. Pero no había otro medio de viajar. Bruno, por lo tanto, obedeció. Felizmente, su caballo era un viejo jaco, incapaz de incomodarse y fácil de manejar. Los caballos de Van Mitten y Nizib eran también de carácter dócil. Solamente Ahmet tenía un brioso animal; pero, como buen jinete, no debía tener otro recurso que moderar su viveza, a fin de no distanciarse de sus compañeros.

Abandonaron Poti a las cinco de la mañana. A las ocho tomaban el desayuno en el pueblo de Nikolaia, después de un recorrido de veinte verstas, y hacia las once, después de un trayecto de quince verstas, almorzaban en Kintrichi, y hacia las dos de la tarde, después de un nuevo trayecto de otras veinte verstas, Ahmet se detenía en Batum, en aquella parte del Ayaristán septentrional que pertenece al Imperio moscovita. Aquel puerto, que perteneció a Turquía, se hallaba situado en la embocadura del Choroj, que es el Bathys de los antiguos. Es verdaderamente lastimoso que Turquía lo haya perdido, porque aquel

puerto, vasto, provisto de un buen fondeadero, puede contener gran número de embarcaciones, y aún de navíos de gran tonelaje. En cuanto a la población, es sencillamente un importante centro de comercio maderero, atravesado por una calle principal. Pero la mano de Rusia se extiende desmesuradamente por las regiones transcaucásicas, y se ha apoderado de Batum, de la misma manera como se extenderá hasta los límites de Ayaristán.

Ahmet no estaba allí en su país, como hubiese estado años antes. Le fue necesario pasar por Gunieh, por la embocadura del Cloroy y a veinte verstas de Batum, y por el pueblo de Makrialos, para alcanzar la frontera, diez verstas más lejos.

En aquel sitio, a un lado del camino, un hombre aguardaba, custodiado por un destacamento de cosacos, en un estado de furor más fácil de comprender que de describir.

Era Kerabán.

Eran las seis de la tarde, y desde la medianoche de la víspera (instante preciso en que había sido puesto en libertad fuera del territorio ruso), Kerabán no cejaba en su cólera.

Una pobre cabaña, situada al lado del camino, miserablemente habitada, mal cubierta y peor provista de víveres, le había servido de abrigo y refugio.

Media versta antes de llegar, Ahmet y Van Mitten, al percibir, el uno a su tío y el otro a su amigo, habían espoleado a sus caballos, y echaron pie a tierra a algunos pasos de él.

Kerabán, andando de un lado a otro, gesticulando, hablando consigo mismo, o, mejor dicho, disputándose, puesto que nadie había por allí, no parecía haber percibido a sus compañeros.

—¡Tío! —exclamó Ahmet, tendiéndole sus brazos, mientras Nizib y Bruno cogían su caballo y el del holandés—; ¡tío!

—¡Amigo mío! —añadió Van Mitten.

Kerabán les cogió las manos a los dos, y mostrando a los cosacos que se paseaban más allá del camino, exclamó:

—¡En ferrocarril! ¡Esos miserables me han obligado a subir en el ferrocarril...! ¡A mí...! ¡A mí!

Evidentemente, haber utilizado aquel medio de locomoción, indigno de un verdadero turco, era lo que excitaba a Kerabán a la más violenta irritación.

—¡No, no podía consentirlo! Su encuentro con Saffar, su disputa con aquel insolente personaje, la rotura del carruaje, las dificultades que había encontrado para continuar su viaje, todo lo olvidaba ante aquella horrible enfermedad: ¡haber viajado en tren! ¡Él, un antiguo creyente!

—Sí, es indigno —respondió Ahmet, que pensó que aquélla era la única manera de no contrariarle.

—Sí, indigno —añadió Van Mitten—; pero, después de todo, amigo Kerabán, no os ha sucedido nada grave.

—¡Ah, tened cuidado con lo que habláis, señor Van Mitten! —exclamó Kerabán—. ¿Nada grave, decís?

Una seña de Ahmet al holandés le indicó que iba por mal camino. Su antiguo amigo acababa de llamarle «señor Van Mitten», y continuaba interpeleándole de esta manera:

—¿Me diréis lo que entendéis por esas incalificables palabras: «nada grave»?

—Amigo Kerabán, creo que no habéis sufrido ninguno de esos habituales accidentes ferroviarios: ni descarrilamiento, ni choques, ni colisiones...

—¡Señor Van Mitten, mejor hubiera sido haber descarrilado! —exclamó Kerabán—. ¡Sí, por Alá! Mejor hubiera sido haber descarrilado, perder brazos, piernas y cabeza, tenedlo entendido, que sobrevivir a semejante vergüenza.

—¡Creed, amigo Kerabán...! —repuso Van Mitten, que no sabía cómo excusarse de sus imprudentes palabras.

—No se trata de lo que yo pueda creer —respondió Kerabán, dirigiéndose al holandés—, mas sí de lo que creéis vos... Se trata de la manera como miráis lo que acaba de suceder a un hombre que desde hace treinta años se creía vuestro amigo.

Ahmet quiso cambiar una conversación cuyo mejor resultado hubiese empeorado la situación.

—Tío —dijo—, creo poder afirmar que no habéis comprendido bien al señor Van Mitten.

—¡Verdaderamente!

—O, mejor dicho, que el señor Van Mitten se ha expresado mal. Y que, como yo, conserva una profunda indignación por el tratamiento que esos malditos cosacos os han inferido.

Felizmente, esto lo dijo en turco, y los «malditos cosacos» no podían comprender nada.

—Pero, en suma, tío, es otro el que tiene la culpa de todo esto. Otro es el responsable de lo que ha sucedido. Y éste es el imprudente personaje que os impidió cruzar la línea férrea de Ponti. Éste es Saffar.

—¡Sí, es Saffar! —exclamó Kerabán, muy oportunamente puesto por su sobrino en aquella nueva pista.

—¡Mil veces sí, es Saffar! —añadió Van Mitten—. ¡Esto era lo que yo quería decir, amigo Kerabán!

—El infame Saffar —dijo Kerabán.

—El infame Saffar —respondió Van Mitten, intercalándose en el diapasón de su interlocutor.

Hubiera querido emplear un calificativo más enérgico todavía, pero no lo encontró.

—¡Si alguna vez le llegamos a encontrar...! —dijo Ahmet.

—¡Y no poder volver a Poti —exclamó Kerabán—, para hacerle pagar su insolencia, provocarle, arrancarle el alma del cuerpo, abandonarle a la mano del verdugo!

—Hacerle empalar... —Creyó conveniente añadir Van Mitten, que se enfurecía adrede para recuperar una amistad comprometida.

Aquella proposición tan turca, le valió un apretón de manos de su amigo Kerabán.

—Tío —dijo entonces Ahmet—, sería inútil en este momento buscar a ese Saffar.

—¿Y por qué, sobrino?

—Esta persona no está en Poti —repuso Ahmet—. Cuando llegamos, acababa de embarcarse en el paquebote que hace el servicio por el litoral de Asia Menor.

—¡El litoral del Asia Menor! —exclamó Kerabán—. Pero nuestro itinerario no sigue por ese litoral.

—En efecto, tío.

—Pues bien; si el infame Saffar —respondió Kerabán— se encuentra en mi camino, *Valla-billah tielah*. ¡Desgraciado de él!

Después de haber pronunciado aquel juramento a Alá, Kerabán no podía decir ya nada más terrible; y se calló. Pero ¿cómo viajarían, puesto que faltaba el carruaje a los viajeros? Siguiendo el camino a caballo, lo que no podía proponerse formalmente a Kerabán. Su corpulencia no se lo permitía. Si él hubiese sufrido a caballo, estamos seguros de que el caballo hubiera sufrido más. Se convino, por lo tanto, en que irían a Choppa, la aldea más próxima. No tenían que andar más que algunas verstas y Kerabán las andaría a pie, lo mismo que Bruno, que estaba de tal manera molido que no hubiera podido montar.

—¿Y esa petición de dinero de la que debéis hablarle? —dijo a su amo aparte.

—En Choppa —respondió Van Mitten.

Y en verdad que no veía sin alguna inquietud aproximarse el momento en que debía tratarse de aquella delicada cuestión.

Algunos instantes después los viajeros descendían por el camino, cuya pendiente costea las orillas del Ayaristán.

Por última vez Kerabán se volvió para mostrar los puños a los cosacos que le habían obligado a meterse, ¡él!, en un vagón del ferrocarril; y en una curva de la costa perdió de vista a la frontera del Imperio moscovita.

Capítulo II

EN EL QUE VAN MITTEN CEDE A LAS PRETENSIONES DE BRUNO, Y SU RESULTADO

Singular país! —Escribía Van Mitten en su cuaderno de viaje, anotando algunas impresiones tomadas al vuelo—. Las mujeres trabajan la tierra, llevan los fardos, mientras que los hombres hilan el cáñamo y tejen la lana.

Y el buen holandés no se engañaba. Esto sucede todavía en aquella lejana provincia del Avaristán, en la que empezaba la segunda parte del itinerario.

—Es un país todavía poco conocido aquel territorio, situado en la frontera caucásica, que forma parte de la Armenia turca, comprendida entre las aldeas del Charkut, del Choroj y la ribera del mar Negro. Pocos viajeros, después del francés Th. Deyrolles, se han aventurado a través de aquellos distritos del bajalato de Trebisonda, entre sus montañas de mediana altitud, que se extienden confusamente hasta el lago Van, concluyendo en la capital de Armenia, Erzerum, cabeza de partido de una aldea que cuenta con mil doscientos habitantes.

Y sin embargo, en aquel país han tenido lugar grandes hechos históricos. Abandonando aquellos terrenos, regados por los dos afluentes del Eufrates, Jenofonte y sus diez mil, retrocediendo ante las armadas de Artajerjes Mnemón, llegaron a las orillas del Pnsis. Este Fasis no es el Rioni que atraviesa Poti; es el Kura, que desciende de la región caucásica, no corriendo más que hasta el Ayaristán, a través del cual Kerabán y sus compañeros iban a aventurarse.

¡Ah, si Van Mitten hubiese dispuesto de suficiente tiempo, cuántas preciosas observaciones hubiera anotado! ¡Cuánto se ha perdido para los eruditos de Holanda! Con seguridad hubiera encontrado el sitio exacto donde Jenofonte dio una batalla a los taoques y a los calibes al salir del país de los carducos, y el monte Chenium, desde donde los griegos saludaron con vivas aclamaciones a las flotas tan deseadas del Ponto

Euxino. Pero Van Mitten no tenía tiempo ni de ver ni de estudiar, o, mejor dicho, no le dejaban. Y entonces Bruno volvía a las andadas, hostigando a su amo, con el fin de que éste pidiese prestado a Kerabán lo necesario para separarse de él.

—¡En Choppa! —respondía Van Mitten.

Por fin se dirigieron a Choppa. Pero ¿encontrarían allí un medio de locomoción, un vehículo cualquiera, para sustituir al comfortable carruaje, despedazado por el ferrocarril de Poti?

Era una seria complicación. Faltaba todavía andar doscientas cincuenta leguas y tan sólo diecisiete días hasta el 30, día en que Kerabán debía estar de vuelta. Éste era el día en que Ahmet esperaba encontrar en Scutari a la joven Amasia, que le aguardaría para la celebración de su matrimonio. Se comprende, pues, que tío y sobrino estuviesen el uno tan impaciente como el otro. Por lo tanto, era un grave compromiso el cumplimiento de aquella segunda parte del viaje.

Encontrar una silla de posta, o sencillamente un coche, en aquellos pueblecillos del Asia Menor, resultaba imposible. Forzoso era acomodarse en uno de los vehículos del país, y este medio de locomoción no podía ser más que muy rudimentario.

Así, pues, inquietos y pensativos marchaban por el camino del litoral, Kerabán a pie, Bruno llevando de la brida a su caballo y al de su amo, que prefería ir al lado de su amigo; Nizib, montado y marchando a la cabeza de la pequeña caravana. En cuanto a Ahmet, se había adelantado, con el fin de preparar los alojamientos en Choppa y de adquirir un vehículo para partir al salir el sol.

El trayecto se recorrió lentamente y en silencio. Kerabán ocultaba interiormente su cólera, que se manifestaba tan sólo por estas palabras frecuentemente repetidas: «cosacos, ferrocarril, vagón, Saffar». Van Mitten esperaba la ocasión de manifestar sus proyectos de separación; pero no se atrevía, no encontrando un momento favorable en el estado en que se encontraba su amigo, que se hubiese incomodado a la primera palabra.

Llegaron a Choppa a las nueve de la noche. Aquel trayecto, hecho a pie, exigía el reposo de toda la noche. La posada era mediana; pero, gracias al cansancio, todos durmieron sus diez horas consecutivas, mientras Ahmet,

aquella misma noche, se ponía a buscar un medio de transporte.

A la mañana siguiente, 14 de setiembre, a las siete, una *araba* aguardaba a la puerta de la posada con los caballos enganchados.

¡Ah, cuánto se tenía que sentir la pérdida de la antigua carroza, sustituida por una especie de tosca carreta, montada sobre dos ruedas, y en la que difícilmente podían colocarse tres personas! Dos caballos de vara no eran mucho para arrastrar aquella pesada máquina. Felizmente. Ahmet había podido recubrir la *araba* con un toldo impermeable, colocado sobre círculos de madera, para preservarle de la lluvia y el viento. Era preciso, por lo tanto, contentarse hasta aguardar otra cosa mejor; pero no era probable que fuesen a Trebisonda en más confortable y más rápido vehículo. Se comprenderá fácilmente que a la vista de aquella *araba*, Van Mitten, a pesar de su filosofía, y Bruno, absolutamente contrariado, no pudieron disimular un gesto de disgusto, que una simple mirada de Kerabán bastó para disipar al momento.

—He aquí todo lo que he podido encontrar, tío —dijo Ahmet mostrando la *araba*.

—Y es todo lo que nos hace falta —respondió Kerabán, que por nada del mundo hubiese querido dejar entrever el sentimiento que le causaba la pérdida de su excelente silla de posta.

—Sí —repuso Ahmet—; con una buena cama de paja en esta *araba*...

—Estaremos como príncipes.

—Príncipes de opereta —murmuró Bruno.

—*Hein?* —Hizo Kerabán.

—Por otra parte —repuso Ahmet—, no distamos más de ciento sesenta *agatchs* de Trebisonda, y allí cuento con que podremos encontrar mejor medio de locomoción.

—Repito que eso sucederá —dijo Kerabán, observando bajo sus contraídas cejas si sorprendía en el rostro de sus compañeros la apariencia de una contradicción.

Pero todos, aterrados por aquella formidable mirada, se convirtieron en

impasibles figuras.

He aquí lo que se convino: Kerabán, Van Mitten y Bruno se colocarían en la *araba*, de la que uno de sus caballos sería montado por el postillón, encargado del cuidado de relevar después de cada mojada; Ahmet y Nizib, acostumbrados a las fatigas de la equitación, seguirían a caballo. De esta manera se esperaba no experimentar ninguna tardanza hasta Trebisonda. Allí, en aquella importante población, se buscaría un medio de terminar aquel viaje lo más confortablemente posible.

Kerabán dio la señal de partida después de haber provisto la *araba* de algunos víveres y utensilios, sin contar con los dos narguiles, milagrosamente salvados de la colisión, y que fueron puestos a disposición de sus propietarios. Por otra parte, los pueblos de aquella parte del litoral están bastante próximos los unos de los otros. Es raro que los separen más de cuatro o cinco leguas. Por lo tanto, se podría fácilmente descansar o abastecerse, admitiendo que el impaciente Ahmet les acordase algunas horas de reposo, y sobre todo, que los *duckhans* de las aldeas estuviesen suficientemente abastecidos.

—En marcha —repitió Ahmet después de su tío, que ya se había colocado en la *araba*.

En aquel momento Bruno se aproximó a Van Mitten, y con un tono grave, casi imperioso, dijo:

—¿Y la proposición que debéis hacer al señor Kerabán?

—No he encontrado ocasión —respondió evasivamente Van Mitten—. Por otra parte, no me parece muy dispuesto...

—¿Así es que vamos a ir ahí dentro? —repuso Bruno señalando al *araba*, con un gesto de profundo desdén.

—Sí..., provisionalmente.

—Pero ¿cuándo os decidiréis a pedir ese dinero del que depende nuestra libertad?

—En el próximo pueblo —respondió Van Mitten.

—¿En el próximo pueblo?

—Sí, en Archawa.

Bruno movió la cabeza en señal de desaprobación y se instaló detrás de su amo, en el fondo de la *araba*.

La pesada carreta partió al trote de sus caballos por las pendientes del camino.

El tiempo dejaba bastante que desear. Nubes de peligrosa apariencia se agrupaban en el Oeste. Se apercebían en el horizonte señales ciertas de tempestad. Aquella porción de la costa, azotada de lleno por las corrientes atmosféricas, no debía de ser muy fácil de seguir; pero no se puede dominar al tiempo, y los fieles fatalistas de Mahoma saben cogerlo según viene. Por otra parte, era de temer que el mar Negro no continuase justificando largo tiempo su nombre griego de Ponto Euxino, «el muy hospitalario», sino su nombre turco de *Kara Dequitz*, que es de menos buen augurio.

Felizmente, no era la parte elevada y montañosa del Ayaristán la adoptada para el itinerario. Allí los caminos faltaban en absoluto, y es preciso aventurarse a través de bosques intactos al hacha del leñador. El paso de la *araba* hubiese sido completamente imposible. Pero la costa es mucho más practicable, y el camino jamás falta de un pueblo a otro. Circula entre árboles frutales, bajo las sombras de rosales, castaños, entre zarzales de laurel y rosas de los Alpes, enredados por los inextrincables sarmientos de la vid silvestre.

Por otra parte, si aquel confín del Ayaristán ofrece un paso bastante fácil a los viajeros, no sucede lo mismo en su parte baja. Allí se extienden pantanos pestilenciales; allí reina el tifus en estado endémico desde el mes de agosto hasta el de mayo. Por dicha para Kerabán y los suyos, estaban en setiembre, y su salud no corría peligro. Fatigas, sí; enfermedades, no. Porque si no enfermaban nunca, tampoco descansaban. Y cuando el más terco de los turcos razonaba así, ¿qué podían responderle sus compañeros?

La *araba* se detuvo en Archawa, hacia las nueve de la mañana. Se dispusieron para partir una hora después, sin que Van Mitten hubiese encontrado la ocasión de decir ni una sola palabra de sus proyectos al testarudo Kerabán.

De aquí la pregunta que Bruno hizo a su señor:

—Y bien, señor, ¿está ya hecho...?

—No, Bruno, todavía no.

—Pero, será tiempo de...

—¡En el próximo pueblo!

—¿En el próximo pueblo?

—Sí, en Witse.

Y Bruno, que bajo el punto de vista pecuniario dependía de su amo como su amo de Kerabán, se colocó en la *araba*, no sin disimular esta vez su mal humor.

—¿Qué le sucede a ese hombre? —preguntó Kerabán.

—Nada —respondió Van Mitten, para cambiar la conversación—; algo fatigado tal vez.

—¡Él! —replicó Kerabán—. Pues tiene buen semblante; me parece que engorda.

—¿Yo? —exclamó Bruno.

—Sí, tiene disposiciones para llegar a ser un bello y buen turco, de majestuosa corpulencia.

Van Mitten cogió por el brazo a Bruno que iba a contestar a aquel cumplimiento tan inoportunamente dicho, y Bruno se calló.

Sin embargo, la *araba* se mantenía en buena dirección. Sin los vaivenes que provocaban las violentas sacudidas en el interior, que se traducían por contusiones más desagradables que dolorosas, no hubiera habido por qué quejarse.

El camino no estaba desierto. Algunos ayaristanos le recorrían descendiendo las pendientes de los Alpes Pónticos para las necesidades de su industria o de su comercio. Si Van Mitten hubiese estado menos

preocupado con su interpelación, podría haber anotado en su cuaderno las diferencias de indumentarias que existen entre los caucasianos y los ayaristos. Una especie de gorro frigio, cuyas bandas rodean la cabeza, sustituye el casquete georgiano. Sobre el pecho de aquellos montañeses, grandes, bien formados, de tez blanca, elegantes y esbeltos, se separan las dos cartucheras, dispuestas como los tubos de una flauta de Dios Pan. Un fusil de cañón corto, un puñal de larga hoja fijo en un cinturón bordado de cobre, constituyen su habitual armamento.

Algunos acemileros seguían también el camino conduciendo a las próximas aldeas marítimas las producciones en frutos de todas clases, que se recogen en la zona media.

En suma, si el tiempo hubiese estado más seguro y el cielo menos amenazador, los viajeros no hubieran tenido por qué quejarse del viaje, aun hecho en aquellas condiciones.

A las once de la mañana llegaron a Witse, situada sobre el antiguo Pyxites, cuyo nombre griego Box está suficientemente justificado por la abundancia de aquel vegetal en sus alrededores. Allí almorzaron brevemente, demasiado brevemente para Kerabán, que aquella vez dio un gruñido de mal humor.

Van Mitten no encontró todavía la ocasión favorable para hablarle de su proyecto. Y en el momento de partir, Bruno, llevándolo aparte, le dijo:

—¿Y bien, señor?

—Pues bien, Bruno, en el próximo pueblo.

—¿Cómo?

—¡Sí, en Artachen!

Y Bruno, apurada la paciencia de tal debilidad, se colocó gruñendo en el fondo de la *araba*, mientras su amo echaba una ojeada a aquel romántico paisaje en donde se hallaba toda la limpieza holandesa unida a la belleza italiana.

En Artachen sucedió lo propio que en Witse y en Archawa. Se hizo el relevo a las tres de la tarde: partieron a las cuatro; pero por una seria reclamación de Bruno, que no le permitía temporizar, su señor se dispuso

a hacer su demanda antes de llegar al pueblo de Atina, donde se había convenido que se pasaría la noche.

Faltaban cinco leguas para llegar al pueblo (lo que haría ascender a quince las recorridas aquel día). Verdaderamente no era poco para una sencilla carreta; pero la lluvia, que amenazaba caer, iba a retardarla haciendo el camino menos practicable.

Ahmet veía no sin inquietud el período de mal tiempo acercarse con obstinación. Las nubes plomizas se ensanchaban. La pesada atmósfera hacía difícil la respiración. Verdaderamente, por la tarde o por la noche una tormenta se desharía en mares de agua. Después de los primeros relámpagos, el espacio, profundamente turbado por las descargas eléctricas, sería barrido por borrascosos golpes, y la tormenta no se desencadenaría sin que los vapores se resolviesen en lluvia.

Sólo tres viajeros podían ocupar la *araba*. Ni Ahmet ni Nizib podrían buscar un abrigo bajo su toldo, que por otra parte no resistiría a los asaltos de la tormenta. Así que, tanto para irnos como para otros, era urgente llegar al próximo pueblo.

Dos o tres veces sacó Kerabán la cabeza fuera del toldo y miró al cielo, que se cargaba más de nubes.

—¡Mal tiempo! —dijo.

—Sí, tío —respondió Ahmet—. ¡Si pudiésemos llegar al relevo antes que la tempestad estallase!

—Cuando la lluvia comience a caer te reunirás con nosotros en la carreta.

—¿Y quién me cederá su sitio?

—Bruno —dijo Kerabán—; ese buen hombre llevará tu caballo...

—Cierto —añadió vivamente Van Mitten, que hubiera hecho mal en rehusar... por su fiel servidor.

Pero lo cierto es que no le miró al dar esta respuesta. No se hubiera atrevido. Bruno tenía que contenerse, por lo bien que le defendía su señor.

—Lo mejor es apresurarnos —repuso Ahmet—. Si la tempestad se

desencadena, el todo de la *araba* se mojará hasta no servir de abrigo.

—Apresura los caballos —dijo Kerabán al postillón— y que no escaseen los latigazos.

En efecto, el postillón, que no tenía menos deseos de llegar a Atina, no los escaseaba. Pero los pobres animales, rendidos por la pesadez de la atmósfera, no podían mantenerse al trote sobre un camino no nivelado todavía por el macadam.

¡Cuándo debieron envidiar Kerabán y los suyos al *tchapar*, cuyo equipaje cruzó cerca de la *araba*, hacia las siete de la noche! Era el correo inglés, que todas las semanas transporta a Teherán los despachos de Europa. No empleaba más de doce horas para el trayecto de Trebisonda a la capital de Persia, con los dos o tres caballos que le arrastraban y algunos *zapties* que le escoltan. Pero en los relevos les dan la preferencia antes que a cualquier viajero, y Ahmet debió de temer que al llegar a Atina no encontrasen caballos frescos.

Felizmente, este pensamiento no le ocurrió a Kerabán.

Hubiera tenido una ocasión muy natural de quejarse de nuevo, y la hubiera aprovechado sin duda.

Por otra parte, tal vez buscase esta ocasión. Pues bien, la encontró por fin, en Van Mitten.

El holandés, no pudiendo retroceder ante las promesas hechas a Bruno, se arriesgó por fin, entrando en la cuestión poco a poco. El mal tiempo que amenazaba le pareció ser una excelente excusa para entrar en materia.

—Amigo Kerabán —dijo, primeramente, con el tono de un hombre que en vez de dar un consejo hace una pregunta—, ¿qué pensáis del estado de la atmósfera?

—¿Qué es lo que pienso...?

—Sí... Ya sabéis que estamos en el equinoccio de otoño, y es de temer que nuestro viaje no esté tan favorecido durante su segunda parte como durante la primera.

—Pues bien, estaremos menos favorecidos, he aquí todo —respondió

Kerabán secamente—. No tengo poder suficiente para poder modificar a mi gusto las condiciones atmosféricas. Yo no mando a los elementos, Van Mitten.

—No..., evidentemente —replicó el holandés, sin alterarse—. ¡No es eso lo que quiero decir, mi digno amigo!

—Entonces, ¿qué es lo que queréis decir?

—Que, después de todo, esto tal vez no sea más que un conato de tempestad o una tempestad pasajera...

—Todas las tempestades pasan, Van Mitten; duran más o menos tiempo..., como las discusiones, pero pasan... Y el buen tiempo las sucede..., naturalmente.

—A menos —observó Van Mitten— que la atmósfera esté cargada... Si no estuviésemos en el período del equinoccio...

—Cuando se está en el equinoccio —respondió Kerabán— es necesario resignarse. Yo no puedo hacer que no estemos en el equinoccio... Parece, Van Mitten, que me lo reprocháis...

—¡No...! Os aseguro..., reprocharos... Yo, amigo Kerabán —respondió Van Mitten.

La cosa iba mal, esto era evidente. Tal vez, si Bruno no se hubiese hallado a sus espaldas, en donde escuchaba la conversación, Van Mitten hubiese abandonado aquel peligroso diálogo para reanudarlo más tarde. Pero no había medio de retroceder.

Kerabán, interpeándole de una manera directa, le dijo, frunciendo las cejas:

—¿Qué tenéis, Van Mitten? Creeríase que tenéis algo que decirme...

—¿Yo?

—¡Sí, vos! ¡Veamos! ¡Explicaos francamente! ¡No me gustan las personas que ponen mala cara sin saber por qué!

—¿Yo, poner mala cara?

—¿Tenéis algo que reprocharme? Si os he convidado a comer a Scutari, ¿no os conduzco a Scutari? ¿Tengo la culpa de que hayan roto mi carruaje en esa maldita vía férrea?

¡Oh, sí, tenía la culpa, y nadie más que él! Pero el holandés se guardó bien de decírselo.

—¿Tengo la culpa si el mal tiempo nos amenaza, cuando no tenemos por todo vehículo más que una *araba*? ¡Veamos, hablad!

Van Mitten, turbado, no sabía qué responder. Se contentó, pues, con preguntar a su compañero si contaba quedarse, fuese en Atina o Trebisonda, en el caso en que el mal tiempo hiciese el viaje muy difícil.

—Difícil no quiere decir imposible, ¿no es verdad? —respondió Kerabán—; y como espero llegar a Scutari para el último de este mes, continuaremos nuestro camino, aunque todos los elementos se conjuren contra nosotros.

Van Mitten hizo un esfuerzo para concentrar todo su coraje, y formuló, no sin una evidente vacilación en la voz, su famosa proposición.

—Pues bien, amigo Kerabán —dijo—, si no os contrariara, os pediría para Bruno y para mí el permiso..., sí... el permiso de permanecer en Atina.

—¿Me pedís el permiso de quedaros en Atina...? —respondió Kerabán, recalcando cada sílaba.

—Sí..., el permiso..., la autorización..., porque no quisiera hacer nada sin vuestro permiso..., para... para...

—Para separamos, ¿no es verdad?

—¡Oh!, temporalmente... sólo temporalmente... —añadió Van Mitten—. Estamos muy fatigados Bruno y yo. Preferiríamos volver a Constantinopla..., sí..., por mar...

—¿Por mar?

—Sí..., amigo Kerabán... ¡Oh!, ya sé que no os gusta el mar... No digo esto por contrariaros... Comprendo muy bien que la idea de hacer una travesía os desagrade... Así, encuentro muy natural que continuéis

siguiendo el camino del litoral... Pero el cansancio comienza a rendirme, esta soledad tan penosa..., y..., bien mirado, Bruno adelgaza...

—¡Ah...!, Bruno adelgaza —dijo Kerabán sin volverse siquiera hacia el infortunado servidor, que con mano febril mostraba sus vestidos flotando sobre su adelgazado cuerpo.

—Y éstas son las causas, amigo Kerabán —respondió Van Mitten—, por las que os ruego nos permitáis quedarnos en Atina, desde donde iremos a Europa en condiciones más aceptables. Os lo repito, nos encontraremos en Constantinopla..., o mejor dicho, en Scutari, sí..., en Scutari, y no seré yo quien me haga esperar para el matrimonio de mi joven Ahmet.

Van Mitten había dicho todo lo que quería decir. Esperaba la respuesta de Kerabán. ¿Habría una simple aceptación de aquella propuesta, o bien estallaría el turco en un acceso de cólera?

El holandés bajaba la cabeza sin osar levantar los ojos a su terrible compañero.

—Van Mitten —respondió Kerabán, con tono más tranquilo de lo que se pudiera esperar—, Van Mitten, admitiréis que vuestra proposición debe extrañarme y hasta ser suficiente para provocar...

—Amigo Kerabán... —exclamó Van Mitten, que en las palabras del turco creyó advertir la inminencia de su cólera.

—Dejadme acabar, os lo ruego —dijo Kerabán—. Podéis pensar que no puedo ver esta separación sin un verdadero disgusto. Añado que no esperaba esto de un corresponsal unido a mí por treinta años de negocios...

—¡Kerabán! —dijo Van Mitten.

—¡Eh! ¡Por Alá, dejadme acabar! —exclamó Kerabán, que no pudo contener aquel movimiento tan natural en él—. Pero, después de todo, Van Mitten, sois libre. No sois ni pariente mío, ni mi criado. No sois más que mi amigo, y un amigo puede permitírsele todo, aun romper los lazos de una antigua amistad.

—¡Kerabán..., mi querido Kerabán...! —respondió Van Mitten, vencido por aquel reproche.

—¡Os quedaréis en Atina, si os place quedaros en Atina, o en Trebisonda, si preferís Trebisonda!

Y entonces Kerabán se recostó en su rincón como hombre que no tiene a su lado más que personas Indiferentes y extrañas, a quienes solamente la casualidad ha hecho compañeras de viaje.

En suma, si Bruno estaba encantado de la dirección que habían tomado las cosas, Van Mitten dejaba de estar muy incomodado después de haber proporcionado aquel disgusto a su amigo. Pero, en fin, había logrado su objeto, aunque por un momento le ocurrió la idea de retirar su proposición. Por otra parte, Bruno estaba allí.

Quedaba por resolver la cuestión del dinero, es decir, el préstamo que tenía que solicitar, bien fuese para permanecer durante algún tiempo en el país, o bien para continuar el viaje en otras condiciones. No podía haber dificultad: la importante cantidad que pertenecía a Van Mitten por su casa de Rotterdam iba a ser depositada en breve en el Banco de Constantinopla, y, por lo tanto Kerabán se reembolsaría de la suma prestada por medio de un cheque que el holandés le extendería.

—Amigo Kerabán —dijo Van Mitten, después de algunos minutos de silencio no interrumpido por nadie.

—¿Qué más tenéis que decirme, señor? —preguntó Kerabán, como si contestase a algún importuno.

—En llegando a Atina... —repuso Van Mitten, a quien la palabra «señor» había llegado al corazón.

—Pues bien, en llegando a Atina —respondió Kerabán— nos separaremos... ¡Está convenido!

—¡Sí, sin duda..., Kerabán!

¡Verdaderamente, no osó decir: amigo Kerabán!

—Sí..., sin duda... Pero antes tengo que rogaros que me prestéis algún dinero...

—¡Dinero! ¿Qué dinero...?

—Una pequeña suma... que os devolveré... en Constantinopla...

—¿Una pequeña suma?

—Ya sabéis que he partido casi sin dinero... y como os habéis encargado generosamente de los gastos de viaje...

—Esos gastos me corresponden.

—¡Sea...! No quiero discutir...

—¡No os hubiera dejado gastar ni una sola libra —respondió Kerabán—; ni una!

—Os estoy muy reconocido —respondió Van Mitten—; pero hoy no me queda ni un solo para, y me veo obligado...

—No tengo dinero que prestaros —respondió secamente Kerabán—. ¡No me queda más que lo suficiente para concluir nuestro viaje!

—Sin embargo..., me daréis...

—¡Nada, os he dicho!

—¿Cómo...? —dijo Bruno.

—¡Incluso Bruno se permite hablar...! —dijo Kerabán con un tono lleno de amenazas.

—Sin duda —replicó Bruno.

—Cállate, Bruno —dijo Van Mitten, que no quería que aquella intervención de su sirviente pudiese estropear la cuestión. Bruno se calló.

—Mi querido Kerabán —repuso Van Mitten—; después de todo, no se trata más que de una suma relativamente pequeña que me permitirá residir algunos días en Trebisonda.

—¡Pequeña o no, señor —dijo Kerabán—, no aguardéis nada de mi!

—¡Mil piastras serán suficientes...!

—¡Ni mil, ni ciento, ni diez, ni una! —respondió Kerabán, que comenzaba a encolerizarse.

—¿Qué? ¿Nada?

—¡Nada!

—Pero, entonces...

—Entonces no os resta más que continuar el viaje con nosotros, señor Van Mitten. No os faltará nada. Pero en cuanto a prestaros unas piastras, un para, medio para, y permitiros pasear a vuestro gusto... jamás.

—¿Jamás...?

—¡Jamás!

El modo con que aquel «jamás» fue pronunciado, era lo bastante para que comprendiesen Van Mitten y aún Bruno que la resolución del testarudo era irrevocable. Cuando decía no, ¡eran diez veces no!

Van Mitten quedó particularmente herido por aquella negativa de Kerabán. En cuanto a Bruno, estaba abrumado. ¿Verse obligado a viajar en aquellas condiciones y tal vez en peores todavía? Sería necesario proseguir aquel absurdo camino, aquel insensato itinerario, en carro, a caballo, a pie... ¡Quién sabe!

¡Y todo esto por conveniencia de un testarudo osmanlí, ante el que temblaba su señor! Sería necesario perder, en fin, lo poco que le quedaba de vientre, mientras Kerabán, a despecho de las contrariedades y fatigas, continuaría en una redondez majestuosa!

Sí, pero ¿qué hacer? Así es que Bruno, no teniendo otro recurso que gruñir, se puso a hacerlo en un rincón. Por un momento pensó en quedarse solo y abandonar a Van Mitten a todas las consecuencias de semejante tiranía. Mas la cuestión del dinero se anteponía a él, como se había antepuesto a su señor, quien no tenía ni aún para pagar sus gastos. Por lo tanto, ¡era necesario seguirle!

Durante aquellas discusiones, la *araba* caminaba penosamente. El cielo, horriblemente cargado, parecía confundirse con el mar. Los ensordecedores bramidos de la resaca indicaban que el mar se iba

alborotando. En el horizonte, el viento soplaba ya tempestuosamente.

El postillón apresuraba los caballos. Los pobres animales andaban penosamente. Ahmet les excitaba por su parte, tanto deseo tenía de llegar a Atina; pero no cabía la menor duda de que les alcanzase la tempestad.

Kerabán, con los ojos cerrados, no hablaba ni una palabra. Aquel silencio no le gustaba a Van Mitten, que hubiese preferido alguna barbaridad de su antiguo amigo. Sentía todo el rencor que éste debía guardar contra él. ¡Y si alguna vez estallaba, sería horrible! Así es que Van Mitten no se calló, y aproximándose a la oreja de Kerabán, de modo que Bruno no le oyese, dijo:

—Amigo Kerabán...

—¿Qué hay? —preguntó Kerabán.

—¿Cómo he podido ceder a la idea de abandonaros ni por un momento? —repuso Van Mitten.

—Sí... ¿Cómo?

—¡Verdaderamente, no lo comprendo!

—¡Ni yo! —respondió Kerabán.

Esto fue todo; mas la mano de Van Mitten buscaba la de Kerabán, que acogió aquel arrepentimiento con un buen apretón de manos, del que los dedos del holandés debían llevar largo tiempo la señal.

Eran entonces las nueve de la noche. Ésta se iba haciendo muy sombría. La tempestad acababa de estallar con extrema violencia. La borrasca llegaba a ser tan fuerte, que muchas veces se temió que la *araba* fuese arrastrada a la costa. Los caballos, aterrorizados, se detenían a cada momento, se encabritaban, retrocedían, y el postillón no podía sujetarlos fácilmente.

¿Qué sucedería en aquellas circunstancias? No podían detenerse, sin ningún abrigo, en aquel derrumbadero, azotado por los vientos del Oeste. Faltaba todavía media hora para llegar a Atina.

Ahmet, muy inquieto, no sabía qué partido tomar, cuando al doblar un

recodo del camino un vivo resplandor apareció, como a un tiro de fusil. Era la luz del faro de Atina, construido sobre un precipicio, antes del pueblo, y que proyectaba una luz bastante intensa en medio de la oscuridad.

Ahmet tuvo la idea de pedir para aquella noche hospitalidad a los guardianes, que debían estar en su puesto.

Llamó a la puerta de la caseta construida al pie del faro.

Algunos instantes después Kerabán y sus compañeros no hubieran podido resistir a los ataques de la tempestad.

Capítulo III

EN EL QUE BRUNO HACE A SU CAMARADA NIZIB UNA MALA JUGADA, QUE EL LECTOR PERDONARÁ

Una casa de madera dividida en dos habitaciones con ventanas que daban al mar, una torre también de madera, alta como de sesenta pies, soportando un aparato de catóptrica, es decir, una linterna de reflectores, tal era el faro de Atina y sus dependencias. Nada más rudimentario.

Pero, tal como era, esta luz prestaba grandes servicios a la navegación en medio de aquellos parajes. Su construcción no databa más que de algunos años. Así, antes que los peligrosos pasos del pequeño puerto de Atina que se extiende más al Oeste se abriesen, ¡cuántas embarcaciones habían fondeado en aquella especie de saco del continente asiático! Bajo el impulso de las brisas del Norte y del Oeste, un barco de vapor apenas puede navegar, a pesar de los esfuerzos de la máquina.

Dos guardianes se instalaron continuamente en la caseta de madera construida al pie del faro: su primera habitación les servía de sala común; una segunda contenía los dos catres, que no ocupaban jamás los dos, estando uno de ellos de guardia cada noche, tanto para el cuidado de la luz como para el servicio de señales, cuando alguna embarcación se aventuraba sin piloto en los pasos de Atina.

A los golpes de fuera, la puerta de la caseta se abrió. Kerabán, bajo el violento impulso del huracán (¡él mismo era el huracán!), entró precipitadamente, seguido de Ahmet, de Van Mitten, de Bruno y Nizib.

—¿Qué queréis? —dijo uno de los guardas, al que se reunió su compañero, despertado por el ruido.

—Hospitalidad por esta noche —respondió Ahmet.

—¿Hospitalidad? —repuso el guarda—. Si no es más que un abrigo lo que buscáis, esta casa está abierta.

—Un abrigo, para aguardar el día —respondió Kerabán—, algo con que aplacar nuestro apetito.

—Sea —dijo el guarda—; pero mejor hubierais estado en cualquier posada de Atina.

—¿A qué distancia se halla ese pueblo? —preguntó Van Mitten.

—A media legua de aquí —respondió el guarda.

—¡Andar media legua con este horrible tiempo! —exclamó Kerabán—. ¡No, mis bravos compañeros, no...! ¡He aquí bancos sobre los que podremos pasar la noche...! Si nuestra *araba* y nuestros caballos pueden abrigarse detrás de vuestra caseta, será todo lo que nos hace falta... Mañana, cuando sea de día, iremos a Atina, y que Alá nos ayude para encontrar algún vehículo más conveniente...

—Más rápido, sobre todo —añadió Ahmet.

—Y menos rudo —murmuró Bruno entre dientes.

—... Que esta *araba*, de la que no podemos hablar mal —replicó Kerabán, que arrojó una severa mirada al rencoroso sirviente de Van Mitten.

—Señor —repuso el guarda—, os repito que nuestras habitaciones están a vuestra disposición. ¡Cuántos viajeros han buscado asilo contra el tiempo, y se han contentado...!

—Por eso nosotros sabemos contentarnos también —respondió Kerabán.

Y dicho esto los viajeros tomaron precauciones para pasar la noche en aquella caseta. En todo caso, no podían menos de felicitarse por haber encontrado semejante refugio, que por poco comfortable que fuese les guarnecería del viento y la lluvia.

Es muy bueno dormir, cuando al sueño precede una comida por poco comfortable que sea.

Naturalmente, Bruno fue quien hizo esta observación, recordando que las provisiones de la *araba* se habían concluido.

—Vamos a ver —preguntó Kerabán—, ¿qué tenéis que ofrecernos, mis bravos guardianes, pagando, se entiende?

—Bueno o malo —respondió uno de los guardas—, tenemos todo lo que hay, y todas las piastras del tesoro imperial no os harían encontrar aquí otra cosa que lo poco que nos queda de las provisiones del faro.

—Será suficiente —respondió Ahmet.

—¡Sí! ¡Habrás bastante! —murmuró Bruno, cuyos dientes se alargaban al pensar en una verdadera comida.

—Pasad a la otra habitación —respondió el guarda—. Lo que hay sobre la mesa está a vuestra disposición.

—Y Bruno nos servirá —respondió Kerabán—, mientras Nizib irá a ayudar al postillón a refugiar lo mejor posible de la lluvia y el viento a nuestra *araba* y sus caballos.

A una señal de su amo, Nizib salió de allí a disponerlo todo lo mejor posible.

Al mismo tiempo, Kerabán, Van Mitten y Ahmet, seguidos de Bruno, entraban en la segunda habitación y se colocaban delante de un hogar, con madera ardiendo, cerca de una pequeña mesa. Allí, en toscos platos, se encontraban algunos restos de carne, a los que hicieron honor nuestros viajeros. Bruno los miraba comer tan ávidamente, que parecía pensar que comían demasiado.

—Pero, no hay que olvidar a Bruno y a Nizib —dijo Van Mitten después de un cuarto de hora de un trabajo de masticación, que al servidor del holandés le parecía interminable.

—Cierto —respondió Kerabán—; no hay razón para que se mueran de hambre más que sus amos.

—En realidad, es un buen hombre —murmuró Bruno.

—No es necesario tratarlos como a los cosacos —añadió Kerabán—. ¡Ah!, ¡los cosacos...! Ahorcaría a un centenar.

—¡Oh! —dijo Van Mitten.

—Ahorcaría a mil, a diez mil, a cien mil —añadió Kerabán, sacudiendo a su amigo con vigorosa mano—. Mas la noche avanza. Vamos a dormir.

—Sí, será mejor —respondió Van Mitten, que con aquel intempestivo «¡oh!» hubiera preferido provocar a una gran parte de las tribus nómadas del Imperio moscovita.

Kerabán, Van Mitten y Ahmet volvieron a la primera habitación en el momento en que Nizib se reunía a Bruno para comer con él. Allí envueltos en sus mantas, echados sobre los bancos, los tres buscaron en el sueño el descanso de aquella tempestuosa noche. Pero les sería difícil, sin duda, dormir en aquellas condiciones.

Sin embargo, Bruno y Nizib, sentados a la mesa uno delante del otro, se disponían a terminar concienzudamente con lo que quedaba en los platos y en el fondo de las cazuelas. (Bruno siempre muy dominante con Nizib, y Nizib muy deferente con Bruno).

—Nizib —dijo Bruno—, por mi parte creo que cuando los señores han comido los sirvientes tienen derecho a comerse las sobras.

—Bruno, ¿tenéis siempre hambre? —preguntó Nizib.

—Yo, siempre, Nizib, sobre todo cuando hace doce horas que no he probado bocado.

—¡No lo parece!

—¡No lo parece...! ¡Pero no veis, Nizib, que he adelgazado lo menos diez libras desde hace ocho días! Con mi traje, que me ha llegado a estar muy holgado, podría vestirse un hombre dos veces más grueso que yo.

—¡Verdaderamente, es muy singular lo que os pasa, señor Bruno! ¡Yo, por el contrario, engordo con este régimen!

—¡Ah, conque engordas...! —murmuró Bruno, que miró a su compañero de reojo.

—Veamos lo que hay en ese plato —dijo Nizib.

—¡Hum! —dijo Bruno—. No queda gran cosa... ¡Y cuando apenas hay

para uno, es seguro que no hay para dos!

—¡En viaje es necesario saber contentarse con lo que se encuentra, señor Bruno!

—¡Ah, te haces el filósofo! —se dijo Bruno—. ¡Ah, te permites engordar...!

Y atrayendo hacia sí el plato de Nizib, dijo:

—¡Eh!, ¿qué diablos os habéis servido?

—No sé, pero se parece mucho a un pedazo de carnero —respondió Nizib, que volvió a coger su plato.

—¿Carnero...? —exclamó Bruno—. ¡Eh, Nizib, tened cuidado...! ¡Creo que os equivocáis!

—Lo veremos —dijo Nizib, llevándose a la boca un pedazo que acababa de coger con el tenedor.

—¡No, no...! —respondió Bruno cogiéndole de la mano—. ¡No os apresuréis! ¡Por Mahoma, como vos decís, me temo que esto sea carne de un animal inmundo!

—¿Creéis eso, señor Bruno?

—Permitidme asegurarme, Nizib.

Y Bruno hizo pasar a su plato el pedazo de carne escogido por Nizib; después, bajo pretexto de probarlo, le hizo desaparecer en algunos bocados.

—¿Y bien? —preguntó Nizib, no sin cierta inquietud.

—Pues bien —respondió Bruno—, ¡no me engañaba...! ¡Es cerdo...! ¡Horror! ¡Ibais a comer cerdo!

—¿Cerdo? —exclamó Nizib—. ¿Está prohibido...?

—Absolutamente.

—Pero, me había parecido...

—¡Qué diablo, Nizib! ¡Os podéis fiar completamente de un hombre que conoce eso mejor que vos!

—¡Entonces, señor Bruno...!

—Entonces, en vuestro lugar, me contentaría con ese pedazo de queso de cabra.

—¡Está seco! —respondió Nizib.

—¡Sí..., pero tiene un excelente sabor!

Y Bruno colocó el queso delante de su camarada. Nizib comenzó a comer, no sin hacer aspavientos, mientras el otro acababa a grandes bocados el manjar más sustancial, impropriadamente calificado por él, de cerdo.

—A vuestra salud, Nizib —dijo, sirviéndose un vaso lleno del contenido de una vasija.

—¿Qué bebida es ésa? —preguntó Nizib.

—¡Hum...! —dijo Bruno—. Me parece...

—¿Qué? —dijo Nizib tendiendo su vaso.

—Que hay un poco de aguardiente ahí dentro... —respondió Bruno—, y un buen musulmán no puede permitirse...

—Sin embargo, yo no puedo comer sin beber.

—¡Sin beber... no! ¡He aquí en esta vasija agua fresca, con la que os tendréis que contentar, Nizib! ¡Sois felices vosotros los turcos, de estar tan acostumbrados a tan saludable bebida!

Y mientras Nizib bebía:

—Engorda —murmuraba Bruno—, engorda, mucho... engorda...

Pero he aquí que Nizib, al volver la cabeza, percibió otro plato situado sobre la chimenea, y en el que quedaba todavía un pedazo un carne de apetitoso temblante.

—¡Ah! —exclamó Nizib—, veo algo para comer...

—Sí..., esta vez, Nizib —respondió Bruno—, nos lo vamos a repartir como buenos compañeros... Verdaderamente no merece la pena que comáis ese queso le cabra.

—¡Esto debe de ser camero, señor Bruno!

—Así lo creo, Nizib.

Y Bruno, atrayendo el plato hacia sí, comenzó a cortar el pedazo, al que Nizib devoraba con los ojos.

—¡Y bien! —dijo.

—Sí..., carnero —respondió Bruno—; debe de ser carnero... ¡Por otra parte, hemos encontrado tantos rebaños de esos interesantes cuadrúpedos en nuestro camino...! ¡Es de creer que no haya más que cameros en este país!

—¿Y bien...? —dijo Nizib tendiendo ansiosamente su plato.

—¡Aguardad..., Nizib..., aguardad...! En interés vuestro, vale más que me asegure... Comprenderéis que aquí..., a algunas leguas solamente de la frontera..., pueden seguirse las costumbres rusas... ¡Y los rusos..., es necesario desconfiar!

—Os repito, señor Bruno, que esta vez no hay error posible.

—No... —respondió Bruno, que acababa de probar el nuevo manjar—; es carnero, y, sin embargo...

—¿Eh...? —dijo Nizib.

—Se diría... —respondió Bruno, comiéndose bocado tras bocado los trozos que había puesto en su plato.

—¡No tan de prisa, señor Bruno!

—¡Hum...! ¡Sí, es camero...! ¡Y, sin embargo, tiene un sabor tan especial!

—¡Ah..., yo lo sabré...! —exclamó Nizib, que a pesar de su calma comenzaba a picarse.

—¡Tened cuidado, Nizib, tened cuidado!

Y al decir esto, Bruno hacía desaparecer precipitadamente los últimos trozos de carne.

—Finalmente, ¿qué, señor Bruno?

—Nizib..., finalmente..., me he cerciorado... ¡Tenéis razón esta vez!

—¿Era camero?

—¡Verdadero camero!

—¡El que vos habéis devorado...!

—¿Devorado, Nizib...? ¡Ah! He aquí una palabra que yo no podría admitir... ¿Devorado...? ¡No...! ¡Lo he probado solamente!

—¡Y yo he hecho una bonita comida! —replicó Nizib con tono algo burlón—. Me parece, señor Bruno, que bien me hubierais podido dejar mi parte y no comerlo todo, para aseguraros si era...

—Carnero, en efecto, Nizib. Mi conciencia me obliga...

—¡Decid vuestro estómago!

—¡A reconocerlo...! ¡Después de todo, no hay por qué incomodarse, Nizib!

—¡Sí, señor Bruno, sí lo hay!

—¡No hubierais podido comer eso!

—¿Y por qué?

—Porque ese carnero estaba mechado con tocino, Nizib, ¿entendéis bien...? Mechado con tocino... ¡Y ese tocino no es ortodoxo!

Entonces Bruno se levantó de la mesa frotando su estómago como hombre que ha comido bien; después entró en la sala seguido del desconfiado Nizib.

Kerabán, Ahmet y Van Mitten, echados sobre los bancos de madera, no habían podido todavía conciliar el sueño. La tempestad redoblaba

entonces. Las paredes de madera crujían bajo sus rudos golpes. Podía temerse que el faro quedara destruido totalmente. El viento sacudía la puerta y las ventanas, tanto, que fue necesario atarlas sólidamente. Pero según las sacudidas de la torre, cuya base estaba empotrada en el suelo, se suponía que la violencia de la borrasca se hallaba a cincuenta pies sobre el techo. ¿Resistiría el faro a aquella impetuosidad, continuaría la luz alumbrando los pasos de Atina, en donde el mar debía de estar embravecido? Eran entonces las once y media de la noche.

—¡No es posible dormir aquí! —dijo Kerabán, que se levantó y recorrió pausadamente la habitación.

—No —respondió Ahmet—, y si la furia del huracán aumenta todavía hay que temer por esta casa. Creo que no será malo prepararse a todo lo que pueda acontecer.

—¿Dormís, Van Mitten? ¿Podéis dormir? —preguntó Kerabán.

Y fue a despertar a su amigo.

—Dormitaba —respondió Van Mitten.

—¡He aquí lo que pueden las naturalezas sosegadas! ¡Aquí, en donde nadie podría recobrar un instante de reposo, un holandés encuentra un momento para dormir!

—¡Jamás he visto noche semejante! —dijo uno de los guardas—. El viento redobla su velocidad ¡y quién sabe si mañana las rocas de Atina no estarán cubiertas de restos de algún naufragio!

—¿Es que hay algún buque a la vista? —preguntó Ahmet.

—No... —respondió el guarda—; por lo menos antes de ponerse el sol. Cuando subí al faro para encender la luz, no percibí nada en el horizonte. Felizmente, porque los pasos de Atina son malos, y aún con esta luz que los alumbraba hasta cinco millas del puerto, es difícil pasarlos.

En aquel momento una ráfaga de aire abrió violentamente la puerta.

Pero Kerabán se había precipitado hacia la puerta, la había detenido, por decirlo así, había luchado contra el viento, y llegó a cerrarla con la ayuda del guarda.

—¡Qué testaruda! —exclamó—. ¡Pero yo lo he sido más que ella!

—¡Qué terrible tempestad! —exclamó Ahmet.

—¡Terrible, en efecto! —respondió Van Mitten—; una tempestad casi comparable a las que azotan nuestras costas de Holanda, después de haber atravesado el Atlántico.

—¡Oh! —dijo Kerabán—, casi comparable.

—¿Qué pensáis, amigo Kerabán? Son tempestades que vienen de América a través de todo el Océano.

—¿Puede compararse el furor del Océano, Van Mitten, al del mar Negro?

—Amigo Kerabán, no quisiera contrariaros, pero verdaderamente...

—¡Verdaderamente, buscáis contrariarme! —respondió Kerabán, que no estaba de muy buen humor.

—¡No...! Digo solamente...

—¿Decís?

—Que comparado con el Océano, con el Atlántico, el mar Negro, propiamente hablando, no es más que un lago.

—¡Un lago! —exclamó Kerabán, alzando la cabeza—. Por Alá, ¡me parece que habéis dicho un lago!

—¡Un vasto lago, si queréis...! —respondió Van Mitten, tratando de modificar sus expresiones—; un inmenso lago... ¡Pero un lago!

—¿Por qué no un estanque?

—¡No he dicho un estanque!

—¿Por qué no un charco?

—¡No he dicho un charco!

—¿Por qué no una jofaina?

—¡Tampoco he dicho una jofaina!

—¡No, Van Mitten, pero lo habéis pensado!

—Os aseguro...

—¡Pues bien, sea, una jofaina...! ¡Pero si algún cataclismo arrojase a vuestra Holanda en esta jofaina, vuestra Holanda se anegaría completamente...! ¡Sí, en una jofaina!

Y repitiendo esta palabra empezó a pasearse por la habitación.

—¡Estoy seguro de no haber dicho jofaina! —murmuraba Van Mitten, completamente aturdido—. Creedlo, mi joven amigo —añadió, dirigiéndose a Ahmet—; esa expresión no se me ha ocurrido siquiera. El Atlántico...

—¡Bueno, señor Van Mitten! —respondió Ahmet—; pero ahora no es tiempo de discutir eso.

—¡Jofaina...! —repetía entre dientes el terco Kerabán.

Se detenía para mirar cara a cara a su amigo, que no osaba tomar la defensa por Holanda, a la que Kerabán amenazaba sepultar bajo las olas del Ponto Euxino.

Durante un hora, la intensidad de la tormenta no hizo más que aumentar. Los guardas, muy inquietos, salían de vez en cuando por la parte de atrás de la caseta para cuidar de la torre de madera, al extremo de la cual oscilaba la linterna. Los huéspedes, rendidos de cansancio, se habían colocado sobre los bancos de la habitación y buscaban un rato de descanso tratando de dormir.

De repente, hacia las dos de la mañana, señores y criados fueron sacados violentamente de su sueño. Las ventanas, cuyos postigos habían sido arrancados, acababan de volar en pedazos. Esta ascensión no podía por menos de ser peligrosa.

A continuación, tras un breve silencio, un cañonazo se oyó en lontananza.

Capítulo IV

EN EL CUAL TODO SUCEDE ENTRE EL RESPLANDOR DEL RAYO Y EL FULGOR DE LOS RELÁMPAGOS

Todos se habían levantado, y acercándose precipitadamente a las ventanas, miraban al mar, cuyas olas, pulverizadas por el viento, atacaban con una violenta lluvia la caseta del faro. La oscuridad era profunda, y hubiese sido imposible ver nada, ni aun a algunos pasos, si grandes relámpagos no hubiesen iluminado el espacio.

Durante uno de estos relámpagos, Ahmet señaló un punto que se movía, y que aparecía y desaparecía en el horizonte.

—¿Una embarcación? —exclamó.

—Y si es una embarcación, ¿habrá disparado el cañonazo? —añadió Kerabán.

—Voy a subir al faro —dijo uno de los guardas, dirigiéndose hacia la escalera interior, situada en un ángulo de la habitación.

—Os acompaño —respondió Ahmet.

Mientras tanto, Kerabán, Van Mitten, Bruno, Nizib y el segundo guarda, a pesar de la borrasca, se situaban al lado de las ventanas rotas. Ahmet y su compañero subieron prontamente al nivel del techo, a la plataforma que servía de base a la torre. Desde allí, entre las vigas y los travesaños, se destacaba una escalera al descubierto, cuyos peldaños se adaptaban a la parte superior del faro, soportando el aparato de iluminación.

La tormenta era tan violenta, que esta ascensión no podía por menos de ser peligrosa. Los sólidos montantes de la torre oscilaban por su base. Por instantes, Ahmet se sentía tan pegado al pasamanos de la escalera, que temía arrancarlo: pero aprovechando algunos instantes de calma, subía dos o tres peldaños a la vez, y, siguiendo al guarda, no menos

embarazado que él, pudo llegar a la galería superior.

Desde allí, ¡qué espectáculo tan conmovedor! Un mar embravecido estrellándose contra las rocas en monstruosas olas; montañas de agua chocando entre sí violentamente, y cuyas aristas se dibujaban en crestas blanquecinas a pesar de la difusa luz que las iluminaba; un cielo negro cargado de bajas nubes, corriendo éstas con gran velocidad, y descubriendo a veces otras masas de vapores más elevadas, más densas, de las que se escapaban algunos de esos lívidos relámpagos, iluminación silenciosa y pálida, reflejos tal vez de lejanas tempestades.

Ahmet y el guarda se habían asido al punto de apoyo de la galería superior. Colocados a derecha e izquierda de la plataforma, miraban, buscando, ya fuese el punto móvil ya entrevisto, ya el resplandor de un cañonazo que señalase el sitio en que se hallaba.

Por otra parte, no hablaban porque no hubieran podido entenderse, pero bajo sus ojos se desarrollaba un amplio espacio. La luz de la linterna encerrada en el reflector que le servía de pantalla, no podía engañarles, y ante ellos proyectaba su haz luminoso en un radio de muchas millas.

Sin embargo, ¿no era de temer que la linterna se apagase bruscamente? Por momentos, una ráfaga llegaba hasta la llama, que se extinguía hasta el punto de perder toda su claridad. Al mismo tiempo, aves marinas, enloquecidas por la tempestad, acababan de precipitarse sobre el aparato, semejándose a enormes insectos atraídos por una lámpara, y se rompían la cabeza contra el enrejado de hierro que la protegía. Eran otros tantos ensordecedores gritos añadidos al rugido de la tormenta. El viento se había desencadenado de tal manera, que la parte superior de la torre sufría espantosas oscilaciones. Esto no debe sorprender, pues las torres de mampostería de los faros europeos experimentan tales sacudidas, que las pesas de los relojes se desordenan y no funcionan. Por lo tanto, con más razón los edificios de madera, cuya armadura no puede tener la rigidez de una construcción de piedra. Allí, en aquel sitio, Kerabán, al que las olas del Bósforo eran suficientes para marearle, hubiese tenido un mareo horroroso.

Ahmet y el guarda buscaban en medio de un claro el punto que habían entrevisto. Pero, o aquel punto había desaparecido, o los relámpagos no iluminaban el sitio que ocupaba. Si era una embarcación, nada tenía de particular que hubiese zozobrado bajo los golpes del huracán. De pronto,

la mano de Ahmet se extendió hacia el horizonte. Su mirada no podía engañarle. Un espantoso meteoro acababa de dirigirse desde la superficie de las nubes hasta la del mar.

Dos columnas, de forma vesicular, gaseosas por la parte superior, líquidas por la inferior, se confundían en una punta cónica, animadas por un movimiento giratorio de extremada velocidad, presentando una vasta concavidad exteriormente, que se hundía haciendo remolinos en el agua. Durante los instantes de calma se oía un agudo silbido de tal intensidad que debía propagarse a gran distancia. Rápidos relámpagos en zigzag surcaban el enorme penacho de aquellas dos columnas que se perdían en las nubes.

Eran dos trombas marinas, y no tiene nada de particular el asustarse a la aparición de aquellos fenómenos, cuya causa no se ha determinado todavía.

Instantáneamente, a poca distancia de una de las trombas se oyó una sorda detonación, precedida de un vivo resplandor.

—¡Un cañonazo! —exclamó Ahmet extendiendo la mano en la dirección observada.

El guarda había concentrado sobre aquel punto todo el poder de su mirada.

—¡Sí...! ¡Allí..., allí...! —dijo.

Y, a la luz de un relámpago, Ahmet acababa de percibir una embarcación de mediano tonelaje que luchaba contra la tempestad.

Era un barco desmantelado, con su gran antena destrozada.

Sin ningún medio para poder resistir, derivaba irremisiblemente hacia la costa. Con las rocas de ésta, con la proximidad de aquellas dos trombas que se dirigían hacia él, era imposible que pudiese escapar de su perdición: o naufragando, o rompiéndose en pedazos: esto no era cuestión más que de algunos instantes.

Y, sin embargo, resistía. Tal vez, si escapaba a la atracción de aquellas trombas, ¿encontraría alguna corriente que le condujera al puerto? Con aquel viento, aun a palo seco, ¿sabría tal vez dar en el canal, en donde la luz del faro le indicaría la dirección? Era una última aventura. Así es que el

barco trató de luchar con el más próximo de aquellos meteoros que amenazaba atraerle a aquel torbellino. De ahí el disparar aquellos cañonazos, que si no eran de destreza eran de defensa.

Era necesario romper aquella columna acribillándola de proyectiles. Lo conseguían, pero de una manera incompleta. Una bala atravesó la tromba hacia la tercera parte de su altura; los dos segmentos se separaron, flotando en el espacio como dos trozos de algún fantástico animal; después se reunieron y volvieron a tomar su movimiento giratorio aspirando el aire y el agua por su paso.

Eran entonces las tres de la mañana. El barco derivaba siempre hacia la extremidad del canal.

En aquel momento sopló un violento huracán que movió la torre hasta su base. Ahmet y el guarda temieron que fuese arrancada del suelo. Las vigas crujían amenazando salirse de los travesaños que las unían. Fue necesario volver a bajar lo más pronto posible y buscar abrigo en la caseta.

Esto fue lo que hicieron Ahmet y su compañero. Y no sin bastante trabajo, pues la escalera se combaba bajo sus pies. Lo lograron, sin embargo, y aparecieron en los primeros escalones que daban acceso al interior de la habitación.

—¿Y bien? —preguntó Kerabán.

—Es un barco —respondió Ahmet.

—¿Perdido?

—Sí —repuso el guarda—, a menos que no dé directamente en el canal de Atina.

—¿Puede conseguirlo...?

—Puede, si su capitán conociese ese canal iluminado por el faro.

—¿No se puede hacer nada para guiarle..., para socorrerle? —preguntó Kerabán.

—¡Nada!

Instantáneamente, un inmenso relámpago iluminó toda la caseta. El rayo estalló. Kerabán y sus compañeros se quedaron como paralizados por la conmoción eléctrica.

Al mismo tiempo, un ruido espantoso se dejaba oír. Una pesada masa se abatió sobre el techo, que se descuajó, y el huracán, precipitándose por aquella gran abertura, invadió el interior de la habitación, cuyos muros de madera se derrumbaban.

Por un milagro providencial ninguno de los que se encontraban allí resultó herido. El techo arrancado habíase, por decirlo así, deslizado a la derecha, mientras que ellos estaban agrupados en el ángulo izquierdo, cerca de la puerta.

—¡Fuera! ¡Fuera! —exclamó uno de los guardas lanzándose sobre las rocas de la playa.

Todos le imitaron, y allí reconocieron la causa de aquella catástrofe.

El faro, alcanzado por una descarga eléctrica, se había roto por base. En seguida se había producido el hundimiento de la parte superior de la torre, que en su caída había destrozado el techo de la habitación. Después, en un solo momento, el huracán acabó la demolición de la caseta.

¡Ni una sola luz para iluminar el canal del puertecillo de refugio! Si el barco escapaba del naufragio con que le amenazaban las trombas, nada podría evitarle encallar en los arrecifes.

Se le veía entonces irremisiblemente tumbado, mientras las columnas de aire y agua se arremolinaban a su alrededor.

Apenas medio cable le separaba de una enorme roca que sobresalía cincuenta pies o más de la punta Noroeste. Evidentemente, allí era donde el pequeño barco iría a estrellarse, a perecer.

Kerabán y sus compañeros iban y venían por la playa, miraban con horror aquel conmovedor espectáculo, dispuestos a socorrer al barco en peligro, pudiendo ellos apenas resistir a la violencia del huracán desencadenado que les cubría de barro en el que la arena se mezclaba con el agua de mar.

Algunos pescadores del puerto de Atina se habían reunido, sin duda para disputarse los restos de aquel barco, que la resaca hubiera bien pronto

arrojado sobre las rocas. Pero Kerabán, Ahmet y sus compañeros no pensaban lo mismo. Querían hacer todo lo posible para ayudar a los naufragos. Querían más todavía; indicar en lo posible la dirección del canal. ¿No podía ser conducido por alguna corriente, evitando los escollos de derecha e izquierda?

—¡Antorchas..., antorchas! —exclamó Kerabán.

En seguida, algunas ramas resinosas, arrancadas de un bosquecillo de pinos marítimos, reunidas a un costado de la destruida caseta, se encendieron y ésta fue la luz fuliginosa que remplazó, bien o mal, al apagado fuego del faro.

Sin embargo, el barco derivaba todavía. A través de las estrías de los relámpagos, se veía a su tripulación maniobrar. El capitán trataba de izar una vela sin envergar, a fin de dirigirse hacia la luz de la playa; pero, apenas izada, la vela se desrelingó bajo la violencia del huracán, y pedazos de tela volaron hasta las rocas pasando como una bandada de petreles, que non las aves de las tempestades.

El casco del barco se elevaba a veces a una altura prodigiosa y volvía a caer en un inmenso abismo en donde hubiera naufragado si hubiera tenido por fondo alguna roca submarina.

—¡Desgraciados! —exclamaba Kerabán—. Amigos míos, ¿no podemos hacer nada para salvarlos?

—¡Nada! —respondieron los pescadores.

—¡Nada..., nada...! ¡Pues bien, mil piastras..., diez mil piastras... cien mil... a quien los socorra!

Pero las generosas ofertas no podían aceptarse. Era imposible arrojar en medio de aquella furiosa mar para establecer una estacha entre el barco y la extremidad del canalizo. Tal vez, con uno de esos nuevos inventos, esos cañones porta-amarras, se hubiese podido arrojar un cable; pero esos cañones faltaban, y el pequeño puerto de Atina no poseía ni un bote de salvamento.

—No podemos dejarlos perecer —repetía Kerabán, que no podía contenerse a la vista de aquel espectáculo.

Ahmet y sus compañeros, horrorizados como él, como él estaban reducidos a la imposibilidad de hacer nada.

De pronto, un grito que partió del puente del barco, hizo estremecer a Ahmet. Le pareció que su nombre, ¡sí, su nombre!, se había oído entre el fragor de las olas y el viento.

Y, en efecto, durante una corta calma, aquel grito fue repetido, y distintamente oyó esto:

—¡Ahmet..., a mí..., Ahmet!

¿Quién podía llamarle así? Bajo un irresistible presentimiento su corazón latía precipitadamente. Le pareció reconocer aquel barco... ¿Dónde? ¿No había sido en Odesa delante de la mansión del banquero Selim, el mismo día de su partida?

—¡Ahmet..., Ahmet...!

Este nombre se dejó oír todavía.

Kerabán, Van Mitten, Bruno y Nizib se habían aproximado al joven, quien, con los brazos extendidos hacia el mar, permanecía impasible como si estuviese petrificado.

—¡Tu nombre..., es tu nombre! —repetía Kerabán.

—¡Sí, sí! —decía él—. Mi nombre.

De pronto, un relámpago, cuya duración pasó de dos segundos, se propagó de un horizonte a otro, iluminando todo el espacio.

En medio de aquel inmenso fulgor, el barco apareció tan claramente como si estuviese recortado sobre fondo blanco. El palo mayor acababa de ser herido por un rayo y ardía como una antorcha alimentada por una ráfaga de aire.

En la popa de la embarcación, dos jóvenes, enlazadas, por decirlo así, la una a la otra, gritaban:

—¡Ahmet, Ahmet!

—¡Ella, ella...! ¡Amasia! —exclamó el joven, subiendo a una de las rocas.

—¡Ahmet, Ahmet! —exclamó Kerabán a su vez.

Y se precipitó hacia su sobrino, no para retenerle, sino para ayudarlo, si era necesario.

—¡Ahmet, Ahmet!

Este nombre fue repetido todavía por última vez. No había duda posible.

—¡Amasia, Amasia! —exclamó Ahmet.

Y lanzándose en la espuma de la resaca, desapareció.

En aquel momento, una de las trombas cogió a la embarcación por la proa, y arrastrándola entre su inmenso torbellino, la arrojó sobre los arrecifes de la izquierda, hacia la misma roca, en el sitio en donde se elevaba cerca del pico Noroeste. Allí, el pequeño barco se estrelló con un ruido que dominó al de la tormenta; después se sumergió en un abrir y cerrar de ojos, y el meteoro, también deshecho con aquel rudo choque, se desvaneció, estallando como una gigantesca bomba, quedando en el mar su base líquida y en las nubes los vapores que formaban su redondeado penacho.

Podía darse por seguro que estaban perdidos todos los que conducía la embarcación, ¡perdido el valiente salvador que se había precipitado en socorro de las dos jóvenes!

Kerabán quiso lanzarse en aquellas furiosas aguas, con el fin de ayudarlo... Sus compañeros tuvieron que luchar con él para impedirle el correr a una muerte segura.

Pero, durante aquel tiempo, se pudo ver a Ahmet al resplandor de los continuos relámpagos que iluminaban el espacio. Con un vigor sobrehumano acababa de subir a la roca. ¡Llevaba en sus brazos a una de las náufragas! La otra, cogida a sus vestidos, subía con él...

Pero salvo ellas, nadie había aparecido... Sin duda toda la tripulación del barco, que se había arrojado al mar en el momento en que la tromba lo asaltó, había perecido, y las dos mujeres eran los únicos sobrevivientes de aquel naufragio.

Cuando Ahmet se puso fuera del alcance de las olas, se detuvo un instante y miró la distancia que le separaba de la punta del canalizo. Lo más, unos quince pies. Y entonces, aprovechando el retroceso de una enorme ola, que dejaba apenas algunas pulgadas de agua sobre la arena, se lanzó con su carga, seguido de la otra joven hacia las rocas de la playa, a donde difícilmente pudo llegar.

Un minuto después, Ahmet estaba entre sus compañeros.

Allí cayó a causa de la emoción y la fatiga, después de haber puesto en los brazos de éstos a la que acababa de salvar.

—¡Amasia, Amasia! —exclamó Kerabán.

¡Sí, era Amasia..., Amasia, que había abandonado Odesa; la hija de su amigo Selim! ¡Era ella la que se encontraba a bordo de aquella embarcación, la que acababa de naufragar a trescientas leguas de allí, en la otra extremidad del mar Negro! Y con ella, Nedjeb, su sirvienta. ¿Qué había sucedido? Pero ni Amasia, ni la joven zíngara, hubieran podido decirlo en aquel momento; ambas habían perdido el conocimiento.

Kerabán cogió a la joven entre sus brazos, mientras que uno de los guardas del faro llevaba a Nedjeb.

Ahmet había vuelto en sí, pero como loco, como hombre que no tiene el sentimiento de la realidad.

Después, todos se dirigieron al pueblo de Atina, en donde uno de los pescadores les dio asilo en su cabaña. Amasia y Nedjeb fueron depositadas en el hogar, donde ardía un buen fuego de sarmientos.

¡La llamaba..., le hablaba!

—¡Amasia, mi querida Amasia...! ¡No me oye..., no me contesta...! ¡Ah, si está muerta, me moriré!

—¡No, no está muerta! —exclamó Kerabán—. Respira, Ahmet, vive.

En aquel momento Nedjeb acababa de levantarse.

Después, arrojándose sobre su ama, exclamó:

—¡Señorita, mi querida señorita...! ¡Sí, vive..., sus ojos se entreabren!

Y, en efecto, los párpados de la joven acababan de levantarse.

—¡Amasia, Amasia! —exclamó Ahmet.

—¡Ahmet, mi querido Ahmet! —respondió la joven.

Kerabán los abrazaba contra su pecho.

—Pero ¿qué embarcación era ésa? —preguntó Ahmet.

—La que debíamos visitar, señor Ahmet, antes de vuestra partida de Odesa —respondió Nedjeb.

—¿El *Güidar*, del capitán Yarhud?

—¡Sí... él es quien nos ha raptado!

—Pero, ¿por qué motivo?

—Lo ignoramos.

—¿Y dónde iba ese barco?

—Lo ignoramos también, Ahmet —respondió Amasia—; pero vos estáis aquí... ¡Ya todo lo he olvidado!

—¡No lo olvidaré yo! —exclamó Kerabán.

Y si en aquel momento se hubiera vuelto, hubiera apercibido a un hombre que espiaba a la puerta de la cabaña, huir rápidamente.

Era Yarhud, único sobreviviente de su tripulación.

En seguida, sin ser visto, desapareció en una dirección opuesta al pueblo de Atina.

El capitán maltés lo había oído todo. Sabía, sin embargo, que, por una fatalidad inconcebible, Ahmet se hallaba en el lugar del naufragio del *Güidar*, en el momento en que Amasia iba a perecer.

Después de haber pasado las últimas casas de Atina, Yarhud se detuvo a la vuelta del camino, y dijo:

—El camino de Atina al Bósforo es largo, y yo sabré poner en ejecución las órdenes de Saffar.

Capítulo V

LO QUE SE HABLA Y SE VE EN EL CAMINO DE ATINA A TREBISONDA

Si eran felices por haberse encontrado los dos novios, si dieron gracias a Alá por aquella providencial casualidad, que había conducido a Ahmet al sitio en que la tempestad iba a arrojar aquella embarcación; si experimentaron una de esas emociones, mezcladas de gozo y espanto, cuya impresión es inefable, es inútil insistir en ello.

Pero se concibe que lo que había sucedido desde la partida de Odesa, Ahmet, y no menos que él su tío Kerabán, tenían tal deseo de saberlo, que Amasia, ayudada de Nedjeb, no tardó en narrarlo con todos sus detalles.

Se nos olvidaba decir que se procuraron para las jóvenes vestidos secos, que Ahmet se había vestido con un traje del país, y que todos, amos y criados, sentados en escabeles delante de la chispeante llama del hogar, no tenían cuidado ninguno de la tormenta, que desencadenaba fuera sus últimas violencias.

¡Con qué emoción escucharon todo lo que había sucedido en la finca de Selim, pocas horas después que Kerabán los llevaba por los caminos del Quersoneso! ¡No!, no era para vender telas preciosas para lo que Yarhud había arrojado el ancla en la pequeña bahía, al pie mismo de la mansión del banquero Selim; era para ejecutar un odioso rapto, y todo daba que pensar que el asunto estaba preparado de antemano.

Arrebatadas las dos jóvenes, la embarcación se hizo a la vela. Pero lo que ni una ni otra pudo comprender, lo que ignoraban todavía era que Selim hubiese oído sus gritos, que su desgraciado padre hubiese llegado en el momento en que el *Güidar* doblaba las últimas rocas de la pequeña bahía, que Selim hubiese sido herido por un tiro disparado desde el puente de la embarcación, y que cayó, ¡tal vez muerto!, sin haber podido ponerse ni él ni nadie de su gente en seguimiento de los raptos.

En cuanto a la existencia que llevaron a bordo las dos jóvenes, Amasia tuvo poco que decir sobre el asunto.

El capitán y su tripulación habían tenido para Nedjeb y para ella cuidados evidentemente debidos a alguna seria recomendación. La habitación más confortable del barco había estado reservada para ellas.

Allí comían y descansaban. Podían subir al puente siempre que quisiesen; pero estaban vigiladas de cerca, por si, en un momento de desesperación, quisieran sustraerse por la muerte a la suerte que les aguardaba.

Ahmet escuchaba con el corazón traspasado de angustia. Se preguntaba si en aquel rapto el capitán había obrado por cuenta propia, con intención de vender a sus prisioneras en los mercados del Asia Menor (odioso tráfico, que, en efecto, no es raro), o era por cuenta de algún rico señor de la Anatolia por quien el crimen se había cometido.

A esto, aunque la cuestión se trató directamente, ni Amasia ni Nedjeb pudieron responder. Siempre que en su desesperación, implorando y llorando, habían interrogado a Yarhud, éste había rehusado explicárselo. No sabían, por lo tanto, ni por qué motivo había obrado así el capitán del barco, ni, lo que Ahmet hubiese deseado sobre todo saber, a dónde debía conducir las el *Güidar*.

Respecto a la travesía, había sido primeramente buena, pero lenta, a causa de las calmas en que se había sostenido durante un período de muchos días. Muy visible fue la contrariedad que aquella tardanza ocasionó al capitán, poco dispuesto para disimular su impaciencia. Ahmet y Kerabán opinaron que Yarhud debía de estar obligado a llegar en un convenido plazo... Pero, ¿a dónde? Esto se ignoraba, aunque se supone que esperaban al *Güidar*, en algún puerto del Asia Menor.

Finalmente, las calmas cesaron y la embarcación pudo tomar su marcha hacia el Este, o, como dijo Amasia, en la dirección de la salida del sol. Hizo rumbo así durante dos semanas, sin incidentes; muchas veces avistaron ya buques de vela, de guerra o mercantes, ya de esos rápidos barcos de vapor que cortan con sus regulares itinerarios aquella inmensa área del mar Negro; pero entonces el capitán Yarhud obligaba a sus prisioneras a bajar a su cámara, por temor de que hiciesen alguna señal que hubiera podido percibirse.

El tiempo llegó a ser poco a poco más amenazador, después empeoró y finalmente se hizo insoportable. Dos días antes del naufragio del *Güidar*, comprendieron, por la cólera del capitán, que amenazaba una gran tempestad, que era necesario modificar el rumbo y que la tormenta le empujaba a donde no quería ir. Y entonces las dos jóvenes sintieron un leve contento pues la tempestad las alejaba del sitio donde se proponía ir el *Güidar*.

—Sí, querido Ahmet —dijo Amasia para acabar su narración—; al pensar en la suerte a que estaba destinada, viéndome separada de vos, arrastrada a donde no me hubierais vuelto a ver; mi resolución estaba tomada... ¡Nedjeb lo sabía...! ¡Ella no me hubiera impedido llevarlo a cabo...! ¡Y antes que el *Güidar* hubiese llegado a la maldita costa..., me hubiera precipitado al mar...! Pero vino la tempestad... ¡Lo que debía perdemos, nos ha salvado...! ¡Ahmet, me habéis aparecido entre las furiosas olas...! ¡No..., jamás lo olvidaré!

—Querida Amasia —respondió Ahmet—, Alá ha querido que os salvaseis... ¡y que fueseis salvada por mí...! Pero si yo no hubiera precedido a mi tío, él es quien se hubiera arrojado a vuestro socorro.

—Por Mahoma, ¡ya lo creo! —exclamó Kerabán.

—¡Y pensar que un señor tan testarudo tenga tan buen corazón!
—murmuró Nedjeb.

—¡Ah, mirad cómo se burla de mí esta pequeñuela! —repuso Kerabán—. Pero, amigos míos, ¡confesad que mi terquedad sirve de mucho algunas veces!

—¿Algunas veces? —preguntó Van Mitten muy incrédulo en aquella materia—. Quisiera saber...

—¡Sin duda, amigo Van Mitten! Si yo hubiera cedido a las fantasías de Ahmet, si hubiéramos viajado por los ferrocarriles de Crimea o del Cáucaso en vez de seguir la costa, ¿se hubiera encontrado aquí Ahmet en el momento del naufragio para salvar a su futura esposa?

—¡Sin duda que no! —repuso Van Mitten—; pero, amigo Kerabán, si no le hubieseis obligado a abandonar a Odesa, sin duda el rapto no se hubiera efectuado, y...

—¡Ah! ¿Es así cómo discurrís, Van Mitten? ¿Queréis discutir sobre ese punto?

—¡No..., no...! —respondió Ahmet, que sentía que en una discusión presentada en aquella forma el holandés no tuviera razón—. Y, por otra parte, es un poco tarde para razonar y discutir sobre el pro y el contra. Mejor es tomar algún reposo.

—A fin de partir mañana —dijo Kerabán.

—¡Mañana, tío, mañana...! —respondió Ahmet—. Y no es necesario que Amasia y Nedjeb...

—¡Oh!, yo soy fuerte, Ahmet, y mañana...

—¡Ah!, sobrino —exclamó Kerabán—, mira como no tienes prisa cuando mi pequeña Amasia se halla a tu lado... Y, sin embargo, el último día del próximo mes se acerca..., la fecha fatal... Y en eso hay un interés que es preciso no olvidar... Permitirás que un viejo negociante sea más práctico que tú... Por lo tanto, que cada uno duerma lo mejor posible, y mañana, cuando hayamos encontrado algún medio de transporte, nos pondremos en camino.

Se instalaron lo mejor que pudieron en la casa del pescador, y tan bien, seguramente, como lo hubieran podido hacer Kerabán y sus compañeros en una posada de Atina. Todos, después de tantas emociones, descansaron tranquilamente; Van Mitten soñando que discutía todavía con su intratable amigo, éste soñando que se encontraba cara a cara con Saffar, sobre el que acumulaba todas las maldiciones de Alá y su profeta.

Solamente Ahmet no pudo dormir un solo instante. El saber con qué fin había sido secuestrada Amasia por Yarhud le inquietaba, no solamente por lo pasado, sino, por el porvenir. Se preguntaba si había desaparecido todo peligro con el naufragio del *Güidar*. Daba como cierto que ni uno de los hombres de la tripulación había sobrevivido a la catástrofe, e ignoraba que el capitán había salido sano y salvo. Pero aquella catástrofe sería conocida inmediatamente en aquellos parajes. Aquél por cuenta del cual obraba Yahurd (algún rico señor, tal vez algún bajá de las provincias de Anatolia) sería rápidamente instruido. ¿Le sería difícil ponerse sobre la pista de la joven? Entre Trebisonda y Scutari, a través de esta provincia,

casi desierta incluida en el itinerario, ¿no podían acumularse los peligros, no podían tenderse las trampas y prepararse las emboscadas? Ahmet tomó la resolución de vigilar con el mayor cuidado. No se separaría jamás de Amasia; tomaría la dirección de la pequeña caravana, y escogería, si era necesario, algún guía seguro que podría dirigirse por las vías más cortas del litoral.

Al mismo tiempo resolvió poner al banquero Selim, padre de Amasia, al corriente de lo que había sucedido después del rapto de su hija. Antes que todo, importaba que Selim supiese que Amasia estaba salvada y que tuviese cuidado de hallarse en Escutari en la época convenida, es decir, de unos quince días. Pero una carta expedida desde Atina o Trebisonda, tardaría mucho en llegar a Odesa. Así es que Ahmet se decidió, sin decir nada a su tío (al que la palabra «telegrama» hubiese enfurecido), a enviar un despacho a Selim por la línea de Trebisonda. También se propuso hacerle observar que el peligro tal vez no estuviese evitado, y que Selim no debía titubear en llegar antes que la pequeña caravana.

A la mañana siguiente de haberse encontrado Ahmet con la joven, le hizo conocer sus proyectos, sin insistir en los peligros que podían correr todavía. Amasia no vio en todo esto más que una cosa: que su padre iba a ser puesto al corriente en el más breve plazo. Así es que tenía muchos deseos de llegar a Trebisonda, donde sería expedido el telegrama, a pesar de su tío Kerabán.

Después de algunas horas de sueño se levantaron todos, Kerabán más impaciente que nunca, Van Mitten resignado a todos los caprichos de su amigo, Bruno apretando lo que le quedaba de vientre en sus holgados vestidos y no respondiendo a su amo más que por monosílabos.

Por otra parte, Ahmet había recorrido Atina, pueblo sin importancia, que (su nombre lo indica) fue antiguamente la Atenas del Ponto Euxino. Se ven todavía algunas columnas dóricas, restos de los templos de Palas: pero si aquellas ruinas interesaron a Van Mitten, a Ahmet, por el contrario, le fueron indiferentes. ¡Cuánto mejor hubiera preferido encontrar algún vehículo menos rudimentario que la carreta que compraron en la frontera rusa! Pero fue necesario seguir con la *araba*, que fue reservada especialmente para las dos jóvenes. De aquí la necesidad de procurarse otras monturas, caballos, asnos, o mulas, a fin de que amos y criados pudiesen llegar a Trebisonda.

¡Ah, qué sentimiento experimentó Kerabán pensando en su carruaje destrozado por el ferrocarril de Poti! ¡Y cuántas recriminaciones, invectivas y amenazas envió al altanero Saffar, responsable, según él, de todo el mal!

Respecto a Amasia y Nedjeb, nada podía serles más agradable que el viajar en *araba*. ¡Sí, aquello era nuevo, imprevisto! No hubiesen cambiado ellas aquella carreta por la más bonita carroza del Padischá. ¡Cuán a su gusto estarían bajo el impermeable toldo, sobre un fresco asiento de paja, que era fácil renovar en cada relevo; y, de vez en cuando, ofrecerían un sitio cerca de ellas a Kerabán, al joven Ahmet, a Van Mitten! ¡Y después aquellos caballeros que las escoltarían como a princesas...! ¡En fin, era encantador!

No es necesario decir las reflexiones de este género que se le ocurrían a la loca Nedjeb, tan propensa a tomar las cosas por su mejor lado. En cuanto a Amasia, ¡cómo hubiera tenido el pensamiento de quejarse después de tantas pruebas, puesto que Ahmet estaba con ella, puesto que aquel viaje iba a terminar en condiciones tan diferentes y en un plazo tan corto! ¡Y al fin llegarían a Scutari... Scutari!

—¡Estoy cierta —repetía Nedjeb— que, poniéndose sobre las puntas de los pies, podríamos divisar esa ciudad!

En realidad, en la pequeña caravana no había más que dos hombres que se quejasen: Kerabán, que por falta de vehículo más rápido temía alguna tardanza, y Bruno, porque una etapa de treinta y cinco leguas (¡treinta y cinco leguas, sobre el lomo de una mula!) les separaba todavía de Trebisonda.

Allí, por ejemplo, como le repetía Nizib, se procurarían un medio de transporte más apropiado a los caminos de las largas llanuras de Anatolia.

Así, pues, aquel día, 15 de setiembre, toda la caravana abandonó el pueblo de Atina, hacia las once de la mañana. La tempestad había sido violenta, pero aquella violencia fue a expensas de su duración. Por lo tanto, una calma casi completa reinaba en la atmósfera. Las nubes, levantadas hasta las oscuras alturas del aire, se reposaban, casi inmóviles, todavía laceradas por los golpes del huracán. Por intervalos, el sol lanzaba algunos rayos que animaban el paisaje. Sólo el mar, sordamente agitado, venía a estrellarse con estrépito en la base de los acantilados.

Descendían entonces Kerabán y sus compañeros los caminos del Ayaristán lo más rápidamente posible para poder franquear antes de la noche la frontera del bajalato de Trebisonda. Aquellos caminos no estaban desiertos. Pasaban caravanas, cuyos camellos se contaban por centenares, ensordeciendo con el ruido de los cascabeles, campanillas y aun campanas que llevaban al cuello, al mismo tiempo que se recreaba la vista con los vivos y variados colores de sus pelitriques adornados de conchas. Aquellas caravanas venían de Persia o viceversa.

El litoral no estaba menos desierto que los caminos. Toda una población de pescadores y cazadores se habían reunido. Los pescadores, al anochecer, con su barca, cuya popa lleva una cantidad de resina inflamada, pescan en cantidades considerables esa especie de anchoa, el *khamsi*, cuyo consumo es prodigioso por la costa de Anatolia y en las provincias de la Armenia central. En cuanto a los cazadores, no tienen nada que envidiar a los pescadores del *khamsi*, por la abundancia de la caza, a la que dan la preferencia. Miles de aves de mar de la especie de las *kukarinas* pululan por las orillas de aquella porción del Asia Menor. Así es que abastecen por centenares de miles, pieles muy buscadas cuyo precio bastante elevado compensa los trayectos, el tiempo y la fatiga; sin hablar de lo que cuesta la pólvora empleada en cazarlas.

Hacia las tres de la tarde, la pequeña caravana se detuvo en el pueblo de Mapaira, en la embocadura de la ribera de este nombre, cuyas aguas claras se mezclan con el líquido aceitoso de una corriente de petróleo que desciende de manantiales vecinos. A aquella hora era algo temprano para comer; pero como no debían llegar a otro pueblo hasta la noche, pareció conveniente tomar algún alimento.

No es necesario decir que hubo abundancia de *khamsi* en la mesa de la posada, y que Kerabán y los suyos se sentaron a ella. Éste es, por otra parte, el manjar preferido en aquellos bajalatos del Asia Menor. Sirvieron anchoas, saladas o frescas, al gusto de los aficionados; pero hubo algunos platos más serios, a los que hicieron muy buena acogida. ¡Y después reinaba tanta alegría entre los convidados, tan buen humor! ¿No es el mejor condimento de todas las cosas en el mundo?

—¡Y bien, Van Mitten! —decía Kerabán—, ¿desaprobáis todavía la terquedad (legítima terquedad) de vuestro amigo y corresponsal que os ha obligado a seguirle en semejante viaje?

—¡No, Kerabán, no! —respondió Van Mitten—; y volveré a empezarlo cuando gustéis.

—¡Veremos, veremos, Van Mitten! Y tú, pequeña Amasia, ¿qué piensas de este imbécil tío que te había dejado sin tu Ahmet?

—Que es siempre lo que yo ya sabía; ¡el mejor de los hombres!
—respondió la joven.

—¡Y el más complaciente! —añadió Nedjeb—. ¡Me parece que el señor Kerabán no discute tanto como otras veces!

—¡Bueno! ¡He aquí que esta loca se está burlando de mí! —exclamó Kerabán riéndose.

—¡Oh, no, señor!

—¡Oh, sí, pequeñuela...! ¡Bah! ¡Tienes razón...! ¡No discuto...! ¡No me obstino...! ¡Ni el amigo Van Mitten conseguiría provocarme!

—¡Oh...! ¡Sería necesario ver eso! —respondió el holandés, bajando la cabeza con aire de poco convencido.

—Está visto todo, Van Mitten.

—¿Si os recordara ciertos episodios?

—¡Os engañáis! Juro...

—¡No juréis!

—¡Sí..., juraré! —respondió Kerabán, que comenzaba a animarse—. ¿Por qué no había yo de jurar?

—Porque es muy a menudo cosa difícil sostener un juramento.

—Menos difícil de sostener que vuestra lengua, en todo caso, Van Mitten; porque es cierto que en este momento, y por el placer de contradecirme...

—¿Yo, amigo Kerabán?

—¡Vos...! ¡Y cuando os repito que estoy resuelto a no obstinarme jamás,

os ruego que no os obstinéis vos en sostener lo contrario!

—Vamos, no tenéis razón, señor Van Mitten —dijo Ahmet—; no la tenéis esta vez.

—¡Absolutamente! —dijo Amasia sonriendo.

—¡No la tiene! —añadió Nedjeb.

Y el digno holandés, viendo que la mayoría se coaligaba contra él, juzgó oportuno callarse.

En el fondo, a pesar de todo lo que había pasado, a pesar de las lecciones que había recibido, y más particularmente en este viaje, tan imprudentemente comenzado, que hubiera podido acabar tan mal, ¿estaba Kerabán tan escarmentado que pretendía haber abandonado su terquedad? Esto se vería; pero, verdaderamente, todos eran de la opinión de Van Mitten.

—En marcha —dijo Kerabán, cuando la comida hubo concluido—. He aquí una comida que no ha sido mala, pero yo sé de otra mejor.

—¿Y cuál? —preguntó Van Mitten.

—La que nos aguarda en Scutari.

Reemprendieron la marcha a las cuatro, y a las ocho de la noche llegaban sin novedad al pequeño pueblo de Kire, cuya playa aparecía sembrada de escollos.

Allí fue necesario pasar la noche en una especie de cabaña poco confortable; tan poco, que las dos jóvenes prefirieron quedarse bajo el toldo del carro. Lo importante era que los caballos y las mulas pudieran encontrar donde reposar de sus fatigas. Felizmente, la paja y la cebada no faltaba en los pesebres. Kerabán y sus compañeros no tuvieron a su disposición más que un lecho de paja, pero seca y fresca, con la que supieron contentarse. La próxima noche debían pasarla en Trebisonda, y todo lo confortablemente que permitiera aquella importante ciudad.

En cuanto a Ahmet, que la cama fuese buena o mala, poco le importaba. Bajo el peso de ciertos pensamientos no hubiera podido dormir. Siempre temía por la seguridad de la joven, y se decía que tal vez no hubiese

cesado todo peligro con el naufragio del *Güidar*.

Veló, pues, bien armado, por los alrededores de la cabaña.

Ahmet hacía bien; tenía razón en temer. En efecto, Yarhud, durante aquella jornada, no había perdido de vista la pequeña caravana. Caminaba sobre su rastro, pero sin dejarse ver, pues era conocido de Ahmet y de las dos jóvenes. Después espiaba, combinaba planes para recuperar la hermosa presa que se le había escapado, y escribió a todo trance a Scarpante. El intendente de Saffar, siguiendo lo convenido en Constantinopla, debía estar desde hacía algún tiempo en Trebisonda. Así es que, una legua antes de llegar a esta ciudad, en el parador de Kissar, Yarhud le había citado para la mañana siguiente sin decirle nada del naufragio de la embarcación ni de sus funestas consecuencias.

Por lo tanto, Ahmet tenía mucha razón al velar; sus presentimientos no le engañaban. Yarhud, durante la noche, pudo aproximarse lo bastante para asegurarse de que las dos jóvenes dormían en su *araba*. A tiempo apercibió a Ahmet, que estaba vigilando, y se alejó sin ser visto.

Pero entonces, en vez de seguir detrás de la caravana, el capitán maltés se dirigió hacia el Oeste por el camino de Trebisonda. Le importaba mucho el adelantarse a Kerabán y sus compañeros.

Antes de su llegada a aquella provincia quería haber conferenciado con Scarpante. Así, haciendo dar media vuelta al caballo que montaba desde su partida de Atina, se dirigió rápidamente hacia el parador de Kissar.

¡Alá es grande, sea! Pero, en verdad, debiera haber hecho mejor las cosas, y no dejar que el capitán Yarhud sobreviviese a aquella tripulación de infames, desaparecida en el naufragio del *Güidar*.

A la mañana siguiente, 16 de setiembre, desde el alba, todo el mundo estaba en pie, de buen humor, salvo Bruno, que se preguntaba cuántas libras perdería todavía antes de llegar a Scutari.

—Mi pequeña Amasia —dijo Kerabán, frotándose las manos—, ¡ven que te abrace!

—Con mucho gusto, tío —dijo la joven—. ¿Me permitís que os dé siempre ese nombre?

—Sí, te lo permito, querida hija. Puedes llamarme padre, si quieres. ¿No es Ahmet mi hijo?

—Así es, tío Kerabán —dijo Ahmet—; y vengo a daros una orden, como tiene derecho un hijo a su padre.

—¿Qué orden?

—La de partir al instante. Los caballos están prestos, y es necesario que esta tarde estemos en Trebisonda.

—Estaremos —exclamó Kerabán—, y volveremos a partir a la mañana siguiente al salir el sol. Y bien, amigo Van Mitten, estaba escrito que veríais un día a Trebisonda.

—¡Sí, Trebisonda! ¡Qué magnífico nombre! —respondió el holandés—. Trebisonda y su colina, donde los diez mil celebraron juegos y combates gímnicos bajo la presidencia de Dracontius; sí, así lo tengo en mi «Guía», que me parece muy bien redactada. ¡En verdad, amigo Kerabán, me alegra mucho el ver Trebisonda!

—Y bien, amigo Van Mitten, confesad que de este viaje os quedarán imborrables recuerdos.

—Hubieran podido ser más completos.

—En suma, no tendréis por qué quejaros.

—Todavía no ha terminado el viaje... —murmuró Bruno al oído de su señor, como un mal augurio, encargado de recordar a los mortales la inestabilidad de las cosas humanas.

La caravana abandonó la tienda a las siete de la mañana. El tiempo mejoraba cada vez más con un bonito cielo, mezclado con algunas brumas matinales, que el sol disiparía.

Al mediodía se detenía en el pueblo de Of, sobre el Ofis de los antiguos, en donde se encuentra el origen de las grandes familias de la Grecia. Almorzaron en una modesta posada, utilizando las provisiones que llevaba la *araba* y que tocaban a su fin.

Además, el posadero se hallaba verdaderamente atolondrado, y no se preocupaba de sus clientes, pues su mujer estaba gravemente enferma, y no había médico en el país. Y hacer venir uno de Trebisonda hubiese resultado muy oneroso para un pobre posadero.

Por lo tanto, Kerabán, ayudado por su amigo Van Mitten, hizo de *hakim*, o sea doctor, y recetó algunas drogas muy sencillas, que serían fáciles de encontrar en Trebisonda.

—¡Que Alá os proteja, señor! —respondió el escrupuloso marido de la hostelera—; pero ¿cuánto me podrán costar esas drogas?

—Unas veinte piastras —respondió Kerabán.

—¡Veinte piastras! —exclamó el hostelero—. ¡Ah!, por ese precio podría comprarme otra mujer.

Y se fue, no sin dar gracias a sus huéspedes por sus buenos consejos, que esperaba aprovechar.

—He aquí un marido práctico —dijo Kerabán—. Hubierais debido casaros en este país, amigo Van Mitten.

—¡Tal vez! —respondió el holandés.

A las cinco de la tarde, los viajeros se detenían a comer en Surmeneh. Volvieron a partir a las seis, con intención de llegar a Trebisonda antes de la noche. Pero tuvieron un accidente: una de las ruedas de la *araba* se rompió a dos leguas de la ciudad, hacia las nueve de la noche. Forzoso fue, por lo tanto, pasar la noche en un parador situado al lado del camino, parador bien conocido de los viajeros que frecuentan aquella parte del Asia Menor.

Capítulo VI

EN EL QUE KERABÁN ENCUENTRA NUEVOS PERSONAJES EN LA POSADA DE KISSAR

La posada de Kissar, como todas las construcciones de aquel género, está perfectamente apropiada para el servicio de los viajeros que se detienen allí antes de entrar en Trebisonda. Su jefe, su guardián, como quiera llamársele, un turco llamado Kidros, muy sagaz, más astuto que lo suelen ser de ordinario los de su raza, la administraba con gran cuidado. Trataba de tener contentos a sus pasajeros huéspedes, con gran ventaja de sus intereses, que entendía a la perfección. Estaba siempre de su parte aunque se tratase de arreglar recibos o cuentas, previamente subidos de precios, de manera de poderlos reducir a un total muy remunerador todavía, y esto por pura condescendencia a tan honorables viajeros.

He aquí en lo que consistía la posada de Kissar: un vasto patio cerrado por cuatro paredes, con ancha puerta que daba al campo. A cada lado de la puerta, dos garitas, adornadas con el pabellón turco, desde cuya altura se podían vigilar los alrededores, en el caso en que los caminos no estuviesen seguros. En el espesor de aquellos muros había cierto número de puertas que daban acceso a las habitaciones aisladas, donde los viajeros iban a pasar la noche, porque era raro que estuviesen ocupadas durante el día. Al borde del patio, algunos sicómoros proyectaban alguna sombra sobre el arenoso suelo, al que el sol del mediodía alumbraba con sus rayos. En el centro, un pozo a flor de tierra, servido por el infinito rosario de una noria, cuyos arcaduces podían vaciarse en una especie de pila que formaba un estanque semicircular. Afuera había una hilera de bojes, resguardados bajo techado, en donde los caballos encontraban alimento en cantidad suficiente. Más atrás había postes, a los que se ataban mulas y dromedarios, menos acostumbrados que los caballos a una cuadra.

Aquella noche, la posada, sin estar enteramente ocupada, contaba con cierto número de viajeros, los unos en camino para Trebisonda, los otros en camino para las provincias del Este. Armenia, Persia o Curdistán. Una

veintena de habitaciones estaban ocupadas, y la mayor parte de sus huéspedes dormían.

A las nueve, tan sólo dos hombres se paseaban por el patio. Hablaban con viveza, y no interrumpían su conversación más que para ir a arrojar fuera una mirada de impaciencia.

Aquellos dos hombres, vestidos con trajes sencillos, para no llamar la atención de los que paseaban o de los viajeros, eran Saffar y su intendente Scarpante.

—Os lo repito, señor Saffar —decía este último—: ésta es la posada de Kissar. Aquí es, y hoy mismo, donde la carta de Yarhud nos cita.

—¡Es infame! —exclamó Saffar—. ¿Cómo es que no ha llegado todavía?

—No puede tardar.

—¿Y por qué esa idea de traer aquí a la joven Amasia, en vez de conducirla directamente a la ciudad de Trebisonda?

Según se ve, Saffar y Scarpante ignoraban el naufragio del *Güidar*, y sus consecuencias.

—La carta que Yarhud me ha dirigido —repuso Scarpante— venía del puerto de Atina. No dice nada de la joven, y sólo se limita a rogarme que venga esta noche a la posada de Kissar.

—¡Y todavía no está aquí! —exclamó Saffar, dando algunos pasos hacia la puerta—. ¡Ah!, me consume la impaciencia. Tengo el presentimiento de que alguna catástrofe...

—¿Por qué, señor Saffar? El tiempo ha sido muy malo en el mar Negro. Es probable que la embarcación no haya podido llegar a Trebisonda, y haya sido arrojada por la tempestad al puerto de Atina...

—¿Y quién nos dice, Scarpante, que Yarhud haya podido salir bien de su cometido al intentar el rapto de la joven en Odesa?

—Yarhud es no tan sólo un atrevido marino, señor Saffar —respondió Scarpante—, sino también un hombre hábil.

—La habilidad no es suficiente para algunos casos —respondió con tranquila voz el capitán maltés, que desde hacía algunos instantes permanecía inmóvil en el umbral de la posada.

Saffar y Scarpante se habían vuelto, y el intendente exclamó:

—¡Yarhud!

—¡Por fin! —dijo Saffar, dirigiéndose a él con brutalidad.

—¡Sí, señor Saffar —respondió el capitán, que se inclinó respetuosamente—, sí... heme aquí... por fin!

—¿Y la hija del banquero Selim? —preguntó Saffar—. ¿Es que acaso no has podido conseguir tu propósito?

—La hija del banquero —respondió Yarhud— fue secuestrada hace cerca de seis semanas, poco después de la partida de su futuro esposo Ahmet, obligado a seguir a su tío en un viaje alrededor del mar Negro. Inmediatamente hice vela a Trebisonda, pero con ritos tiempos de equinoccio mi barco fue rechazado y, a pesar de todos mis esfuerzos, vino a estrellarse contra las rocas de Atina, en donde ha perecido toda mi tripulación.

—¡Toda la tripulación! —exclamó Scarpante.

—Sí.

—¿Y Amasia? —preguntó vivamente Saffar, a quien la pérdida del *Güidar* no daba mucho cuidado.

—Se ha salvado —respondió Yarhud—; con la joven esclava que la acompañaba.

—Pero, si se ha salvado... —preguntó Scarpante.

—¿En dónde está? —exclamó Saffar.

—¡Señor! —respondió el capitán maltés—, la fatalidad está en contra mía, o mejor dicho, contra vos.

Habla, pues —replicó Saffar con actitud amenazadora.

—La hija del banquero Selim —respondió Yarhud— ha sido salvada por Ahmet, su futuro esposo, al que la casualidad había llevado al teatro del naufragio.

—¿Salvada por él? —exclamó Scarpante.

—¿Y ahora? —preguntó Saffar.

—Ahora la joven, bajo la protección de Ahmet, del tío de éste, y algunas personas que les acompañan, se dirigen a Trebisonda. Desde allí deben ir a Scutari para la celebración del matrimonio, que debe efectuarse a fines de este mes.

—¡Torpe! —exclamó Saffar—. ¡Haber dejado escapar a Amasia, en vez de salvarla tú!

—Lo hubiese hecho, incluso con peligro de mi vida, señor Saffar —respondió Yarhud—; y en este momento estaría en vuestro palacio de Trebisonda si eso Ahmet no se hubiese encontrado allí en el momento del naufragio del *Güidar*.

—¡Ah!, eres indigno de las misiones que te confío —replicó Saffar, que no pudo contener un movimiento de cólera.

—¿Queréis escucharme, señor Saffar? —dijo entonces Scarpante—. Con un poco de paciencia podéis reconocer que Yarhud ha hecho todo lo que ha podido.

—¡Todo! —respondió el capitán maltés.

—Todo, no es bastante —respondió Saffar— cuando se trata de cumplir mis órdenes.

—Lo pasado, pasado está, señor Saffar —repuso Scarpante—. Pero examinemos el presente, y veamos los sucesos que nos ofrece. La hija del banquero Solim podía no haber sido secuestrada en Odesa... y lo ha sido. Podía haber perecido en el naufragio del *Güidar*... y, sin embargo, vive. Podía ser la esposa de ese Ahmet... y, sin embargo, no lo es. Por lo tanto, nada se ha perdido.

—No... nada... —respondió Yarhud—. Después del naufragio, he seguido,

he espiado a Ahmet y a mii compañeros desde su partida del puerto de Atina. Viajan sin desconfianza, y el camino todavía es largo, través de toda Anatolia, desde Trebisonda hasta las riberas del Bósforo. Porque ni la joven Amasia ni mi sirvienta saben cuál era el destino del *Güidar*. Además, nadie conoce ni al señor Saffar, ni a Scarpante. ¿No podía tenderse a aquella pequeña caravana una emboscada, y...?

—¡Scarpante! —respondió fríamente Saffar—, ese joven me hace falta. Si la fatalidad está en contra mía, yo sabré luchar contra ella. No se podrá decir que uno de mis deseos no ha sido satisfecho.

—Y lo será, señor Saffar —respondió Scarpante—. Si, entre Trebisonda y Scutari, en esas desiertas regiones, será posible... aun fácil... preparar una emboscada a esa pequeña caravana... ya dándole un guía que sabrá extraviarla, ya atacándola con una tropa de hombres pagados por vos. Pero esto es obrando por la fuerza; mas si la astucia puede emplearse, es mejor.

—¿Y cómo emplearla? —preguntó Saffar.

—Dices, Yarhud —repuso Scarpante, dirigiéndose ni capitán maltés—, dices que Ahmet y sus compañeros se dirigen ahora tranquilamente a Trebisonda.

—Sí, Scarpante —respondió Yarhud—; y añadido que seguramente pasarán esta noche en el parador de Klusar.

—Pues bien —preguntó Scarpante—, ¿no podríamos imaginar algún impedimento, alguna causa... que la detuviese..., que separase a la joven Amasia de su prometido?

—Mejor confío en la fuerza —respondió brutalmente Saffar.

—Sea —dijo Scarpante—; la emplearemos si fracasa la astucia. Pero dejadme aguardar aquí...

—¡Silencio, Scarpante —dijo Yarhud, cogiendo del brazo al intendente—; no estamos solos!

En efecto, dos hombres acababan de entrar en el patio. Uno de ellos era Kidros, el dueño de la posada: ni otro, un personaje importante (al oírle por lo menos) y que conviene presentemos al lector.

Saffar, Scarpante y Yarhud se escondieron en un rincón oscuro del patio. Desde allí podían escuchar a su gusto, y aún más fácilmente, pues el personaje susodicho no se hacía de rogar para hablar con una voz alta y altanera. Era un señor curdo. Se llamaba Yanar. La región montañosa del Asia, que comprende la antigua Asiría y la antigua Media, se denomina Curdistán en la geografía moderna. Se divide en Curdistán turco y Curdistán persa, según confine con Persia o con Turquía. El Curdistán turco, que forma los bajalatos de Chechrezur y Mosul, así como una parte de los de Van y Bagdad, cuentan con muchos cientos de miles de habitantes, y entre ellos Yanar, llegado la víspera a la posada de Kissar, con su hermana la noble Sarabul.

Yanar y su hermana habían abandonado Mosul desde hacía dos meses, y viajaban por placer. Se dirigían los dos a Trebisonda, en donde pensaban detenerse algunas semanas. La noble Sarabul (así se la denominaba en su bajalato natal), a la edad de treinta y dos años era viuda ya de tres señores curdos. Aquellos diversos esposos no habían podido consagrar a la felicidad de su esposa más que una vida desgraciadamente muy corta. Su viuda, muy agradable de talle y figura, se encontraba en la situación de un# mujer que se dejaría voluntariamente consolar por un cuarto marido de la pérdida de los otros tres. Cosa difícil de realizar, por poco que se la conociese, aunque fuese rica y de buen origen, porque, por la impetuosidad de su carácter y la violencia de su temperamento curdo, se arriesgaba a amedrentar a cualquier pretendiente a su mano, si se presentaba. Su hermano Yanar, que se había constituido su protector, su guardia de corps, la había aconsejado que viajase; el azar flota continuamente sobre los viajes. He aquí por qué aquellos personajes, abandonando su Curdistán, se encontraban entonces camino de Trebisonda.

Yanar era un hombre de cuarenta y cinco años, su elevada estatura y su fisonomía feroz indicaban su mal genio, era uno de esos ogros que han venido al mundo frunciendo las cejas. Con la nariz aguileña, los ojos profundamente hundidos en sus órbitas, la cabeza afeitada, y sus enormes bigotes, más bien se aproximaba al tipo armenio que al turco. Con un alto bonete de fieltro forrado de una tela de seda de un rojo vivo: vestido con una túnica de mangas abierta, bajo una chaqueta bordada de oro, y de un largo pantalón que le caía hasta los tobillos; calzado con unas botas de cuero guarnecidas de pasamanería, con las cañas plegadas; en la cintura

un chal de lana, en el que se sostenía toda una panoplia de puñales, pistolas y yataganes, presentaba una figura verdaderamente terrible. Así es que Kidros no le hablaba más que con una extrema deferencia, en la actitud de un hombre que se viera obligado a dar las gracias delante de la boca de un cañón cargado de metralla.

—Sí, señor Yanar —decía entonces Kidros, acompañando cada una de sus palabras con los gestos más expresivos—, os repito que el juez va a llegar esta misma noche, y que mañana por la mañana, desde el alba, procederá a la información.

—Kidros —respondió Yanar—, sois el dueño de la posada, y que Alá os estrangule si no tenéis cuidado de que los viajeros estén en seguridad aquí.

—¡Cierto, señor Yanar, cierto!

—Pues bien, la última noche, malhechores, ladrones o quien fuere, han penetrado... han tenido la audacia de penetrar en el cuarto de mi hermana, la noble Sarabul.

Y Yanar mostraba una de las puertas abiertas en el muro que cerraba el patio por la derecha.

—¡Cobardes! —exclamó Kidros.

—Y no abandonaremos la posada —repuso Yanar— sin que hayan sido descubiertos, detenidos, juzgados y ahorcados.

¿Había habido verdaderamente tentativa de robo durante la precedente noche? Kidros no acababa de convencerse. Lo cierto es que la desconsolada viuda despertada por algún motivo, había abandonado su habitación, asustada, dando gritos, llamando a su hermano; que toda la posada había sido puesta en movimiento, y que los malhechores, admitiendo que existieran, habían escapado sin dejar el menor rastro.

Fuera lo que fuese, Scarpante, que no perdía ni una sola palabra de aquella conversación, se preguntó qué partido podría tomar en aquella aventura.

—¡Porque nosotros somos curdos! —repuso Yanar, irguiéndose para dar a esta palabra toda su importancia—; somos curdos de Mosul, curdos de la

gran capital de Curdistán, y no admitiremos jamás que se causen perjuicios a curdos, sin que una justa reparación se obtenga por justicia.

—Pero, señor, ¿qué perjuicio? —Osó decir Kidros, retrocediendo algunos pasos por prudencia.

—¿Qué perjuicio? —exclamó Yanar.

—¡Sí, señor! Sin duda algunos malhechores han intentado introducirse la última noche en la habitación de vuestra hermana, pero, al fin, nada han robado...

—¡Nada! —respondió Yanar—, nada... En efecto, pero gracias al valor de mi hermana, gracias a su energía. Maneja con la misma facilidad la pistola y el yatagán.

—Por eso —repuso Kidros— los malhechores han huido.

—Han hecho bien, Kidros. La noble, la valiente Sarabul los hubiese exterminado de dos en dos, de cuatro en cuatro. Por lo cual esta noche permanecerá armada como yo lo estoy, y desgraciado al que osare aproximarse a su habitación.

—Comprended, señor Yanar —repuso Kidros—, que no hay nada que temer, y que esos ladrones (si son ladrones) no se aventurarán a...

—¡Cómo, si son ladrones! —exclamó Yanar con voz de trueno—. ¿Y qué queréis que sean esos bandidos?

—Tal vez... algunos presuntuosos... algunos locos... —respondió Kidros, que quería defender el crédito de su establecimiento—. ¡Sí...!, ¿por qué no...? Algún enamorado atraído... arrastrado... por los encantos de la noble Sarabul.

—Por Mahoma —respondió Yanar, llevándose la mano a su panoplia—, estaría bien eso. Se trataría del honor de una curda. Entonces no sería bastante, encarcelarle, empalarle. El más espantoso suplicio no sería suficiente... a menos que el audaz no tuviese una posición y una fortuna que le permitiesen reparar su falta.

—Por Dios, ¿queréis calmaros, señor Yanar? —respondió Kidros—. Tened paciencia. La información nos liará conocer el autor o los autores de ese

atentado. Os lo repito, he llamado al juez. Yo mismo he ido a buscarle a Trebisonda, y, cuando se lo he contado, me ha asegurado que había un medio (un medio seguro) de descubrir a los delincuentes.

—¿Y qué medio es ése? —preguntó Yanar.

—Lo ignoro —respondió Kidros—; pero el juez asegura que ese medio es infalible.

—Sea —dijo Yanar—; veremos eso mañana. Me retiro a mi cuarto, pero estaré en guardia, en guardia y armado.

Diciendo esto, el terrible personaje se dirigió hacia su cuarto, situado al lado del de su hermana; una vez allí, se volvió por última vez, extendiendo el brazo en actitud amenazadora hacia el patio de la posada, exclamó con una voz formidable:

—No se juega con el honor de una curda.

Después desapareció.

Kidros respiró entonces con tranquilidad.

—En fin —dijo—, veremos cómo acaba esto. En cuanto a ladrones, si alguna vez los ha habido, más vale que se hayan escapado.

Durante aquel tiempo, Scarpante conversaba en voz baja con Saffar y Yarhud.

—¿Pretendes acaso...? —preguntó Saffar.

—Pretendo suscitar aquí mismo a ese Ahmet alguna desagradable aventura, que pudiera entretenerle algunos días en Trebisonda y separarle de su prometida.

—Sea; pero si fracasa la astucia...

—Entonces, usaremos la fuerza —dijo Scarpante.

En aquel momento Kidros percibió a Saffar, Scarpante y Yarhud, a quienes no había visto todavía. Avanzó hacia ellos, y con tono muy amable dijo:

—¿Qué esperáis, señores?

—Unos viajeros, que deben llegar de un momento a otro para pasar la noche en la posada —respondió Scarpante.

En aquel momento se oyó fuera el ruido de una caravana, cuyos caballos o mulas se detenían a la puerta exterior.

—Quizá lleguen ahora —dijo Kidros.

Y se dirigió al encuentro de los recién llegados.

—En efecto —exclamó, deteniéndose a la puerta—, he aquí viajeros que vienen a caballo. Algunos ricos personajes, sin duda, a juzgar por su fisonomía... ¿Qué menos puedo hacer que ofrecerles mis servicios?

Y salió.

Pero, al mismo tiempo que él, Scarpante se había adelantado hasta la entrada del patio para ver a los recién llegados.

—¿Serán esos viajeros Ahmet y sus compañeros? —preguntó, dirigiéndose al capitán maltés.

—¡Son ellos! —respondió Yarhud, que retrocedió vivamente a fin de no ser reconocido.

—¿Ellos? —exclamó Saffar, adelantándose a su vez, pero sin salir del patio de la posada.

—Sí —respondió Yarhud—; he aquí a Ahmet, a su novia..., su esclava..., los dos criados.

—Permanezcamos ocultos —dijo Scarpante, haciendo una señal a Yarhud para que se escondiese.

—Ya se oye la voz del señor Kerabán —repuso el capitán maltés.

—¿Kerabán...? —exclamó vivamente Saffar.

Y se precipitó hacia la puerta.

—Pero ¿qué os sucede, señor Saffar? —preguntó Scarpante muy sorprendido—. ¿Por qué ese nombre de Kerabán os causa tal emoción?

—¡Él... es él...! —respondió Saffar—. Es el viajero con quien me encontré en el ferrocarril del Cáucaso..., que disputó conmigo y quiso impedir el paso a mis caballos.

—¿Os conoce?

—Sí..., y no me sería difícil continuar aquí aquella disputa..., detenerle...

—¡Eh, eso no detendría a su sobrino! —respondió

Scarpante.

—¡Yo sabría desembarazarme del sobrino como del tío!

—¡No... no..., nada de disputas..., nada de ruido! —respondió Scarpante insistiendo—. Creedme, señor Saffar; ¡que ese Kerabán no pueda sospechar vuestra presencia aquí! ¡Que no sepa que Yarhud ha robado a la hija del banquero Selim por vuestra cuenta...! Sería arriesgarse a perderlo todo.

—Sea —dijo Saffar—; me retiro y me fío de tu habilidad, Scarpante. Pero sal bien de tu empresa.

—Saldré bien, señor Saffar, si me dejáis obrar. Volved a Trebisonda esta misma tarde.

—Volveré.

—Tú también, Yarhud, abandona al instante la posada —repuso Scarpante—. Te conocen, y no es conveniente que te reconozcan.

—Helos ahí —dijo Yarhud.

—¡Dejadme..., dejadme solo! —exclamó Scarpante, rechazando al capitán del *Güidar*.

—Pero ¿cómo podemos alejarnos sin ser vistos? —preguntó Saffar.

—¡Por aquí! —respondió Scarpante, abriendo la puerta situada en el tabique de la izquierda, y que daba acceso al campo.

Saffar y el capitán maltés salieron en seguida.

—¡Era tiempo! —se dijo Scarpante—. Y ahora tengamos alerta la vista y el oído.

Capítulo VII

EN EL CUAL EL JUEZ DE TREBISONDA PROCEDE A LA INFORMACIÓN, DE UNA MANERA BASTANTE INGENIOSA

En efecto, Kerabán y sus compañeros, después de haber dejado la *araba* y sus monturas en las cuadras exteriores, acababan de entrar en la posada. Kidros los acompañaba, no economizando sus más expresivas cortesías, y depositó en un rincón su linterna encendida, que no proyectaba más que una sutil claridad en el interior del patio.

—Sí, señor —repetía Kidros inclinándose—, entrad. ¿Queréis entrar? Ésta es la posada de Kissar.

—¿Y no estamos más que a dos leguas de Trebisonda? —preguntó Kerabán.

—¡A dos leguas, lo más!

—Bien; que cuiden a nuestros caballos. Partiremos mañana al despuntar el día.

Después, volviéndose hacia Ahmet que conducía a Amasia a un banco, en donde se sentó con Nedjeb, dijo con tono de buen humor:

—Desde que mi sobrino ha encontrado a su novia no se ocupa más que de ella, y me veo obligado a preparar todas nuestras jornadas.

—Es muy natural, señor Kerabán. ¿De qué serviría, pues, el ser tío?
—respondió Nedjeb.

—No me querréis menos por eso —dijo Ahmet sonriéndose.

—Ni a mí —añadió la joven.

—¡Eh, yo no quiero mal a nadie...! Ni siquiera a Van Mitten, que ha tenido

la idea..., la imperdonable idea de quererme abandonar en el camino.

—¡Oh!, no hablemos de eso —repitió Van Mitten—, ni ahora ni nunca.

—¡Por Mahoma! —exclamó Kerabán—, ¿por qué no hablar de eso? Una pequeña discusión sobre eso... o sobre otra cualquier cosa... os avivaría la sangre.

—Creía, tío —observó Ahmet—, que habíais tomado la resolución de no discutir más.

—¡Es verdad! Tienes razón, sobrino, y verás como no me vuelves a reprender, aunque tuviese cien veces razón.

—¡Veremos! —dijo Nedjeb.

—Por otra parte —repuso Van Mitten—, lo mejor que podemos hacer es descansar unas cuantas horas con un buen sueño.

—Si se puede dormir aquí —murmuró Bruno, de bastante mal humor como siempre.

—¿Tenéis habitaciones que darnos para pasar la noche? —preguntó Kerabán a Kidros.

—Sí, señor —respondió este último—, tantas como deseéis.

—¡Bien, muy bien! —exclamó Kerabán—. Mañana estaremos en Trebisonda; después, en diez días, en Scutari..., donde tendremos una buena comida... la comida a la que os he invitado, amigo Van Mitten, y que celebraremos.

—Nos la debéis, amigo Kerabán.

—¿Una comida en Scutari? —dijo Bruno al oído de su amo—. ¡Sí..., si llegamos!

—¡Vamos, Bruno! —replicó Van Mitten—. Un poco de valor, qué diablo..., aunque no sea más que por el honor de nuestra Holanda.

Scarpante, escondido, escuchaba los párrafos que se cambiaban entre los viajeros, y espiaba el momento oportuno en que le conviniese intervenir.

—Pues bien —preguntó Kerabán—, ¿cuál es la habitación destinada a estas dos jóvenes?

—Ésta —respondió Kidros, indicando una puerta situada a la izquierda del muro.

—Entonces, buenas noches, pequeña Amasia —respondió Kerabán—, y que Alá te proporcione agradables sueños.

—Igualmente, señor Kerabán —respondió la joven—. Hasta mañana, querido Ahmet.

—Hasta mañana, querida Amasia —respondió el Joven, después de haber abrazado a Amasia.

—¿Vienes, Nedjeb? —dijo Amasia.

—Os sigo, querida señorita —respondió Nedjeb—; mas ya sé de lo que tendremos que hablar durante una hora.

Las dos jóvenes entraron en la habitación por la puerta que Kidros tenía abierta.

—Y ahora, ¿dónde pondremos a estos dos bravos mozos? —dijo Kerabán, señalando a Bruno y a Nizib.

—En una habitación exterior, donde voy a conducirlos —respondió Kidros.

Y dirigiéndose hacia la puerta del fondo, hizo señas a Bruno y Nizib para que le siguieran, a lo que los dos bravos mozos, extenuados por una larga jornada de marcha, obedecieron, sin hacerse de rogar, después de haber dado a sus señores las buenas noches.

«He aquí el momento de obrar», se dijo Scarpante.

Kerabán, Van Mitten y Ahmet, aguardando la vuelta de Kidros, se paseaban en el patio del paradero. El tío estaba de buen humor. Todo marchaba a medida de sus deseos. Llegaría, en el plazo fijado, a las millas del Bósforo. Se regocijaba al pensar en las caras que pondrían las autoridades otomanas al verle aparecer. Para Ahmet, la vuelta a Scutari era la celebración tan deseada de su matrimonio. Para Van Mitten, la

vuelta... era la vuelta.

—¡Ah!, se me olvidaba; ¿y nuestra habitación? —dijo Kerabán.

Al volverse, percibió a Scarpante, que se adelantaba lentamente hacia él.

—¿Preguntáis por la habitación destinada al señor Kerabán y sus compañeros? —dijo inclinándose, como si fuese uno de los sirvientes del parador.

—Sí.

—Hela aquí.

Y Scarpante mostró a la derecha la puerta de la habitación ocupada por la vieja curda, cerca de la que velaba Yanar.

—¡Venid, amigos míos, venid! —respondió Kerabán, empujando vivamente la puerta que le indicaba Scarpante.

Los tres penetraron en el corredor; pero, antes que hubiesen tenido tiempo de cerrar la puerta, ¡qué agitación, qué gritos, qué clamores, y qué terrible voz de mujer se oyó, a la cual se unió bien pronto una da hombre!

Kerabán, Van Mitten y Ahmet, no comprendieron nada de lo que sucedía, salieron prestamente al patio de la posada.

En seguida todas las puertas se abrieron, los viajeros salieron de sus habitaciones. Amasia y Nedjcb también habían acudido al oír el ruido. Bruno y Nizlb volvían por la izquierda. Después, entre aquella senil oscuridad, se distinguía la silueta del feroz Yanar, Y finalmente, una mujer se precipitó fuera del pasadizo en el que Kerabán y sus compañeros tan imprudentemente se habían introducido.

—¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Criminales! —gritaba aquella mujer.

Era la noble Sarabul, gruesa, fuerte, de enérgico paso, viva mirada, rostro coloreado, negra cabellera, labios imperiosos que dejaban ver inquietantes dientes; en una palabra, Yanar vestido de mujer.

Evidentemente, la vieja velaba en su habitación en el momento en que los intrusos habían empujado la puerta, porque aparecía vestida. Llevaba un *minian*

de paño con bordados de oro en las mangas y en el cuerpo; una *entari* de seda brillante con adornos de seda amarilla, y unida al cuerpo por un chal, en el que no faltaba ni la pistola damasquina ni el yatagán a su vaina de terciopelo verde; en la cabeza, un fez sujeto con una banda de vistosos colores, de donde pendía un largo *puskul* como el asa de un cascabel; en los pies, botas de cuero rojo, en las que se perdía el bajo del *chalwar*, el pantalón de las mujeres de Oriente. Algunos viajeros han pretendido que la mujer curda, vestida de esta manera, se asemeja a una avispa. ¡Sea! La noble Sarabul no desmentía aquella comparación, y aquella avispa debía de poseer un formidable aguijón.

—¡Qué mujer! —dijo a media voz Van Mitten.

—¡Y qué hombre! —respondió Kerabán, mostrando a Yanar.

Entonces éste exclamó:

—¡Se ha cometido un nuevo atentado! Que detengan a todo el mundo.

—Resistamos —murmuró Ahmet al oído de su tío—, porque me temo que hayamos sido causado todo este trastorno.

—¡Bah!, nadie nos ha visto —respondió Kerabán—, y ni Mahoma nos reconocería.

—¿Qué hay, Ahmet? —preguntó la joven, que acababa de reunirse con su prometido.

—Nada, querida Amasia —respondió Ahmet—, nada.

En aquel momento, Kidros apareció en el umbral de la puerta grande, en el fondo del patio, y exclamó!

—¡Sí, llegáis a tiempo, señor juez!

En efecto, el juez, pedido a Trebisonda, acababa de llegar a la posada, donde debía pasar la noche, a fin de proceder a la mañana siguiente a la información reclamada por la pareja curda. Seguía su escribano, y se detuvo en el umbral.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Habrán repetido esos bribones su tentativa de la noche última?

—Así parece, señor juez —respondió Kidros.

—Que cierren las puertas de la posada —dijo el magistrado con una voz grave—. ¡Prohíbo que salga nadie sin mi permiso!

Estas órdenes fueron ejecutadas prontamente, y todos los viajeros pasaron al estado de detenidos, a los que la posada iba a servir momentáneamente da prisión.

—Y ahora, señor juez —dijo la noble Sarabul— pido justicia contra esos malhechores, que han osado, por segunda vez, atacar a una mujer indefensa...

—¡No solamente a una mujer, sino a una curda! —añadió Yanar con un gesto amenazador.

Scarpante, como es fácil comprender, seguía toda aquella escena sin perder el menor detalle.

El juez, de aspecto astuto, de hundidos ojos, nariz puntiaguda, boca comprimida que desaparecía bajo su barba buscaba reconocer con la vista la fisonomía de ludas las personas encerradas en la posada, cosa que no dejaba de ser difícil, por la poca claridad que esparcía la única linterna depositada en un rincón del patio.

Hecho rápidamente este examen, dirigiéndose a la noble viajera, le preguntó:

—¿Afirmáis que la noche última han intentado penetrar algunos malhechores en vuestra habitación?

—¡Lo afirmo!

—¿Y que acaban de repetir su criminal tentativa?

—¡Ellos, u otros!

—¿No hace más que un momento?

—¡No hace más que un momento!

—¿Los reconocerías?

—¡No...! ¡Mi habitación estaba a oscuras, lo mismo que este patio, y no he podido ver sus caras!

—¿Eran muchos?

—¡Lo ignoro!

—¡Lo sabremos, hermana mía —exclamó Yanar—, lo sabremos, y desgraciados esos bribones!

En aquel momento, Kerabán repetía al oído de Van Mitten:

—¡No hay nada que temer! ¡Nadie nos ha visto!

—¡Es posible —respondió el holandés, no del todo seguro de las consecuencias de aquella aventura—; porque, con esos diablos de curdos, el negocio sería malo para nosotros!

Sin embargo, el juez iba de un lado a otro. Parecía no saber qué partido tomar, con gran disgusto de los aquejados.

Señor juez —repuso la noble Sarabul, cruzando los brazos sobre el pecho—: la justicia queda en vuestras manos... ¿No somos súbditos del Sultán, que tiene derecho a su protección? ¿Puede una mujer de mi clase ser víctima de semejante atentado, y escapar al castigo los culpables?

—¡Es verdaderamente magnífica, esta curda! —observó muy justamente Kerabán.

—¡Magnífica..., pero terrible! —respondió Van Mitten.

—¿Qué decidís, señor juez? —preguntó el feroz Yanar.

—¡Que traigan luces, antorchas! —exclamó la noble Sarabul—. Entonces trataré de reconocer a los osados malhechores.

—Es inútil —respondió el juez—. Yo me encargo de descubrir al culpable.

—¿Sin luz?

—¡Sin luz!

Y el juez hizo una señal a su escribano, que salió por la puerta del fondo, después de haber hecho un gesto afirmativo.

Durante aquel tiempo, el holandés no podía menos de decir muy bajo a su amigo Kerabán:

—¡No me siento muy seguro sobre el resultado de este asunto!

—¡Eh, por Alá! ¡Siempre tenéis miedo! —respondió Kerabán.

Todos callaron entonces, aguardando la vuelta del escribano, no sin un sentimiento muy natural de curiosidad.

—Así, señor juez —preguntó Yanar—, pretendéis, en medio de esta oscuridad, reconocer y descubrir al culpable.

—¿Yo...? ¡No...! —respondió el juez—. Voy a encargarme de este asunto a un inteligente animal, que más de una vez me ha ayudado certeramente en mis informaciones.

—¿Un animal? —exclamó la viajera.

—Sí..., una cabra..., una astuta y maligna bestia, que sabrá denunciar al culpable, si el culpable está aquí todavía. Y debe de estar, puesto que nadie ha podido abandonar el patio de la posada desde que se ha cometido el atentado.

—¡Ese juez está loco! —murmuró Kerabán.

En aquel momento entró el escribano, tirando por su collar a una cabra que llevó en medio del patio.

Era un lindo animal de esa especie cuyos intestinos contienen algunas veces una concreción pizarrosa, el bezoar, tan estimado en Oriente por sus pretendidas cualidades curativas. Aquella cabra, con su delgado hocico, su rizada barbilla, su mirada inteligente, en una palabra, con su «fisonomía espiritual», parecía digna de aquel papel de adivina que su amo le otorgaba. Se encuentran, en grandes cantidades, rebaños de estos animales esparcidos por toda el Asia Menor, Anatolia, Armenia y Persia, y son notables por su aguda vista, su oído, su olfato, y su extrema agilidad.

Aquella cabra (a la que el juez atribuía tanta sagacidad) era de regular

talla, blanco el vientre, el pecho y el cuello, pero negra en la frente, la barba y el lomo. Se había echado graciosamente sobre la arena, y, con maliciosa expresión, y volviendo sus pequeños cuernos, miraba a «la sociedad».

—¡Qué bonito animal! —exclamó Nedjeb.

—Pero ¿qué quiere hacer ese juez? —preguntó Amasia.

—¡Alguna brujería, sin duda —respondió Ahmet—, que esos ignorantes creerán!

Ésta era la opinión de Kerabán, que se limitaba a alzar los hombros, mientras Van Mitten contemplaba aquellos preparativos con aire algo inquieto.

—¿Como, señor juez? —dijo entonces la noble Sarabul—. ¿Vais a pedir a esta cabra que reconozca a los culpables?

—A ella misma —respondió el juez.

—¿Y responderá?

—¡Responderá!

—¿De qué manera? —preguntó Yanar, perfecta mente dispuesto a admitir, en su calidad de curdo, todo lo que parecía superstición.

—Nada más sencillo —respondió el juez—. Cada uno de los presentes va a venir, el uno después del otro, a pasar la mano sobre la espalda de esta cabra, y en el momento que sienta la mano del culpable, este astuto animal le delatará con un balido.

—¡Ese buen hombre es sencillamente un brujo de feria! —murmuró Kerabán.

—Pero, señor juez, jamás... —observó la noble Sarabul—, jamás un animal...

—¡Vais a verlo!

—¿Y por qué no...? —respondió Yanar—. Así, aunque no puedo ser

acusado de este atentado, voy a dar el ejemplo y comenzar la prueba.

Al decir esto, Yanar se aproximó a la cabra, que permanecía inmóvil, y le pasó la mano por la espalda, desde el cuello hasta el rabo.

La cabra continuó callada.

—Que sigan los otros —dijo el juez.

Y, sucesivamente, los viajeros encerrados en el patio imitaron a Yanar y acariciaron la espalda del animal; pero no resultaron culpables, puesto que la cabra no hizo oír ningún balido acusador.

Capítulo VIII

QUE CONCLUYE DE UNA MANERA INESPERADA, SOBRE TODO PARA EL AMIGO VAN MITTEN

Mientras se efectuaba aquella prueba. Kerabán había llamado aparte a su amigo Van Mitten y a su sobrino Ahmet. He aquí el final del diálogo que cambiaba entre ellos (diálogo en el que el incorregible Kerabán, olvidando su propósito de no obstinarse más, iba a exponer otra vez su manera de ver y hacer).

—¡Eh, amigos —dijo—, ese brujo me parece sencillamente un gran imbécil!

—¿Por qué? —preguntó el holandés.

—Porque, ¿quién impide al culpable, o a los culpables, fingir que acarician a la cabra, que le pasan la mano sobre el lomo, sin tocarla? Por lo menos ese juez hubiera debido hacerlo a plena luz, a fin de impedir toda superchería. Pero en la sombra, es absurdo.

—En efecto —dijo Van Mitten.

—Así voy a hacerlo —repuso Kerabán—, y os sugiero que sigáis mi ejemplo.

—Pero, tío —repuso Ahmet—, que se le acaricie o no, bien sabéis que el animal balará tanto a los inocentes como a los culpables.

—Evidentemente, Ahmet; pero, puesto que ese buen juez es bastante simple para obrar de esa suerte, pretendo ser menos simple que él, y no tocar ese animal. Y os ruego que tampoco lo toquéis vosotros.

—¡Pero, tío...!

—¡Ah!, no hay discusión en eso —respondió Kerabán, que comenzaba a incomodarse.

—Sin embargo... —dijo el holandés.

—Van Mitten, si tuvierais el atrevimiento de tocar el lomo de ese animal, nunca os lo perdonaría.

—Sea. No tocaré absolutamente nada, por no disgustaros, amigo Kerabán. Poco importa, por otra parte, puesto que, gracias a la oscuridad, nadie nos podrá ver.

La mayor parte de los viajeros acababan de sufrir aquella prueba, y la cabra todavía no había acusado a nadie.

—A nosotros nos toca, Bruno —dijo Nizib.

—¡Dios mío, qué estúpidos son los orientales, fiándose de ese animal!
—respondió Bruno.

Y el uno después del otro, fueron a pasar la mano por la espalda de la cabra, que se portó de igual manera que con los viajeros precedentes.

—Vuestro animal no bala —exclamó la noble Sarabul, interpelando al juez.

—¿Es una burla? —añadió Yanar—. Sería muy peligroso burlarse de curdos.

—¡Paciencia! —respondió el juez sacudiendo la cabeza con aire maligno—. Si la cabra no ha balado, es que el culpable no la ha tocado todavía.

—¡Diablo, no falta más que nosotros! —murmuró Van Mitten, que sin saber por qué, demostraba una vaga inquietud.

—Vamos —dijo Ahmet.

—Sí, yo el primero —respondió Kerabán.

Y, al pasar delante de su amigo y sobrino, repitió en voz baja:

—No la toquéis.

Después, extendiendo la mano por encima de la cabra, simuló acariciarle lentamente la espalda, pero sin tocar un solo pelo.

La cabra no baló.

—¡Eso me tranquiliza! —dijo Ahmet.

Y, siguiendo el ejemplo de su tío, su mano no tocó el lomo de la cabra. La cabra no baló.

Le correspondía al holandés. Van Mitten, el último de todos, iba a ejecutar la prueba ordenada por el juez. Se adelantó, pues, hacia el animal, que parecía mirarle; pero, así y todo, por no disgustar a su amigo Kerabán, se contentó con pasar dulcemente su mano por encima del lomo de la cabra.

La cabra no baló.

Hubo un ¡oh! De sorpresa y un ¡ah! De satisfacción en toda la concurrencia.

—Decididamente, vuestra cabra no es más que una bestia —exclamó Yanar con voz de trueno.

—No ha reconocido al culpable —exclamó a su vez la noble curda—; y, sin embargo, el culpable está aquí, puesto que nadie ha podido abandonar este patio.

—Sí —dijo Kerabán—; ese juez, con su bestia tan lista, es bastante ridículo, Van Mitten.

—En efecto —respondió Van Mitten, creyendo que la prueba había finalizado.

—¡Pobre cabrita! —dijo Nedjeb a su señorita—; ¿van a castigarla porque no ha balado?

Todos miraban al juez, cuyos ojos, llenos de malicia, brillaban en la oscuridad como carbunco.

—Y ahora, señor juez —dijo Kerabán con un tono algo sarcástico—, puesto que vuestra indagación ha terminado, creo que nada se opone a que nos retiremos a nuestras habitaciones.

—¡No puede ser! —exclamó la irritada viajera—. ¡No puede ser! Se ha

cometido un crimen...

—¡Eh, señora! —repitió Kerabán, no sin cierta cólera—, no tendréis la pretensión de impedir a personas honradas el dormir cuando gusten de ello.

—¡Decís eso, señor...! —exclamó Yanar.

—En el tono que me conviene —repuso Kerabán.

Scarpante, pensando que el golpe preparado por él había fracasado, puesto que los culpables no habían sido descubiertos, vio con cierta satisfacción aquella disputa entre Kerabán y Yanar. Tal vez de allí surgiría una complicación que ayudara sus proyectos.

Y, en efecto, la disputa se acentuaba entre aquellos dos personajes. Kerabán antes se hubiera dejado detener, condenar, que no decir la última palabra. Ahmet también iba a intervenir para ayudar a su tío, cuando el juez dijo simplemente:

—Poneos todos en fila, y que traigan luces.

Kidros, a quien se dirigía aquel mandato, se apresuró a ejecutarlo. Un instante después, cuatro criados de la posada entraban con antorchas y el patio quedó iluminado rápidamente.

—Que todos levanten la mano derecha —dijo el juez.

A aquella orden, todos levantaron la mano derecha.

Todas estaban negras por la palma y los dedos, excepto las de Kerabán, Ahmet y Van Mitten.

En seguida el juez, designando a los tres, dijo:

—Los malhechores... son éstos.

—¡Cómo! —dijo Kerabán.

—¿Nosotros? —exclamó el holandés, sin comprender aquella inesperada afirmación.

—Sí, ellos —repuso el juez—. Que hayan tenido o no temor de ser

denunciados por la cabra, poco importa. Lo cierto es que, teniéndose por culpables, en vez de tocar el lomo de ese animal, que estaba revestido con una capa de hollín, no han hecho más que pasar la mano sin tocar al animal, y ellos mismos se han acusado.

Un murmullo lisonjero (muy lisonjero para el ingenio del juez) se elevó entre los concurrentes, mientras Kerabán y sus compañeros, muy contrariados, bajaban la cabeza.

—¡Así, pues —dijo Yanar—, son éstos los malhechores que han osado la noche pasada...!

—¡Eh!, la última noche —exclamó Ahmet— estábamos a diez leguas del parador de Kissar.

—¿Quién puede demostrarlo? —replicó el juez—. En todo caso, hace un instante habéis intentado introducirnos en la habitación de esta noble viajera.

—Pues bien, sí —exclamó Kerabán, furioso por haber caído en aquella celada—. Sí..., nosotros somos los que hemos entrado en ese corredor. ¡Pero no fue más que un error por nuestra parte, o, mejor dicho, de uno de los sirvientes del parador!

—¿De veras? —respondió irónicamente Yanar.

—¡Es cierto! Nos indicó la habitación de estos señores diciendo que era la nuestra.

—¡Eso es cuento! —dijo el juez.

«He aquí —pensó Bruno— que han capturado al tío, al sobrino y a mi amo».

El hecho es que, cualquiera que fuese su aplomo habitual, Kerabán estaba desconcertado, y lo estuvo más cuando el juez dijo, volviéndose hacia ellos:

—¡Que se les ponga en prisión!

—¡Sí, en prisión! —repitió Yanar.

Y todos los viajeros, a los cuales se unió la gente de la posada, gritaron:

—¡A la cárcel! ¡A la cárcel!

En suma, al ver el giro que tomaban las cosas, Scarpante no podía por menos de regocijarse de lo que había hecho. Kerabán, Van Mitten y Ahmet eran detenidos a un tiempo, el viaje interrumpido, una tardanza más a la celebración del matrimonio, y, sobre todo, la separación inmediata de Amasia y su prometido, la posibilidad de continuar en mejores condiciones y conseguir la tentativa en que había fracasado el capitán maltés.

Ahmet, advirtiendo las consecuencias de aquella aventura y pensando en su separación de Amasia, se sintió indispuerto contra su tío. ¿No era Kerabán quien, por una nueva obstinación, les había arrojado a otra aventura? ¿No les había impedido, no les había positivamente prohibido acariciar a la cabra tan sólo por engañar al juez, que, al fin y al cabo, se había mostrado más astuto que ellos? ¿Quién tenía la culpa, si acababan de caer en aquel lazo tendido a su simpleza, y si estaban amenazados de quedar prisioneros, al menos por algunos días?

También, por su parte, Kerabán rabiaba sordamente al pensar en el poco tiempo que le quedaba para terminar su viaje, si quería llegar a Scutari en el plazo determinado. Una terquedad tan inútil como absurda, que podía costar una fortuna a su sobrino!

En cuanto a Van Mitten, miraba a derecha e izquierda, balanceándose ya sobre una pierna ya sobre otra, muy disgustado de sí mismo, osando apenas mirar a Bruno, que parecía repetirle aquellas palabras de mal agüero:

—¿No os había prevenido, señor, que tarde o temprano os sucedería alguna desgracia?

Y dirigió a su amigo Kerabán este simple reproche, en suma bien merecido:

—¿Por qué nos impedisteis pasar la mano por el lomo de ese inofensivo animal?

Por primera vez en su vida, Kerabán se quedó sin responder.

Sin embargo, los gritos de «¡a la cárcel!» se oían y aumentaban con más energía, y Scarpante no se hacía de rogar para gritar con más fuerza que los demás.

—¡Sí, a la cárcel esos malhechores! —repitió el vengativo Yanar, dispuesto a reclamar mano fuerte a la autoridad, si era necesario—. ¡Que les lleven a la cárcel! ¡A la cárcel los tres!

—¡Sí, los tres..., a menos que uno de ellos no sea el único culpable! —repuso la noble Sarabul, que no hubiera querido que los inocentes pagasen por un culpable.

—¡Eso es de justicia! —añadió el juez—. Pues, bien, ¿cuál de vosotros ha intentado penetrar en esa habitación?

Hubo un momento de indecisión en el espíritu de los tres acusados, pero no fue de larga duración.

Kerabán había pedido al juez permiso para hablar un instante con sus compañeros, lo que le fue otorgado; después, llamando aparte a Ahmet y Van Mitten, con aquel tono que no admitía réplica, les dijo:

—¡Amigos míos, verdaderamente no hay que hacer más que una cosa! ¡Es necesario que uno de vosotros tome a cargo toda esta estúpida aventura, que no tiene nada de grave!

Aquí el holandés comenzó, como si tuviese un presentimiento, a rascarse la oreja.

—Ahora —repuso Kerabán—, la elección no puede ser dudosa. ¡La presencia de Ahmet, en muy corto plazo, es necesaria en Scutari para la celebración de su matrimonio!

—¡Sí, tío, sí! —respondió Ahmet.

—¡La mía también, naturalmente, puesto que debo asistir en calidad de tutor!

—*Hein?* —dijo Van Mitten.

—¡Por lo tanto, amigo Van Mitten —repuso Kerabán—, creo que no hay opción posible! ¡Es necesario que os sacrificuéis!

—Pero... ¿qué?

—¡Es necesario acusaros! ¿Qué riesgo corréis? ¿Algunos días de prisión? ¡Es una bagatela! ¡Nosotros sabremos sacaros del encierro!

—Pero... —balbuceó Van Mitten.

—¡Querido señor Van Mitten —repuso Ahmet—, es necesario...! ¡En nombre de Amasia os lo suplico! ¿Queréis que todo su porvenir se pierda, que por no llegar a tiempo a Scutari...?

—¡Oh, señor Van Mitten! —dijo la joven, que había oído aquel coloquio.

—Qué... ¿quisierais? —repetía Van Mitten.

«¡Hum! —se dijo Bruno, que comprendía lo que pasaba—; ¡una estupidez más que quieren hacer cometer a mi amo!».

—¡Señor Van Mitten! —repuso Ahmet.

—¡Vamos..., un buen apretón! —dijo Kerabán apretándole la mano fuertemente.

Sin embargo, los gritos de «¡a la cárcel!, ¡a la cárcel!» continuaban, siendo cada vez más amenazadores.

El desgraciado holandés no sabía qué hacer, ni a quién escuchar. Decía que sí con la cabeza; después decía que no.

En el momento en que los individuos de la posada se abalanzaban para prender a los tres culpables a una señal del juez:

—¡Deteneos! —dijo Van Mitten con voz indecisa—. ¡Deteneos! Creo que fui yo quien...

—¡Bueno! —dijo Bruno—. ¡Esto está bien!

«¡Me ha fallado el golpe!», se dijo Scarpante, sin poder retener un movimiento de despecho.

—¿Fuisteis vos? —preguntó el juez al holandés.

—¡Yo..., sí..., yo!

—¡Bien, señor Van Mitten! —murmuró la joven Amasia al oído de aquel

digno hombre.

—¡Oh, sí! —añadió Nedjeb.

¿Qué hacía, mientras tanto, la noble Sarabul?

Pues bien, aquella inteligente mujer observaba, no sin interés, al que había tenido la audacia de atacarla.

—¿Así es que —preguntó Yanar— sois vos quien osó penetrar en la habitación de esta noble curda?

—¡Sí...! —respondió Van Mitten.

—Pero no tenéis aspecto de ladrón.

—¿Ladrón...? ¡Yo..., un negociante! ¡Yo... un holandés... de Rotterdam!
¡Ah, no! —exclamó Van Mitten, que ante aquella acusación no pudo detener un grito de indignación bien natural.

—¡Pues, entonces...! —dijo Yanar.

—Pues, entonces... —dijo Sarabul— entonces... ¿Habéis intentado comprometer mi honor?

—¡El honor de una curda! —exclamó Yanar, llevándose la mano al yatagán.

—No me disgusta del todo este holandés —repetía la noble viajera, disminuyendo su cólera algún tanto.

—Pues bien, toda vuestra sangre no será suficiente para pagar semejante ultraje —repuso Yanar.

—¡Hermano mío..., hermano mío...!

—Si rehusáis reparar el ultraje...

—*Hein!* —dijo Ahmet.

—Os casaréis con mi hermana, de lo contrario...

«¡Por Alá! —se dijo Kerabán—. He aquí otra complicación».

—¿Casarme..., casarme yo...? —respondió Van Mitten, levantando los ojos al cielo.

—¿Rehusáis? —exclamó Yanar.

—¡Sí, rehusó, rehusó...! —respondió Van Mitten, en el colmo del espanto—. ¡Ya estoy casado!

Van Mitten no tuvo tiempo de terminar su frase. Kerabán acababa de cogerle por el brazo.

—¡Ni una palabra más! —le dijo—. ¡Consentid; es necesario, sin vacilación!

—¿Yo consentir? ¿Yo... casado ya...? ¡Yo..., yo, bigamo!

—En Turquía... bigamo, trígamo, cuadrógamo, está perfectamente permitido; por lo tanto, decid que sí.

—¡Pero...!

—Casaos, Van Mitten, casaos. De esta manera no tendréis ni una sola hora de prisión. Continuaremos el viaje juntos; después, una vez en Scutari, tomáis el camino más corto y decís adiós a la nueva señora Van Mitten.

—¡Por Dios, amigo Kerabán, no me pidáis lo imposible! —respondió el holandés.

—Es necesario, o todo se pierde.

En aquel momento, Yanar, cogiendo a Van Mitten por el brazo derecho, le decía:

—Es necesario.

—Es necesario —repitió Sarabul, que vino a su vez a cogerle por el brazo izquierdo.

—¡Pues entonces, acepto! —respondió Van Mitten, a quien las piernas apenas podían sostener.

—¿Qué, señor? ¿Vais a ceder todavía sobre ese punto? —dijo Bruno

aproximándose.

—¡No es posible hacer otra cosa, Bruno! —murmuró Van Mitten con una voz tan débil que apenas pudo oírsele.

—Entonces, en pie —exclamó Yanar, levantando a su futuro cuñado.

—Y erguido —repitió la noble Sarabul, dirigiéndose también a su futuro esposo.

—Como debe estar el cuñado...

—Y el marido de una curda.

Van Mitten se había erguido vivamente bajo la influencia de aquel doble impulso; pero su cabeza no cesaba de agitarse, como si estuviese separada del tronco.

—¡Una curda! —murmuraba—. ¡Yo, ciudadano de Rotterdam, casarme con una curda!

—No temáis nada. Se trata de un casamiento de broma —le dijo en voz baja Kerabán.

—¡No se deben tomar a broma estas cosas! —respondió Van Mitten, con un tono tan compungido que sus compañeros tuvieron que aguantarse la risa.

Nedjeb, mostrando a su señora la radiante estampa de la viajera, decía por lo bajo:

—Si no me engaño, ésta debe de ser una viuda que corre en busca de marido.

—¡Pobre señor Van Mitten! —respondió Amasia.

—¡Hubiera preferido mejor ocho días de prisión —dijo Bruno levantando la cabeza— que ocho días de este matrimonio!

Sin embargo, Yanar se había vuelto hacia los viajeros reunidos allí y decía en voz alta:

—Mañana, en Trebisonda, celebraremos con gran pompa los esponsales

del señor Van Mitten y la noble Sarabul.

A la palabra «esponsales», Kerabán, sus compañeros, y, sobre todo, Van Mitten, pensaron que aquella aventura sería menos gravé de lo que podía temerse.

Pero es necesario hacer observar que según las costumbres del Curdistán, los desposorios forman el nudo indisoluble del matrimonio. Podía compararse esta ceremonia al matrimonio civil de ciertos pueblos europeos y a la que sigue el matrimonio religioso, con lo cual se completa la unión de los esposos. En Curdistán, después de los desposorios, el marido no es todavía más que novio, pero es un novio absolutamente ligado a la que él ha escogido, o a la que le ha escogido, como sucede en el presente caso.

Esto fue debidamente explicado a Van Mitten por Yanar, que terminó diciendo:

—Por lo tanto, desposado en Trebisonda...

—Y marido en Mosul —añadió la noble curda.

Scarpante, en el momento en que abandonaba el parador por la puerta que acababa de ser abierta, pronunciaba estas amenazadoras palabras:

—¡La astucia ha fracasado...! Pues bien, ¡acudamos a la fuerza!

Después desapareció, sin haber sido observado ni por Kerabán ni por ninguno de sus compañeros.

—¡Pobre señor Van Mitten! —repetía Ahmet al ver la descompuesta fisonomía del holandés.

—¿Por qué? —respondió Kerabán—. Es cosa de risa. ¡Unos esponsales nulos! Será cuestión de diez días. No tiene importancia.

—Evidentemente, tío; pero, desposado durante diez días con esta imperiosa curda, tiene su importancia.

Cinco minutos después, el patio del parador de Kissar estaba vacío. Cada uno de sus huéspedes había vuelto a su cuarto para pasar la noche. Pero Van Mitten iba a ser custodiado por su terrible cuñado, y el silencio se extendió sobre el teatro de aquella tragicomedia que acababa de desarrollarse sobre la espalda del infortunado holandés.

Capítulo IX

EN EL CUAL VAN MITTEN, DESPOSÁNDOSE CON LA NOBLE SARABUL, TIENE EL HONOR DE SER CUÑADO DE YANAR

Una ciudad antiquísima, que debe su fundación a los habitantes de una colonia milesia, que fue conquistada por Mitrídates, que cayó en poder de Pompeyo, que sufrió la dominación de los persas y los escitas, que fue cristiana bajo Constantino el Grande y llegó a ser pagana hasta el siglo sexto, que fue rescatada por Belisario y enriquecida por Justiniano, que perteneció a los Comneno, de los que afirmaba descender Napoleón I; después, al sultán Mahomet II, hacia mediados del siglo quince, época en la cual terminó el imperio de Trebisonda después de una duración de doscientos cincuenta y seis años, esta ciudad, necesario es convenir en ello, tiene algún derecho a figurar en la historia del mundo. Por lo tanto, no se extrañará que durante toda la primera parte de este viaje Van Mitten se regocijase al pensar visitar una ciudad tan famosa, a la que las novelas caballerescas han escogido, por otra parte, como lugar de sus maravillosas aventuras.

Pero cuando esto pensaba, Van Mitten estaba libre de todo cuidado. Entonces no tenía más que seguir a su amigo Kerabán por aquel itinerario que rodeaba el antiguo Ponto Euxino. Y, sin embargo, desposado (por lo menos provisionalmente, tal vez algunos días), pero desposado con aquella noble curda a quien estaba enlazado, no tenía humor para poder apreciar los esplendores históricos de Trebisonda.

El 17 de setiembre, hacia las nueve de la mañana, dos horas después de haber abandonado el parador de Kissar, Kerabán y sus compañeros, Yanar, su hermana y sus sirvientes hicieron una soberbia entrada en la capital del bajalato moderno, situada en medio de un paisaje alpino, con valles, montañas, sinuosas corrientes de agua; paisaje que recuerda algunos aspectos de la Europa Central: diríase que pedazos de Suiza y del Tirol habían sido transportados a aquella porción del litoral del mar Negro.

Trebisonda, situada a trescientos veinticinco kilómetros de Erzurum,

importante capital de Armenia, está, sin embargo, en comunicación directa con Persia por medio de un camino que el Gobierno turco ha abierto por Gumuch-Kané, Baiburt y Erzurum, lo que le devolverá, tal vez, algo de su antiguo valor comercial.

Esta ciudad está dividida en dos, dispuestas en anfiteatro sobre una colina. Una, la ciudad turca, rodeada de murallas flanqueadas de torrentes, antes defendida por su viejo castillo, no comprende menos de una cuarentena de mezquitas, cuyos minaretes emergen de entre espesuras de naranjos, olivos y otros árboles de bello aspecto. La otra es la ciudad cristiana, más comercial, en donde se encuentra el gran bazar, ricamente surtido de alfombras, telas, alhajas, armas, monedas antiguas, piedras preciosas, etc. En cuanto al puerto, está servido por una línea semanal de barcos de vapor que le ponen en comunicación directa con los principales puntos del mar Negro.

En esta ciudad se agita o vegeta (siguiendo los diversos elementos de que se compone) una población de cuarenta mil habitantes: turcos, persas, cristianos del rito armenio y latino, griego ortodoxos, curdos y europeos. Pero aquel día esta población se hallaba más que quintuplicada por el concurso de los fieles venidos de todos los rincones del Asia Menor para asistir a las espléndidas fiestas que iban a celebrarse en honor de Mahoma.

Por esta causa la pequeña caravana tuvo alguna dificultad en hallar alojamiento conveniente para las veinticuatro horas que debían pasar en Trebisonda, porque la intención de Kerabán era partir a la mañana siguiente para Scutari. Y, en efecto, no había que perder un día si querían llegar antes de fin de mes.

En un hotel franco-italiano, en medio de un verdadero barrio de posadas y cabañas, ya llenas de viajeros cerca de la plaza de Giaur-Meidan, en la parte más comercial de la ciudad y por consecuencia fuera de la ciudad turca, fue donde Kerabán y los que le acompañaban encontraron alojamiento. Pero el hotel era bastante confortable para que pudiesen tomar aquel día y aquella noche el reposo de que tenían necesidad. Así es que el tío de Ahmet no tuvo el menor motivo para encolerizarse con el hotelero.

Pero mientras Kerabán y sus compañeros, llegando a aquel punto de su viaje, creían haber terminado (si no con las fatigas, al menos con los

peligros de toda especie), un complot se tramaba contra ellos en la ciudad turca, en la que residía su más mortal enemigo.

En el palacio de Saffar, construido sobre los primeros contrafuertes de la montaña de Bostepeche, cuyas pendientes bajaban dulcemente hacia el mar, era en donde una hora antes había llegado el intendente Scarpante, después de haber abandonado el parador de Kissar.

Allí, Saffar y el capitán Yarhud le aguardaban; allí, primeramente, Scarpante les participó lo sucedido en la noche precedente: contó cómo Kerabán y Ahmet se habían librado de la prisión, cosa que hubiese dejado a Amasia sin defensa, y cómo fueron salvados por la estúpida confesión de aquel Van Mitten. En esta conferencia de tres hombres que tenían un interés único, fueron expuestas las resoluciones que amenazaban directamente a los viajeros en aquel trayecto de doscientas veinticinco leguas entre Scutari y Trebisonda. El proyecto que tenían se hará conocer más adelante; pero puede decirse que hubo aquel mismo día un comienzo de ejecución; en efecto, Saffar y Yarhud, sin inquietarse por las fiestas que iban a celebrarse, abandonaron Trebisonda y siguieron por el Oeste el camino de Anatolia que conduce a la desembocadura del Bósforo.

Scarpante quedó en la ciudad. No siendo conocido ni de Kerabán, ni de Ahmet, ni de las dos jóvenes, podría obrar con toda libertad. A él le tocaba desempeñar en aquel drama el importante papel que debía en adelante sustituir la fuerza a la astucia.

Scarpante pudo mezclarse entre la multitud y pasar el tiempo por la plaza de Giaur-Meidan. No hacía esto por temor a que le reconociesen Kerabán y su sobrino, por haberles dirigido la palabra un instante, y en la oscuridad, en el parador de Kissar.

Así le fue fácil espiar sus pasos y sus diligencias con toda seguridad.

En estas condiciones fue cuando vio a Ahmet, poco después de su llegada a Trebisonda, dirigirse hacia el puerto, a través de, sus calles, bastante descuidadas, que a él afluyen. Allí, barcos de cabotaje, barcos de todas clases, estaban en seco, después de haber desembarcado sus cargamentos, mientras los buques de comercio, por falta de calado, se mantenían lejos de allí.

Un *hammal* acababa de indicar a Ahmet la oficina del telégrafo, y

Scarpante pudo asegurarse de que el novio de Amasia expedía un largo telegrama al banquero Selim, a Odesa.

«¡Bah! —se dijo—. He aquí un despacho que no llegará jamás a su destinatario. Selim fue mortalmente herido por una bala que le disparó Yarhud y eso no es cosa de inquietarnos».

Y de hecho, Scarpante no se inquietó lo más mínimo.

Después, Ahmet volvió al hotel del Giaur-Meidan.

Encontró a Amasia en compañía de Nedjeb, que le aguardaba, no sin alguna impaciencia, y la joven pudo estar cierta de que antes de algunas horas se sabría su suerte en la mansión de Selim.

—Una carta hubiera tardado en llegar a Odesa —añadió Ahmet—, y, por otra parte, temo siempre...

Ahmet se había interrumpido.

—¿Teméis, querido Ahmet...? ¿Qué queréis decir? —preguntó Amasia, algo sorprendida.

—Nada, querida Amasia —respondió Ahmet—, nada... He querido recordar a vuestro padre que cuidase de hallarse en Scutari a nuestra llegada, y aún antes con el fin de hacer todas las diligencias necesarias para que nuestro matrimonio no experimente tardanza alguna.

La verdad es que Ahmet, temiendo siempre nuevas tentativas de raptó, o en el caso de que los cómplices de Yarhud supiesen lo sucedido después del naufragio del *Güidar*, advertía al banquero Selim de que el peligro no había desaparecido aún; pero, no queriendo inquietar a Amasia durante el resto del viaje, se guardó muy bien de confiarle sus temores; vagos temores, no fundados más que en presentimientos.

Amasia dio las gracias a Ahmet por haber advertido telegráficamente a su padre, aún cuando, por haber usado del hilo telegráfico tuviera que sufrir las maldiciones de su tío Kerabán.

Y mientras tanto, ¿qué era del amigo Van Mitten?

El amigo Van Mitten había llegado a ser, a pesar suyo, el feliz novio de la

noble Sarabul, y el cómico cuñado de Yanar.

¿Cómo hubiese podido resistirse? Por una parte, Kerabán le repetía que era necesario consumir el sacrificio hasta el fin, o bien el juez podría enviarlos a los tres a la cárcel, lo que comprometía irreparablemente el éxito del viaje; que aquel matrimonio, si era valedero en Turquía, en donde la poligamia es admisible, sería totalmente nulo en Holanda, en donde Van Mitten estaba ya casado; que, por consecuencia, podría a su gusto ser monógamo en su país, y bígamo en el reino de Padischá.

Pero la elección de Van Mitten ya estaba hecha: prefería no ser más que «gamo».

Por otra parte, se trataba de irnos hermanos incapaces de soltar su presa. Por lo tanto, era prudente satisfacerles, salvo en la promesa de acompañarles a las orillas del Bósforo, lo que les impediría ejercer sus pretendidos derechos de esposa y cuñado.

Así es que Van Mitten, no pudiendo resistir, se abandonó a la ventura.

Afortunadamente, Kerabán había conseguido lo siguiente: que antes de finalizar el matrimonio en Mosul, Yanar y su hermana les acompañarían hasta Scutari; que asistirían a la unión de Amasia y Ahmet, y que la novia curda no partiría con su holandés más que dos o tres días después para el país de sus antepasados.

Es necesario advertir que Bruno, pensando que su señor no terna todavía lo que merecía por su increíble debilidad, no dejaba de lamentarse al verle caer bajo el poder de aquella terrible mujer. Pero, debe confesarse que tuvo un acceso de risa (risa que apenas pudieron reprimir Kerabán, Ahmet y las dos jóvenes), cuando vio a Van Mitten, en el momento en que la ceremonia de los esponsales iba a efectuarse, vestido con el traje de aquel extravagante país.

—¡Sois vos, Van Mitten! —exclamó Kerabán—. ¿Vos, vestido a la oriental?

—Soy yo, amigo Kerabán.

—¿En curdo?

—¡En curdo!

—Verdaderamente no estáis mal, y estoy seguro que, en cuanto os acostumbréis, encontraréis este traje más cómodo que los vuestros de Europa.

—Sois muy bueno, amigo Kerabán.

—Veamos, Van Mitten, dejad ese aire tan cómico. Figuraos que hoy es carnaval, y que no es más que un disfraz para un matrimonio imaginario.

—No es el disfraz el que más me inquieta.

—¿Qué es, pues?

—¡El matrimonio!

—¡Bah!, matrimonio provisional, amigo Van Mitten —respondió Kerabán—. ¡Y la señora Sarabul pagará caro sus fantasías de viuda inconsolable! Sí, cuando le comunicáis que esos esponsales no os obligan a nada, puesto que ya estáis casado en Rotterdam, cuando la despedáis en buenas formas, quiero estar allí, Van Mitten. ¡Verdaderamente, no debe estar permitido casarse a disgusto! ¡Gracias que sea permitido hacerlo voluntariamente!

Con toda estas razones, el digno holandés acabó por aceptar la situación. Lo mejor, finalmente, era tomarlo por su lado cómico, puesto que se prestaba a reír, y resignarse, puesto que salvaba los intereses de todos.

Por otra parte, aquel día Van Mitten hubiera tenido apenas tiempo para reconocerse. Yanar y su hermana no gustaban decididamente de dejar alargarse las cosas. Ella estaba dispuesta a desposarse con el flemático hijo de Holanda.

No debe creerse por esto que las formalidades acostumbradas en el Curdistán, cualesquiera que fuesen, hubiesen sido omitidas o solamente descuidadas. ¡No! El cuñado velaba por todo con un cuidado particular, y, en aquella gran ciudad, no faltaban los elementos que debían dar a aquel casamiento toda la solemnidad posible.

En efecto, entre la población de Trebisonda se cuenta cierto número de curdos. Entre ellos, la pareja formada por Yanar y Sarabul encontró amigos de Mosul. Aquellas gentes decidieron ayudar a su noble compatriota en aquella ocasión que se le presentaba, por cuarta vez, de

consagrarse a la felicidad de un esposo. Hubo, por lo tanto, de parte de la novia, un gran número de invitados a la ceremonia, mientras Kerabán, Ahmet y sus compañeros se apresuraban a figurar en el lado del novio. También es necesario comprender que Van Mitten, severamente vigilado, no se encontró jamás solo con sus amigos después de aquellas últimas palabras cambiadas en el momento en que acababa de vestirse con el traje tradicional de los señores de Mosul y de Chechrezur. Sólo un instante pudo Bruno deslizarse cerca de él para repetirle en voz siniestra:

—¡Tened cuidado, señor, tened cuidado! ¡Peligráis!

—¡Eh! ¿Puedo hacer otra cosa, Bruno? —respondió Van Mitten con tono resignado—. En todo caso, si esto es una estupidez, saca a mis amigos de un apuro y los resultados no serán graves.

—¡Hum! —dijo Bruno moviendo la cabeza—. Casarse, señor, es casarse, y...

Y como entonces llamaron al holandés, nadie sabrá jamás de qué manera el fiel servidor hubiera acabado aquella frase verdaderamente conminatoria.

Era mediodía, en el momento en que Yanar y otros curdos de noble cuna acudieron a buscar al prometido, a quien no debían abandonar hasta el final de la ceremonia.

Y entonces, los esponsales se efectuaron con gran pompa. Durante aquella ceremonia no hubo que criticar el comportamiento de los dos consortes. Van Mitten no dejaba vislumbrar cierta inquietud que le dominaba, y la noble Sarabul se sentía contenta de encadenar a un hombre del Norte de Europa. ¡Qué gloria el haber unido Holanda con Curdistán!

La novia estaba magnífica con su traje de matrimonio (un traje que evidentemente llevaba en el viaje por casualidad; se convendrá que aquella vez fue buena precaución). Nada tan espléndido como su *mitan* de paño de oro, cuyas mangas y talle desaparecían entre bordados y pasamanerías de filigrana. Nada tan precioso como aquel chal que le rodeaba la cintura, aquel *entari* a rayas alternadas de líneas de florecitas y recubierto de mil pliegues de esas muselinas de Brusa designadas bajo el nombre de *tchembers*. Nada más majestuoso de aquel *chalwar* de gasa de

Salónica. Las piernas se ocultaban bajo el cuero de finas botas de marroquí, bordadas de perlas. ¡Y aquel fez, rodeado de *yeminis* de vistosas flores, en donde se destacaba hasta medio cuerpo un largo *puskul* adornado de blondas! ¡Y las alhajas, los colgantes de piezas de oro, y aquellos pendientes formados de pequeños rosetones, en los que resplandecían cadenas soportando una pequeña media luna de oro, y los broches de plata sobredorada de la cintura, y los alfileres de filigrana azulada, figurando una palma, y aquellos radiantes collares de dobles hileras, aquellos *guerdanliks* compuestos de una fila de ágatas engastadas en oro, grabadas cada una con el nombre de un imán! No; jamás habíase visto andar más bella novia por las calles de Trebisonda, que en aquella circunstancia debieran haber sido cubiertas de una alfombra de púrpura, como antaño lo fueron con motivo del nacimiento de Constantino Porfirogéneta.

Pero si la noble Sarabul estaba soberbia. Van Mitten estaba magnífico, y su amigo Kerabán no le ahorró cumplidos, que no podían ser irónicos por parte de un viejo creyente, siempre fiel al traje oriental. Es necesario convenir que aquel traje daba a Van Mitten un aspecto marcial, altanero, una fisonomía aventajada algo feroz, en fin, poco propio a su temperamento de negociante de Rotterdam. ¿Y de qué otra manera hubiese estado con aquel ligero manto de muselina cargado de tela de algodón, aquel ancho pantalón de satén rojo que se perdía entre las botas de cuero, salpicadas y adornadas de oro bajo los mil pliegues de su caña; aquel traje abierto cuyas mangas llegaban al suelo, y aquel fez de *yeminis* y aquel *puskul*, que indicaba el rango que iba bien pronto a ocupar en el Curdistán el esposo de la noble Sarabul?

El gran bazar de Trebisonda había surtido todo aquello, que, hecho a medida, no hubiera podido caer mejor a Van Mitten. Habíase procurado así aquellas armas maravillosas, de las que el novio llevaba todo un arsenal en el chal bordado y de pasamanería, que le ceñía la cintura; puñales damasquinos, con mango verde y hojas adamascadas de doble filo, pistolas de culata de plata grabadas como el collar de un ídolo, sable de hoja corta, con el filo con dientes como de sierra, con negra empuñadura adornada de plata, y, en fin, un arma de acero con relieves dorados y acabando en hoja ondulada como el hierro de los antiguos fajardos.

¡Ah, el Curdistán puede sin temor declarar la guerra a Turquía! ¡No son

semejantes guerreros los que los ejércitos del Padischá podrán vencer! ¡Pobre Van Mitten! ¿Quién le hubiese dicho que un día se vería de aquella manera? Felizmente, como repetía Kerabán, y después de él su sobrino Ahmet, y después de Ahmet, Amasia y Nedjeb, y después todos, excepto Bruno, todo era una simple diversión.

Durante la ceremonia de los esponsales, las cosas transcurrieron con normalidad. A no ser porque el novio pareció algo frío a su terrible cuñado y a su no menos terrible hermana, todo marchó bien.

En Trebisonda no faltaban jueces, haciendo funciones de oficiales ministeriales, que hubiesen reclamado el honor de registrar semejante contrato (tanto más, cuanto que eso no iba sin algún provecho); pero el mismo magistrado cuya sagacidad hemos podido apreciar en el asunto del parador de Kissar, fue el encargado de aquella honrosa tarea, y de cumplimentar, en buenos términos, a los futuros esposos.

Después de anotado el contrato, los novios y sus compañeros, en medio de un inmenso concurso popular, se trasladaron a la ciudad vecina, a una mezquita que antaño fue iglesia bizantina, y cuyas murallas se hallan decoradas de curiosos mosaicos. Allí oyeron ciertos cánticos curdos, que son más expresivos y melodiosos, por su colorido y su ritmo, que los cantos turcos o armenios. Algunos instrumentos, cuya sonoridad provenía de un sencillo choque metálico que domina la aguda nota de dos o tres pequeñas flautas, unieron sus bizarros acordes al concierto de voces suficientemente refrescadas por aquella circunstancia. Después, el imán pronunció una sencilla plegaria, y Van Mitten fue unido, bien unido, como observó Kerabán, a la noble Sarabul.

Más tarde aquella boda debía completarse en el Curdistán, donde nuevas fiestas debían durar por espacio de muchas semanas. Allí, Van Mitten tendría que adaptarse a las costumbres curdas, o, por lo menos, debería fingir que se conformaba. En efecto, cuando la esposa llega ante la casa conyugal, el esposo se presenta inopinadamente ante ella, y, tomándola en brazos, la conduce así hasta la habitación que debe ocupar. Se pretende con eso velar por el pudor de la desposada, pues no sería lógico que demostrara entrar a gusto en una vivienda extraña. Cuando se hallase en aquel feliz momento, Van Mitten vería la manera de no hacer nada que pudiese herir las costumbres del país. Pero, afortunadamente, las fiestas de los esponsales fueron completadas con las que se daban, muy a propósito, para celebrar la noche de la ascensión del Profeta, este *eilet-ulmy' rady*

, que tiene lugar ordinariamente el 29 del mes de Redjeb. Aquella vez, por circunstancias particulares, debidas a una concurrencia político-religiosa, un ordenanza del jefe de los imanes del bajalato la había fijado en esta época.

Aquella noche, en el más vasto palacio de la ciudad, magníficamente dispuesto al efecto, miles y miles de fieles se apresuraban a una ceremonia, la cual les había atraído a Trebisonda desde todos los puntos del Asia musulmana.

La noble Sarabul no podía perder aquella ocasión de exhibir a su novio en público. En cuanto a Kerabán, a su sobrino, a las dos jóvenes y a los dos criados, ¿qué mejor podían hacer, para pasar las horas de la noche, que asistir con gran aparato a aquel maravilloso espectáculo?

Maravilloso, en efecto, y como sólo lo hubiese podido ser en aquel país de Oriente, en el que todos los sueños de este mundo se transforman en realidades en el otro. Lo que iba a ser aquella fiesta dada en honor del Profeta, sería más fácil al pincel representarla, empleando todos los tonos de la paleta, que a la pluma describirlo, aun adoptando las cadencias, las imágenes y las estrofas de los más grandes poetas del mundo.

«La riqueza está en las Indias —dice un proverbio turco—; el espíritu, en Europa; la pompa, en los otomanos».

Y, realmente con una pompa incomparable se desarrollaron las incidencias de una poética leyenda a la que las más graciosas hijas del Asia Menor presentaron el encanto de sus danzas y el encanto de su belleza.

La leyenda representaba la ascensión del profeta al paraíso, que hasta entonces había permanecido cerrado a los creyentes. Aquel día aparecía a caballo sobre el *borak*, el hipogrifo que le aguardaba a la puerta del templo de Jerusalén; y después, su milagrosa tumba, dejando la tierra, subía a través de los cielos y quedaba suspendida entre el cénit y el nadir, en medio de los esplendores del paraíso del Islam. Todos despertaban entonces para prestar homenaje al Profeta; el período de la eterna felicidad prometida a los creyentes comenzaba al fin, y Mahoma se elevaba en una apoteosis deslumbrante durante la cual los astros del cielo árabe, bajo la forma de huríes innumerables, gravitaban alrededor de la frente deslumbradora de Alá.

En una palabra, aquella fiesta fue como una realización del sueño de uno de los poetas que mejor ha sentido la poesía de los países orientales, cuando dijo, a propósito de los éxtasis de los derviches, copiado de sus canciones tan extrañamente rimadas:

«¿Qué veían en aquellas visiones que les deslumbraban? ¡Los bosques de esmeraldas con frutos de rubíes, las montañas de ámbar y mirra, los quioscos de diamantes y las tiendas de perlas del paraíso de Mahoma!».

Capítulo X

DURANTE EL CUAL LOS HÉROES DE ESTA HISTORIA NO PIERDEN NI UN DÍA NI UNA HORA

A la mañana siguiente, 18 de setiembre, en el momento en que el sol comenzaba a iluminar con sus primeros rayos los más altos minaretes de la ciudad, una pequeña caravana salía por una de las puertas de la muralla y daba un último adiós a la poética Trebisonda.

Aquella caravana, en ruta para las orillas del Bósforo, seguía los caminos del litoral bajo la dirección de un guía, del que Kerabán había voluntariamente aceptado los servicios.

Este guía, en efecto, debía conocer perfectamente aquella porción septentrional de Anatolia; era uno de esos nómadas a quienes en el país se da un nombre equivalente a «holgazán».

Se ha designado con este nombre a algunos leñadores que recorren los bosques de aquella parte de Anatolia y del Asia Menor en donde crece el nogal. En aquellos árboles se desarrollan nudos o excrescencias naturales, de una notoria dureza, cuya madera, por ser la que mejor se presta a todas las exigencias del ebanista, es muy solicitada.

Aquel «holgazán», habiendo sabido que los extranjeros iban a abandonar Trebisonda para partir hacia Scutari, había acudido la víspera a ofrecerles sus servicios. Parecía inteligente, muy práctico por aquellos caminos, en los que conocía todos sus múltiples enredos.

Así es que, después de contestar limpiamente a las preguntas que le dirigió Kerabán, el «holgazán» había sido contratado por un buen estipendio, que debía doblarse si la caravana ganaba las orillas del Bósforo antes de doce días, último plazo fijado para la celebración del matrimonio de Amasia y Ahmet.

Ahmet, después de haber interrogado al guía, y aún cuando en su grave

figura, en su actitud reservada, había algo que no prevenía en su favor, le otorgó su confianza.

Nada más útil, por otra parte, que un hombre conocedor de esas regiones por haberlas recorrido toda su vida, nada más conveniente bajo el punto de vista de un viaje que debía ejecutarse con rapidez.

Por lo tanto, el «holgazán», era, pues, el guía de Kerabán y sus compañeros. Dirigía la marcha de la pequeña caravana. Escogería los lugares dónde hacer alto, organizaría los campamentos, velaría por la seguridad de todos, y, cuando se le prometió aumentar su salario bajo condición de llegar a Scutari en el plazo fijado, contestó:

—El señor Kerabán puede estar seguro de mi celo; y, puesto que me propone doble precio para pagar mis servicios, yo me comprometo a no reclamárselo, si antes de doce días no estáis en Scutari.

—¡Por Mahoma! He aquí un hombre que me agrada —dijo Kerabán, cuando hubo contado esto a su sobrino.

—Sí —respondió Ahmet—; pero, por buen guía que sea, tío, no olvidemos que no es necesario aventurarse imprudentemente por esos caminos de Anatolia.

—¡Ah, siempre tus temores!

—Tío Kerabán, no creeré que nos encontremos verdaderamente al abrigo de cualquier eventualidad, hasta que estemos en Scutari.

—¡Y estés casado! —respondió Kerabán dando un apretón de manos a Ahmet—. Pues bien, te prometo que en doce días Amasia será la mujer del más desconfiado de los sobrinos.

—Y la sobrina del...

—¡Del mejor de los tíos! —exclamó Kerabán, que terminó su frase con una carcajada.

El material de la caravana estaba compuesto de lo siguiente: dos *talikas*, especie de carretelas bastante cómodas, que pueden cerrarse en caso de mal tiempo, con cuatro caballos, enganchados por parejas en cada *talika*, y dos caballos de silla. Ahmet había sido muy afortunado al encontrar

aquellos vehículos en Trebisonda, aun a muy alto precio, lo que les permitiría acabar el viaje en buenas condiciones.

Kerabán, Amasia y Nedjeb se habían colocado en el primer *talika*, en el que Nizib ocupaba el sitio de detrás.

En el interior de la segunda ocupaba un asiento la noble Sarabul, cerca de su novio y enfrente de su hermano, con Bruno, que hacía de lacayo.

Uno de los caballos de silla estaba montado por Ahmet y el otro por el guía, que tan pronto galopaba junto a la puertecilla de los, *talikas*, conducidos como las sillas de posta, como exploraba el camino a recorrer. Como el país podía no ser seguro, los viajeros se habían provisto de fusiles y revólveres, sin contar las armas que figuraban de ordinario en el cinto de Yanar y su hermana y las famosas pistolas de Kerabán. Ahmet, a pesar de que el guía le asegurase que no había nada que temer por aquellos caminos, había querido tomar todas las precauciones contra cualquier agresión.

En suma, en casi doscientas leguas que recorrer en doce días, con aquellos medios de transporte, aun sin relevar, en una comarca en donde las casas de postas eran raras, aun dejando a los caballos el reposo de cada noche, no había nada que confiar demasiado. Por lo tanto, sin contar accidentes imprevistos o improbables, aquel viaje circular debía terminarse en el plazo convenido.

El país que se extiende desde Trebisonda hasta Sinope es llamado Djanik por los turcos. Ahí es donde comienza la Anatolia propiamente dicha, la antigua Bitinia, que había llegado a ser uno de los más vastos bajalatos de la Turquía asiática, que comprende la parte oeste de la antigua Asia Menor, con Kutais por capital y Brusa, Esmirna, Angora, etc., por principales ciudades.

La pequeña caravana, que había partido a las seis de la mañana de Trebisonda, llegaba a las nueve a Platana, después de un trayecto de cinco leguas.

Platana es la antigua Hermouasa. Para llegar a ella es preciso atravesar una especie de valle donde se desarrollan la cebada, el trigo y el maíz; también se extienden magníficas plantaciones de tabaco que prosperan maravillosamente. Kerabán no pudo dejar de admirar el producto de

aquella solanácea de Asia, cuyas hojas, secas sin ninguna preparación, llegan a adquirir un color amarillo de oro. Probablemente su corresponsal y amigo Van Mitten tampoco hubiera podido contener la vehemencia de su admiración, si no le hubiese estado prohibido mirar otra cosa que no fuese la noble Sarabul.

En toda aquella comarca se elevan bonitos árboles, abetos, pinos, hayas comparables a las más majestuosas de Holstein y Dinamarca, avellanos, groselleros y frambuesos silvestres. Bruno, no sin cierto sentimiento de envidia, pudo observar también que los indígenas de aquel país, aun los de menor edad, tenían el vientre abultado, lo que era muy humillante para un holandés reducido al estado de esqueleto.

Al mediodía pasaban por el pequeño pueblo de Fol, dejando a la izquierda las primeras ondulaciones de los Alpes Pónticos. A través de los caminos cruzaban con paisanos, que iban o venían de Trebisonda, vestidos de tela de gruesa lana oscura, cubierta la cabeza con el fez o el bonete de piel de carnero, acompañados de sus mujeres, que se envolvían en telas de algodón rayadas, que resaltaban sobre las enaguas de lana encamada.

Todo aquel país era una pequeña parte del Jenofonte, célebre por su famosa retirada de los Diez Mil. Pero el infortunado Van Mitten lo atravesaba bajo la amenazadora mirada de Yanar, sin tener el derecho de consultar su «Guía». Pero había dado orden a Bruno de consultarla por él y tomar algunos apuntes rápidamente. Pero como Bruno en todo pensaba menos en las hazañas del general griego, he aquí por qué, al salir de Trebisonda, se había olvidado de mostrar a su amo aquella colina que domina la costa y desde la cual los Diez Mil, al volver de las provincias macronianas, saludaron con entusiastas gritos a las flotas del mar Negro. Verdaderamente, no era un fiel servidor.

Por la tarde, después de una mojada de veinte leguas, la caravana se detuvo y descansó en Tireboli. Allí el *caiwak*, especie de crema obtenida por el enfriamiento de la leche de cordero, y el yogur, queso fabricado con leche agria, fueron cumplidamente apreciados por viajeros a los que una larga jornada había abierto el apetito.

Por otra parte, el camero, bajo todas sus formas, no faltaba a la comida, y Nizib pudo regalarse sin temor a ofender la ley musulmana. Bruno no pudo arrebatarse aquella vez su parte de comida.

Aquel lugar fue abandonado la mañana del 19 de setiembre.

Durante el día, pasaron por Zepa y su angosto puerto, en el que pueden abrigarse solamente tres o cuatro embarcaciones de comercio de calado mediano.

Después, siempre bajo la dirección del guía, que conocía perfectamente aquellos caminos apenas trazados algunas veces en medio de largas llanuras, llegaban a Keresum, después de un trayecto de veinticinco leguas.

Keresum se halla situada al pie de una colina, en un doble escarpado de la costa. Aquella antigua Farnacea, donde los Diez Mil se detuvieron durante diez días para reparar sus fuerzas, es muy pintoresca, con las ruinas de su castillo que dominan la entrada del puerto.

Allí, Kerabán hubiera podido a su gusto hacer una amplia provisión de tubos de pipa de madera de cerezo, que son objeto de un importante comercio. En efecto, el cerezo abunda por aquella parte del bajalato, y Van Mitten creyó conveniente contar a su futura esposa este gran hecho histórico: que fue precisamente de Keresum de donde el procónsul Lóculo envió los primeros cerezos que fueron aclimatados en Europa.

Sarabul jamás había oído hablar del célebre catador, y no pareció tomar más que un regular interés por las sabias disertaciones de Van Mitten. Éste era el más triste curdo que pueda imaginarse. Y, sin embargo, su amigo Kerabán, sin que pudiese adivinarse si lo hacía en serio o en broma, no cesaba de felicitarle por la manera con que llevaba su nuevo traje, lo que hacía encogerse de hombros a Bruno.

—Sí, Van Mitten —repetía Kerabán—; esto os sienta admirablemente; ese vestido, ese *chalwar*, ese turbante... Para ser un curdo completo, no os faltan más que unos grandes y amenazadores bigotes, tales como los que lleva el señor Yanar.

—Jamás he tenido yo bigotes —respondió Van Mitten.

—¿No tenéis bigotes? —exclamó Sarabul.

—¿No tienes bigotes? —repitió Yanar con el tono más desdeñoso.

—¡Pocos, noble Sarabul!

—¡Pues bien, los tendréis! —repuso la imperiosa curda—; ¡yo me encargo de hacéroslos crecer!

—¡Pobre señor Van Mitten! —murmuraba entonces la joven Amasia, recompensándole con una buena mirada.

—¡Bah! ¡Todo esto terminará con una carcajada! —repetía Nedjib, mientras Bruno movía la cabeza como un pájaro de mal agüero.

A la mañana siguiente, 20 de setiembre, después de haber seguido las huellas de una vía romana que Lóculo hizo construir, según se dice, para unir Anatolia a las provincias armenias, la pequeña caravana, favorecida por el tiempo, dejaba atrás la provincia de Apatar, y después, hacia el mediodía, el pueblo de Ordu. Aquel trayecto contorneaba los límites de soberbios bosques, dispuestos sobre las colinas, en las que abundan las esencias más variadas, robles, olmos, arces, plátanos, ciruelos, olivos de una especie estéril, enebros, álamos blancos, granados, moreras blancas y negras, nogales y sicómoros. Allí la vid de una exuberancia vegetal parecida a la de la hiedra de los países templados, escalaba los árboles hasta sus más altas copas. Y esto, sin hablar de los arbustos oxiacantas, agracejos, avellanos, sauquillos, saúcos, nísperos, jazmines, tamariscos, ni las plantas más variadas, azafranes de flor blanca, iris, rosagos, escabiosas, narcisos amarillos, malvas, alelíos, clemátides orientales, etc., y tulipanes silvestres, sí, ¡hasta tulipanes!, que Van Mitten no podía mirar sin que todos los instintos del aficionado no se despertaran en él, aunque la vista de aquella planta evocó algún desagradable recuerdo de su primera unión. Verdaderamente, la existencia de la otra señora Van Mitten constituía, sin embargo, una garantía contra las pretensiones matrimoniales de la segunda. Era una verdadera suerte que el digno holandés estuviese casado en primeras nupcias.

Una vez pasado el cabo Jesum-Burum, el guía dirigió la caravana a través de las ruinas de la antigua ciudad Polemonium, hacia la aldea de Fatisa, donde viajeros y caballos durmieron toda la noche.

Ahmet, con el ánimo siempre alerta, no había abrigado hasta entonces sospecha alguna. Cincuenta leguas y pico acababan de franquear desde Trebisonda, durante las cuales ningún peligro había parecido amenazar a Kerabán y sus compañeros. El guía, poco comunicativo de por sí, siempre les había sacado de apuros con sagacidad e inteligencia. Y, sin embargo,

Ahmet experimentaba por aquel hombre cierta desconfianza que no podía reprimir. Así es que no descuidaba nada de lo que debía afianzar la seguridad de todos, y velaba por la salvación común, sin dejar de ver nada.

El 21, al alba, dejaban Fatisa. Hacia el mediodía dejaban a la derecha el puerto de Onieh y sus astilleros en construcción, en la embocadura del antiguo Oenus. Después, el camino se extendió a través de inmensas plantaciones de cáñamo hasta las bocas del Cherchenbeb, donde la leyenda ha colocado una tribu de amazonas, contorneando cabos y promontorios cubiertos de ruinas, como todos los de aquella histórica costa. Por el pueblo de Terma pasaron después del mediodía, y por la tarde llegaron a Samsun, antigua colonia ateniense, donde hicieron alto para la noche.

Samsun es una de las más importantes escalas de aquella parte del mar Negro, aunque su rada sea poco segura, y su puerto, insuficientemente profundo, está en la embocadura de Kizil Irmak. Sin embargo, el comercio es bastante activo y expide hasta Constantinopla cargamentos de sandías, que, bajo el nombre de *arbuses*, crecen abundantemente en sus alrededores. El viejo fuerte, pintorescamente levantado sobre la costa, no la defendería más que muy imperfectamente contra un ataque por mar.

En el estado de enflaquecimiento en que se encontraba Bruno le pareció que aquellas sandías, muy acuosas, con las que Kerabán y sus compañeros se regalaron, no serían de suficiente naturaleza para fortificarle, y rehusó comerlas. El hecho es que el buen hombre, aunque muy afectado ya en su robustez, todavía encontraba medio de enflaquecer y el mismo Kerabán se vio obligado a reconocerlo.

—Pero —le decía en tono de consuelo—, nos aproximamos a Egipto, y allí, si quiere, Bruno podrá hacer un negocio ventajoso con su persona.

—¿Y de qué manera? —preguntaba Bruno.

—¡Vendiéndose como momia!

Aquella broma desagradó al infortunado servidor, quien deseó para Kerabán un castigo peor que el segundo matrimonio de su amo.

—Pero, por desgracia, no le sucederá nada a ese turco —murmuraba—; y todas las desgracias serán para cristianos como nosotros.

Y verdaderamente, Kerabán se portaba a las mil maravillas, sin contar que su buen humor no decaía, desde que veía sus proyectos efectuarse en las mejores condiciones de tiempo y seguridad.

Ni en la aldea de Milisch, ni en el Kizil, que fue cruzado por un puente de barcas durante la mojada de 22 de setiembre, ni en Gersa, donde llegaron a la mañana siguiente, hacia las doce, ni en Chobanlar, se detuvieron los carruajes sino el tiempo necesario para dar descanso a los caballos. Sin embargo, Kerabán hubiese deseado visitar, aunque no fuese más que algunas horas, Bafira o Bafra, situada a alguna distancia, donde se realiza un gran comercio de tabacos, cuyos *tays* o paquetes, contenidos en latas, habían llenado tan a menudo sus almacenes de Constantinopla; pero era necesario dar un rodeo de más diez leguas, y le pareció conveniente no alargar un camino todavía largo.

El 23, por la tarde, la pequeña caravana llegaba sin novedad a Sinope, sobre la frontera de la Anatolia propiamente dicha.

Sinope es todavía una importante escala del Ponto Euxino, colocada sobre su istmo, la antigua Sinope de Estrabón y Polibio. Su rada es excelente, y se construyen buques con las magníficas maderas de las montañas de Aio-Antonio, que se elevan en los alrededores. Posee un castillo rodeado de una doble muralla, pero no cuenta más que quinientas casas lo más, y apenas cinco o seis mil almas.

¡Ah! ¿Por qué Van Mitten no habría nacido dos o tres mil años antes? ¡Cuánto hubiera admirado aquella célebre ciudad, cuya fundación se atribuye a los argonautas, y que llegó a ser tan importante como colonia milesia, que mereció ser llamada la Cartago del Ponto Euxino, cuyas embarcaciones cubrieron el mar Negro en tiempo de los romanos, y que acabó por ser cedida a Mahomet II «porque gustaba mucho a aquel caudillo de los creyentes»! Pero era muy tarde para volver a encontrar todos los pasados esplendores, de los que no quedan más que fragmentos de comisas, de frontispicios y de capiteles de diversos estilos. Por otra parte, si aquella ciudad debe su nombre a Sinope, hija de Asopo y Metona, que fue consagrada por Apolo y conducida a aquel sitio, aquella vez era otra la ninfa que elevaba el objeto de su ternura, y esta ninfa tenía por nombre Sarabul. Esto fue dicho por Van Mitten no sin cierta angustia. Ciento veinticinco leguas separan a Sinope de Scutari. Le quedaban a Kerabán siete días para recorrerlas. Si no estaba atrasado, tampoco

estaba adelantado. Convenía, por lo tanto, no perder un instante.

El 24, al salir el sol, abandonaron Sinope para seguir las vueltas de la orilla Anatolia. Hacia las diez, la pequeña caravana alcanzaba Istifán, al mediodía la aldea de Apaña, y por la tarde, después de una jornada de quince leguas, se detenía en Ineboli, cuya rada, poco abrigada, abierta a todos los vientos, es poco para los buques de comercio.

Ahmet propuso entonces no tomar allí más que dos horas de reposo y viajar el resto de la noche. Doce horas ganadas valían alguna de fatiga. Kerabán aceptó la proposición de su sobrino.

Nadie protestó, ni aun Bruno. Por otra parte, Yanar y Sarabul también tenían deseos de llegar a orillas del Bósforo para tomar el camino del Curdistán y Van Mitten un deseo no menos grande, pero para fugarse todo lo lejos posible de aquel Curdistán cuyo solo nombre le horrorizaba.

El guía no hizo ninguna oposición a aquel proyecto, y se declaró presto a partir cuando quisieran. De noche, como de día, el camino no le estorbaba, y aquel «holgazán», habituado a marchar por instinto entre espesos follajes, no se sentía apurado al encontrarse sobre caminos que seguían la costa. Partieron, pues, a las ocho de la noche, con una buena luna, llena y brillante, que se elevó en el Este sobre el horizonte del mar, poco después de la puesta del sol. Amasia, Nedjeb y Kerabán, la noble Sarabul, Yanar y Van Mitten, echados en sus carretas, se abandonaron al sueño, al trote de los caballos.

No vieron, por lo tanto, nada del cabo Kerembé, rodeado de aves marinas, cuyos ensordecedores gritos llenaban el espacio. Por la mañana pasaban por Timlé, sin que ningún incidente hubiese turbado el viaje; después llegaban a Kidros, y por la tarde hicieron alto para toda la noche en Amastra. Tenían perfecto derecho a algunas horas de reposo, después de una etapa de más de sesenta leguas, recorridas en treinta y seis horas.

Tal vez Van Mitten (porque siempre es necesario recurrir a este excelente hombre, previamente enterado de las lecturas de su «Guía»); tal vez Van Mitten, si hubiese tenido libertad de movimiento, si el tiempo y el dinero no le hubiesen faltado, tal vez hubiese recorrido el puerto de Amastra para buscar algún objeto del que ningún anticuario osaría desmentir su valor arqueológico.

Nadie ignora, en efecto, que doscientos noventa años antes de Jesucristo, la reina Amastris, mujer de Lisímaco, uno de los capitanes de Alejandro, la célebre fundadora de aquella población, fue encerrada en un pellejo de cuero, y después arrojada por sus hermanos en las aguas del puerto que ella había construido. Porque, ¡qué gloria para Van Mitten, si, fiando en su «Guía», hubiese logrado pescar el famoso e histórico pellejo! Pero, según antes se ha dicho, el tiempo y el dinero le faltaban, y sin confiar a nadie, ni aun a la noble Sarabul, el motivo de su sueño, se atuvo a sus lamentos de arqueólogo.

A la mañana siguiente, 26 de setiembre, aquella antigua metrópoli de los genoveses, que hoy no es más que una aldea casi miserable, en donde se fabrican algunos juguetes de niños, era abandonada al amanecer.

Tres o cuatro leguas más allá estaba el pueblo de Bartan; después del mediodía llegaron a Filias; a la caída de la tarde, a Ozona, y hacia la medianoche, a la aldea de Eragli.

Descansaron hasta el amanecer. En suma, era poco, porque los caballos, tanto como los viajeros, comenzaban a estar fatigados por tan larga carrera, que no les había permitido más que raros descansos desde Trebisonda. Pero faltaban cuatro días para llegar al término de aquel itinerario, cuatro días solamente, 27, 28, 29 y 30 de setiembre. Y todavía aquella última mojada era necesario no contarla, puesto que debía ser empleada de otra manera. Si el 30, a primeras horas de la mañana, Kerabán y sus compañeros no alcanzaban las orillas del Bósforo, la situación sería singularmente comprometida. No había que perder un instante, por lo tanto, y Kerabán apresuró la partida, que se efectuó al salir el sol.

Eragli es la antigua Heráclea, de origen griego. Antes fue una gran capital, cuyas murallas en ruinas, en las que medran enormes higueras, dejan adivinar su contorno. El puerto, por otra parte, muy notable, bien protegido por su muralla, ha ido perdiendo importancia, como la ciudad, que no cuenta más que seis o siete mil habitantes. Después de los romanos y los griegos, después de los genoveses, cayó bajo la dominación de Mahomet II, y, de ciudad que tuvo sus días de esplendor, llegó a ser un insignificante villorrio, muerto para la industria y el comercio.

El dichoso novio de Sarabul hubiera tenido que satisfacer una curiosidad. ¿No era, cerca de Heráclea, en la península de Acherusia, donde se abría,

en una mitológica caverna, una de las entradas del Tártaro? ¿No cuenta Diodoro de Sicilia que fue por aquella abertura por donde Hércules llevó a Cerbero, al volver del Infierno? Pero Van Mitten ocultó sus deseos en lo más profundo de su corazón. Y, por otra parte, ¿no encontraba la fiel imagen de aquel Cerbero en su cuñado Yanar, que tan de cerca le custodiaba? Sin duda, el señor curdo no tenía tres cabezas; pero una le bastaba, y cuando la erguía con aire feroz parecía que sus dientes, apareciendo entre sus espesos bigotes, iban a morder como los del perro tricéfalo que Plutón tenía encadenado.

El 27 de setiembre la pequeña caravana atravesó el pueblo de Sakarya; después ganó, por la tarde, el cabo Kerpe, en el sitio mismo donde, dieciséis siglos antes, fue muerto el emperador Aureliano. Allí hicieron alto por la noche, y tuvieron consejo sobre la cuestión de modificar algo el itinerario, a fin de llegar a Scutari en cuarenta y ocho horas, es decir, por la mañana del último día señalado para la vuelta.

Capítulo XI

EN EL CUAL KERABÁN CEDE A LA OPINIÓN DEL GUÍA, CONTRA LA DE SU SOBRINO AHMET

Un efecto, he aquí una proposición hecha por el guía, y cuya oportunidad merecía ser tomada en consideración.

¿Qué distancia separaba todavía a los viajeros de las alturas de Scutari? Cerca de unas sesenta leguas. ¿Cuánto tiempo quedaba para franquearlas? Cuarenta y ocho horas. Era poco, si los tiros de los carruajes se negaban a marchar durante la noche.

Pues bien, abandonando un camino que las sinuosidades de la costa alargan sensiblemente, arrojándose a través de aquel ángulo extremo de Anatolia comprendido entre las orillas del mar Negro y las del mar de Mármara; en una palabra, yendo por el camino más corto, podía abreviarse el itinerario lo menos una docena de leguas.

—He aquí, pues, señor Kerabán, el proyecto que os propongo —dijo el guía con aquel tono tan frío que le caracterizaba—; y añadiré que casi es necesario que lo aceptéis.

—Pero ¿los caminos del litoral no son más seguros que los del interior? —preguntó Kerabán.

—Tanto peligro hay que franquear en el interior como en las costas —respondió el guía.

—¿Y conocéis bien esos caminos que nos proponéis tomar? —repuso Kerabán.

—Los he recorrido veinte veces —replicó el guía— cuando explotaba los bosques de Anatolia.

—Me parece que no hay que titubear —dijo Kerabán—, y que por ahorrar

doce leguas sobre lo que nos queda que recorrer, vale la pena que modifiquemos el itinerario.

Ahmet escuchaba sin decir nada.

—¿Qué te parece, Ahmet? —preguntó Kerabán a su sobrino.

Ahmet no respondió. Sentía una auténtica prevención contra aquel guía, prevención que, necesario es confesarlo, aumentaba no sin razón, a medida que el viaje se aproximaba a su fin.

En efecto, el cauteloso paso de aquel hombre, algunas ausencias inexplicables, durante las cuales se adelantaba a la caravana, el cuidado que tenía de no estar a la vista en las horas de alto, bajo pretexto de preparar los campamentos, miradas singulares, aun sospechosas, dirigidas a Amasia; una vigilancia que parecía recaer más especialmente sobre la joven, todo esto no era para tranquilizar a Ahmet. Así es que no perdía de vista al guía aceptado en Trebisonda sin que se supiese ni quién era ni de dónde venía. Pero su tío Kerabán no era hombre capaz de participar de sus temores y hubiera sido difícil hacerle tomar por realidad lo que no era todavía más que un presentimiento.

—Y bien, Ahmet —preguntó Kerabán antes de tomar un partido sobre la nueva proposición del guía—, espero tu respuesta. ¿Qué opinas de ese itinerario?

—Pienso, tío, que hasta ahora no nos podemos quejar de haber seguido la ribera del mar Negro, y que tal vez sería una imprudencia el abandonarla.

—¿Y por qué, Ahmet, puesto que nuestro guía conoce perfectamente esos caminos del interior que nos propone seguir? Por otra parte, el ahorro de tiempo vale la pena.

—Podemos, tío, sosteniendo algo el paso de nuestros caballos, ganar muy bien...

—Bueno, Ahmet; hablas así porque Amasia nos acompaña —exclamó Kerabán—. Pero si nos aguardara en Scutari, serías el primero en apresurar nuestra marcha.

—Es posible, tío.

—Pues bien; yo, que tengo en las manos tus intereses, Ahmet, pienso que cuanto más pronto lleguemos, mejor. Estamos siempre a merced de un accidente, y puesto que podemos ganar doce leguas cambiando nuestro itinerario, no hay que titubear.

—Sea, tío —respondió Ahmet—. Puesto que lo queréis, no discutiré sobre ese punto.

—No es porque yo no quiero; pero sí porque te faltan argumentos, sobrino, que me gustaría rebatir.

Ahmet no contestó. En todo caso, el guía pudo convencerse de que el joven no veía sin disgusto aquella modificación propuesta por él. Sus miradas apenas se cruzaron; pero fue lo suficiente para «tantearse», como se dice en esgrima. Ahmet resolvió estar «en guardia». Para él, el guía era un enemigo, no aguardando más que la ocasión de atacarles traidoramente.

Por otra parte, la determinación de abreviar el viaje no podía menos de agradar a viajeros que no habían descansado desde Trebisonda. Van Mitten y Bruno tenían deseos de estar en Scutari para liquidar una violenta situación; Yanar y la noble Sarabul para volver al Curdistán con su cuñado y esposo, en los paquebotes del litoral; Amasia para unirse al fin con Ahmet, y Nedjeb para asistir a las fiestas de aquel matrimonio.

La proposición fue, por lo tanto, bien acogida. Resolvieron descansar durante aquella noche del 27 al 28 de setiembre, a fin de recorrer una larga etapa durante la jornada siguiente.

Tomaron asimismo varias precauciones, indicadas por el guía. Importaba, efectivamente, proveerse de provisiones para veinticuatro horas, porque en la región que tenían que atravesar faltaban pueblos y aldeas. Tampoco encontrarían *khans* ni *dukhans* ni posadas en el camino. Era, por lo tanto, preciso proveerse a fin de satisfacer todas las necesidades.

Afortunadamente, en Kerpe pudieron procurarse lo que era necesario, pagándolo a buen precio, y aun hacer adquisición de un asno para llevar aquel aumento de carga.

Es necesario decir que Kerabán sentía simpatía por los asnos (simpatía de testarudo a testarudo, sin duda), y el que compró en Kerpe le gustó

particularmente.

Era un animal de pequeña talla, pero vigoroso, que podía llevar la carga de un caballo, o sea cerca de noventa oks, o más de cien kilos, uno de esos asnos como se encuentran por miles en las regiones de Anatolia, donde transportan cereales hasta diversos puertos de la costa.

Este inquieto pollino tenía las fosas nasales separadas artificialmente, lo que le permitía desembarazarle con más facilidad de las moscas que se introducían en su nariz. Aquello le daba un aire muy risueño, una especie de fisonomía alegre, y hubiese merecido ser denominado «el asno risueño». Completamente distinto de esos pobres animales de los que habla Gautier, lamentables bestias «con las orejas caídas, con el lomo delgado y huesoso», debía de ser tan testarudo como Kerabán, y Bruno se dijo que éste había encontrado ya a su maestro.

En cuanto a las provisiones, un cuarto de camero para asar, *burghul*, especie de pan hecho con trigo candeal, secado de antemano al horno y adicionado de manteca, era todo lo que hacía falta para tan corto trayecto. Una pequeña carreta de dos ruedas, a la que engancharon el burro, debía transportar todo lo citado.

Poco antes de salir el sol, a la mañana siguiente, 28 de setiembre, todos estaban en pie. Los caballos, enganchados a los *talikas*, en los que cada uno ocupó su sitio de costumbre. Ahmet y el guía, con sus monturas, se pusieron a la cabeza de la caravana que precedía al asno, y se pusieron en camino. Una hora después el vasto horizonte del mar Negro había desaparecido detrás de las altas rocas. Era una región ligeramente accidentada, que se desenvolvía ante los pasos de los viajeros.

La mojada no fue muy penosa, bien que la viabilidad de los caminos dejaba que desear —lo que permitía a Kerabán reanudar la letanía de sus lamentaciones contra la desidia de las autoridades otomanas.

—¡Bien se ve —repetía— que nos aproximamos a la moderna Constantinopla!

—¡Los caminos del Curdistán valen infinitamente más! —observó Yanar.

—No lo dudo —respondió Kerabán—; y mi amigo Van Mitten no echará de menos Holanda bajo ese punto de vista.

—¡Bajo ninguno! —replicó vivamente la noble curda, cuyo carácter imperioso se mostraba en todo su esplendor a la más mínima ocasión.

Van Mitten hubiera con seguridad enviado a paseo a su amigo Kerabán, que parecía sentir placer en fastidiarle. Pero, en suma, antes de cuarenta y ocho horas habría recobrado su libertad plena y entera, y, por lo tanto, le toleró aquellas bromas.

Por la tarde, la caravana se detuvo cerca de un pueblo en ruinas, una acumulación de chozas, apenas construidas para abrigar bestias de carga. Allí vegetaban algunas docenas de miserables, viviendo de algo de leche, carne de mala calidad, y de pan en el que entraba más salvado que harina. Un olor nauseabundo llenaba la atmósfera; era la que se desprende, al quemarse, del *terek*, especie de turba artificial, compuesta de estiércol y lodo, único combustible en uso en aquellas campiñas y con el que se construyen a veces las paredes de las cabañas.

Afortunadamente, siguiendo los consejos del guía, la cuestión de los víveres había sido anticipadamente arreglada. Nada se hubiese encontrado en aquel miserable pueblo, cuyos habitantes hubieran estado más cerca de pedir limosna que de darla.

La noche transcurrió sin incidentes, bajo un soportal en ruina, donde yacían algunos haces de paja fresca. Ahmet veló con más circunspección que nunca, no sin razón. En efecto, a medianoche el guía abandonó el pueblo y se aventuró algunos centenares de pasos hacia adelante.

Ahmet le siguió, sin ser visto, y no volvió al campamento hasta el momento en que el guía también volvía.

¿Qué había ido a hacer aquel hombre? Ahmet no pudo adivinarlo. Sólo sabía que el guía no había comunicado con nadie.

¡Ningún ser viviente se había aproximado a él! ¡Ningún grito lejano se había oído a través del silencio de la noche, ni una señal se había hecho en ningún punto del llano!

«¿Ni una señal? —se dijo Ahmet, cuando ocupó su sitio bajo el soportal—. Pero ¿no es una señal, una señal esperada, aquel fuego que ha aparecido en el horizonte por el Oeste?».

Y entonces un hecho, del que no se había dado cuenta antes, se presentó obstinadamente en el espíritu de Ahmet. Se acordó muy bien que, mientras el guía estaba de pie sobre una desigualdad del suelo, un fuego había brillado en lontananza, después hubo tres resplandores distintos en cortos intervalos, antes de desaparecer. ¿Por qué Ahmet había confundido primeramente aquel fuego con una hoguera de algún pastor?

Sin embargo, en el silencio de la soledad reflexionaba, veía aquella luz, y la consideró como una señal con una convicción derivada de un simple presentimiento.

«¡Sí —se dijo—, ese guía nos hace traición; es evidente! Obra en interés de alguien».

¿Quién? ¡Ahmet no podía nombrarle! Pero lo presentía; aquella traición debía terminar con el rapto de Amasia. Arrancada de las manos de los que habían cometido el rapto en Odesa, estaba amenazada de nuevos peligros; y, sin embargo, a algunas jornadas de Scutari, ¿no era necesario temerlo todo?

Ahmet pasó el resto de la noche en una extrema inquietud. No sabía qué partido tomar. ¿Debía sin tardanza descubrir la traición de aquel guía, traición de la que estaba seguro o aguardar, para confundirle y castigarle, a que la traición se hiciese evidente para todos?

El alba pareció calmarle. Decidió entonces tener paciencia durante aquella mojada, a fin de penetrar mejor las intenciones del guía. Resuelto a no perderle de vista ni un instante, no le dejaría alejarse durante el trayecto ni a la hora de alto. Por otra parte, sus compañeros y él estaban bien armados, y si no se tratase de la salvación de Amasia no hubiera temido el resistir a cualquier agresión.

Ahmet volvió a ser dueño de sí mismo. Su rostro no dio a conocer lo que verdaderamente experimentaba, ni a los ojos de sus compañeros, ni, naturalmente, a los de Amasia, cuyo cariño podía leer con más facilidad en su alma, ni tampoco a los del guía, que, por su parte, no cesaba de observarle con cierta obstinación.

La única resolución que tomó Ahmet fue dar parte a su tío Kerabán de las nuevas inquietudes que había concebido, y esto, cuando la ocasión se

presentara, aun cuando debiera dar principio y sostener la más borrascosa discusión.

Al día siguiente, con muy buena mañana, abandonaron aquel miserable pueblo. Si no se producía traición ni error, aquella mojada debía ser la última de aquel viaje emprendido, por una cuestión de amor propio, por el más testarudo de los osmanlíes. En todo caso, fue muy penosa. Los caballos debieron hacer enormes esfuerzos para atravesar aquella parte montañosa que pertenecía al sistema orográfico de los Elken. Tal vez Ahmet no tuviese que lamentar haber aceptado una modificación del primitivo itinerario. Muchas veces fue necesario echar pie a tierra para arreglar los coches. Amasia y Nedjeb mostraron mucha energía durante aquellos rudos pasos.

La noble curda no se quedó atrás, ayudando tanto como sus compañeros. En cuanto a Van Mitten, el novio de su elección, siempre algo abatido desde que salieron de Trebisonda, viajaba casi como un esclavo.

Por otra parte, no hubo ninguna duda sobre la dirección que había que tomar. Evidentemente, el guía conocía perfectamente aquella comarca. La conocía a fondo, según Kerabán, la conocía demasiado, según Ahmet. De aquí las amabilidades del tío, que el sobrino no podía aceptar, para el hombre de cuya conducta sospechaba. Es necesario añadir, por otra parte, que durante aquella mojada éste no abandonó un instante a los viajeros, y permaneció siempre a la cabeza de la pequeña caravana.

Las cosas parecían, pues, marchar con toda normalidad, aparte de las dificultades inherentes al estado de los caminos, a su estrechez, cuando flanqueaban alguna montaña, al mal estado del suelo, cuando atravesaban por algunos sitios encharcados por las últimas lluvias.

Sin embargo, los caballos resistieron, y como aquélla debía ser la última etapa, se les pudo pedir algunos esfuerzos más que de costumbre. Pronto tendrían todo el tiempo que quisieran para descansar.

Hasta el pequeño asno llevaba alegremente su carga. Así es que Kerabán le había tomado cariño.

—¡Por Alá!, me gusta ese animal —repetía—, y, para burlarme mejor de las autoridades otomanas, tengo deseos de llegar montado en él hasta las orillas del Bósforo.

Se convendrá en que era una idea digna de Kerabán; pero nadie la discutió, a fin de que su autor no la pusiera en ejecución.

Hacia las nueve de la noche, después de una jornada verdaderamente fatigosa, la pequeña caravana se detuvo, y, por consejo del guía, se ocuparon en organizar un campamento.

—¿A qué distancia nos hallamos ahora de Scutari? —preguntó Ahmet.

—A cinco o seis leguas —respondió el guía.

—Entonces, ¿por qué no continuamos? —repuso Ahmet—. En algunas horas podríamos llegar.

—Señor Ahmet —respondió el guía—, no me atrevo a aventurarme durante la noche por esta parte de la provincia, donde me expondría a extraviarme. Mañana, por el contrario, con los primeros albos del día, no tendré que temer nada, y antes del mediodía habremos llegado el término del viaje.

—Este hombre tiene razón —dijo Kerabán—. No es necesario comprometer la partida por el deseo de llegar antes. Acampemos aquí, sobrino, tomemos nuestra última comida de viajeros, y mañana antes de las diez saludaremos las aguas del Bósforo.

Todos, salvo Ahmet, estuvieron de parte de Kerabán. Se dispuso acampar en las mejores condiciones posibles para aquella última noche de viaje.

Por otra parte, el sitio había sido bien escogido por el guía. Era un desfiladero bastante angosto, situado entre montañas que, propiamente hablando, no son más que colmas en aquella parte de la Anatolia occidental. Se daba a aquel paso el nombre de garganta de Nerisa.

En el fondo, altas rocas se extendían en las estribaciones de un acantilado, a la izquierda. A la derecha se abría una profunda caverna, donde la pequeña caravana podría encontrar algún abrigo, cosa que fue comprobada después del examen de dicha caverna.

Si el lugar era conveniente para un alto de viajeros, no lo era menos para los caballos, tan necesitados de alimento como de descanso. A algunos centenares de pasos, fuera de la sinuosa garganta, se extendía una

pradera en la que no faltaba ni agua ni hierba. Allí fue donde Nizib condujo a los caballos, de los cuales era guardián, siguiendo la costumbre habitual durante las paradas nocturnas.

Nizib se dirigió, pues, hacia la pradera, y Ahmet le acompañó, a fin de reconocer los lugares y asegurarse de que por aquel lado no había nada que temer.

En efecto, Ahmet no vio nada sospechoso. La pradera, cerrada al Oeste por algunas colinas, estaba totalmente desierta. La noche estaba tranquila y la luna, que debía levantarse hacia las once, iba a llenarla bien pronto de suficiente claridad. Algunas estrellas brillaban entre las altas nubes, inmóviles y como adormecidas en las altas zonas del cielo. Ni un soplo de aire atravesaba la atmósfera, ningún ruido se dejaba oír a través del espacio.

Ahmet observó con la más extrema atención el horizonte en todo su perímetro. ¿Aparecería aquella misma noche alguna luz en la cresta de las cercanas colinas? ¿Harían alguna señal destinada al guía?

No se advirtió ninguna luz por los confines de la pradera. Ninguna señal se vio en la lontananza por la llanura.

Ahmet recomendó a Nizib la mayor vigilancia. Le ordenó volverse sin perder un instante, para el caso en que se produjese alguna novedad antes que los caballos pudiesen ser conducidos al campamento. Después, aceleradamente, tomó el camino de las gargantas de Nerisa.

Capítulo XII

EN EL QUE SE CUENTAN ALGUNAS FRASES CAMBIADAS ENTRE LA NOBLE SARABUL Y SU PROMETIDO

Cuando Ahmet se reunió a sus compañeros, se habían tomado convenientemente las últimas disposiciones; primeramente para comer, y después para dormir.

La alcoba, o, mejor dicho, el dormitorio común, era la caverna, alta, espaciosa, con vueltas y recodos, en donde cada uno podría colocarse a medida de sus deseos. El comedor era la parte llana del campamento, donde rocas derrumbadas y fragmentos de piedras podrían servir de asientos y de mesas.

Se habían sacado algunas provisiones de la carreta tirada por el asno, al que se contaba en el número de los convidados, siendo invitado especialmente por su amigo Kerabán. Un poco de forraje, del que se había hecho acopio, le aseguraba suficiente parte del festín, y rebuznaba de satisfacción.

—Comamos —exclamó Kerabán alegremente—; comamos, amigos míos; comamos y bebamos a nuestro gusto. Así sería menos lo que tenga que llevar a Scutari ese bravo asno.

Es inútil decir que, para aquella comida al aire libre, en medio de aquel campamento iluminado por algunas resinosas antorchas, cada uno se había colocado a su gusto. En medio, Kerabán dominaba sobre una roca, verdadera butaca de honor de aquella reunión.

Amasia y Nedjeb, una cerca de la otra, como dos amigas (no había ni ama ni esclava), sentadas sobre modestas piedras, habían reservado un sitio a Ahmet, que no tardó en reunírseles.

En cuanto a Van Mitten, estaba rodeado a la derecha por el inevitable Yanar y a la izquierda por la inseparable Sarabul.

Bruno, más delgado que nunca, gruñendo y gimoteando, iba y venía, dedicado a las necesidades del servicio.

No solamente Kerabán estaba de buen humor, como a quien todo le sale bien, sino que, siguiendo su costumbre, su alegría se manifestaba en alegres frases, dirigidas en primer lugar a su amigo Van Mitten. ¡Sí!, aquella aventura matrimonial acaecida a aquel pobre hombre (sacrificado por él y sus compañeros), no cesaba de excitar su picante numen. Al cabo de doce horas aquella historia finalizaría, y Van Mitten no oiría hablar más de los hermanos curdos. Fundado en esos razonamientos, Kerabán no creía tener que guardar miramientos con sus compañeros de viaje.

—Van Mitten, esto va bien, ¿no es verdad? —dijo, frotándose las manos—. ¡Os encontráis en el colmo de vuestros deseos...! ¡Os cortejan buenos amigos...! ¡Una mujer amable, que felizmente habéis encontrado en vuestro camino, os acompaña...! ¡Alá no podría hacer más por vos, aún cuando fueseis uno de sus más fieles creyentes!

El holandés miró a su amigo moviendo algo los labios, pero sin responder.

—¿Calláis? —dijo Yanar.

—¡No...! ¡Hablo..., hablo interiormente!

—¿A quién? —preguntó imperiosamente la noble curda, que le asió vivamente del brazo.

—A vos, querida Sarabul..., a vos... —respondió sin convicción el aturdido Van Mitten.

Después, levantándose, dijo:

—¡Uf!

Yanar y su hermana, levantándose al mismo tiempo, le seguían en todas sus idas y venidas.

—Si queréis —repuso Sarabul con ese dulce tono que no permite la menor contradicción—; si queréis, no pasaremos más que algunas horas en Scutari.

—¿Si quiero...?

—¿No sois mi dueño, señor Van Mitten? —añadió la insinuante Sarabul.

«Sí —murmuró Bruno—; es su dueño... como si fuese dueño de un dogo que pueda a cada momento saltarle a la garganta».

«Afortunadamente —se decía Van Mitten—, mañana... en Scutari... separación y abandono... ¡Qué escena en perspectiva!».

Amasia le miraba con un verdadero sentimiento de conmiseración, y no osando quejarse en alta voz, se desahogaba algunas veces con su fiel sirviente.

—¡Pobre señor Van Mitten! —repetía a Bruno—. He ahí a dónde le ha conducido su sacrificio por nosotros.

—Y su condescendencia con el señor Kerabán —respondió Bruno, que no podía perdonar a su amo una conformidad que se trocaba ya en debilidad.

—¡Eh —dijo Nedjeb—; eso, por lo menos, prueba que el señor Van Mitten tiene un corazón bueno y generoso!

—Demasiado generoso —replicó Bruno—. Además, desde que mi amo ha consentido en seguir al señor Kerabán en semejante viaje, no he cesado de repetirle que le sucedería alguna desgracia tarde o temprano. ¡Pero, semejante desgracia! ¡Llegar a ser novio, aún no siéndolo más que por algunos días, de esa endiablada curda! ¡Jamás he podido imaginarme eso..., jamás! ¡La primera señora Van Mitten era una paloma en comparación con la segunda!

Sin embargo, el holandés se había colocado en otro sitio, siempre rodeado de sus dos guardias de corps, cuando Bruno vino a ofrecerle alimento; pero Van Mitten no tenía apetito.

—¿No coméis, señor Van Mitten? —le dijo Sarabul, que le miraba fijamente.

—¡No tengo apetito!

—Verdaderamente, no tenéis apetito —replicó Yanar—. En Curdistán siempre se tiene apetito..., aún después de la comida.

—¡Ah!, ¿en el Curdistán...? —respondió Van Mitten tragándose los bocados.

—¡Bebed! —añadió la noble Sarabul.

—¡Ya, bebo...! ¡Bebo vuestras palabras!

Y no osó añadir:

—¡Sólo que ignoro si será bueno para el estómago!

—Bebed, puesto que os lo dice —repuso el feroz Yanar.

—¡No tengo sed!

—¡En Curdistán se tiene siempre sed..., aún después de la comida!

Durante aquel tiempo, Ahmet, siempre alerta, observaba atentamente al guía.

Aquel hombre, sentado aparte, tomaba su parte de comida, pero no podía disimular algunos movimientos de impaciencia. Por lo menos, Ahmet creyó observarlos. ¿Y cómo hubiese podido ser otra cosa? ¡A sus ojos aquel hombre era un traidor! Él debía desear que todos sus compañeros y él hubiesen buscado un refugio en la caverna, donde el sueño les entregaría sin defensa a alguna convenida agresión. Tal vez el guía hubiera querido alejarse para alguna secreta maquinación; pero no osaba hacerlo en presencia de Ahmet, cuya desconfianza conocía.

—Vamos, amigos míos —exclamó Kerabán—; he aquí una buena comida para ser al aire Ubre. ¡Habremos reparado bien nuestras fuerzas antes de nuestra última etapa! ¿No es verdad, pequeña Amasia?

—Sí, señor Kerabán —respondió la joven—. Por otra parte, soy fuerte. Y si fuese necesario volver a comenzar el viaje...

—¿Lo recomenzarías?

—Por seguimos.

—Sobre todo después de haber hecho cierto descanso en Scutari —exclamó Kerabán—; una parada como la de nuestro amigo Van Mitten

en Trebisonda.

—¡Y se burla todavía! —murmuraba Van Mitten.

Rabiaba interiormente, pero no se atrevía a replicar en presencia de la nerviosa Sarabul.

—¡Ah! —repuso Kerabán—, el matrimonio de Ahmet y de Amasia no será, tal vez, tan bello como los desposorios de nuestro amigo Van Mitten y la noble Sarabul. Sin duda no podré ofrecerles una fiesta en el paraíso de Mahoma, pero haremos bien las cosas, contad conmigo. Quiero que todo Scutari esté convidado a la boda, y que nuestros amigos de Constantinopla llenen los jardines de la mansión.

—No es necesaria tanta pompa —dijo la joven.

—¡Sí..., sí..., querida señorita! —exclamó la bulliciosa Nedjeb.

—Y si yo lo quiero..., si yo lo quiero... —añadió Kerabán—. ¿Es que mi pequeña Amasia pretende contradecirme?

—¡Oh, señor Kerabán!

—Pues bien —repuso el tío levantando su vaso—, a la felicidad de estos jóvenes que merecen tanto ser felices.

—¡Por él, señor Ahmet...! ¡Por la joven Amasia...! —repitieron a una todos aquellos alegres convidados.

—Y a la unión —añadió Kerabán—, sí..., a la unión del Curdistán y Holanda.

A aquel brindis llevado a cabo con alegre voz, delante de todas aquellas manos extendidas hacia él. Van Mitten, de bueno o mal grado, tuvo que inclinarse a manera de agradecimiento y beber a su propia felicidad.

Aquella comida tan rudimentaria, pero alegremente acogida, terminó. Algunas horas de descanso todavía, y podría terminarse aquel viaje sin muchas fatigas.

—Vamos a dormir hasta el alba —dijo Kerabán—. Cuando sea la hora, nuestro guía se encargará de despertarnos.

—Conforme, señor Kerabán —respondió aquel hombre—; pero ¿no sería mejor que remplazase a vuestro criado Nizib que está al cuidado de los animales?

—No, quedaos aquí —dijo vivamente Ahmet—. Nizib está bien en donde está, y prefiero que os quedéis aquí... Velaremos juntos...

—¿Velar...? —repuso el guía, disimulando mal la contrariedad que experimentaba—. No hay el menor peligro que temer en esta extrema región de Anatolia.

—Es posible —respondió Ahmet—; pero un exceso de prudencia no puede causar ningún perjuicio... Me encargo de remplazar a Nizib en la guardia de los caballos. Por lo tanto, quedaos.

—Como gustéis, señor Ahmet —respondió el guía—. Dispongámoslo todo en la caverna para que vuestros compañeros puedan dormir bien.

—Bueno —dijo Ahmet—, y Bruno supongo querrá ayudarnos con el permiso del señor Van Mitten.

—¡Ve, Bruno, ve! —respondió el holandés.

El guía y Bruno entraron en la caverna, llevando las mantas de viaje, capas y caftanes, que debían servir de útiles de cama. Si Amasia, Nedjeb y sus compañeros no se habían mostrado exigentes en la cuestión de la comida, en la cuestión del reposo debían hallar aún más facilidades.

Mientras finalizaban los preparativos, Amasia se había aproximado a Ahmet, le había cogido de la mano y le decía:

—Mi querido Ahmet, ¿vais a pasar toda la noche sin descansar?

—Sí —respondió Ahmet, que no quería dejar vislumbrar sus inquietudes—. ¿No debo velar por todos aquellos seres que me son queridos?

—En fin, ¿será la última vez?

—¡La última! ¡Mañana habremos terminado con todas las fatigas de este viaje!

—¡Mañana...! —repitió Amasia, levantando sus bonitos ojos hacia el joven, cuya mirada respondió a la suya—. ¡Ese mañana que parece no llegar nunca!

—Y que, sin embargo, va a durar siempre —respondió Ahmet.

—¡Siempre! —murmuró la joven.

La noble Sarabul había tomado la mano de su desposado, y mostrándole a Amasia y Ahmet:

—¡Los veis, señor Van Mitten, los veis! —dijo suspirando.

—¿A quiénes...? —respondió el holandés, cuyos pensamientos estaban lejos de seguir un curso tan tierno.

—¿Quiénes queréis que sean —replicó agriamente Sarabul— sino esos jóvenes...? ¡Verdaderamente, os encuentro muy serio!

—¡Sabed —respondió Van Mitten— que los holandeses...! ¡Holanda es un país de diques...! ¡Hay diques por todas partes!

—¡No hay diques en el Curdistán! —exclamó la noble Sarabul, herida en su amor propio por tanta frialdad.

—¡No, no hay! —repuso Yanar, sacudiendo el brazo de su cuñado, que creyó ser aplastado por aquella apisonadora viviente.

«¡Afortunadamente —no pudo menos de pensar Kerabán—, nuestro amigo Van Mitten será libertado mañana!».

Después, volviéndose hacia sus compañeros, dijo:

—¡Pues bien, la habitación está pronta! ¡Una habitación de amigos, donde hay sitio para todo el mundo...! ¡Ya son las once...! ¡Sale la luna...! ¡Vamos a dormir!

—¿Vienes, Nedjeb? —dijo Amasia a la joven zíngara.

—Os sigo, señorita.

—¡Buenas noches, Ahmet!

—¡Hasta mañana, querida Amasia, hasta mañana! —respondió Ahmet acompañando a la joven hasta la entrada de la caverna.

—¿Venís conmigo, señor Van Mitten? —dijo Sarabul, con un tono que no tenía nada de agradable.

—¡Ciertamente! —respondió el holandés—. Por otra parte, si fuese necesario podría acompañar a mi joven amigo Ahmet.

—¿Qué decís...? —exclamó la imperiosa curda.

—¿Qué dice? —repitió Yanar.

—Digo —dijo Van Mitten—, digo, querida Sarabul, que mi deber me obliga a velar por vos... y que...

—¡Sea...! ¡Velaréis..., pero allí!

Y le mostró con una mano la caverna, mientras Yanar le empujaba por la espalda, diciendo:

—Hay una cosa de la que os olvidáis, señor Van Mitten.

—¿Que hay una cosa de la que me he olvidado, señor Yanar...? ¿Y cuál?

—¡Que al casaros con mi hermana os habéis casado con un volcán!

Bajo el impulso dado por un vigoroso brazo, Van Mitten franqueó el umbral de la caverna, donde su desposada acababa de precederle, y en la que le siguió Yanar acto seguido.

En el momento en que Kerabán iba a entrar a su vez, Ahmet le detuvo por el brazo, diciendo:

—¡Tío, una palabra!

—¡Nada más que una, Ahmet! —respondió Kerabán—. Estoy cansado y tengo necesidad de dormir.

—Bien, pero os ruego que me oigáis.

—¿Qué tienes que decirme?

—¿Sabéis dónde estamos?

—¡Sí..., en el desfiladero de Nerisa!

—¿A qué distancia de Scutari?

—A cinco o seis leguas apenas.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Nuestro guía.

—¿Y tenéis confianza en ese hombre?

—¿Por qué había de desconfiar?

—¡Porque ese hombre, a quien vengo observando desde hace algunos días, tiene trazas muy sospechosas! —respondió Ahmet—. ¿Le conocéis, tío? ¡No! En Trebisonda se ofreció a conducirnos hasta el Bósforo. Habéis aceptado sus servicios sin saber quién era. Hemos partido bajo su dirección...

—¡Y bien, Ahmet; me parece que ha probado suficientemente que conocía los caminos de Anatolia!

—Desde luego, tío.

—¿Buscas polémica, sobrino? —preguntó Kerabán, cuya frente comenzó a arrugarse con una persistencia algo inquieta.

—¡No, tío, no, y os ruego que veáis en mí ninguna intención de desagradaros...! ¡Pero, ¿qué queréis?, no estoy tranquilo, y temo por todos los que amo!

La emoción de Ahmet era tan visible, mientras hablaba así, que su tío no pudo oírle sin emocionarse.

—Veamos, Ahmet, hijo mío, ¿qué tienes? —repuso—. ¿Por qué esos temores, en el momento en que todas nuestras fatigas van a terminar? Quiero convenir contigo... pero contigo solamente... que ha sido una terquedad al emprender este insensato viaje. ¡Confesaré que sin mi insistencia en hacerte abandonar Odesa, el rapto de Amasia

probablemente no se hubiera efectuado...! ¡Sí, todo es por mi culpa...! Pero, en fin, henos aquí al término de nuestro viaje... Tu casamiento no se retardará ni un día... Mañana estaremos en Scutari..., y mañana...

—¿Y si mañana no estuviésemos en Scutari, tío? ¿Si estuviésemos más lejos de lo que nos dice ese guía? ¿Si nos hubiese extraviado a propósito, después de habernos aconsejado abandonar los caminos del litoral? ¿Y, en fin, si ese hombre fuese un traidor?

—¿Un traidor...? —exclamó Kerabán.

—Sí —repuso Ahmet—. ¿Y si ese traidor sirviese a los intereses de los que raptaron a Amasia?

—¡Por Alá, sobrino! ¿De dónde puedes deducir esa idea, y en qué se funda? ¿En simples presentimientos?

—¡No, en hechos, tío! ¡Escuchadme! Desde hace algunos días, ese hombre nos ha abandonado a menudo durante las paradas, bajo el pretexto de ir a reconocer el camino... En muchos sitios se ha alejado, no inquieto... La noche última abandonó durante una hora el campamento... Le seguí, ocultándome, y afirmarí... y aún afirmo, que una señal con fuego fue dada desde un punto del horizonte..., una señal que él aguardaba.

—En efecto, es grave, Ahmet —respondió Kerabán—. Pero ¿para qué relacionar las maquinaciones de ese hombre con el rapto de Amasia en el *Güidar*?

—¡Eh, tío! ¿Dónde iba esa embarcación? ¿Al pequeño puerto de Atina, donde se estrelló? ¡No, evidentemente...! ¿No sabemos que fue arrojada por la tempestad fuera de su camino? ¡Pues bien, por mi parte, su destino era Trebisonda, donde se aprovisionan los harenes de esos nauabs de Anatolia...! Allí se pudo fácilmente saber que la joven robada había sido salvada del naufragio, ponerse tras su pista y enviarnos ese guía para conducir nuestra pequeña caravana hasta cualquier asechanza.

—Sí, Ahmet —respondió Kerabán—, en efecto... ¡Quizá tengas razón...! ¡Es posible que nos amenace algún peligro...! ¡Has velado..., has hecho bien, y esta noche velaré contigo!

—No, tío —repuso Ahmet—; descansad... Estoy bien armado, y al primer alerta...

—¡Te digo que velaré también! —repuso Kerabán—. ¡No podrá decirse que la imprudencia de un testarudo de mi especie haya podido traer alguna nueva catástrofe!

—No, no os fatiguéis inútilmente... El guía, según mi orden, debe pasar la noche en la caverna... Entrad.

—¡No entraré!

—Tío...

—¿Vas a contrariarme ahora? —replicó Kerabán—. ¡Ah! ¡Ten cuidado, Ahmet! ¡Hace mucho tiempo que nadie ha disputado conmigo!

—Sea, tío, sea; velaremos juntos.

—Sí, una velada sobre las armas, ¡y desgraciado el que se aproxime a nuestro campamento!

Kerabán y Ahmet iban y venían, las miradas fijas en el estrecho paso; escuchando los menores ruidos que hubieran podido propagarse en medio de aquella silenciosa noche, montaron guardia a la entrada de la caverna.

Dos horas transcurrieron de aquella forma. Nada sospechoso se había producido hasta entonces que fuese digno de justificar las suposiciones de Kerabán y su sobrino. Podían, por lo tanto, esperar que la noche terminase sin incidentes, cuando hacia las tres de la mañana, gritos, verdaderos gritos de espanto, resonaron en la extremidad del paso.

Kerabán y Ahmet saltaron en seguida hacia sus armas, que habían depositado al pie de una roca, y aquella vez, poco confiado en la eficacia de sus pistolas, el tío había cogido un fusil.

En el mismo instante, Nizib, corriendo muy sofocado, aparecía en la entrada del desfiladero.

—¡Ah, amo mío!

—¿Qué hay, Nizib?

—¡Señor..., allá abajo..., allá abajo...!

—¿Allá abajo...? —dijo Ahmet.

—¡Los caballos!

—¿Nuestros caballos...?

—¡Sí!

—Pero, ¡habla, estúpido, animal! —exclamó Kerabán, sacudiendo rudamente el pobre mozo—. ¿Nuestros caballos?

—¡Han sido robados!

—¿Robados?

—¡Sí! —repuso Nizib—. Dos o tres hombres... se han apoderado...

—¡Se han apoderado de nuestros caballos! —exclamó Ahmet—. ¿Se los han llevado?

—¡Sí!

—¿Por esa dirección? —repuso Ahmet, indicando hacia el Oeste.

—¡Por ese lado!

—Es necesario correr... detrás de esos bandidos... y recuperar los caballos... —exclamó Kerabán.

—Aguardad tío —respondió Ahmet—. Es imposible recuperar nuestros caballos... Ante todo es necesario poner nuestro campamento en estado de defensa.

—¡Ah!, amo mío... —dijo repentinamente Nizib a media voz—. ¡Mirad, mirad...! ¡Allí..., allí!

Y con la mano mostraba la arista de una alta roca que se destacaba a la

izquierda.

Capítulo XIII

EN EL QUE, DESPUÉS DE HABER DISPUTADO CON SU ASNO, KERABÁN SE ENCUENTRA FRENTE A FRENTE CON SU MAYOR ENEMIGO

Kerabán y Ahmet se habían vuelto. Miraban en la dirección indicada por Nizib. Lo que vieron les hizo retroceder rápidamente, para no ser vistos.

Sobre el borde de aquella roca, en la parte opuesta a la caverna, se arrastraba un hombre que trataba de ganar el ángulo extremo (sin duda para observar desde más cerca las disposiciones del campamento). Al ver aquello, era lógico pensar que entre el guía y aquel hombre existía un secreto acuerdo.

En realidad, es necesario decir que en toda la maquinación organizada alrededor de Kerabán y sus compañeros, Ahmet había sabido ver lo necesario. Su tío se vio obligado a reconocerlo. Era preciso, por otra parte, admitir que el peligro era inminente, que una agresión se preparaba en la oscuridad, y que aquella noche la pequeña caravana, después de haber sido atraída a una emboscada, corría a una total destrucción.

En un primer movimiento irreflexivo, Kerabán apuntó a aquél espía que se aventuraba hasta el límite del campamento. Un segundo más tarde la bala partiría, y el hombre caería mortalmente herido. Pero hubiese sido dar la alarma y comprometer una situación ya grave.

—¡Deteneos, tío! —dijo Ahmet en voz baja, levantando el arma dirigida hacia la cima de la roca.

—Pero, Ahmet...

—No... nada de disparos, que puede parecer una señal de ataque. Y en cuanto a ese hombre, es mejor cogerle vivo. Es necesario saber por cuenta de quién obran esos miserables.

—Pero ¿cómo apoderarse de él?

—Dejadme hacer... —respondió Ahmet.

Y desapareció hacia la izquierda, rodeando la roca, a fin de subir por la parte de atrás.

Durante aquel tiempo, Kerabán y Nizib estaban prontos a intervenir si el caso lo requería.

El espía, echado de bruces, iba a ganar el ángulo extremo de la roca. Su cabeza asomaba por el borde. A la brillante claridad de la luna intentaba ver la entrada de la caverna.

Medio minuto después, Ahmet aparecía sobre la plataforma superior, y arrastrándose a su vez con extrema precaución, se abalanzaba hacia el espía, que no podía percibirle.

Por desgracia, una inesperada circunstancia iba a poner a aquel hombre en aviso y evitar el peligro que le amenazaba.

En aquel mismo momento, Amasia acababa de abandonar la caverna. Una profunda inquietud, de la que no se daba cuenta, la turbaba hasta el punto de no dejarla dormir. Sentía a Ahmet amenazado, ya de un disparo, ya de una puñalada.

Apenas Kerabán percibió a la joven, le hizo seña de detenerse. Pero Amasia no le comprendió, y, levantando la cabeza, divisó a Ahmet en el momento en que éste se dirigía hacia la roca. Dio un grito de espanto. A aquel grito el espía se volvió rápidamente, después se levantó, y, viendo a Ahmet medio encorvado todavía se arrojó sobre él.

Amasia, clavada en aquel sitio por el terror, tuvo aún fuerza para gritar:

—¡Ahmet, Ahmet...!

El espía, con un cuchillo en la mano, iba a herir a su adversario; pero Kerabán, echándose el fusil a la cara, disparó.

El espía, herido mortalmente en el pecho, dejó caer su puñal y rodó por tierra.

Un instante después Amasia estaba en los brazos de Ahmet, quien, deslizándose desde lo alto de la roca, acababa de reunirse a ella.

Sin embargo, todos los huéspedes de la caverna acababan de salir al ruido de la detonación, todos, salvo el guía.

Kerabán, blandiendo su arma, exclamaba:

—¡Por Alá! He ahí un buen tiro.

—¡Más peligros! —murmuró Bruno.

—No me abandonéis, Van Mitten —dijo la enérgica Sarabul, cogiendo del brazo a su futuro.

—No os abandonaré, hermana mía —respondió resueltamente Yanar.

Sin embargo, Ahmet se había aproximado al cuerpo del espía.

—Este hombre está muerto, y lo hubiéramos necesitado vivo.

Nedjeb miró el cadáver y exclamó:

—Pero... ese hombre... es...

Amasia acababa de aproximarse a su vez.

—¡Sí, es él..., es Yarhud! —dijo—. Es el capitán del *Güidar*.

—¿Yarhud? —exclamó Kerabán.

—¡Ah!, yo tenía razón —dijo Ahmet.

—¡Sí! —repuso Amasia—. ¡Es el hombre que nos robó de la casa de mi padre!

—Le reconozco —añadió Ahmet—; le reconozco yo también. Es el que vino a ofrecernos mercancías momentos antes de mi partida... Pero no puede estar solo... Toda una cuadrilla de malhechores está sobre nuestra pista... Y para impedirnos continuar nuestro viaje, acaban de robarnos nuestros caballos.

—¡Nuestros caballos! ¡Robados! —exclamó Sarabul.

—Nada de eso nos hubiera sucedido si hubiésemos seguido el camino del Curdistán —añadió Yanar.

Y su mirada, fija sobre Van Mitten, parecía hacer al pobre hombre responsable de todas aquellas complicaciones.

—Pero, en fin, ¿por cuenta de quién obraba este Yarhud? —preguntó Kerabán.

—Si estuviese vivo, podríamos arrancarle su secreto —exclamó Ahmet.

—Tal vez lleve sobre él algún papel... —dijo Amasia.

—Sí..., es necesario registrar ese cadáver —respondió Kerabán.

Ahmet se inclinó sobre el cuerpo de Yarhud, mientras Nizib aproximaba una linterna encendida que acababa de coger en la caverna.

—¡Una carta! ¡He aquí una carta! —dijo Ahmet retirando su mano del bolsillo del capitán maltés.

Aquella carta estaba dirigida a un tal Scarpante.

—¡Lee, Ahmet! —exclamó Kerabán, que no podía dominar su impaciencia.

Y Ahmet, después de haber abierto la carta, leyó lo que sigue:

—«Una vez robados los caballos de la caravana, cuando Kerabán y sus compañeros estén dormidos en la caverna donde les habrá conducido Scarpante...».

—¡Scarpante! —exclamó Kerabán—. ¡Ése es, pues, el nombre de nuestro guía, el nombre de ese traidor!

—¡Sí..., no me había engañado sobre su procedencia! —dijo Ahmet.

Después, continuó:

—«Que Scarpante haga una señal agitando una antorcha, y nuestros hombres se lanzarán hacia las gargantas de Nerisa».

—¿Y eso está firmado? —preguntó Kerabán.

—Esto está firmado... Saffar.

—¡Saffar...! ¡Saffar...! ¿Sería él...?

—Sí —respondió Ahmet—; es evidentemente aquel insolente personaje que encontramos en el ferrocarril de Poti, y que, algunas horas después, embarcaba para Trebisonda. Sí, ese Saffar es quien hizo robar a Amasia y quien quiere recuperarla a todo precio.

—¡Ah, Saffar! —exclamó Kerabán levantando su cerrado puño y dejándolo caer sobre una cabeza imaginaria—. Si alguna vez me encuentro cara a cara contigo...

—Pero ese Scarpante —repuso Ahmet—, ¿dónde está?

Bruno se había precipitado a la caverna y volvía a salir casi al momento, diciendo:

—Desapareció, sin duda, por alguna otra salida.

Era, en efecto, lo que había sucedido. Scarpante, una vez descubierta su traición, acababa de huir por el fondo de la caverna.

Así, aquella criminal maquinación había sido descubierta con todos sus detalles. Era el intendente de Saffar quien se ofreció como guía. Era Scarpante quien había conducido a la pequeña caravana, primeramente por los caminos de la costa, y después a través de aquellas montañosas regiones de Anatolia. Eran de Yarhud las señales que habían sido vistas por Ahmet durante la precedente noche, y era el capitán del *Güidar* quien, deslizándose en la sombra, traía a Scarpantes las últimas órdenes de Saffar.

Pero la vigilancia y, sobre todo, la perspicacia de Ahmet acababan de descubrir todas aquellas maniobras. Descubierta el traidor, los criminales designios de su amo se dieron a conocer. El nombre del autor del rapto de Amasia se conocía ya. Kerabán amenazaba con sus más terribles represalias a ese Saffar.

Pero si la emboscada en la que había caído la pequeña caravana había sido descubierta, el peligro no era menor, puesto que podían atacarla de un momento a otro.

Por eso Ahmet, con su carácter resuelto, tomó rápidamente el único partido que había que tomar.

—Amigos míos —dijo—, es necesario abandonar las gargantas de Nerisa. Si nos atacasen en este estrecho desfiladero, dominado por altas rocas, no saldríamos vivos.

—Partamos —respondió Kerabán—. Bruno, Nizib y vos, señor Yanar, tened prestas vuestras armas a cualquier eventualidad.

—Contad con nosotros, señor Kerabán —respondió Yanar—, y veréis lo que sabemos hacer mi hermana y yo.

—Cierto —respondió la valiente curda blandiendo su yatagán con un movimiento espectacular—. No olvidaré que tengo un esposo a quien defender.

Van Mitten sintió una profunda humillación al oír hablar así a aquella intrépida mujer. Pero a su vez cogió un revólver, decidido a cumplir con su deber.

Todos iban a subir al desfiladero para ganar los llanos próximos, cuando Bruno, como hombre que en cuestiones de comida está siempre alerta, hizo esta reflexión:

—Pero no podemos dejar aquí este asno.

—En efecto —respondió Ahmet—. Tal vez Scarpante nos ha internado en esta remota región de Anatolia. Tal vez nos hallemos más lejos de Scutari de lo que pensamos. Y en esta carreta están las únicas provisiones que nos quedan.

Todas aquellas hipótesis eran muy plausibles. Debía temerse, sin embargo, que la intervención de un traidor hubiese comprometido la llegada de Kerabán y sus compañeros a las orillas del Bósforo, alejándoles de su fin.

Pero aquél no era lugar para razonar todo aquello; era necesario obrar sin perder un instante.

—Pues bien —dijo Kerabán—, este asno nos seguirá; ¿y por qué no

habría de seguirnos?

Y diciendo esto, cogió al animal por el ronزال, tirando de él.

—Vamos —dijo.

El asno no se movió.

—¿Vendrás por las buenas? —dijo Kerabán dándole un fuerte tirón.

El asno, que sin duda era muy terco, tampoco se movió.

—Empújale, Nizib —dijo Kerabán.

Nizib, ayudado por Bruno, trató de empujar al borrico por detrás. El asno retrocedió más que avanzó.

—¡Ah, te obstinas! —exclamó Kerabán, que comenzaba a incomodarse seriamente.

—Bueno —murmuró Bruno—, testarudo contra testarudo.

—¿Intentas resistirme? —repuso Kerabán.

—Vuestro amo ha encontrado un digno rival —dijo Bruno a Nizib, cuidando de no ser oído.

—Me extrañaría —respondió Nizib con el mismo tono.

Sin embargo, Ahmet repetía con impaciencia:

—Es necesario partir. No podemos tardar ni un momento. Abandonad ese asno.

—¿Ceder yo? ¡Jamás! —exclamó Kerabán.

Y cogiendo la cabeza del animal por las orejas, y después sacudiéndolas, como si quisiese arrancárselas, bramó:

—¿Andarás?

El asno no se movió.

—¡Ah!, no quieres obedecerme —dijo Kerabán—. Pues bien, yo sabré obligarte a andar.

Corrió Kerabán a la entrada de la caverna, y, recogiendo algunos puñados de hierba seca, hizo una pequeña pelota, que presentó al asno. Éste dio un paso hacia adelante.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó Kerabán—; ¡es necesario esto para decidirte a andar! Pues bien por Mahoma, andarás.

Poco después aquella pequeña pelota de hierba estaba sujeta en la extremidad de las varas de la carreta, pero a una distancia suficiente para que el asno, aún estirando la cabeza, no pudiera cogerla. El animal, incitado por aquel atractivo, que iba siempre delante de él empezó a caminar.

—¡Muy ingenioso! —dijo Van Mitten.

—Pues bien, imítadle —exclamó la noble Sarabul, arrastrándole detrás de la carreta.

Ella era también un atractivo móvil, pero un atractivo que Van Mitten, al contrario del asno, temía alcanzar.

Todos, siguiendo la misma dirección, abandonaron pronto el campamento, donde la posición no hubiera sido sostenible.

—Así, Ahmet —dijo Kerabán—, ¿crees que ese Saffar es el mismo personaje insolente que, por pura terquedad, hizo que mi coche de posta fuese destrozado por el ferrocarril de Poti?

—Sí, tío; pero ante todo, es el miserable que hizo robar a Amasia, y es a mí a quien pertenece.

—En parte, a los dos, sobrino Ahmet; en parte a los dos —respondió Kerabán—; y que Alá nos ayude.

Apenas Kerabán, Ahmet y sus compañeros habían subido por el desfiladero unos cincuenta pasos, cuando los bordes de las rocas se coronaron de salteadores. Se oía una gran gritería y sonaban tiros por todas partes.

—¡Atrás, atrás! —exclamó Ahmet, haciendo retroceder a todos hasta los límites del campamento.

Era demasiado tarde para abandonar las gargantas de Nerisa; demasiado tarde para ir a buscar en las plataformas superiores una posición defensiva mejor. Los hombres pagados por Saffar, en número de una docena, acababan de empezar el ataque.

Su jefe los excitaba en aquella criminal agresión, y, en la situación que ocupaban, todas las ventajas eran para ellos.

Las vidas de Kerabán y sus compañeros estaban a su merced.

—¡A nosotros, a nosotros! —exclamó Ahmet, cuya voz dominó el tumulto.

—Las mujeres en medio —respondió Kerabán.

Amasia, Sarabul y Nedjeb formaron un grupo, alrededor del cual se situaron Kerabán, Ahmet, Van Mitten, Yanar, Nizib y Bruno. Eran seis hombres para resistir a la tropa de Saffar (uno contra dos), con la ventaja de la posición.

Casi en seguida aquellos bandidos, lanzando horribles imprecaciones, hicieron irrupción por el paso y rodaron como una avalancha en medio del campamento.

—¡Amigos míos —exclamó Ahmet—, defendámonos hasta la muerte!

Comenzó el combate. Nizib y Bruno fueron heridos ligeramente, pero no cejaron y siguieron luchando, no menos valerosamente que la valiente curda, cuya pistola respondió a las detonaciones de los salteadores.

Era evidente, por otra parte, que éstos tenían orden de apoderarse de Amasia, de cogerla viva, y que buscaban combatir con arma blanca, a fin de no herir a la joven.

Así, en los primeros instantes, a pesar de su superioridad, la ventaja no fue de ellos, y muchos cayeron gravemente heridos.

Entonces dos nuevos combatientes, no menos formidables, aparecieron en el teatro de la lucha.

Eran Saffar y Scarpante.

—¡Ah, el miserable! —exclamó Kerabán—. ¡Es él, es el hombre del ferrocarril!

E intentó llegar hasta él, pero sin conseguirlo, viéndose obligado a afrontar a los que le atacaban.

Ahmet y los suyos, sin embargo, resistían intrépidamente. Todos tenían un único pensamiento: salvar a Amasia a cualquier precio; a cualquier precio impedir que cayese de nuevo en las manos de Saffar. Pero, a pesar de tanto valor y tanto denuedo, fue pronto necesario ceder ante el número. Así, poco a poco, Kerabán y sus compañeros comenzaron a replegarse y a retroceder a las rocas del desfiladero. Ya el desorden se produjo.

Saffar se apercibió de ello.

—¡A ti te toca ahora, Scarpante! —exclamó mostrando a la joven.

—Sí, señor Saffar —respondió Scarpante—; y esta vez no se nos escapará.

Aprovechándose del desorden, Scarpante consiguió arrojar sobre Amasia, a la que cogió y se esforzó en arrastrar fuera del campamento.

—¡Amasia, Amasia! —exclamó Ahmet.

Quiso precipitarse hacia ella, pero un grupo de bandidos le cortó el camino y se vio obligado a detenerse para hacerles frente.

Yanar trató entonces de arrancar a la joven de los brazos de Scarpante; no pudo llegar, y Scarpante, levantándola entre sus brazos, dio algunos pasos hacia el desfiladero.

Pero Kerabán disparó hacia Scarpante, y el traidor cayó mortalmente herido, después de haber soltado a la joven, que intentó vanamente reunirse con Ahmet.

—¡Scarpante, muerto...! ¡Venguémosle! —exclamó el jefe de los bandidos—. ¡Venguémosle!

Todos se arrojaron entonces sobre Kerabán y sus compañeros con una

furia imposible de resistir. Atacados por todas partes, apenas podían hacer uso de sus armas.

—¡Amasia, Amasia! —exclamó Ahmet, tratando de socorrer a la joven, a la que Saffar acababa de coger y arrastraba fuera del campamento.

—¡Valor, valor...! —No cesaba de gritar Kerabán.

Pero presentía que los suyos, superados por el número, estaban perdidos.

En aquel momento, un tiro, disparado desde lo alto de las rocas, hizo caer a uno de los asaltantes al suelo. Otras detonaciones se sucedieron rápidamente. Algunos de los bandidos cayeron también, y su caída provocó el espanto entre sus compañeros.

Saffar se había detenido un instante, buscando el origen de aquellos tiros. ¿Era un refuerzo inesperado que llegaba a Kerabán? Pero ya Amasia había podido desprenderse de los brazos de Saffar, desconcertado por aquel súbito ataque.

—¡Padre mío, padre mío...! —exclamó la joven.

Era Selim, en efecto, Selim seguido de unos veinte hombres, bien armados, que corría al socorro de la pequeña caravana en el mismo momento en que iba a ser destruida.

—¡Sálvese quien pueda! —exclamó el jefe de los bandidos, iniciando la fuga.

Y desapareció con los sobrevivientes de su tropa, por la caverna, al final de la cual se abría, según sabemos ya, una segunda boca.

—¡Cobardes! —exclamó Saffar viéndose abandonado—. ¡Pues bien, no la tendrán viva!

Y se precipitó sobre Amasia, en el momento en que Ahmet se lanzaba sobre él.

Saffar descargó sobre el joven el último tiro de su revólver, pero no le alcanzó. Kerabán, que no había perdido nada de su sangre fría, tuvo más acierto. Saltó sobre Saffar, le cogió por la garganta, y le dio una puñalada en el corazón.

Saffar, en sus últimas convulsiones, no pudo oír a su adversario gritar:

—Toma, para que no vuelvas a obstaculizar mi camino.

Kerabán y sus compañeros estaban salvados.

Apenas algunos habían recibido ligeras heridas. Y, sin embargo, todos se habían portado bien: Bruno y Nizib, cuyo coraje no se había desmentido; Yanar, que había luchado con valor; Van Mitten, que se había distinguido en la pelea, y la enérgica curda, cuya pistola había resonado a menudo en lo más fuerte de la acción. Por otra parte, sin la oportuna llegada de Selim no se sabe lo que hubiese sido de Amasia y sus defensores.

Todos hubiesen perecido, porque estaban decididos a dejarse matar por ella.

—¡Padre mío, padre mío...! —exclamó la joven arrojándose en los brazos de Selim.

—Mi viejo amigo —dijo Kerabán—. ¿Vos... vos aquí?

—¡Sí, yo! —respondió Selim.

—¿Cómo es que la casualidad os ha guiado? —preguntó Ahmet.

—No fue la casualidad —respondió Selim—. Desde hace mucho tiempo me hubiera puesto en busca de mi hija, si, cuando ese capitán la raptó de mi palacio, no me hubiese herido...

—¿Herido, padre mío?

—¡Sí, un disparo partió de aquella embarcación! Durante un mes, retenido por aquella herida, no he podido abandonar Odesa. Pero, hace algunos días, un telegrama de Ahmet...

—¿Un telegrama? —exclamó Kerabán, a quien aquella palabra malsonante puso repentinamente en guardia.

—Sí, un telegrama desde Trebisonda.

—¡Ah!, era un...

—Sin duda, tío mío —respondió Ahmet, que se abrazó a Kerabán—. Y por una vez que he enviado un telegrama sin vuestro permiso, confesad que he hecho bien.

—Sí, has hecho una maldad que te ha salido bien —respondió Kerabán, moviendo la cabeza—; pero que no te vuelva a suceder, sobrino.

—Entonces —repuso Selim—, sabiendo por ese telegrama que no estaba libre de peligro vuestra pequeña caravana, reuní esos bravos servidores, llegué a Scutari, me lancé por el camino del litoral.

—Y por Alá, amigo Selim —exclamó Kerabán—, habéis llegado a tiempo. Sin vos estábamos perdidos. Y, sin embargo, nuestra pequeña tropa se batía de manera excelente.

—Sí —añadió Yanar—; y mi hermana ha demostrado que, en caso necesario, sabía disparar un arma de fuego.

—¡Qué mujer! —murmuró Van Mitten.

En aquel momento los nuevos resplandores del alba comenzaban a blanquear el horizonte. Algunas nubes inmóviles en el cénit aparecían iluminadas con los primeros rayos del sol.

—Pero, ¿dónde estamos, amigo Selim? —preguntó Kerabán—. ¿Y cómo habéis podido reuniros con nosotros en esta región donde un traidor ha conducido a nuestra caravana?

—¡Y lejos de nuestro camino! —añadió Ahmet.

—No, amigos míos, no —respondió Selim—. Estáis camino de Scutari, sólo a algunas leguas del mar.

—¿De veras? —dijo Kerabán.

—Las orillas del Bósforo están allí —añadió Selim, extendiendo su mano hacia el Noroeste.

—¿Las orillas del Bósforo? —exclamó Ahmet.

Y todos subieron a las rocas, a fin de ganar la plataforma superior, que se extendía por encima de las gargantas de Nerisa.

—¡Mirad, mirad! —dijo Selim.

En efecto, un fenómeno se producía en aquel momento; fenómeno natural, que, por un sencillo efecto de refracción, hacía aparecer a lo lejos los parajes tan deseados.

A medida que iba siendo de día, un espejismo parecía adelantar los objetos situados en el horizonte. Las colinas, que se extendían por los límites de la llanura, se hundían en el suelo como las pinturas de una decoración.

—¡El mar, es el mar! —exclamó Ahmet.

Y todos repitieron con él:

—¡El mar, el mar!

Y aunque esto fue un efecto de refracción, el mar estaba apenas a algunas leguas.

—¡El mar, el mar! —No cesaba de repetir Kerabán—. Pero, si no es el Bósforo, si no es Scutari, estamos al último día del mes, y...

—¡Es el Bósforo, es Scutari! —exclamó Ahmet.

El fenómeno acababa de acentuarse, y, sin embargo, toda la silueta de una ciudad en anfiteatro se destacaba en los últimos planos del horizonte.

—¡Por Alá, es Scutari! —repitió Kerabán—. He ahí sus alrededores, que dominan el estrecho. He ahí la mezquita de Buynk-Djami.

Y en efecto, era Scutari, que Selim acababa de abandonar tres horas antes.

—¡En marcha, en marcha! —exclamó Kerabán.

Y como buen musulmán, que en todas las cosas reconoce la grandeza de Dios, añadió volviéndose hacia el sol saliente:

—¡Alá es grande!

Un instante después la pequeña caravana se dirigía hacia el camino que

contornea la orilla izquierda del estrecho.

Cuatro horas después, el 30 de setiembre (último día fijado para la celebración del matrimonio de Amasia y Ahmet), Kerabán, sus compañeros y su asno, después de haber dado término a aquella vuelta al mar Negro, aparecían en las alturas de Scutari, y saludaban con sus aclamaciones las orillas del Bósforo.

Capítulo XIV

EN EL CUAL VAN MITTEN TRATA DE HACER COMPRENDER LA SITUACIÓN A LA NOBLE SARABUL

En uno de los más bellos lugares que pueda imaginarse, a cierta distancia de la colina sobre la que se halla edificada Scutari, estaba situada la mansión de Kerabán.

Scutari, ese arrabal asiático de Constantinopla, la antigua Crisópolis, con sus mezquitas de doradas cúpulas; toda la confusión de sus barrios, donde reside una población de cincuenta mil habitantes; su embarcadero, flotando sobre las aguas del estrecho; la inmensa cortina de cipreses de su cementerio (aquel campo de reposo preferido por los ricos musulmanes, que temen que la capital, siguiendo una leyenda, sea tomada mientras los fieles oyen sus oraciones); después, a una legua de allí, el monte Bulgurlu, que domina aquel conjunto y permite extender la vista sobre el mar de Mármara, el golfo de Nicomedia y el canal de Constantinopla: nada puede dar una idea de aquel espléndido panorama, único en el mundo, sobre el que se abrían los ventanales del rico negociante.

A aquel exterior, a aquellos jardines escalonados, a los bellos árboles, plátanos, hayas y cipreses que les daban nombre, respondía dignamente el interior de la habitación.

Verdaderamente hubiese sido lastimoso perder todo aquello por negarse a pagar los escasos paras del impuesto sobre los caiques que cruzaban el Bósforo.

Era entonces mediodía. Desde hacía cerca de tres horas el amo de la casa y sus huéspedes se habían instalado en aquella espléndida finca. Después de haberse debidamente aseado, descansaban de las fatigas y de las emociones del viaje; Kerabán, satisfecho de su aventura, burlándose del Muchir y de sus onerosos impuestos; Amasia y Ahmet, felices como pareja que va a desposarse; Nedjeb, en una perpetua

carcajada; Bruno, alegre, diciendo que ya engordaba, pero inquieto por su señor; Nizib, siempre tranquilo, aún en las grandes circunstancias; Yanar, más feroz que nunca, sin que pudiera conocerse la causa; la noble Sarabul, tan imperiosa como pudiera estarlo en la capital del Curdistán, y Van Mitten, bastante preocupado por el resultado de aquella aventura.

Si Bruno advertía ya cierto mejoramiento en su figura, no era sin razón. Había despachado una comida tan abundante como magnífica. No era la famosa comida a la que Kerabán había invitado a su amigo Van Mitten seis semanas atrás; pero no por eso era menos excelente. Y, sin embargo, todos los convidados, reunidos en el más encantador salón de la casa, cuyos amplios ventanales se abrían sobre el Bósforo, acababan, en una animada conversación, de congratularse los unos a los otros.

—Mi querido Van Mitten —dijo Kerabán, el cual iba y venía dando apretones de manos a sus huéspedes—, era una comida a la que yo os había invitado; pero no es necesario disculparme si la hora nos ha obligado...

—No me quejo, amigo Kerabán —respondió el holandés—. ¡Vuestro cocinero ha hecho muy bien las cosas!

—Sí, muy buena cocina, verdaderamente, muy buena cocina —añadió Yanar, que había comido más de lo regular—, incluso para un curdo de excelente apetito.

—No se haría mejor en el Curdistán —respondió Sarabul—; y si alguna vez, señor Kerabán, venís a Mosul a visitarnos...

—¡Cómo! —exclamó Kerabán—. Iré, bella Sarabul, iré a veros a vos y a mi amigo Van Mitten.

—Y nos proponemos que no echéis de menos vuestra casa... lo mismo que vos a Holanda —añadió la amable Sarabul volviéndose hacia su prometido.

—¡Cerca de vos, noble Sarabul...! —Creyó oportuno responder Van Mitten, que no llegó a terminar la frase.

Después, mientras la amable curda se dirigía hacia las ventanas del salón, que se abrían sobre el Bósforo, dijo a Kerabán:

—Creo que ha llegado el momento de decirle que este matrimonio es nulo.

—¡Tan nulo, Van Mitten, como si no se hubiese efectuado jamás!

—¡Me ayudaréis un poco, Kerabán, en esa tarea... que no deja de ser escabrosa!

—¡Hum...!, amigo Van Mitten —respondió Kerabán—; ésas son cosas íntimas... que no deben tratarse más que cara a cara.

—¡Diablo! —dijo el holandés.

Y fue a sentarse en un rincón, para meditar cuál había de ser su conducta.

—¡Inefable Van Mitten! —dijo entonces Kerabán a su sobrino—. ¡Qué problema tiene con su curda!

—Es necesario no olvidar —respondió Ahmet— que por nosotros ha continuado la mentira hasta casarse con ella.

—Por eso le ayudaremos, sobrino. ¡Bah!, estaba casado en el momento en que, bajo pena de prisión, se le forzó a efectuar ese nuevo matrimonio, y para un occidental, es un caso de nulidad absoluta. Por lo tanto, no hay nada que temer... ¡nada!

—Lo sé, tío, pero cuando la señora Sarabul reciba ese golpe se enfurecerá como una pantera... Y el cuñado Yanar, ¡qué explosión de pólvora!

—¡Por Mahoma! —respondió Kerabán—. Les haremos entrar en razón. Después de todo, Van Mitten no era culpable de lo sucedido, y en el parador de Kissar el honor de la noble señora Sarabul jamás corrió ni la menor sombra de peligro.

—Jamás, tío Kerabán; y es lógico que esa tierna viuda buscara casarse a todo precio.

—Sin duda, Ahmet. Así es que no ha necesitado más que echar la mano sobre el bueno de Van Mitten.

—¡Una mano de hierro, tío Kerabán!

—¡De acero! —replicó Kerabán.

—Pero, en fin, tío, se trata de deshacer prontamente ese falso matrimonio...

—Se trata de hacer uno verdadero, ¿no es verdad? —respondió Kerabán frotándose las manos como si las tuviera enjabonadas.

—Sí... ¡el mío! —dijo Ahmet.

—¡El nuestro! —añadió la joven, que acababa de aproximarse—. ¿Lo hemos merecido?

—Bien merecido —dijo Selim.

—Sí, mi pequeña Amasia —respondió Kerabán—; merecido diez veces, cien mil. ¡Ah, querido hijo!, cuando pienso que por mí, por mi terquedad, ha sido necesario...

—¡Bueno! No hablemos de eso —dijo Ahmet.

—¡No, jamás, tío Kerabán! —dijo la joven tapándole la boca con su pequeña mano.

—Así es que —repuso Kerabán— he hecho voto... ¡Sí!, he hecho voto... de no obstinarme más, sea lo que fuere.

—¡Querría verlo para creerlo! —exclamó Nedjeb riéndose.

—¿Eh? ¿Qué ha dicho esa burlona Nedjeb?

—¡Oh, nada, señor Kerabán!

—Sí —repuso éste—, no quiero volver a ser testarudo... si no en amaros a los dos.

—¡Cuándo renunciará el señor Kerabán a ser el más testarudo de los hombres...! —murmuró Bruno.

—¡Cuando no tenga cabeza! —respondió Nizib.

—¡Y ni siquiera entonces! —añadió Bruno.

Sin embargo, la noble Sarabul se había aproximado a su prometido, que

estaba pensativo en un rincón, buscando sin duda la solución de su tarea, tanto más difícil cuanto que tenía que ejecutarla personalmente.

—¿Qué os sucede, señor Van Mitten? —le preguntó—. Os encuentro pensativo.

—¡En efecto, cuñado! —añadió Yanar—. ¿Qué hacéis ahí? ¡No nos habréis traído a Scutari para no ver nada! Mostradnos, por lo tanto, el Bósforo, como nosotros os enseñaremos dentro de algunos días el Curdistán.

A aquel nombre, el holandés se conmovió como si hubiese recibido la sacudida de una pila eléctrica.

—¡Vamos, venid, señor Van Mitten! —repuso Sarabul, obligándole a levantarse.

—¡A vuestras órdenes..., bella Sarabul...! ¡Estoy enteramente a vuestras órdenes! —repuso Van Mitten.

Y mentalmente, decía y volvía a decir:

«¿Cómo decírselo?».

En aquel momento la joven zíngara, después de haber abierto una de las grandes ventanas del salón, al que ricas colgaduras evitaban los rayos solares, exclamaba gozosamente:

—¡Mirad, mirad...! ¡Scutari está muy animado! ¡Será magnífico pasearse hoy por él!

Los huéspedes de la finca se habían adelantado hacia las ventanas.

—En efecto —dijo Kerabán—; el Bósforo está cubierto de adornadas embarcaciones. En las plazas y en las calles percibo acróbatas, vendedores... Se oye la música, y los barrios están llenos de gente como para un espectáculo.

—Sí —dijo Selim—, ¡hay fiesta en la ciudad!

—Espero que eso no nos impedirá celebrar nuestro matrimonio —dijo Ahmet.

—Ciertamente que no —respondió Kerabán—. Nos va a suceder en Scutari lo mismo que en Trebisonda, cuyas fiestas parecían haber sido dadas en honor de nuestro amigo Van Mitten.

—¡Me alegraré infinito! —murmuró el holandés.

—¡Amigos míos —dijo entonces Selim—, ocupémonos inmediatamente de nuestro gran negocio! Hoy es el último día...

—¡Y no lo olvidamos! —respondió Kerabán.

—Voy a casa del juez de Scutari —repuso Selim— a fin de preparar el contrato.

—Iremos a reunimos con vos —respondió Ahmet—. Sabed, tío, que vuestra presencia es de todo punto indispensable...

—¡Casi tanto como la tuya! —exclamó Kerabán, acentuando su respuesta con una sonrisa.

—Sí, tío... más indispensable todavía, si queréis... en vuestra cualidad de tutor.

—Pues bien —dijo Selim—, dentro de una hora, id a casa del juez de Scutari.

Y salió del salón en el momento en que Ahmet añadía, dirigiéndose a la joven:

—Después del contrato en casa del juez, querida Amasia, hagamos una visita al imán, que nos dirá su mejor oración... Después...

—Después... ya estaremos casados —exclamó Nadjeb, como si se tratase de ella.

—¡Querido Ahmet! —murmuró la joven.

Entonces la noble Sarabul se aproximó por segunda vez a Van Mitten, que, todavía más pensativo, acababa de sentarse en otro rincón del salón.

—Mientras aguardamos la ceremonia —le dijo—, ¿por qué no bajamos hasta el Bósforo?

—¿El Bósforo? —respondió Van Mitten, como si no comprendiese—. ¿Habláis del Bósforo?

—¡Sí..., el Bósforo! —repuso Yanar.

—Sí..., sí... Estoy presto —respondió Van Mitten, levantándose bajo el impulso de la mano de su cuñado—. Sí..., ¡el Bósforo...! Pero antes desearía... quisiera...

—¿Qué quisierais? —repitió Sarabul.

—Quisiera tener una conversación... particular... con vos... bella Sarabul.

—¿Una conversación particular?

—¡Sea! Os dejo, entonces —dijo Yanar.

—No... quedaos, hermano mío —respondió Sarabul, que miraba fijamente a su prometido— quedaos... ¡Tengo el presentimiento de que vuestra presencia no será inútil!

—Por Mahoma, ¿cómo se explicará? —preguntó Kerabán.

—¡Es un trago muy amargo! —dijo Ahmet.

—Es mejor que no nos alejemos, a fin de apoyar, en caso necesario, las maniobras de Van Mitten.

—Seguramente, le van a hacer pedazos... —murmuró Bruno.

Kerabán, Ahmet, Amasia y Nedjeb, Bruno y Nizib se dirigieron hacia la puerta, a fin de dejar sitio libre a los contendientes.

—¡Valor, Van Mitten! —dijo Kerabán, que apretó la mano de su amigo al pasar cerca de él—. No me alejo; estaré en la estancia vecina y velaré por vos.

—¡Valor, amo mío! —añadió Bruno—. ¡Cuidado con el Curdistán!

Poco después, la noble curda, Van Mitten y Yanar estaban solos en el salón, y el holandés, rascándose la frente con el índice, se decía en un aparte melancólico:

—¡No sé cómo comenzar!

Sarabul avanzó hacia él.

—¿Qué tenéis que decirme, señor Van Mitten? —preguntó con tono suficientemente contenido para permitir comenzar una discusión tranquilamente.

—¡Vamos, hablad! —dijo más duramente Yanar.

—Sentémonos —dijo Van Mitten, que sentía doblársele las piernas.

—Lo que puede decirse sentado, se puede decir de pie —replicó Sarabul—. Os escuchamos.

Van Mitten, acumulando todo su valor, empezó con esta frase, cuyas palabras parecen hechas a propósito para una persona que está alterada o conmovida:

—Bella Sarabul, sabed verdaderamente que... primeramente... y bien a pesar mío... siento...

—¿Qué sentís? —respondió la imperiosa mujer—. ¿Qué es lo que sentís? ¿Acaso vuestro matrimonio? No es, después de todo, más que una legítima reparación.

—¡Oh! ¡Reparación..., reparación...! —se aventuró a decir, a media voz, el balbuciente Van Mitten.

—Y yo también lo siento —replicó irónicamente Sarabul—. ¡Sí, de veras!

—¡Ah! ¿Lo sentís?

—Siento que el audaz que se introdujo en mi habitación en el parador de Kissar no hubiese sido el señor Ahmet.

Debía decir la verdad la consolable viuda, y sus sentimientos se comprenderán perfectamente.

—O el señor Kerabán —añadió—. Por lo menos, hubiese sido con un hombre con quien me hubiera casado.

—¡Bien hablado, hermana mía! —exclamó Yanar.

—En lugar de un...

—Mejor hablado todavía, hermana mía, aunque no hayáis creído prudente acabar vuestra frase.

—Permitidme... —dijo Van Mitten, herido con aquella observación que atacaba directamente a su persona.

—¡Quién hubiera podido creer jamás —añadió Sarabul— que el autor de aquel atentado fuese un holandés conservado entre hielo!

—¡Ah, finalmente, me rebelo! —exclamó Van Mitten, completamente exasperado por haber sido comparado a una conserva—. Y, por otra parte, señora Sarabul, no hubo atentado alguno.

—¿De veras? —dijo Yanar.

—No —repuso Van Mitten—; todo fue un error. Nosotros, o, mejor dicho, por una falsa y tal vez pérfida noticia, me equivoqué de habitación.

—¿De verdad? —dijo Sarabul.

—Una simple equivocación que, bajo pena de prisión, tuve que reparar mediante un matrimonio... prematuro.

—Prematuro o no —replicó Sarabul—, no estáis por eso menos casado... casado conmigo. Y, creedlo, señor, lo que ha comenzado en Trebisonda, acabará en Curdistán.

—¡Sí, hablaremos en Curdistán! —respondió Van Mitten, que comenzaba a incomodarse.

—Y como advierto que la compañía de vuestros amigos hace que seáis poco amable conmigo, hoy mismo abandonaremos Scutari y partiremos para Mosul, donde sabré infundiros un poco de sangre curda en las venas.

—¡Protesto! —exclamó Van Mitten.

—¡Una palabra más, y partimos al momento!

—¡Partiréis, señora Sarabul! —respondió Van Mitten, cuya voz tomó una

inflexión ligeramente irónica—. Partiréis, si os conviene, y nadie pensará en deteneros. Pero yo no partiré.

—¿No partiréis? —exclamó Sarabul, ultrajada con aquella inesperada resistencia, como de un camero contra dos tigres.

—¡No!

—¿Y tenéis la pretensión de resistiros? —preguntó Yanar cruzándose de brazos.

—Tengo esa pretensión.

—¿A mí... y a ella, una curda?

—Aunque fuese todavía diez veces más curda.

—¿Sabéis, señor holandés —dijo la noble Sarabul acercándose a su prometido—, sabéis qué mujer soy, y qué mujer he sido? ¿Sabéis que a los quince años era viuda?

—Sí —repitió Yanar—, y cuando se ha tomado con gusto esa costumbre...

—Sea, señora —respondió Van Mitten—. Pero ¿sabéis a lo que os desafío a llegar a ser jamás a pesar de la costumbre que podáis tener?

—¿Qué?

—¡Qué llegaseis a ser viuda de mí!

—Señor Van Mitten —exclamó Yanar llevando la mano a su yatagán—; sería suficiente para eso un golpe...

—Os engañáis, señor Yanar, y vuestra arma no haría viuda a la señora Sarabul... por una excelente razón: porque jamás he podido ser su marido.

—¿Eh?

—Y que nuestro matrimonio sería nulo.

—¿Nulo?

—Porque si la señora Sarabul tiene la dicha de ser viuda de sus primeros

esposos, yo no tengo la de ser viudo de mi primera mujer.

—¡Estaba casado...! ¡Estaba casado...! —exclamó la noble curda, puesta fuera de sí por aquella repentina confesión.

—Sí —respondió Van Mitten, ahora metido en la discusión—; sí, casado. Y no fue más que por salvar a mis amigos, para evitar que fuesen detenidos en el parador de Kissar, por lo que me sacrificué.

—¡Sacrificado...! —replicó Sarabul, que repitió aquellas palabras dejándose caer sobre un diván.

—Sabiendo que este matrimonio no sería válido— continuó Van Mitten—, puesto que la primera señora Van Mitten está tan muerta como yo viudo... y que me aguarda en Holanda.

La falsa esposa, ultrajada, se había levantado, y volviéndose hacia Yanar, dijo:

—¿Lo oís, hermano?

—Lo oigo.

—Vuestra hermana acaba de ser engañada.

—¡Ultrajada!

—¿Y ese traidor está todavía vivo?

—No le restan más que algunos instantes de vida.

—Pero, estáis furiosos... —exclamó Van Mitten, verdaderamente inquieto por la amenazadora actitud de la pareja de curdos.

—Os vengaré, hermana mía —exclamó Yanar, quien, con la mano alzada, se dirigió hacia el holandés.

—Me vengaré yo misma.

Y diciendo esto, la noble Sarabul se precipitó sobre Van Mitten, lanzando gritos de furor que afortunadamente fueron oídos por los de fuera.

Capítulo XV

DONDE VAN MITTEN RESULTA CASADO CON SARABUL Y KERABÁN VUELVE A SER TESTARUDO

La puerta del salón se abrió repentinamente. Kerabán, Ahmet, Amasia, Nedjeb y Bruno aparecieron en el umbral de la puerta.

Kerabán desprendió a Van Mitten de los brazos de los dos hermanos.

—¡Eh, señora! —dijo Ahmet—. ¡No se estrangula así a las personas... por una equivocación!

—¡Diablo! —murmuró Bruno—, llegamos a tiempo.

—¡Pobre señor Van Mitten! —dijo Amasia, que experimentaba un sentimiento de sincera conmiseración por su compañero de viaje.

—Decididamente, no es ésa la mujer que le hace falta —añadió Nedjeb moviendo la cabeza.

Sin embargo, Van Mitten volvía a recobrar poco a poco su valor.

—¿Ha sido duro? —dijo Kerabán.

—Un poco más de lo que creía —respondió Van Mitten.

En aquel momento la noble Sarabul se volvió hacia Kerabán, y, encarándose con él, dijo:

—¿Y sois vos quien os habéis prestado a esa...?

—Mixtificación —respondió Kerabán con tono amable—. Es la palabra adecuada: mixtificación.

—¡Me vengaré...! ¡Todavía hay jueces en Constantinopla!

—Bella Sarabul —respondió Kerabán—, no acuséis a nadie más que a vos. ¡Quisisteis, por un pretendido atentado, detenemos y comprometer nuestro viaje! Y, ¡por Alá!, se hace lo que se puede. Nosotros salimos del apuro por un pretendido matrimonio, y tenemos derecho a este desquite.

Al oír aquellas palabras, Sarabul se dejó caer sobre un diván con uno de esos ataques de nervios de los que las mujeres tienen el secreto, aún en el Curdistán.

Nedjeb y Amasia se apresuraron a socorrerla.

—¡Me voy, me voy! —gritaba.

—¡Buen viaje! —respondió Bruno.

Pero he aquí que en aquel momento Nizib apareció en el dintel de la puerta.

—¿Qué hay? —preguntó Kerabán.

—Acaban de traer un despacho de las oficinas de Galata —respondió Nizib.

—¿Para quién? —preguntó Kerabán.

—Para el señor Van Mitten, señor. Ha llegado hoy mismo.

—Dadme —dijo Van Mitten.

Cogió el despacho, lo abrió y miró las señas.

—Es de mi apoderado de Rotterdam —dijo.

Después leyó las primeras palabras:

«La señora Van Mitten... enterrada... hace cinco semanas...».

Con el despacho arrugado en su mano. Van Mitten quedó anonadado. Sus ojos se habían llenado súbitamente de lágrimas. Pero a aquellas últimas palabras, Sarabul acababa de levantarse repentinamente como con un resorte.

—¡Cinco semanas! —exclamó a la vez contenta y arrebatada—. ¡Hace cinco semanas!

—¡Imprudente! —murmuró Bruno—. ¡Qué necesidad tenía de gritar en ese momento!

—Por lo tanto —repuso Sarabul triunfante—; por lo tanto, hace diez días, cuando yo os hacía el honor de desposarme con vos...

—¡Mahoma la ahogue! —exclamó Kerabán, tal vez más alto de lo que quisiera.

—¡Estáis viudo, esposo mío! —dijo Sarabul con acento de triunfo.

—¡Viudo del todo, señor cuñado! —añadió Yanar.

—Y nuestro matrimonio es válido.

A su vez, Van Mitten, agobiado por la lógica de aquel argumento, se había dejado caer sobre el diván.

—¡Pobre hombre! —dijo Ahmet a su tío—. No le falta más que arrojarse al Bósforo.

—¡Bueno —respondió Kerabán—; ella se arrojaría detrás de él, y sería capaz de salvarle... por venganza!

La noble Sarabul había cogido por el brazo al que aquella vez era de su propiedad.

—¡Levantaos! —dijo.

—Sí, querida Sarabul —respondió Van Mitten, bajando la cabeza—. Heme aquí presto.

—Y seguidnos —añadió Yanar.

—¡Sí, querido cuñado! —respondió Van Mitten absolutamente contrariado—. Presto a seguiros... a donde queráis.

—A Constantinopla, donde embarcaremos en el primer paquebote —respondió Sarabul.

—Para...

—Para el Curdistán —respondió Yanar.

—¿El Cur...? Me acompañarás, Bruno... Allí se come bien... y será para ti una verdadera compensación.

Bruno no pudo hacer más que un signo afirmativo con la cabeza.

Y la noble Sarabul y Yanar se llevaron al infortunado holandés, tal que sus amigos quisieron en vano retener, mientras su fiel criado le seguía, murmurando:

—Ya había yo predicho que le sucedería alguna desgracia.

Los compañeros de Van Mitten se quedaron también anonadados, mudos, ante aquel terrible golpe.

—¡Ya está casado! —dijo Amasia.

—¡Por abnegación hacia nosotros! —respondió Ahmet.

—¡Y por ser demasiado bueno! —añadió Nedjeb.

—No le queda más que un recurso en Curdistán— dijo Kerabán.

—¿Cuál es, tío?

—Para que se neutralicen entre sí, casarse con una docena de mujeres.

En aquel momento la puerta se abrió, y Selim apareció inquieto, con la respiración anhelante, como si hubiese corrido en competencia.

—Padre mío, ¿qué tenéis? —preguntó Amasia.

—¿Qué os ha sucedido? —dijo Ahmet.

—Pues bien, amigos míos, es imposible celebrar el matrimonio de Amasia y Ahmet...

—¿Qué decís?

—En Scutari, por lo menos —repuso Selim.

—¿En Scutari?

—No puede efectuarse más que en Constantinopla.

—¿En Constantinopla...? —respondió Kerabán—. ¿Y por qué?

—Porque el juez de Scutari rehúsa registrar el contrato.

—¿Rehúsa? —dijo Ahmet.

—Sí; bajo pretexto de que el domicilio de Kerabán, y por consecuencia el de Ahmet, no se halla en Scutari sino en Constantinopla.

—¿En Constantinopla? —repitió Kerabán, cuyas cejas comenzaron a fruncirse.

—Y precisamente —repuso Selim— es hoy el último día asignado en el matrimonio de mi hija para que pueda entrar en posesión de la fortuna que le ha sido legada. Es necesario, por lo tanto, sin perder un momento, ir a casa del juez que arreglará el contrato en Constantinopla.

—Partamos —dijo Ahmet, dirigiéndose hacia la puerta.

—Partamos —añadió Amasia, que le seguía ya.

—Señor Kerabán, ¿os contrariaría acompañarnos? —preguntó la joven.

Kerabán permanecía inmóvil y silencioso.

—Pues bien, tío —dijo Ahmet, volviendo.

—¿No venís? —dijo Selim.

—¿Será preciso que emplee la fuerza? —añadió Amasia, que cogió dulcemente el brazo de Kerabán.

—He hecho preparar un caique —dijo Selim—, y sólo hemos de atravesar el Bósforo.

—¿El Bósforo? —exclamó Kerabán. Después, con un tono seco, dijo—: Un instante, Selim; ¿es exigido todavía el impuesto de diez paras por persona a los que atraviesan el Bósforo?

—Sí, sin duda, amigo Kerabán —dijo Selim—. Pero a pesar de que os habéis burlado de las autoridades otomanas yendo de Constantinopla a Scutari sin pagar, creo que no rehusaréis.

—Rehusaré —respondió claramente Kerabán.

—Entonces no os dejarán pasar —repuso Selim.

—¡Sea..., no pasaré!

—¿Y nuestro matrimonio...? —exclamó Ahmet—. ¿Nuestro matrimonio que debe efectuarse hoy?

—Os casaréis sin mí.

—¡Imposible! Sois mi tutor, tío Kerabán, y, lo sabéis demasiado, vuestra presencia es indispensable.

—Pues bien, Ahmet aguarda a que haya hecho establecer mi domicilio en Scutari... y te casarás en Scutari.

Todas aquellas respuestas las dio con un tono tan agrio, que debía dejar pocas esperanzas a los contradictores del terco personaje.

—Amigo Kerabán —repuso Selim—, hoy es el último día... Y toda la fortuna que debe ser de mi hija, se perderá si...

Kerabán hizo una señal negativa con la cabeza, acompañada con un gesto todavía más negativo.

—¡Tío! —exclamó Ahmet—. No queréis...

—Si me obligan a pagar diez paras —respondió Kerabán—, jamás cruzaré el Bósforo. ¡Por Alá! Volvería a dar la vuelta al mar Negro para ir a Constantinopla.

Y, verdaderamente, el testarudo hubiese sido capaz de recomenzar el viaje.

—Tío —repuso Ahmet—, está mal lo que hacéis. Esa terquedad en semejantes circunstancias, permitidme que os lo diga, no puede justificarse en un hombre como vos... Vais a causar la desgracia de los

que siempre os han demostrado la más viva amistad. Eso está mal.

—¡Ahmet, mira lo que hablas! —respondió Kerabán con tono sordo, que indicaba una cólera presta a estallar.

—¡No, tío, no...! Mi corazón se desborda, y nada me impedirá hablar... ¡Eso... eso es propio de un malhechor!

—¡Querido Ahmet —dijo entonces Amasia—, calmaos! ¡No habléis así de vuestro tío...! ¡Si esa fortuna con la que teníais derecho a contar, se os escapa... renunciad a ese matrimonio!

—¡Qué renuncie a vos! —respondió Ahmet, abrazando a la joven contra su pecho—. ¡Jamás, jamás; venid...! ¡Abandonemos esta ciudad para no volver más! ¡Todavía nos quedará con qué pagar diez paras para pasar a Constantinopla!

Y Ahmet, en un movimiento del que no se dio cuenta, arrastró a la joven hacia la puerta.

—Kerabán —dijo Selim, que intentó por última vez disuadir a su amigo.

—¡Dejadme, Selim, dejadme!

—¡Vamos, partamos, padre mío! —dijo Amasia, lanzando sobre Kerabán una mirada humedecida de lágrimas que no podía retener.

Iba a dirigirse hacia Ahmet a la puerta del salón, cuando éste se detuvo.

—Por última vez, tío —dijo—, ¿rehusáis acompañarnos a Constantinopla, a casa del juez, donde vuestra presencia es indispensable para nuestro matrimonio?

—A lo que rehúso —respondió Kerabán, cuyo pie golpeó el entarimado hasta casi hundirlo— es a someterme a pagar ese impuesto.

—¡Kerabán! —dijo Selim.

—¡No, por Alá, no!

—Pues bien, adiós, tío —dijo Ahmet—. ¡Vuestra terquedad nos costará una fortuna...! ¡Habréis armiñado a la que debiera ser vuestra nuera...!

¡Sea, no es la fortuna lo que yo siento...! ¡Pero habréis retrasado nuestra felicidad...! ¡No nos volveremos a ver jamás!

Y el joven, llevando a Amasia, seguido de Selim, Nedjeb y Nizib, salió del salón, después de la finca; y, algunos instantes después, todos embarcaban en un caique para volver a Constantinopla.

Kerabán se quedó solo; iba y venía con la más extrema agitación.

—¡No, por Alá, no, por Mahoma! —se decía—. ¡Sería indigno de mí...! ¡Haber dado la vuelta al mar Negro por no pagar el impuesto, y, al regreso, sacar de mi bolsillo diez paras...!, ¡No!, renunciaría a poner el pie en Constantinopla...! ¡Vendería mi casa de Galata...! ¡Cesaría en los negocios...! ¡Daría toda mi fortuna a Ahmet, para remplazar la que Amasia pierde...! Será rico..., y yo... seré pobre... Pero no, no cederé jamás... ¡No cederé!

Y al hablar así, el combate que tenía lugar en su interior se desencadenaba con más violencia.

—¡Ceder, pagar! —repetía—. Yo, Kerabán... Llegar ante el jefe de policía que me desafió... que me vio partir... que aguarda mi vuelta... que me despreciaría ante todos reclamándome este odioso impuesto... ¡Jamás!

Era evidente que Kerabán luchaba con su conciencia, y que sentía que las consecuencias de aquella terquedad, absurda en el fondo, recaerían sobre otros.

—¡Sí! —repetía—. Pero ¿querrá Ahmet aceptar? ¡Ha partido desolado y furioso a causa de mi terquedad...! Yo concibo... Rehusará todo trato conmigo... Veamos... ¡Soy un hombre honrado...! ¿Voy, por una estúpida resolución, a impedir la felicidad de esos jóvenes...? ¡Ah, que Mahoma ahogue al Diván entero, y con él a todos los turcos del nuevo régimen!

Kerabán andaba por el salón con paso febril. Empujaba con el pie los divanes y los cojines. Buscaba algún objeto que romper para calmar su furor, y bien pronto dos jarrones volaron en pedazos. Después volvía siempre a lo mismo:

—Amasia... Ahmet... ¿no? No puedo ser la causa de su desgracia... y esto por una cuestión de amor propio... ¡Retardar su matrimonio... es

impedirlo tal vez...! Pero, ¡ceder...!, ¡ceder...! ¡Yo...! ¡Ah, que Alá me ayude!

Y a aquella última invocación, Kerabán, poseído de una de esas cóleras que no pueden describirse con palabras, se lanzó fuera del salón.

Capítulo XVI

DONDE SE DEMUESTRA UNA VEZ MÁS QUE NO HAY NADA COMO LA CASUALIDAD PARA ARREGLAR LAS COSAS

Si había fiesta en Scutari, si en sus barrios, desde el puerto hasta el palacio del Sultán, había grande gentío, éste no era menos considerable al otro lado del estrecho, en Constantinopla, en los barrios de Galata, desde el primer puente de barcas hasta los cuarteles de la plaza de Top-Hané. Tanto las aguas dulces de Europa, que forman el puerto del Cuerno de Oro, como las aguas saladas del Bósforo, desaparecían bajo las flotillas de caiques; empavonadas embarcaciones, chalupas de vapor llenas de turcos, albanos, griegos, europeos o asiáticos, que hacían un incesante vaivén entre las orillas de los dos continentes.

Verdaderamente, debía ser un atractivo y poco ordinario espectáculo el que podía atraer tal concurso popular.

Por lo tanto, cuando Ahmet y Selim, Amasia y Nedjeb, después de haber pagado el nuevo impuesto desembarcaron en la escalera de Top-Hané, se encontraron sumergidos en el bullicio, en el que estaban de poco humor para tomar parte.

Pero, puesto que el espectáculo, cualquiera que fuese, había tenido el privilegio de atraer tal multitud, era natural que Van Mitten, su futura, la noble Sarabul y su cuñado Yanar, seguidos del obediente Bruno, estuviesen entre el número de curiosos.

Así se explica que Ahmet encontrase a sus antiguos compañeros de viaje. ¿Era Van Mitten quien paseaba a su nueva familia, o era ésta quien le paseaba a él? Este último caso parece infinitamente más probable.

En el momento en que Ahmet los encontró, Sarabul decía a su esposo:

—Sí, señor Van Mitten, tenemos fiestas más bonitas en Curdistán.

Y Van Mitten contestaba con tono resignado:

—¡Estoy dispuesto a creerlo, bella Sarabul!

Lo que le valió de Yanar esta seca respuesta:

—¡Y hacéis bien!

En aquel momento algunos gritos (gritos que denotaban cierta impaciencia) se oían entre aquella multitud; pero Ahmet y Amasia no prestaron atención.

—No, querida Amasia —decía Ahmet—. Yo conocía bien a mi tío, y, sin embargo, jamás le hubiera creído capaz de llevar su terquedad hasta tal dureza de corazón.

—Entonces —dijo Nedjeb—, mientras haya que pagar ese impuesto, ¿no vendrá jamás a Constantinopla?

—¿Él? ¡Jamás! —respondió Ahmet.

—¡Si siento esta fortuna que el señor Kerabán nos va a hacer perder —dijo Amasia—, no es por mí, es por vos, mi querido Ahmet, por vos solo!

—¡Olvidemos eso! —respondió Ahmet—. Y, para olvidarlo mejor, para romper con ese intratable tío, en quien he visto hasta aquí un padre, abandonaremos Constantinopla para volver a Odesa.

—¡Ah! Ese Kerabán —exclamó Selim, que estaba ya abrumado— sería digno del peor suplicio.

—Sí —respondió Nedjeb—; como, por ejemplo, ser el marido de esa curda. ¿Por qué no se ha casado con ella?

No es necesario decir que Sarabul, distraída por completo con el esposo que acababa de reconquistar, no oyó aquella nada cortés reflexión de Nedjeb ni la respuesta de Selim, diciendo:

—¿Él? Hubiera acabado por domarla... como, a fuerza de terquedades, domaría a las bestias feroces.

—¡Tal vez! —murmuró Bruno con melancolía—. Pero la verdad es que mi

pobre amo es quien ha entrado en la jaula.

Sin embargo, Ahmet y sus compañeros no tomaban más que un mediano interés por todo lo que pasaba en los barrios de Pera y del Cuerno de Oro. En la disposición de espíritu en que se encontraba, aquello les interesaba poco, y apenas si oyeron este diálogo entre dos turcos:

—Ese Storchi es un hombre verdaderamente audaz. Osar atravesar el Bósforo... de una manera...

—Sí —respondió el otro, riéndose—, de una manera que no han previsto los inspectores encargados de cobrar el nuevo impuesto de los caiques...

Pero si Ahmet no trató de enterarse de lo que hablaban aquellos dos turcos le fue necesario responder, cuando oyó que le interpelaban directamente con estas palabras:

—¡Usted por aquí, señor Ahmet!

Era el jefe de policía, el mismo cuyo relato había lanzado a Kerabán a realizar aquel viaje alrededor del mar Negro, quien le dirigía la palabra.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor? —respondió Ahmet.

—Sí... Y os felicito cordialmente. Acabo de saber que el señor Kerabán ha logrado sostener su promesa. Ha llegado a Scutari sin haber atravesado el Bósforo.

—En efecto —replicó Ahmet con un tono bastante seco.

—¡Es heroico! Por no pagar diez paras, habrá gastado miles de libras.

—¡Así ha sido!

—¡Pues ha hecho un buen negocio el señor Kerabán! —respondió irónicamente el jefe de policía—. El impuesto existirá siempre, y, por poco que todavía persista en su terquedad, se verá obligado a volver por el mismo camino a Constantinopla.

—Si quiere, lo hará —repuso Ahmet, que, aún furioso contra su tío, no estaba de humor para escuchar sin responder las burlonas observaciones del jefe de policía.

—¡Bah! Acabará por ceder —repuso éste—, y atravesará el Bósforo... Pero los guardias vigilan los caiques y le aguardan en el embarcadero. Y a menos que no pase a nado... o volando...

—¿Por qué no, si le conviene? —replicó secamente Ahmet.

En aquel momento un vivo movimiento de curiosidad agitó la multitud. Un murmullo más acentuado se dejó oír. Todos los brazos se extendieron hacia el Bósforo, señalando a Scutari. Todas las cabezas estaban levantadas.

—¡Allí está...! ¡Storchi, Storchi...!

Por todas partes sonaban gritos.

Ahmet y Amasia, Selim y Nedjeb, Sarabul, Van Mitten y Yanar, Bruno y Nizib se encontraban entonces en la esquina del barrio del Cuerno de Oro cerca de la escalera de Top-Hané, y pudieron ver el emocionante espectáculo que se ofrecía a la curiosidad pública.

Del lado de Scutari, fuera de las aguas del Bósforo, a unos seiscientos pies de la orilla, se eleva una torre, impropriamente denominada Torre de Leandro. En efecto, es el Helesponto, es decir, el actual estrecho de los Dardanelos, el que aquel célebre nadador atravesó entre Sestos y Abidos para reunirse a Hero, la encantadora sacerdotisa de Venus, hazaña que fue renovada hace sesenta años por lord Byron, fiero como puede serlo un inglés, que franqueó en una hora y diez minutos los dos mil metros que separan las dos orillas.

¿Es que aquella proeza iba a ser renovada, a través del Bósforo, por algún aficionado envidioso del héroe mitológico y del autor de *El Corsario*? No.

Una larga cuerda estaba extendida entre las orillas de Scutari y la Torre de Leandro, cuyo nombre moderno es Keur-Kulesi, que significa Torre de la Virgen. Desde allí, esta cuerda, después de tomar un punto de apoyo sólido, atravesaba todo el estrecho con una distancia de trescientos metros, y venía a terminar en un pilón de madera colocado en el ángulo del barrio de Galata y de la plaza de Top-Hané.

Por esta cuerda el famoso Storchi (émulo del no menos famoso Blondín) iba a intentar franquear el Bósforo. Es verdad que si Blondín, atravesando

el Niágara, arriesgaba su vida en una caída de cerca de ciento cincuenta pies en medio de las irresistibles corrientes de la catarata, aquí, en aquellas aguas tranquilas, Storchi, en caso de accidente, sólo optaba a un chapuzón del que saldría sin gran daño.

Lo mismo que Blondin atravesó el Niágara llevando en sus espaldas a un fiel amigo suyo, lo mismo Storchi iba a seguir aquel camino aéreo con uno de sus compañeros de gimnasia. Sólo que no le llevaba sobre sus espaldas, sino que iba a transportarle en una carretilla, cuya única rueda tenía el borde acanalado a fin de adaptarse a la cuerda.

Se convendrá en que era un curioso espectáculo: ¡mil trescientos metros, en vez de los novecientos pies del Niágara! ¡Camino largo y propicio a más de una caída!

Sin embargo, Storchi había aparecido en la primera parte de la cuerda, que unía la orilla asiática con la Torre de la Virgen. Empujaba a su compañero ante él en la carretilla, y llegó sin accidente al faro, colocado en la cima de Keur-Kulesi.

Numerosos hurras saludaron aquel primer éxito. Entonces se vio al gimnasta descender rectamente por la cuerda, que, por fuerte que se hubiese tendido, se combaba en su mitad casi hasta tocar las aguas del Bósforo. Siempre llevando a su compañero, avanzando con pie seguro y conservando el equilibrio con una imperturbable destreza, resultaba verdaderamente magnífico.

Cuando Storchi hubo pasado la mitad del trayecto, las dificultades llegaron a ser más grandes, porque se trataba de subir la pendiente para llegar a la cima del pilón. Pero los músculos del acróbata eran vigorosos, sus brazos y sus piernas funcionaban maravillosamente y empujaba siempre la carretilla, en donde se hallaba su compañero, inmóvil, impasible, tan expuesto y tan bravo como él, y que no se permitía un solo movimiento que pudiese comprometer la estabilidad del vehículo.

Finalmente, estallaron un concierto de admiración y un grito de alegría.

Storchi había llegado, sano y salvo, a la parte superior del pilón, y descendía, lo mismo que su compañero, por una escalera que concluía en el ángulo del barrio en donde Ahmet y los suyos estaban situados.

El audaz aeronauta había logrado su objeto, pero se convendrá que el compañero que Storchi acababa de llevar en la carretilla tenía derecho a la mitad de los plácemes que Asia, en su honor, enviaba a Europa.

¡Pero qué grito lanzó entonces Ahmet! ¿Debía creer lo que veían sus ojos? El compañero del célebre acróbata, después de haber estrechado la mano del Storchi, se había detenido ante él y le miraba sonriendo.

—¡Kerabán, mi tío Kerabán! —exclamó Ahmet, mientras las dos jóvenes, Sarabul, Van Mitten, Yanar, Selim y Bruno se apretaban a sus lados.

¡Era Kerabán en persona!

—¡Yo mismo, amigos míos, que he encontrado a ese bravo gimnasta dispuesto a partir; yo, que me he colocado en lugar de su compañero; yo, que he pasado el Bósforo...! ¡Para venir a firmar tu contrato, sobrino Ahmet!

—¡Ah! ¡Señor Kerabán, tío mío! —exclamó Amasia—. ¡Ya sabía yo que no nos abandonaríais!

—¡Estupendo! —repetía Nedjeb batiendo palmas.

—¡Qué hombre! —dijo Van Mitten—. No se encontraría otro semejante en toda Holanda.

—Ésa es mi opinión —respondió bastante secamente Sarabul.

—Sí, he pasado, y sin pagar —repuso Kerabán dirigiéndose aquella vez al jefe de policía—. Sí, sin pagar... A no ser las dos mil piastras que me ha costado mi sitio en la carretilla y las ochocientas mil gastadas durante el viaje.

—Os felicito cordialmente —respondió el jefe de policía, que no tenía otra cosa que hacer que inclinarse ante parecida terquedad.

Las aclamaciones resonaron entonces de todas partes en honor de Kerabán, mientras que este feliz testarudo abrazaba con todo su corazón a sus hijos Amasia y Ahmet.

Pero no era hombre que perdiese el tiempo, ni aun en la embriaguez del triunfo.

—Y ahora, vamos a casa del juez de Constantinopla —dijo.

—Sí, tío, a casa del juez —respondió Ahmet—. ¡Ah!, sois el mejor de los hombres.

—Y, digáis lo que digáis —replicó Kerabán—, no soy muy testarudo... a no ser que me contraríen.

Es inútil insistir sobre lo que pasó a continuación. Aquel mismo día, por la tarde, el juez arreglaba el contrato, después el imán decía una oración en la mezquita, después entraban en la casa de Galata, y antes que sonase la medianoche del 30 de aquel mes, Ahmet estaba casado, bien casado, con su querida Amasia, con la riquísima hija del banquero Selim.

Aquella misma noche, Van Mitten, anonadado, se preparaba a partir para Curdistán en compañía de Yanar, su cuñado, y la noble Sarabul, a la que una última ceremonia, en aquel país lejano, iba a convertir definitivamente en su mujer.

En el momento de la despedida, en presencia de Ahmet, de Amasia, de Nedjeb y de Bruno, no pudo menos de decir como un dulce reproche a su amigo:

—Cuando pienso, Kerabán, que por no haber querido contrariaros me veo casado... ¡casado por segunda vez!

—Mi pobre Van Mitten —respondió Kerabán—; si ese matrimonio llega a ser otra cosa que un sueño, no me lo perdonaré jamás.

—¡Un sueño! —repuso Van Mitten—. ¿Por casualidad se parece a un sueño? ¡Ah, sin este telegrama...!

Y al hablar así sacaba de su bolsillo el arrugado despacho y lo recorría maquinalmente con la vista.

—Sí, este despacho... «*La señora Van Mitten, enterrada desde hace cinco semanas... de la llegada...*»

—¿Enterrada de la llegada? —exclamó Kerabán—. ¿Qué significa eso?

Después, arrancándole el despacho de las manos, leía:

«La señora Van Mitten, enterada desde hace cinco semanas de la llegada de su marido, ha partido para Constantinopla».

—¡Enterrada... por enterada!

—¡No estoy viudo!

Aquellas palabras se escapaban de todas las bocas, mientras Kerabán exclamaba, no sin razón esta vez:

—¡Un error más de ese estúpido telégrafo! ¡Jamás hace otra cosa!

—¡No, no estoy viudo! ¡No estoy viudo! —repetía Van Mitten—. ¡Y me siento muy feliz de volver a mi primera mujer... por miedo a la segunda!

Cuando Yanar y la noble Sarabul supieron lo sucedido, hubo una terrible explosión. Pero al fin fue necesario conformarse. Van Mitten estaba casado, y aquel mismo día encontraba a su primera, su única mujer, que le traía, en señal de reconciliación una magnífica cebolla *Valentia*.

—Habrás mejores, hermana mía —dijo Yanar para consolar a la inconsolable viuda—, mejores que...

—Que ese témpano de holandés —respondió la noble Sarabul—, y no será difícil.

Y partieron ambos para el Curdistán; pero es probable que una generosa indemnización, ofrecida por el rico amigo de Van Mitten, contribuyese a hacer menos penosa la vuelta a aquel lejano país.

Pero, en fin, Kerabán no podía tener siempre una cuerda tendida de Constantinopla a Scutari para pasar el Bósforo. ¿Renunció a atravesarlo?

¡No! Durante mucho tiempo se sintió bien y no se movió. Pero un día fue a ofrecer al Gobierno que le vendiesen el derecho sobre los caiques. La oferta fue aceptada. Esto le costó mucho dinero, sin duda, pero llegó a ser más popular todavía, y los extranjeros no dejan jamás de visitarla, como una de las más extrañas curiosidades de la capital del Imperio otomano.

Julio Verne



Jules Gabriel Verne, conocido en los países hispanohablantes como Julio Verne (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), fue un escritor, poeta y dramaturgo francés célebre por sus novelas de aventuras y por su profunda influencia en el género literario de la ciencia ficción.

Nacido en el seno de una familia burguesa en la ciudad portuaria de Nantes, Verne estudió para continuar los pasos de su padre como

abogado, pero muy joven decidió abandonar ese camino para dedicarse a escribir. Su colaboración con el editor Pierre-Jules Hetzel dio como fruto la creación de Viajes extraordinarios, una popular serie de novelas de aventuras escrupulosamente documentadas y visionarias entre las que se incluían las famosas Viaje al centro de la Tierra (1864), Veinte mil leguas de viaje submarino (1870) y La vuelta al mundo en ochenta días (1873).

Julio Verne es uno de los escritores más importantes de Francia y de toda Europa gracias a la evidente influencia de sus libros en la literatura vanguardista y el surrealismo, y desde 1979 es el segundo autor más traducido en el mundo, después de Agatha Christie. Es considerado, junto con H. G. Wells, el «padre de la ciencia ficción». Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.